This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

✓
~~105614~~
~~26987~~
~~273. a 32~~

1889
Vet. Span. III A. 176
~~BSR 6446 A.1~~

SAN FRANCISCO DE ASÍS.

(SIGLO XIII.)

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA.

Estudio crítico de las obras del P. Feijóo.

Los poetas épicos cristianos : Dante, Milton, Tasso.

Ensayo crítico sobre el Darvinismo.

Un viage de novios, novela (3 pesetas en las principales librerías).

Pascual López (Autobiografía de un estudiante de Medicina).

EN PREPARACION.

Los poetas épicos cristianos: Klopstock, Ojeda, Chateaubriand.

~~1058 14~~
~~26981~~
~~273. a. 32~~

1889

Vet. Span. III A. 176

~~BSR 6446 A. 1~~

SAN FRANCISCO

DE ASÍS

(SIGLO XIII.)

POR

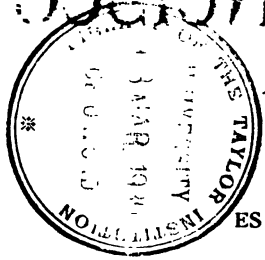
Emilia Pardo Bazan.

TOMO I.

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA.

MADRID.
LIBRERÍA DE D. MIGUEL OLAMENDI,
Paz, 6.

1882



ES PROPIEDAD.

IMPRENTA DE A. GÓMEZ FUENTENEBRO,
Bordadores, 10.

A LA MEMORIA

DE PIO IX

La Autora.

CENSURA DEL P. FIDEL FITA,

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

VICARÍA ECLESIÁSTICA DE MADRID Y SU PARTIDO.—Excmo. é Ilmo. Sr.: Atento á desempeñar el encargo que me hizo V. E. I., he leido los dos volúmenes de la obra titulada **San Francisco de Asís (siglo XIII)**, escritos por Doña Emilia Pardo Bazan, y recomendados así por los Excmos. é Ilmos. señores Obispos de Lugo, Córdoba y Mondoñedo, como por el Excmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Santiago.—Nada encuentro en ambos volúmenes que no concuerde con la pureza del dogma católico y de la sana moral. Trazados sus capítulos con sabiduría, ciencia y piedad, ordenados y eslabonados con claridad y distincion metódica, y realzados, en fin, con elegancia de diccion y amenidad y estilo siempre oportuno, bien merecen salir á luz para edificación de los fieles, esplendor de la literatura española y gloria de Dios, que es admirable en sus Santos.—Dios guarde á V. E. I. muchos años. Madrid 24 de Abril de 1882.—FIDEL FITA.—*Hay una rúbrica.*—Excmo. é Ilmo. Sr. Vicario Eclesiástico de Madrid y su partido.—*Es copia.*—JUAN MORENO.

NOS EL DR. D. JULIAN DE PANDO Y LÓPEZ,

PRESBÍTERO, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ÓRDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, VISITADOR Y VICARIO JUEZ ECLESIASTICO DE ESTA MUY HEROICA VILLA DE MADRID Y SU PARTIDO, ETC.

Por el presente y por lo que á Nos toca, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse la obra titulada **San Francisco de Asis** (**siglo XIII**), *escrita por Doña Emilia Pardo Bazán, y recomendada por los Excmos. é Ilmos. Sres. Obispos de Lugo, Córdoba y Mondoñedo, como por el Excmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Santiago; mediante que de nuestra órden ha sido examinada y no contiene, segun la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral.*

Madrid 10 *de Junio de* 1882.—DOCTOR PANDO.—*Por mandado de S. E. I.*, LIC. JUAN MORENO GONZÁLEZ.

AL QUE LEYERE.

Hará poco más de dos años comencé la obra que hoy termino, y la interrumpieron varios contratiempos, quebrantos en mi salud, viajes y trabajos literarios de índole muy diversa: de suerte, que apenas representan estas páginas ocho meses de asidua labor. Dígolo, nó por encarecer su mérito, sino al contrario, por que me sean perdonadas las faltas, omisiones y errores que en ellas se hayan deslizado, á pesar del esmero con que procuré evitarlos. Alegaré también como circunstancia atenuante el no haber podido recorrer en piadosa peregrinación los lugares donde vivió y murió san Francisco de Asís, ni sepultarme en los archivos desempolvando rancias crónicas é inéditos documentos. Antes de escribir la historia de Isabel de Turingia, Montalembert, artista y creyente, realizó lo que tengo por indispensable para trazar una biografía con calor y animación: siguió las huellas de su amada Santa, respiró la atmósfera que ella había respirado, contempló su estatua esculpida por el imaginero de la Edad media, y leyó los manuscritos de letra gótica que narraban sus hechos. Empresas semejantes son difíciles á mi

sexo, y en nuestro país todo autor halla graves obstáculos al intentar procurarse libros antiguos, donde conserven aroma y frescura la tradicion y la leyenda. A quien solicita beber en las primitivas fuentes, más sirven de embarazo que de ayuda los trabajos modernos que, á falta de ellas, es forzoso consultar.

El objeto y fin que me propuse en la presente obra, lo declararé por medio de un símil. Cuando considero la historia del mundo desde el advenimiento de Jesucristo, paréceme ver un edificio grande y sobre toda ponderacion hermoso, á manera de altísima catedral, y que son sus columnas apóstoles, mártires, confesores y doctores. Trece centurias lo han erigido, y un ejército numeroso se empeña en demolerlo, mientras otro pugna por sustentarlo. Prendada de la belleza y majestad del secular edificio, quise tambien ayudar á su reparacion: mas no poseyendo mármoles ni granito, sólo pude contribuir con una arena.

Emilia Pardo Bazán.

Granja de Meirás.—6 de Setiembre de 1881.

CARTA

DEL

ILMO. SR. OBISPO DE LUGO.

Sra. Doña Emilia Pardo Bazán.

Muy señora mia y respetable amiga: Un gozo grandísimo he tenido en saber que se halla ya V. en disposición de continuar y concluir pronto la obra en que se ocupa hace tiempo, titulada SAN FRANCISCO DE ASÍS, SIGLO XIII. *Ella, como todas las que han salido de la singular pluma de V., me proporcionará ratos de gusto y admiración, si es que me permiten su lectura los padecimientos que desde mi entrada en los ochenta años de edad crecen sin intermisión. El Señor quiera conservar la salud de V. para completar este servicio que está haciendo á la religión, á la literatura y al honor de su débil sexo.*

Así se lo ruega muy encarecidamente á Dios este su pobre viejo é inútil amigo de V., que la envía su bendición de lo más íntimo de su alma,

JOSÉ, OBISPO IND.° DE LUGO.

Lugo 17 de Junio de 1881.

CARTA

DEL

ILMO. SR. OBISPO DE CÓRDOBA.

Sra. Doña Emilia Pardo Bazán.

Acabo de leer los capítulos del precioso libro que, con el título de SAN FRANCISCO DE ASÍS, SIGLO XIII, *piensa V. dar á la estampa, y que ha tenido la bondad de remitirme.*

Si es idea feliz y laudable la de publicar las glorias y merecimientos del Patriarca seráfico, es tambien idea sobremanera oportuna y esencialmente cristiana en la hora presente. Cuando las pasiones revolucionarias, y sus representantes ó mandatarios los poderes del siglo, emplean su actividad y sus fuerzas en perseguir y maltratar á los hijos legítimos de esos grandes genios del Catolicismo, que con sus virtudes verdaderamente heroicas y con sus admirables instituciones contribuyeron á la civilización y al bienestar de los hombres y los pueblos de una manera más práctica, más eficaz y más fecunda que los que el mundo llama héroes ilustres y grandes conquistadores; cuando esas pasiones y esos poderes, después de haber arrancado del corazón del pueblo la imágen moral del Crucificado, profanan su imágen material, y la pisotean, y la rompen, y la arrojan de

las escuelas; cuando esas pasiones y esos poderes se rebelan contra Dios y contra su Cristo, y contra su Iglesia santa, y poseidos de furor satánico derriban, incendian y matan cuanto lleva en sí la señal divina y, sobre todo, la señal de la vida religiosa, ciertamente que es idea feliz y es, ante todo y sobre todo, una obra verdaderamente cristiana y hermosa hacer que buenos y malos, creyentes y no creyentes, fijen su atención en el alado Serafín del siglo XIII, y con ocasión del mismo, en las heroicas virtudes, en las civilizadoras empresas, en los admirables trabajos de todo género llevados á cabo en el gran siglo de las Ordenes religiosas.

Para conseguir este objeto, el punto de vista por V. elegido nada deja que desear, porque no es posible considerar á san Francisco de Asís, ni narrar su vida y sus empresas sin tropezar á cada paso con las demas Ordenes monásticas de aquel siglo, y especialmente con la que pudiéramos llamar hermana gemela de la de san Francisco, la Orden fundada por nuestro compatriota santo Domingo de Guzman, á la que me glorío de pertenecer.

Por cierto que las páginas en que V. expone con tanta delicadeza y suave colorido la amistad estrecha que unió en todo tiempo á las dos religiones, union fraternal que arrancando del tierno abrazo de los dos santos Patriarcas, fué confirmada y como sancionada por dulcísima amistad entre san Buenaventura y santo Tomás, representan y constituyen una de las muchas bellezas

que avaloran su libro. Segun V. nota oportunamente, la sangre de los mártires franciscanos y dominicos corrió mezclada en más de una ocasión como testimonio elocuente de la unión íntima de sus corazones, de la perfecta conformidad de sus aspiraciones, del apoyo mutuo que se prestaban en la conquista espiritual de las almas en Jesucristo y por Jesucristo.

No entra en mi propósito exponer, ni indicar siquiera, las muchas bellezas que atesora su libro, ahora se considere la exactitud de los hechos, ahora la sencillez elegante de la narración, ahora lo atinado y profundo de las reflexiones, ahora, especialmente, el suave perfume de piedad cristiana y la ortodoxia pura, que tan bien sientan en libro escrito por una mujer en la patria de santa Teresa y de Fernan Caballero. Mi objeto al escribir estas líneas es sólo felicitar á V. y felicitar á las letras españolas por la publicación de SAN FRANCISCO DE ASÍS, SIGLO XIII, *libro que á otras muchas reune la cualidad inapreciable de ser una apología del cristianismo católico en el terreno de la moral, de la ciencia y del arte.*

No ignora V. ciertamente que el mejor testimonio de gratitud que los cristianos podemos y debemos ofrecer al Padre de las luces *por los dones recibidos, es emplear éstos para gloria de Dios y edificación de las almas. Por eso yo abrigo la confianza de que seguirá V. poniendo al servicio de la verdad y de la Iglesia de nuestro Señor Jesucristo su privilegiado talento; y en esta confianza*

bendice á V., á su libro y á sus obras este su afectísimo S. S. y C., que le desea constancia en el bien y las bendiciones del cielo.

Córdoba 22 *de Junio de* 1881.

† Fr. Ceferino, Obispo de Cordoba.

CARTA

DEL

ILMO. SR. OBISPO DE MONDOÑEDO.

Muy ilustre Sra. Doña Emilia Pardo Bazán.

Al tener noticia de que habíais determinado dedicar vuestro esclarecido talento y elegante pluma á escribir una obra referente á los admirables hechos del gran Patriarca san Francisco de Asís, y á los de la época ó siglo en que floreció tan insigne fundador, me he regocijado grandemente y he creido oportuno alentaros (como vuestro antiguo director espiritual) en la realización de tan elevado y plausible pensamiento. Yo no dudo que atendidas vuestras convicciones religiosas y vuestra ferviente adhesión á las disposiciones eclesiásticas, someteréis dicha obra á la censura de la Iglesia, y mereciendo tan respetable aprobación, como confio, será leida con avidez hasta por numerosas perso-

nas que acaso nunca habrán fijado su mente en la prodigiosa vida y hechos de tan edificante Santo, produciendo así la lectura nuevas impresiones altamente piadosas y salutíferas, además de prestar con ella un señalado servicio á la ínclita Orden seráfica (de la que es V. también hija). Aunque ya escribieron acerca de la notable vida mencionada el melífluo san Buenaventura y otros padres muy eruditos, pueden muy bien ocuparse sobre un héroe distintos escritores, ensalzándole cada uno cuanto es posible, presentándole bajo aspectos ó circunstancias diferentes, y ofreciendo variadas y amenas reflexiones religiosas y sociales.

Aplaudo, pues, vuestro excelente propósito, y deseo vivamente os conceda Dios salud, luces y fuerzas para llevarle á feliz término. Así lo pide este vuestro afectísimo, que os bendice cordialmente,

JOSÉ MANUEL, OB.

Mondoñedo 17 *de Julio de* 1881.

CARTA

DEL EMMO. SEÑOR

CARDENAL ARZOBISPO DE SANTIAGO

Sra. Doña Emilia Pardo Bazán.

Muy señora mia y estimada diocesana, de mi más distinguida consideración: Tiempo há que deseo expresar á V. mi satisfacción por observar en todas sus variadas producciones literarias, de incontestable mérito, la más pura y exquisita ortodoxia; pero mis múltiples y tirantes ocupaciones pastorales no me lo han permitido hasta hoy. Ultimamente ha subido de punto mi satisfacción y alegría al fijar mi atención en lo mucho que tiene ya trabajado escribiendo la vida del seráfico san Francisco de Asís, con un sabor místico literario, que indudablemente endulzará el corazon y el espíritu de los verdaderos amantes de las cristianas letras, que atentamente la leyeren.

Así que, despues de felicitarla por el buen empleo de su talento, y dar gracias al Señor que se lo ha prodigado tan generosamente, espero no llevará á mal que la estimule á proseguir en tan útil y laudable empresa, sin abandonarla hasta su feliz terminación.

Y con este motivo, me es muy grato confirmar á V. mis anteriores ofrecimientos y repetirme su atento S. S. y Prelado, que paternalmente la bendice,

EL CARDENÁL PAYÁ, ARZOBISPO DE COMPOSTELA.

Santiago 28 *de Setiembre de* 1881.

INTRODUCCION.

APENAS hay historiador que no se extienda en referir la corrupcion de costumbres que precedió á la caida del imperio romano: Tácito, Suetonio, la musa indignada de Juvenal, abrieron camino á los modernos escritores para que por los excesos de Roma explicasen su decadencia. Pocos toman en cuenta otro elemento disolvente: el escepticismo romano. Escéptica era la señora del orbe: á la sonrisa de los augures se asociaba el Senado recibiendo en el Panteón los dioses de las comarcas vencidas, los monstruosos númenes de Cartago, las simbólicas divinidades del Egipto. Quizá en su orígen, cuando la componían proscriptos y aventureros, creyó en sus tutelares la república romana: seguramente no creía ya, cuando ante aquel Senado indiferente Julio César pone en tela de juicio la inmortalidad del alma, cuando el más elegante de los poetas latinos comenta en verso á Epicuro. Faltó al pueblo rey, en los últimos siglos de su soberanía, el nervio del alma, la fe.

Sin embargo, por singular contradicción, Roma se manifestó intolerante, inexorable con una sola creencia. Cierto que no la profesaba ninguna gran nación aliada: eran las doctrinas de un hebreo oscuro, colgado de un patíbulo por sus mismos compatriotas con anuencia del pretor romano. Los discípulos del novador nazareno, apartándose del teatro del cruento suplicio, se diseminan por los países gentiles, anuncian las promesas y enseñanzas de su maestro, y esparcen por todo el orbe la *buena nueva*, ó el evangelio de ellas; pero fuerza es confesarlo: si hallan donde quiera oidos y ánimos dispuestos á acogerlas, dan también con tormentos y muerte; y en Roma, allí donde cabían todos los dioses, el Dios de los cristianos carece de asilo, y há menester ocultarse en las entrañas de la tierra. Reos de Estado, acusados, á despecho de su fidelidad al César, de revolucionarios peligrosos, sufren los moradores de las Catacumbas la más terrible persecución: la ejercida por un pueblo que ahoga el secreto remordimiento de su indiferentismo en sangre humana. En la moderna acepción del vocablo, no eran revolucionarios los adeptos de Cristo: pero no erraba Roma al tenerlos por algo especial y distinto de lo existente: sus asambleas subterráneas contenían el gérmen de otra sociedad: cuando los espectadores del Coliseo miraban tendidos sobre la arena los despedazados cuer-

pos de los primeros martires, quizá presintieron confusamente lo que en dulces estrofas había cantado el príncipe de la poesía latina: que, próxima á bajar del cielo una progenie nueva, esto es, Jesucristo, había de marcar una nueva era, redintegrar el grande y primer período de los siglos y abrir camino á un nuevo reinado de la Edad de oro. La eflorescencia cabal de este reinado áureo, ó de la soberanía de Cristo sobre el orbe romano, fué sin disputa alguna la Edad media.

Para lograr su advenimiento, no bastaron los humildes que ofrecían en holocausto la vida: necesitáronse los destructores que arruinasen el vetusto y ya cuarteado edificio del mundo romano. Y merece notarse como el Imperio, que se cebaba en los mansos hijos del Crucificado, acogió sin desconfianza á los fieros hombres del Norte. En rigor, no invadieron los bárbaros á Roma: Roma se les entregó, y ellos se posesionaron suavemente, ya del campo yermo que la escasa población latina no alcanzaba á cultivar; ya de las mermadas legiones que pedían soldados vigorosos; ya, por último, de los altos puestos que les cedía la pereza de degenerados patricios. Agricultura, ejército, generalato, consulado, todo cayó en manos del bárbaro, auxiliar del Imperio. Pero todavía no alcanza esta paulatina infusion de elementos bárbaros á transformar á Roma, á concluir con el pasado, y es fuer-

za que concluya: escrita está su sentencia; á la invasion pacífica suceden violentas irrupciones: los bárbaros se precipitan en masa hácia la tierra deleitable en que madura el dulce racimo, en que la mies alfombra las llanuras con áureo tapiz, en que palacios de mármol contienen vasijas de plata.

No los impulsa únicamente la codicia, ni el ánsia de trocar por más benignas regiones la inclemencia de su cielo, el horror de sus erizadas selvas: sienten que los impele al Mediodía fuerza providencial.—Alguien me empuja—dice Alarico al marchar sobre Roma: Atila se llama á sí propio martillo del universo, azote de Dios; la tribu más devastadora, los vándalos, se declara instrumento de la voluntad divina. Hasta la hechura de sus armas indica el oficio que á desempeñar vienen: en vez de la aguda y corta espada romana, que sólo sirve para el combate, los bárbaros empuñan su frámea contundente, su hacha doble que así abate al enemigo como hiende trabes y derriba puertas. Entran por Italia arrollándolo todo, haciendo riza y estrago: no respetan las magnificencias del arte, el primor de los monumentos, las amenas quintas, los ricos muebles: destruyen como niños, sin reparo ni previsión; cabe el roto lecho de marfil y púrpura, duermen envueltos en ásperas pieles; quiebran el vaso múrrino, y beben en el hueco de la mano. En compensación de

tantos destrozos, los selváticos conquistadores traen á Roma lo que más necesita. Próspero y victorioso se alzaba aún el Imperio de Nerva y de Trajano, cuando ya un eximio historiador latino, Cornelio Tácito, reprendiendo indirectamente la desenfrenada licencia de las costumbres y la enervación de las almas, describió á los bárbaros, á los germanos de azules ojos y blonda cabellera, encomiando su castidad conyugal, su lealtad en los contratos, su respeto á la mujer, sus toscas, pero varoniles costumbres. Raza belicosa y sobria, ansiaban los germanos perecer batallando: tenían las madres por afrentosa para sus hijos la muerte natural; á los cobardes se imponía castigo simbólico, ahogándolos en fango; consecuencia de tan recia disciplina, eran ciertas prácticas feroces; apenas se tenía por delito el homicidio; bañaba sus altares de piedra sangre humana; el cráneo del enemigo hacía de copa en el festín. No importa: á despecho de su braveza, la indómita horda estaba á punto para recibir la amorosa ley de los perseguidos: el Cristianismo. Creían ya los germanos en la inmortalidad del alma, mal afirmada por César y Cicerón, negada por Lucrecio, concebida por Virgilio como ensueño palingenésico; y no consideraban la vida futura descenso al vano reino de las sombras, sino entrada real en el Valhalla glorioso, donde premian eternos goces los mereci-

mientos del héroe. De las páginas en que Tácito pinta á las mujeres bárbaras, que reciben un solo esposo, así como tienen un solo cuerpo y vida, parece que se ve surgir la austera y honesta figura de la vírgen y de la esposa cristiana. La energía, gravedad y pureza de los bárbaros los señala y diputa para el apostolado, el sacerdocio y el martirio. Incapaces de comprender el refinamiento de la podrida civilización que á su paso se desmorona y cae, al momento entienden la majestad y hermosura de la joven Iglesia. Genserico y Atila retroceden, poseidos de respeto, ante el papa León; y cuando sus lugartenientes se maravillan de la conducta del uno, Atila exclama que escudando al Pontífice ha visto aparición terrible, de resplandecientes cabellos. Llegaba la invasora tribu á las puertas de alguna indefensa ciudad, y veíase salir de ella un viejo con hábitos sacerdotales, un obispo cargado de años, ofreciéndose por sus ovejas á conjurar la furia de las hordas exterminadoras: no pocas veces lo conseguía, y por su mediación se libraba la ciudad del degüello y del incendio. Así se impuso el Cristianismo á la fantasía y corazón de los bárbaros; y si fué memorable jornada aquélla en que Constantino vió en los cielos el lábaro que guía á la victoria, más solemne es la hora en que san Remigio derrama agua bautismal por la cabeza del sicambro Clodoveo. Roma, decrépita y mo-

ribunda, abrazó la causa de la cruz; los bárbaros la adoptaban jóvenes y pujantes.

Unidos el mundo romano y el bárbaro, bajo leyes nuevas para entrambos, comenzó la época de transición que dura hasta el siglo VIII, y prepara la Edad media. Anticipándose á Carlomagno, meditó ya Teodorico el Imperio de Occidente; Carlomagno lo realiza. Extirpadora del Arrianismo, portadora del Catolicismo á Sajonia, la raza franca produjo, no sólo al Cárlos, cuyo martillo, machacando á los sarracenos en Poitiers, inicia los triunfos de Occidente sobre Oriente, sino al otro Cárlos, al jefe de la cristiandad, personaje de desmesurado grandor, pórtico enorme de la Edad media, que resucita la idea de unidad imperial, reune bajo su cetro á francos y germanos, y es coronado y llamado *Augusto* por el Papa. Engrandecido por el mismo poder eclesiástico en que fundó su trono el merovingio Clodoveo, fué Carlomagno columna y antemural de la Iglesia. Escritores recientes, empeñados en amenguar la gloria del legendario Emperador, buscan causas segundas á que atribuir el renacimiento que á él sólo se debe: como si en el siglo VIII cupiese impulsar letras, ciencias y artes, sin contar con la Iglesia, su única depositaria. Iglesia y civilización eran una misma cosa; los sabios insignes que Carlomagno descubrió en diversas regiones, España, Italia, Anglo-Sajonia, para rodearse

de ellos, llevaban en sus cabezas la marca eclesiástica, la tonsura. Del fondo de los monasterios salieron á la voz de Carlomagno los despojos del naufragio de la sabiduría antigua, recogidos y custodiados allí por manos piadosas. Mas el gran adelanto propio del reinado de Carlomagno, y que lo distingue de todos los anteriores, es que el bárbaro se arraiga, se hace estable, se adhiere definitivamente á la tierra subyugada por sus armas. Hasta entonces, inquieto, movible, empujado por la incógnita fuerza de que hablaba Alarico, no halla reposo; con la misma periodicidad que crecen los rios, descienden los bárbaros á inundar á Europa; no fundan, no se paran á disfrutar lo conquistado; llegan, arrasan y se vuelven. Pero así que sobre las ruinas de la época romana comienza á alzarse otra distinta, la voz que ordenó al bárbaro andar y andar, le manda detenerse; y si ántes su fuerte brazo era ariete, ahora sus hombros robustos serán base y cimiento de la nueva sociedad. Cuando ve fijarse á las aventureras tribus, concibe Carlomagno la unidad administrativa, legislativa, religiosa, anhelada por Teodorico en épocas ménos propicias. ¿ Qué importa ya que al bajar al sepulcro su fundador se disuelva el imperio carlovingio ? Logróse el objeto principal; está organizada la Edad media.

Es la Edad media como borrosa y denegrida pintura, encubierta además por capas de

denso polvo. Si queremos distinguir el asunto y que se destaquen del fondo sombrío figuras ideales y místicas con auréola dorada, es fuerza que limpiemos antes el lienzo. Adviértese al primer golpe de vista el bello conjunto de la estatua griega: mas para apreciar la hermosura del arte medioeval es fuerza que corrijan entendimiento y corazón el juicio de los sentidos. Así en cuanto á la Edad media pertenece. Acertadamente observa Görres que si estudiamos tan poético período, nó con odio, sino con fe y amor, rómpese la puerta de bronce que de él nos aisla, y á la luz de una lámpara mortecina ya por el transcurso de los siglos, volvemos á ver lo que produjeron los tiempos pasados. Hoy se practica el precepto de Görres. Anticipóse la imaginación á comprender la Edad media, y sobrevino el período romántico: la inteligencia siguió sus huellas, y Francia, Italia y Alemania compitieron en producir eruditos, que con pacientes investigaciones y crítica sagaz redimiesen á los siglos medios de la nota de barbarie. Si todavía no faltan autores que, arrastrados por ciega parcialidad, califiquen la Edad media de época de tinieblas, de feto monstruoso, los doctos y reflexivos, exentos de las vulgares y mezquinas preocupaciones del *buen sentido* y del siglo XVIII, columbran al través de esas tinieblas luz clarísima, y distinguen la ventaja que lleva la sociedad bárbara al estado romano.

Señal característica de la Edad media es ofrecer al pronto, en todos sus aspectos, confusa diversidad. Definido y concreto, el arte helénico halla inmediatamente límite, mientras el medioeval, aspirando á expresar lo infinito, no cesa de excederse á sí propio y á la naturaleza en sus atrevidos arranques; y á vueltas de lo pueril y grotesco, suele acertar con lo sublime. De igual defecto de armonía adolecen las instituciones políticas que la Edad media produce: fáltales la uniformidad romana, la fijeza de las sociedades egipcias y orientales, rígidas y cristalizadas luengos siglos en una forma de gobierno; en la Edad media no hay forma que domine, y conviven todas: monarquía absoluta y mixta, república aristocrática, féudalismo ya despótico, ya patriarcal, demagogias municipales, amén de dos imperios casi siempre en lucha, el sacerdotal y el cesáreo. Por tales indicios, nunca pudo el mundo social creerse más desviado de su centro de equilibrio, la unidad. Engañosa apariencia. Hay en la Edad media un elemento de unidad suprema: elemento no material y externo, sino interno, profundo: la idea de Cristo, que á manera de aura vivificante y sutil penetra por todas partes, inspira leyes, costumbres, artes, ciencias; columna de fuego que guía á los pueblos errantes en el desierto de Europa, y les mueve á construir y crear, en vez de sentarse afligidos sobre las

ruinas que los cercan. No hay palanca más poderosa que una creencia para mover las multitudes humanas; no hay tampoco lazo más fuerte para unirlas: nó en vano se dice que la religión liga y aprieta á los hombres: otro tanto puede afirmarse de las razas y pueblos. Síntesis de la Edad media, la idea religiosa resuelve toda antinomia. Lucharán entre sí poderes, naciones, ciudades, monarcas: que los llame en su auxilio el Cristianismo, y verémos como se levantan unánimes.

Cuanto elaboró la creadora actividad de la Edad media, lleva, pues, sello cristiano, filosofía, poesía, pintura, arquitectura, ciencia, instituciones, derecho consuetudinario y escrito. Pero considerémos que si el Cristianismo imprimió dirección á la Edad media, no la formó exclusivamente; fuerzas extracristianas concurrieron á producirla; y, en consecuencia, no hemos de santificar sin restricción lo que de ella procede. Ni el elemento bárbaro ni el paganismo sucumbieron al ser bautizados Clodoveo y Constantino; dotados de vida tenaz, retoñando donde ménos se piensa, explican la complexidad de la historia en la Edad media, los contrastes que suelen maravillar al que la estudia. Si al lado de elevadas nociones morales reinan otras que sublevan la conciencia, distingamos, inquiramos el origen de ambos fenómenos, y su explicación será lógica.

No obstante, démos también á la barbarie

lo que le corresponde. A no ser por ella, Europa decadente se estancaría, como el agua de fétida laguna; las palabras concordarán mal, pero los hechos obligan á decir: gloria á la barbarie que ayudó á civilizarnos.

Dos cosas son fruto indudable de las costumbres bárbaras: el feudalismo y la servidumbre. Al imperio carlovingio sucede la anarquía feudal: comparémosla con la sociedad antigua. Se funda la organización de las repúblicas griegas y romanas en el predominio de la ciudad sobre el hombre: el Estado absorbe al individuo, la población urbana anula la agrícola, y Roma, sacando las últimas consecuencias del sistema, erige su ciudadanía en fuente única de derecho. Si alguno podían reclamar las demás ciudades, de ella lo recibían, como toman los planetas su luz del sol; desigualdad colosal, gigantesco privilegio, atestiguado por las célebres palabras de S. Pablo al sentir el afrentoso azote en sus espaldas. Sólo el ciudadano romano es hombre; los demás son vencidos, esclavos; los legisladores al escribir no contaron con ellos; preciso es que vengan los juristas feudales para declarar que en su origen todo hombre es franco y libre por naturaleza. Combatiendo la centralización romana el feudalismo dividió incesantemente: y un régimen tenido por tan opresivo é injusto fué el que hizo persona jurídica al campesino, al labrador, y lo alzó

del polvo de la tierra á la libertad y á la vida. Quiénes eran los labradores ántes del feudalismo? Reliquias de naciones sojuzgadas, á las cuales el vencedor concedía que, en vez de ser pasadas á cuchillo, le sirviesen de bestias de carga y labor. Y esto se tuvo por cosa tan corriente, que ni á Aristóteles, ni á Platón ni á Séneca, ocurre la idea extravagante de que el esclavo goce de otros fueros que el buey, en compañía del cual suelen uncirle para abrir el surco. Ay de los vencidos! Verdad que en ocasiones el ilota se alza rabioso, como acosada fiera; pero no invoca derecho alguno, pues sabe que no es capaz de él: sólo aspira á vengarse y exterminar. Para sacudir el yugo tiene un medio no más: dar vuelta á la rueda de la fortuna, acabar con los dominadores, hacerlos esclavos á su vez. Superioridad inmensa del feudalismo: no admite esclavitud: se funda en el contrato. El siervo reconoce á su señor y le rinde homenaje; mas la obligación es recíproca; el señor debe protección á su siervo; no divide insuperable valla al dueño de la tierra y al que la cultiva: ántes los une estrecho vínculo, comunidad de intereses. El villano puede redimirse, ascender á otras esferas sociales; la condición del esclavo antiguo era inmutable, la del villano mejora á cada paso: del siglo IX al XI se modifica notablemente; ya el siervo no está atado al terruño en que nació: se convierte en mesnadero; la

guerra le ennoblece, y desde vasallo, sube á hermano de armas del señor, que á su vez reconoce el deber de vasallaje, acatando al monarca. Camina así el individualismo feudal á resolverse en unidad, y asociando á los magnates al consejo regio, preludia el parlamentarismo moderno: hecho que ayuda á explicar un fenómeno de la Edad media, muy digno de estudio, á saber: el influjo extraordinario de lo que hoy llamamos opinión pública, del sentido moral en la sociedad: fuerza tan poderosa, que hasta alcanzaba á subyugar á los reyes—como sucedió, por ejemplo, á los sucesores de Ludovico Pio, estigmatizados por el trato inicuo que dieron á su padre.—No pudo el feudalismo, forma en sumo grado transitoria, consolidar debidamente la organización europea; y la Iglesia, contrapesando el gobierno individual y local de los señores con la centralización antigua, robusteció un principio más perfecto, las nacionalidades. Fundadora del derecho de gentes, de la noción de igualdad, la Iglesia pudo tolerar provisionalmente el feudalismo, nunca aceptarlo como forma duradera y justa. Después de suprimir la esclavitud, transige por necesidad con la servidumbre, mas no la consagra. Sin tregua recuerda y avisa al señor que no le pertenece ni la vida ni la honra del siervo. En no pocas cartas de emancipación de siervos, el señor se declara movido del deseo de salvar su alma

y redimir sus pecados. Y en efecto el *clérigo*, limosnero ó capellán, que vive con el señor, que se sienta á su mesa, que entretiene las monótonas veladas leyendo algún interminable poema caballeresco, alguna crónica informe, ese hombre que ejerce sobre el rudo barón doble supremacía de saber y moralidad, de ciencia y conciencia, es hijo y nieto de siervo; pero la religión que profesa le enseñó el dogma de la igualdad humana, la redención, la sangre de Cristo derramada por todos los hombres sin distinción de clases: poco á poco ya se lo irá inculcando al altivo descendiente de los bárbaros.

No fueron los siglos medios edad de oro, épocas patriarcales y venturosas: importa declararlo, evitando el riesgo de embellecer y modernizar la Edad media, y mudar y desfigurar su fisonomía histórica. Léjos de fingir una Edad media al uso de nuestros dias, conviene que para entenderla, retrocedamos y aprendamos á vivir en ella; arte difícil y de pocos practicado. Convengamos, pues, en que los castillos señoriales no solían ser nidos de tórtolas, sino de buitres, y que el estado permanente del feudalismo es la violencia y el combate: que el siervo se halla á merced de un arrebato de ira; que la sierva moza y hermosa, si amaneció en su cabaña, no vive segura de no anochecer en la sombría cámara del torreón; que el mercader ó el viajero, al

cruzar las lindes del dominio de algún señor famoso por su rapacidad, se encomienda al cielo, recordando que los que atraviesan aquel formidable territorio se exponen á ser colgados de los pies sobre encendida hoguera, ó torturados hasta que suelten oro para rescatar su sangre; que el náufrago, al arrojarlo las olas á la playa, halla, en vez de socorro, cautiverio y muerte; porque lo que el escollo produce, propiedad es del dueño del escollo. ¿Ni por qué han de sorprendernos tamaños desafueros, sabido el origen del derecho feudal? El señor es el bárbaro victorioso de ayer, que ya no emigra, y forzosamente estacionario, habita la porción de tierra ganada á punta de lanza. Cuando no caza ni guerrea, consúmele el tedio, y solitario por efecto de su mismo poder, lo ejerce de inhumana y desapiadada manera. Ignora las delicadezas y primores exquisitos de la opulenta vida romana: un humeante cuarto de jabalí en la ancha mesa de roble, un mediano monte de leña en la chimenea, la luz caliginosa de las antorchas de resina, son su lujo; por lo demás, suele dormir y vestir con no mayor regalo que el siervo; tiene el cuerpo curtido por su dura existencia, y el entendimiento velado por la ignorancia; rapiñas y crueldades le sirven de pasatiempo, y ayudan á engañar la instintiva nostalgia de sus libres bosques. La fantasía del germano, ayer sobreexcitada por la pers-

pectiva de la emigración, hoy ociosa en la tétrica soledad del castillo, pide alimento; mas no siempre se lo proporcionarán fechorías dignas de bandidos: habrá de hallarlo también en el espíritu caballeresco, y, señaladamente, en las Cruzadas.

Hay quien tiene por ficción poética la caballería, confundiéndola con la literatura que de ella se engendró; pero el aroma de la flor caballeresca embalsama la historia de tres siglos, del XI al XIII. No bien de la continencia y lealtad bárbaras, unidas al Cristianismo, resulta el culto de la mujer y el sentimiento del honor, la caballería nace. Sus ceremonias son simbólicas y religiosas. El postulante á la órden de caballería se prepara con vigilias, oraciones y ayunos: después comulga y se viste blanca túnica, emblema de la limpieza de su alma; sobre esta túnica suele ponerse sobrevesta roja, indicio del anhelo de verter su sangre por Cristo. Ármanle caballero en nombre de Dios, de san Miguel, de san Jorge, encomendándole la honradez, la sinceridad, el desprecio de la vida, el respeto de la fe jurada: todo acompañado de preceptos entre galantes y místicos. Para el caballero, la mujer es un ente superior á la humanidad: la fe cristiana la glorificó en María, vestida del sol, coronada de estrellas, hollando con divinos piés la lùna: ya el bárbaro en sus remotos bosques había visto en las profetisas y vírge-

nes de la tribu algo misterioso y sacrosanto. No obtuvo la matrona romana ser apreciada, sino como medio de acrecentar la república; hija de aquellas sabinas que sus esposos robaron cual robarían un saco de trigo si tuviesen hambre, no llegó nunca á conseguir entero respeto. Sus títulos de gloria son sus hijos: como la heredad, vale tanto cuanto produce; nada es por sí misma; si adquiere personalidad, es la ambiciosa Fulvia, la depravada Mesalina del poeta. En cambio la Edad media coloca á la mujer sobre el pedestal del amor desinteresado, que profesa, nó como vana fórmula, sino en la vida práctica: así es que en épocas de fuerza y violencia, son confiadas á flacas manos femeniles las riendas del Estado, el cetro de la justicia; se otorgan á la mujer los derechos de heredar, de administrar sus bienes, de poseer condados y feudos, de armar á sus vasallos, de juzgar los pleitos y diferencias; con la minoría del hijo empieza la regencia de la madre; las Berenguelas y Blancas de Castilla gobiernan como esforzados varones: la dama es al par sagrada y poderosa; la musa erótica se contiene y eleva, por no profanarla. Aun en la propia inmoralidad de las *cortes de amor*, se nota cierto espiritualismo harto diverso de la franca y brutal corrupción romana. No hemos menester llegar hasta Petrarca para comprobar la existencia del depurado concepto sentimental y platónico que

animó á la caballería; Petrarca pertenece ya al Renacimiento; basta que consideremos al cantor extraordinario que cierra la Edad media; poeta de carne y de sangre, positivo y realista hasta rayar en grosero, legista, filósofo, teólogo; verémos no obstante como recoge en su seno la rosa del amor ideal que tan presto va á marchitarse, y se declara rendido cautivo de una niña, que por vez primera divisó á los nueve años de edad, de quien siempre vivió apartado, pero á cuya vista sentía agitar sus miembros fuerte temblor, y cundir por sus potencias una llama de caridad, que le movía á perdonar á sus enemigos. Cuando el cielo reclama para sí á la hermosa Beatriz Portinari, su recuerdo alumbra el entendimiento de Dante, que por mirarla otra vez cruza los círculos temerosos del Infierno, se baña en las aguas regeneradoras del Purgatorio, y asciende á las esferas de luz del Paraiso. No es ficción poética la mujer bienaventurada: la poesía caballeresca se inspira en la verdad; Beatriz existió y pisó las calles de Florencia antes de ser coronada por los ángeles en las estrofas del poema sacro; la imaginación de los trovadores no creó ritos, ideas, actos caballerescos: limitóse á rimar ó á dar contextura novelesca á la epopeya de la Edad media, la caballería, en sus tres formas: guerra, amor y religión. Cierto que el esplendor, la edad heroica de la caballería,

fué breve: no obstante, todavía en el Renacimiento exhala su último canto por boca del cisne sorrentino, sus funerales son una lágrima de Torcuato Tasso, una sonrisa de nuestro *manco* inmortal.

A duras penas dispensó Roma á la mujer justicia: la Edad media le concedió la gracia. Al par que el amor caballeresco la exaltaba, la Iglesia la ponía en los altares, ornando su frente con el nimbo de la santidad. En el crepúsculo de la Edad media asoma, como lucero matutino, la celeste figura de la santa mujer; todavía no han comenzado á disiparse las sombras de la barbarie, cuando aparece Clotilde. Reinando Clodoveo sobre los francos, había una príncesa de hermosura grande, de claro entendimiento, de firmes convicciones católicas: era sobrina del arriano Gundebaldo, rey de los burgundos. Llevó el galo Aureliano á la doncella el anillo nupcial, de parte de Clodoveo; y á despecho de su repugnancia á desposarse con un pagano, Clotilde lo aceptó, movida de la esperanza de convertir á su esposo. Consiguió desde luego enamorarlo, y nació de su matrimonio un niño que su madre hizo bautizar. Habiendo enfermado y muerto la criatura, dijo Clodoveo con impaciencia: —«no muriera el niño, si estuviese consagrado al Dios de mis padres.» —A pesar de lo cual, al dar á luz Clotilde su segundo hijo, bautizólo también, y cuando

enfermó á su vez, como el primogénito, Clodoveo auguró que moriría, puesto que había recibido el bautismo. Pidió Clotilde á su Dios con lágrimas y oraciones la preciosa vida del infante, y fuéle concedida; y á poco, hallándose Clodoveo empeñado en sangrièntа batalla cerca de Colonia, Aureliano le dijo:—«Invoca, señor, al Dios de Clotilde, que te dará la victoria.»—Alzando las manos al cielo, Clodoveo exclamó:—«Jesús, tú á quien Clotilde me anunció como hijo de Dios vivo, tú que, segun ella afirma, proteges á los desdichados, escúchame, porque te imploro: quiero creer en tí; concédeme la victoria, para que tenga fe y reciba el bautismo!»—Inmediato fué el efecto de la plegaria: la vista de su jefe invocando al verdadero Dios encendió en ardimiento á los galos católicos; el enemigo quedó ignominiosamente derrotodo, y Clodoveo recibió el bautismo con tres mil guerreros de su ejército. Esta es la leyenda de santa Clotilde, doméstica y sencilla, que se reduce al influjo ejercido en la familia por una mujer piadosa; y sin embargo representa la formación de una gran nacionalidad, una era nueva para los francos y para Europa. Clotilde sirve de precursor á Carlomagno; si éste constituye la Edad media, la Santa merovingia la anuncia

No hubiera sido muy importante el papel de la caballería, siempre que se redujese á

abstractas contemplaciones de metafísica amorosa, ó á mero ritual de honor: pero tuvo su período de acción, las Cruzadas. El gran movimiento que desplomó al Occidente sobre el Oriente, comienza á fines del siglo XI y llena el XII y el XIII: la época caballeresca. Su valor histórico no pende tanto de su magnitud y duración, cuanto de que revela la unidad infundida por la Iglesia al discorde mundo feudal: las Cruzadas son el primer acontecimiento europeo: el continente percibe su propia identidad mediante el sentimiento que le impulsa y precipita en dirección de Asia; él fué eslabón que enlazó á pueblos tan diversos en lengua, carácter y costumbres. Y no solamente Europa, sino cada una de las naciones que la constituyen, entiende y afirma su unidad moral en tan graves y decisivas circunstancias. La expedición á Troya en busca de la hermosura física, personificada en Helena, formó — á despecho de sus lances desastrosos, — las griegas nacionalidades: los cruzados, atravesando los arenales de Palestina por rescatar el Santo Sepulcro, consiguieron otro tanto para Europa. Y por que no falte á las Cruzadas ningun signo de los que acompañan á los acontecimientos capitales en la Historia, no nacieron en la cámara del consejo de los reyes, ni en la imaginación caballeresca y sedienta de aventuras de los nobles, sino en el pueblo, de las predicaciones de un hombreci-

llo miserable; ni las determinaron profundas combinaciones políticas, sino el culto de las reliquias, nacido con los primeros cristianos: siendo la tumba de Cristo reliquia venerable entre todas, indignaba á la multitud verla en manos sarracenas: esta consideración era principal recurso de la tosca oratoria del tribuno católico, Pedro el Ermitaño.

Largo tiempo hacía que la cristiandad pusiera los ojos en Jerusalén. San Jerónimo y sus doctas amigas Paula y Eustaquia, san Gregorio, la emperatriz Eudoxia, el emperador Heraclio, moraron por devoción en aquellos lugares, escenario de la sacra tragedia del Gólgota; mas hasta el siglo VI, podían los cristianos fácilmente visitarlos y habitar en Palestina; Siria y Judea, pobladas y fértiles, profesaban la fe de Cristo; y el que solicitaba conocer á Belén y á Sión, no corría peligro alguno en el viaje. A fines del siglo VI, cuando comienza á dominar en Europa el Cristianismo, nace en la Meca un niño, que pasa su solitaria juventud en el desierto, guiando camellos, y á los cuarenta años se presenta y da por profeta del Dios único, fundando la religión del Islam, ley de conquista, que prescribe á sus adeptos la imposición de la fe por medio del alfange. Gran parte de Asia, Africa entera, fueron invadidas por las huestes de los creyentes de Mahoma; sus triunfadoras armas amenazaron á Constantinopla, penetraron en

la península ibérica, y sólo las contuvo, cuando ya osaban atacar las provincias meridionales de Galia, el brazo semibárbaro de Cárlos, el del martillo de hierro. Mahoma, que no despreciaba la Biblia y se servía de las tradiciones hebreas, inspiró á sus secuaces veneración profunda hacia Jerusalén, que aprendieron á reverenciar por tierra prometida; y dócil á esta creencia, apresuróse Omar á emprender el asedio de la sagrada ciudad, y el patriarca Sofronio espiró de pena viendo á los infieles que profanaban con su presencia los lugares benditos. Amargo y mortal dolor que se comunicó á la cristiandad toda. Desde que los mahometanos son dueños de Jerusalén, las caravanas de peregrinos aumentan; mas no van rebosando alegría, no entonan himnos de gracias: caminan agobiados de tristeza, exhalando, como Jeremías, hondos gemidos al ver hollada y esclava la ciudad de Dios. Persuadidos de que el cautiverio de Jerusalén es castigo impuesto á las culpas de los cristianos, acuden á ella penitentes, á expiar, á sufrir, palmeros hay que cumplen el viaje descalzos, aherrojados, cabeza y hombros sembrados de ceniza; otros, al regresar á su país, renuncian al mundo encerrándose en algun monasterio. Un pobre cristiano, Leutaldo, llegado al monte Olivete, se consumió á puros ayunos y penitencias, hasta acabar con la vida.— « ¡ Gloria á Dios! »—gritó al exhalar el últi-

mo suspiro. Al tiempo que el nombre de Jerusalén estremecía todos los corazones, y el ansia de libertar el Sepulcro de Cristo devoraba á todos, Pedro el Ermitaño, varón exaltado y vehemente, corrió á los Santos Lugares, y después de unir sus lágrimas á las del patriarca Simeón, volvióse á Italia y fué arrebatando con su zelo, desde las turbas de siervos y mujeres á quienes predicaba en las plazas públicas, hasta el papa Urbano II.

La primer cruzada, como obra de este hombre creyente y sin más direccion que el entusiasmo, fué popular, espontánea, mal preparada y peor dirigida. La vanguardia de las informes y bisoñas huestes la pasaron á cuchillo los búlgaros; diez mil cruzados perecieron bajo los muros de Niza; el ejército, ó más bien la horda reunida á las márgenes del Rhin, prefirió degollar judíos á combatir sarracenos; por último, al ponerse en marcha, tomó por guía una cabra y un ganso, sirviendo de desenlace á su éxodo perecer en masa ante el lago Ascanio, á manos del sultán de Nicea: hecatombe estéril y colosal, que por mucho tiempo recordaron blancas pirámides de huesos, bastantes á erigir los muros de una villa.

Sólo la nobleza sabía guerrear: eminente consagración del feudalismo. Mientras el siervo ara, cultiva, desmonta la tierra, el señor fortifica su brazo, adquiere destreza, ya en los juegos bélicos, ya en el ejercicio de la ca-

za : no soporta el villano el peso de la armadura , ni acierta á regir el noble corcel ; ménos aún á organizar y mandar una hueste. Y de tal modo lo comprenden los villanos , que áun la incoherente y heterogénea tropa que pereció cerca de Nicea había elegido por jefe, de común acuerdo, á un caballero que casualmente se hallaba en sus filas, *Gualtero sin hacienda*, al cual tal vez la pobreza movió á unirse con la informe columna humana , y que combatió como un león, hasta caer atravesado por siete flechas. Disipada ya la espuma, deshecho el indisciplinado é inútil ejército de los siervos, avanzan hacia Oriente los tercios briosos y magníficos de príncipes y señores, la flor de la caballería: poetas meridionales, aventureros normandos, héroes de novela y de balada: Tancredo, el invencible; Boemundo de gigantesca estatura y azules ojos; y, mandando tan lucida cohorte, el descendiente de Carlomagno , el vírgen Godofredo, que á pesar de su corta talla podía, de un mandoble, hendir á un jinete desde el casco hasta la silla, y segar de un revés la cabeza de un toro. Detuviéronse los jefes cruzados, henchidos de curiosidad y asombro , en los umbrales de Oriente, en Bizancio, que les brindaba un espectáculo desconocido de las rudas cortes europeas: un emperador retórico, una princesa escritora y filósofa , y , amontonadas en soberbios palacios de mármol y jaspe, preciosidades , joyas del

arte y de la civilización greco-romana. Cuando dejaron el oasis bizantino para internarse en el desierto, comenzó el suplicio de las pesadas columnas occidentales, presas en cárcel de hierro que caldeaba un sol de justicia. La sed enloquecía y volvía hidrófobos á los lebreles de caza, los halcones se caían muertos, erizado el plumaje; los hombres se disputaban agua pantanosa y repugnantes líquidos; para colmo de padecimiento, rápidas guerrillas turcas picaban la retaguardia á los cruzados: mas estos no eran ya las desordenadas turbas de Pedro el Ermitaño; llegaron diezmados, moribundos, pero unidos y en correcta formación á acampar ante el circúito de Antioquía, donde les reservaba su primer lauro la victoria. Terminaba el siglo XI, cuando los cruzados entraron por fin en Jerusalén, el mismo dia y á la misma hora en que espiró el Salvador en la cruz. Fué horrible el asedio: sobre las cabezas de los sitiadores había llovido plomo líquido, estopas abrasando, hirviente pez, fuego griego; mil veces retrocedieron desalentados, lamentando que sus culpas diesen causa á Dios para cerrarles las puertas de la santa ciudad, hasta que reanimándose su ardimiento, les pareció que el celestial caballero San Jorge, embrazado el escudo y lanza en ristre, acudía á auxiliarles, y que las almas de los cruzados muertos combatían á su lado en la muralla. Al tratar de adjudicar la

diadema del reino conquistado, verdadera corona de martirio, todos pensaron en el austero Godofredo de Bullón, el perfecto cristiano, único que, una vez rendida la plaza, en lugar de bañarse en sangre sarracena hasta el pretal del caballo, se descalzó y corrió á postrarse ante el Sepulcro de Cristo. Varon tan heroico y humilde no quiso ser llamado rey donde á Cristo ciñeron irrisoriamente de espinas, ni aceptó más título que el de abogado y baron del Santo Sepulcro. Así se alzó de nuevo la cruz en Jerusalén.— « ¡Ay de los creyentes! »—sollozaba en elegíacos versos el poeta musulmán. — « No queda á nuestros hermanos otro asilo que el lomo de los camellos ó las entrañas del buitre! »

Poco más venturosa fué la condición de los cristianos que se establecieron en Oriente. Godofredo ganó en breve la palma de mártir, comiendo envenenada fruta, traidor presente de un emir: su hermano Baldovinos, harto más desdichado, se emponzoñó voluntariamente adoptando los hábitos de molicie de los sarracenos, desposándose con mujer pagana, y muriendo al cabo en mitad del desierto, despedazadas las entrañas por agudos dolores. Sosteníase la posesión del reino de Jerusalén, merced á perennes y mortíferas luchas; los cristianos menguaban, mientras el desierto enviaba á Palestina y Siria musulmanes más numerosos que sus arenas. No era próspero es-

tado el del islamismo al invadir los cruzados á Judea, antes lo dividían excisiones profundas: el puñal de los seides del *Viejo de la Montaña* siendo pesadilla de los emires, degradado el califato de Bagdad, sin fuerzas el de Cairo, desmembrado el de Córdoba, España adelantando en la reconquista y acorralando cada vez más á sus invasores hacia el litoral, todo indicaba la inminente decadencia de los sarracenos; y no obstante, la tierra abrasada de Palestina, concluía con los cristianos, el clima los enervaba: su propio descuido motivó la entrega de Edesa, donde implacable carnicería proporcionó á los musulmanes cumplidas represalias de Jerusalén. Los cadáveres amontonados en las calles, llegaban hasta las ventanas de las casas; los obispos fueron degollados; azotado públicamente el patriarca armenio.

Fuerza era que se despoblase Europa; si había de atender á las tristes voces que desde Tierra Santa pedían socorro; si había de vengar la matanza de Edesa, é impedir que los cristianos que aún quedaban en Ultramar sufriesen la misma suerte. Organizóse la segunda expedición al doble impulso de la voz de san Bernardo y de los remordimientos de Luis VII de Francia, ansioso de expiar las crueldades ejercidas en los habitantes de Vitry. Así la cruzada va trasmitiéndose del pueblo á los nobles, de éstos á los reyes y empe-

radores. Con Godofredo no iba ningun monarca: ahora son el rey de Francia, el César de Alemania Conrado, la reina Leonor, quienes se encaminan, seguidos de doscientos mil hombres á Judea. Malos hados cayeron á aquella cruzada segunda: vendido por el Emperador de Constantinopla, extraviado en los infinitos arenales por los guías griegos, hallóse el ejército latino solo en ignota llanura, sin fuentes, sin hierba para los caballos, rodeado de inmensa muchedumbre de turcos que, dice el cronista, ladraban como perros y aullaban como lobos, y hubo de emprender desastrosa retirada, dejando los desfiladeros que atravesó sembrados de muertos. Volviéronse mohinos á Europa los que quedaron vivos para contar la desdicha: todo se había conjurado á motivarla; la rivalidad de Conrado y Luis, la perfidia de Manuel Comneno, la altivez y liviandad de Leonor, el calor insufrible, las pesadas armas, los lentos y flemáticos trotones alemanes, que no podían competir con los fogosos corceles árabes; la necesidad que experimenta el hombre del Norte de reponer sus fuerzas comiendo y bebiendo, y la imposibilidad de allegar víveres en las infecundas planicies que tuesta y requema un sol de brasa.

Y todo ello fué preludio, no más, de mayores calamidades. En el último tercio del siglo XII aparece el martillo de la cristiandad, Saladino. Vivió el celebrado héroe mu-

sulmán hasta los treinta años de su edad envuelto en libertinaje, oscurecido en un serrallo. De repente se apareció grave, compuesto, fanáticamente devoto, sometiendo á Egipto al imperio de Noredino, destronando á los Fatimitas, y, cuando Noredino muere, haciéndose proclamar sultán de Damasco y del Cairo, príncipe de los creyentes: usurpación que presto cohonestó aniquilando el poder cristiano al borde del lago de Tiberiades, apoderándose de la verdadera Cruz, cogiendo prisioneros,—tantos en número que llegó á venderse un caballero franco por un par de babuchas—y, finalmente, penetrando en Jerusalén, que ya nunca acertaron á redimir las Cruzadas posteriores. La pérdida de Jerusalén arrancó á Europa un grito de dolor, otro á san Bernardo. El ascético abad de Claraval, hombre singular que bebía aceite creyendo beber agua; que escribía diez renglones al rey de Inglaterra y diez páginas á un pobre monje; que caminaba una tarde entera á orilla del lago de Lausana, y por la noche solía preguntar dónde estaba el lago; que asociado á todos los grandes sucesos políticos de su época, desdeñaba la mitra y la tiara; que extenuado por el trabajo y la penitencia, á duras penas lograba tenerse en pié, y sin embargo pudo predicar la Cruzada á cien mil hombres; gimió al saber que los triunfos de Saladino malograban el fruto de su labor he-

roica:—«Por qué, oh Señor, no has perdonado á tu pueblo!»—Apenas parece posible imaginar mayores desventuras que las que plañía el santo reformador del Císter: con todo, en el siglo XIII, las Cruzadas ofrecieron espectáculo más triste aún: la muerte de Luis el Santo, el regreso de Felipe el Atrevido trayendo, á guisa de botín de la expedición de Tünez, cinco ataudes, que encerraban otros tantos cadáveres de individuos de su familia.

Ciego será no obstante el historiador que sólo vea en el magno arranque de las Cruzadas tentativa vana y estéril, aborto miserable de una gran empresa, ó á lo sumo ímpetu sublime pero infructuoso. Al convencerse Europa de que las Cruzadas fracasaban, la mente volcánica del español Raimundo Lulio concibió que la guerra no es camino de Jesucristo, y que la victoria del Occidente sobre el Oriente había de realizarse por absorción é imposición científica, por nuestra superioridad religiosa, intelectual y moral: generoso ensueño andantesco que llevó al *Doctor iluminado* á morir muerte oscura, gloriosa ante Dios tan sólo, en abrasada playa del Africa. Noble, filosófica y alta era la idea del pensador mallorquin, pero prematura: en la Edad Media hace la guerra oficio civilizador: contacto violento, choque si se quiere, de dos pueblos, de dos razas, al fin las obliga, mal de su grado, á conocerse, á estudiarse mutuamente.

Nunca se armó Europa por más legítimos móviles que para combatir al Islám: el derecho de defenderse supone el de atacar, y si la Cristiandad anduviese remisa en embestir, los mahometanos, obedientes á su dogma de predicar conquistando, se hubieran adelantado á arrojarse sobre ella. Instinto poderoso de conservación compelía al Occidente á salvarse dominando el Asia. Mas, aparte de esta ventaja política, débense otros muchos bienes á las Cruzadas. Abrieron vías al comercio y á la industria: enseñaron á Europa refinamientos aprendidos en Oriente, con que suavizar la tosquedad de sus costumbres y vida; en Bizancio entrevieron los esplendores del arte, y cautivos de su hermosura, lo fomentaron mas tarde en su patria; áun moralmente ganaron harto en Palestina los caballeros latinos: volviéronse más humanos, más corteses, más sociables y benignos en todo: al regresar de Palestina, el señor no es ya el bárbaro hosco y cruel: muchos emancipan sus siervos; otros introducen en su hogar delicados y selectos goces; ya no se creen aislados en su señorío, ni áun en Europa: saben que hay más mundo que el Occidente: traen nociones de geografía, han visto nuevas faunas y floras, razas y hombres; se ha ensanchado su antes confusa y mezquina noción del Universo. En suma, y atendida la magnitud, ya que no el carácter, de sus resultados,

las Cruzadas fueron tan fecundas como la caída del imperio romano y la irrupción de los pueblos del Norte.

Anima á las Cruzadas un pensamiento elevadísimo, que no alcanzan á eclipsar los excesos y crimenes que las mancharon. Son guerra de penitencia, y expiación; la lucha de la Cruz, el fuego del Purgatorio sufrido en la tierra, segun enérgicamente decían los cristianos de entonces. Si vencedores, humíllanse ante el Sepulcro Santo; si vencidos, se maceran, porque imaginan que Dios derrama hasta las heces la copa de la ira, en castigo de sus pecados. Cuando Godofredo recibe á los diputados de Samaría, éstos se asombran de ver á tan excelso príncipe sentado en el duro suelo: y como el monarca les contestase que bien puede la tierra servir de escaño á quien en ella ha de morar después de la muerte, inclínanse exclamando—«En verdad que merece conquistar el Oriente semejante hombre.»—Consiguen las virtudes de san Luis edificar á los mismos musulmanes, y hacerle moralmente soberano de sus enemigos. Movido de la fraternidad que establecía el nombre común de cristiano entre los que visitaban aquellas apartadas regiones, Ricardo Corazón de León, que no fué ciertamente en su conducta ejemplar, aunque sí bizarro é incomparable paladín, expuso la vida por salvar la de algún infeliz arquero de su ejército: el jefe arran-

caba de la casa paterna al siervo, pero se conceptuaba obligado á velar por él, á defenderlo; el feudalismo afirmaba en Palestina su carácter patriarcal y protector.

Obsérvase en toda guerra un tanto larga curioso fenómeno: á proporción de la sangre vertida, de las trabadas lides, de los padecimientos y privaciones soportadas, mengua, en vez de crecer, el odio recíproco de los adversarios. Esto sucedió en la pugna secular de las Cruzadas: el Occidente se aproximó al Oriente, y disminuyó su mutuo horror. Otro tanto acontecía en España, donde la Cruzada duraba perpetuamente. Príncipes castellanos tomaron esposas árabes; la guerra se hizo, no sólo con tolerancia, sino con hidalga cortesía; el moro no se quedó atrás, y adoptó formas caballerescas; á su vez la ciencia fué terreno neutral en que pacíficamente convivieron invadidos é invasores, y el califato de Córdoba puerta por donde pasaron á Europa los conocimientos de los árabes, Matemáticas, Comentarios de Aristóteles, Astronomía y Geografía: todo ello sin que se interrumpiese la lidia, sin que estuviesen ociosas un punto tizonas y lanzas. A principios del siglo XIII, las provincias del Mediodía de Francia son en costumbres y usos semi-moriscas, y hasta en sus vicios y herejías se advierten resabios orientales; Federico II es un sultán árabe; Ricardo Corazón

de León ofreció su hermana al sarraceno Malek-Adel, de quien se declaraba compañero de armas. Fué harto provechoso que, cuando apenas existía el derecho internacional, el espíritu caballeresco humanizase la guerra, salvase el honor de las mujeres, la vida de indefensos niños y ancianos, asegurase la observancia de treguas y capitulaciones, la existencia de los prisioneros, é infundiese á los musulmanes ideas que jamás les hubiera sugerido el libro sacro de su fanático profeta. Un trovero contemporáneo nos refiere, en rudo apólogo, como Saladino deseó ser armado caballero por el príncipe Hugo, á quien cautivára peleando. Hugo hace que el mahometano peine y aliñe sus cabellos y barba: después le ordena bañarse: el Sultán le pregunta el sentido de aquellas ceremonias.—«Señor, ese baño en que te bañas, significa que, así como el niño, limpio de todo pecado, sale de las fuentes bautismales, así debes salir tú sin mancilla, y tomar un baño de honor, cortesía y bondad.» — «Por Alá el grande—responde el sarraceno — que me place el principio.» — «Prosigue el trovero narrando las demás fórmulas: á cada rito, Saladino pregunta, Hugo explica: la veste de blanco lino es la pureza que el caballero debe guardar; la roja sobrevesta, la sangre que ha de estar pronto á verter por su fe; el negro calzado, la

memoria de la muerte que cura vanidad y soberbia; las espuelas, el deseo de correr en servicio de Dios. Concluida la ceremonia, armado caballero el emir, dícele el cristiano. —«Ahora eres mi compañero y amigo; tengo derecho á pedirte prestado, y te pido la cantidad necesaria para mi rescate.»—

Por la iniciación que la precede, por la confraternidad moral que representa la Orden de Caballería, que se precian de recibir los musulmanes, es fruto del Cristianismo. Buena parte de sus tendencias procede, sin embargo, de la raza germánica, aventurera y andante cual las golondrinas, que salía de los bosques en demanda de altas empresas que acometer, y que en la jerarquía de la tribu poseyó el germen de la nobiliaria; así como de la raza normanda, los Guiscardos, los Rogerios, que con un puñado de piratas intimidaban á Europa, y con una flotilla de esquifes endebles ganaban un trono; pero el Cristianismo señaló más altos fines á la irreflexiva y feroz valentía de los pueblos conquistadores y les mostró, como objeto de la actividad bélica, nó saqueos y estragos, sino la defensa de la religión, la justicia, el amparo de los menesterosos y oprimidos. De tirano pasa el caballero á redentor: admirable metamórfosis, progreso moral que sólo la Iglesia pudo obtener en aquellos siglos. Ideas caballerescas que se comunicaron al pueblo: cuando Felipe Augusto, despreciando

juramentos prestados sobre los Evangelios, quiere invadir á Normandía, niéganse á seguirle sus vasallos.

Unidas caballería y religión, produjeron las Ordenes militares. Vió el siglo XII surgir milicias extraordinarias, obligadas á la doble pugna de vencerse á sí mismas con la continencia y con las armas á los infieles. Frente al Santo Sepulcro, sirviendo humilde hospicio de palmeros, comenzaron los Hospitalarios de san Juan: su prior Gerardo de Ton les fijó regla y traje: túnica negra, y en el pecho blanca cruz. La región aventurera y entusiasta por excelencia, la Península Ibérica, da ella sola seis órdenes, consagradas en cuerpo y alma á la reconquista; Raimundo de Fitero idea la de Calatrava; los hermanos Suarez y Gómez, aconsejados de un ermitaño, la de Alcántara; los Santiaguistas se proponen defender á los peregrinos que van á Compostela; la confraternidad caballeresca de Evora y Avis reune á los hidalgos portugueses; Alfonso Enriquez, sintiéndose escudado por luminoso arcángel cuando se mete entre las haces moras á recobrar el estandarte del reino, instituye la de San Miguel. Dedicóse la de Malta á proteger la navegación y el renacimiento del comercio, y fué por espacio de más de un siglo centinela avanzado que impidió al turco lanzarse sobre Italia. Más útil todavía, la Orden Teutónica, establecida en Alemania, bajo la regla de san

Agustín, defiende á Europa de las invasiones septentrionales, sojuzgando á las errantes razas de las orillas del Báltico, dando tiempo á la civilización para organizarse y resistir el empuje de los mogoles, hordas sin patria, límite ni frontera, movedizas como los témpanos de hielo y el polvo de las estepas; y fundando la mayor parte de las ciudades de Prusia: en suma, constituyendo la Alemania del Norte. Célebre entre todas las restantes por su poder, extensión y riqueza, su prestigio poético, su trágica y oscura historia, es la Orden del manto blanco con roja cruz: el Temple. Tan escasa se vió al principio, que en el trascurso de nueve años, no pudo allegar más de nueve miembros; tan pobre, que montaban dos Templarios en un solo caballo; tan dependiente, que el patriarca de Jerusalén les daba habitación cerca del Templo Salomónico, de donde provino el nombre de la Orden. Su regla, austera, mística, belicosa, es obra del apóstol de las Cruzadas, san Bernardo. El mismo dibuja con trazos enérgicos al templario primitivo: pelo cortado al rape, barba erizada y polvorosa, cutis requemado por el hierro y el sol, jinete en fogoso bridón, incansable campeador, hallando su deleite en las armas y su reposo en las fatigas. Así vivían, en efecto, los individuos de aquella Orden insigne, cristianos por la devoción, por la sobriedad árabes, siempre galopando al través de la inflamada arena del desierto, bus-

cando palmeros á quien escoltar ó sarracenos con quien reñir, reclamando y disputando á los Hospitalarios el derecho de formar la vanguardia en los asaltos y la retaguardia en las retiradas. Era precepto para el templario aceptar siempre el combate, áun hallándose uno contra tres enemigos; no podía pedir cuartel, ni ofrecer rescate, ni entregar un lienzo de muralla ni una pulgada de tierra.— «Id»—les exhortaba San Bernardo —«expulsad á los adversarios de la cruz de Cristo, seguros de que ni la vida ni la muerte os privarán del amor de Dios. Ante todo riesgo, decid: *vivos ó muertos, pertenecemos al Señor*... Gloriosos los vencedores, felices los mártires!»—Temible escuadrón de frailes batalladores, el Oriente tembló ante ellos: y no pudiendo vencerlos, los corrompió, los bastardeó, hasta que en el siglo XIV, las inmensas riquezas de la Orden y la codicia de un rey causaron la perdición total de los que el acero no supo rendir nunca. Y, bien mirado, todavía sorprende que se mantuviese puro tanto tiempo el instituto de los Templarios. Apartados de su patria, dueños de sí mismos, expuestos á todas las tentaciones que en ánimos fogosos engendra la guerra, era su situación estado de víolencia perenne. Los caballeros de Europa iban al Asia cuando podían ó querían, impelidos por la piedad ó el remordimiento; luchaban, morían, ó se volvían á su país. Los Templarios se es-

taban allí fijos, constantes, siempre armados y con el pié en el estribo para salir á rechazar á los árabes: en los breves intervalos de paz, el clima los incitaba al regalo y la pereza, al lujo sensual de Oriente, al abuso de las ricas y curiosas armas, de los muebles opulentos, de los soberbios jaeces, de los refrescos y golosinas; á la posèsión del esclavo oriental, sumiso y servil como ninguno. Tenían los señores feudales de Europa vasallos: los Templarios volvieron á Roma y al paganismo, sosteniendo esclavos. Los tesoros que la cristiandad les ofrecía por precio de su sangre y valor, acrecentaron la magna soberbia de la Orden, que llegó á poseer reinos: sus privilegios eximían á los Templarios del fuero común; no había estado en que no se alzasen, ceñudas y almenadas, sus fortalezas. Degeneraron hasta faltar á sus tradiciones pactando con los infieles, con los más detestables, la secta visionaria y terrible de los *asesinos*. Por tales modos preparó el mismo Temple la catástrofe, miserable fin de su gloriosa historia. Pero ¿es mucho que degenerasen los batalladores, si los contempladores se relajaban también? Para entender la misión de hombres como san Bernardo, hay que considerar las alternativas de fervor y corrupción de las Ordenes monásticas, su nacimiento y desarrollo; sus épocas de pureza y zelo, el oficio civilizador que desempeñaron. Desde el principio del Cristianismo, asoman

en Oriente los monjes. Fueron los primeros hombres piadosos que, sin abandonar el siglo, vivían en él con rigor y abstinencia, practicando devoción más acendrada: y sin ligarse con voto alguno, solían guardar castidad y permanecer célibes. Pronto la sed de mortificaciones los movió á apartarse del mundo, á sepultarse en las soledades de la Tebaida, pasando de ascetas á anacoretas y ermitaños. En breve, cediendo al prestigio de algun solitario famoso por sus austeridades y virtudes, ó al invencible instinto social del hombre, los diseminados penitentes se agruparon, y construyendo próximas unas á otras sus chozas de tierra y ramaje, se juntaron para rezar, para leer: así tuvo principio la comunidad y se formó el monje. Adelantaron en su idea de asociación: en vez de chozas ó grutas aisladas, construyeron un edificio, vasto, capaz para todos, el cenobio; ya tiene la comunidad duradera forma; sujetáronse voluntariamente á un mismo método de vida, á prácticas, rezos y horas señaladas de antemano: ya existe la regla. Mas no todos los solitarios se ajustaron á tal organización: el desierto servia de asilo juntamente á ermitaños, anacoretas, monjes y cenobitas, y entre los anacoretas mismos, no todos vivían de igual manera: unos imitaban la formidable y célebre penitencia del Estilita, que pasó su vida sobre la estrecha plataforma de una columna; otros se encierran á meditar en gru-

tas sombrosas, con tosca cruz de ramas á que sirve de pedestal humana calavera; otros moran en el carcomido tronco del árbol centenario. Hacia fines del siglo IV, la regla de san Basilio unificó algun tanto el instituto monástico. Fué la institución importada á Occidente: arrojado de su silla san Atanasio, retiróse á Roma y le acompañaron varios monjes. En ningun modo formaban éstos parte del clero: se les consideraba enteramente laicos: ni recibían órdenes, ni dependían de la Iglesia más de lo que depende el común de los fieles. Libres y varios en su género de vida, las puertas del mundo no se cerraban nunca para ellos.

Hijos de la tendencia mística y contemplativa del Asia, el Occidente no los conoció al pronto. En vez de la espontánea, popular y ardiente simpatía que acogió ocho siglos después á las Ordenes mendicantes, los primeros monjes hallaron, en la sociedad semipagana todavía en que penetraban, repulsión y horror. Habiendo fallecido extenuada por el ayuno la jóven penitente Blesilla, el pueblo gritaba en sus funerales: — « ¿Cuándo arrojarémos de la ciudad esta detestable raza de monjes? ¿Por qué no los apedreamos? » — Mas poco á poco se vieron arrancadas las últimas raíces del paganismo: imperó el Cristianismo en las costumbres, y los monjes fueron amados y comprendidos. Adaptáronse ellos á

su vez al genio del país en que vivían, y saliendo de la abstracción contemplativa, se manifestaron más activos, más sociales que en Oriente. Pero la libertad extremada de su vivir se prestaba al abuso y al desórden. Un italiano, de noble familia, nacido en momentos desastrosos para Italia, cuando hérulos y ostrogodos se disputaban la posesión de Roma, probó á sujetar á disciplina severa aquellas inconexas falanges. Benito hacía vida eremítica en una caverna, cerca de Subiaco, en la campiña romana; sus actos extraordinarios, el crédito de su austeridad, le atrajeron numerosos discípulos; pero cuando hubo sometido á la severidad del método claustral los sueltos monjes, sucedió un caso horrible: enfadados de su rigidez, trataron unos cuantos de envenenarle en el cáliz. Notable diferencia entre el siglo VI y el XIII. San Francisco de Asís no conoció la amargura de que sus propios discípulos pusiesen asechanzas á su vida.

Perseguido, amenazado, Benito se refugió en Monte Casino, cumbre pagana aún, presidida por el numen de Apolo. Hizo Benito añicos la estatua y fundó un monasterio, donde acabó sus dias, y desde el cual publicó y extendió su *Regla* de la vida monástica: reducíase á abnegación, obediencia, y trabajo manual sobre todo: clausula que señaló á los monges rumbo civilizador: restaurar la agricultura. El esclavo romano había labrado la tierra

por precisa necesidad, maldiciendo la semilla que sus manos arrojaban al surco. Europa, cultivada en las regiones á que alcanzaba el poderío de la república y su organización político-militar, en los puntos abandonados á la libre iniciativa del hombre, conservaba su estéril virginidad, era enmarañado y selvático desierto. Misioneros y labradores á la vez, los monjes prefirieron los sitios incultos y bárbaros, imponiéndose la obligación de roturarlos, desmontarlos y fertilizarlos, porque su regla les enseñaba que la ociosidad es enemiga del espíritu. Los nombres de hartos monasterios, que andando el tiempo fueron emporios de riqueza y amenidad, revelan el primitivo horror del lugar en que se fundaron. A la obligación del trabajo se unieron los votos perpétuos con el previo noviciado, su consecuencia natural. Hasta entonces, el monje podía, si quería, volver á la vida mundana: y abundaban ciertos *girovagos*, hoy monjes, mañana seglares, escandalosos y holgazanes siempre, que andaban tomando y dejando la penitencia, como se deja el calzado usado para tomar otro nuevo. San Benito fijó aquellos elementos flotantes, instituyó la obediencia, la renuncia á la propiedad individual. La sabia regla corrió por todas partes, y prevaleció: á fines del siglo VIII, apénas se encuentran más órdenes monásticas que las benedictinas.

Lastimosa era en el siglo VIII la decaden-

cia del clero secular: dueños de pingües haciendas, los clérigos hacían vida enteramente civil y laica; partícipes del ardor belicoso de los bárbaros, emprendían expediciones guerreras; el oro los manchaba, los ensoberbecía el poder. Hasta mediados del siglo VIII van disminuyendo los concilios y apagándose el cristiano fervor. Mas la reforma vino, como siempre, de la Iglesia misma, por medio de los monjes. No se limitaron á cultivar el suelo, á penetrar como pacíficos colonos en las medrosas selvas que la mitología céltica y odínica poblara de terribles y misteriosas divinidades, á desecar los pantanos cuyas emanaciones emponzoñaban la atmósfera, sino que contribuyeron también á purificar el ambiente moral é intelectual. Cada vez se acercaron más á la madre del espíritu, la Iglesia: al principio se constituían libre y espontáneamente: después se habituaron á sujetarse á la inspeccion de los obispos: y así vinieron á influir de modo indirecto, pero seguro, en la jerarquía eclesiástica. Con lumbre de ciencia ayudaron asimismo á disipar las nieblas de la barbarie. Todo monasterio fué una escuela; en algunos se imponía al novicio la obligación de enriquecer la biblioteca con un libro útil; había monasterios que se comprometían á escribir las crónicas de la villa que los albergaba en su recinto. Mientras corren los siglos de hierro en que Europa enmudece aterrada con las inva-

siones, la historia sólo habla por boca de los monjes; sólo ellos conservan sosiego y serenidad de ánimo suficiente á redactar los anales de épocas tan agitadas y oscuras: apacibles filósofos no turbados por las horribles calamidades que los cercan, resucitan la vida intelectual, merced al hábito de meditar, de aspirar al bien inefable, de refugiarse en mundos superiores cuando la tempestad se desencadena en éste. Casiodoro prescribe á los monjes los trabajos literarios; Carlomagno escribe al abad de Fulda para advertirle que no se limiten á prácticas religiosas, sino que cultiven ciencias y letras; en Escocia é Irlanda, los monasterios tienen carácter de verdaderos colegios de ciencias físicas y naturales, donde se recogen con esmero los fragmentos del saber druídico: un discípulo del monje san Colombano, Virgilio, obispo de Salzburgo, es el primero en afirmar la existencia de los antípodas y redondez de la tierra. Y no olvidemos los inmensos servicios prestados por los monjes como calígrafos, encuadernadores, copistas. Gracias á ellos, llegaron á las modernas generaciones los restos de la civilización latina y griega, los monumentos arcáicos de las literaturas romances. El monje, encorvado desde el amanecer hasta que trasponía el sol, sobre el fólio de pergamino, gastaba ojos y vida en preservar los tesoros de la humanidad: proverbial llegó á ser el trabajo lento, pacien-

te, erudito, enorme, de los benedictinos. Obrero anónimo y humilde de la ciencia, jamás desmayaba el monje; cuando moría, otro ocupaba su puesto: nunca se interrumpía la cadena. Hasta el siglo XII, monasterios, abadías y capítulos regulares cubren la falta de las universidades, con incansable zelo. Si al pronto difícil de aclimatar, el árbol monástico dió después gallarda muestra de su fecundidad y lozanía. Un suceso dramático y portentoso incitó á Bruno, presbítero de Colonia, á fundar aquella mortificadísima y ascética religión de los Cartujos, silenciosa como la tumba, á la cual se debe la conservacion y copia de tantos libros y manuscritos. Norberto de Genned, opulento canónigo, vió caer á sus piés un rayo, y estableció los Premostratenses. La devoción ascética que inspiraba la Vírgen hizo brotar la Orden del Carmelo. Asquerosa enfermedad oriental, conocida por fuego de san Antonio, produjo los Antonianos, que cuidaban á los atacados de ella. Para redimir á los cristianos que gemían prisioneros de los sarracenos, surgieron Trinitarios y Mercenarios. A Cluny y el Císter cupo la gloria de predicar la cruzada: eran poderosas órdenes; el superior de Cluny se llamaba *Abad de los Abades*: el Císter contaba entre sus afiliados á las bizarras cofradías militares de España y Portugal: Santiago, Alcántara, Calatrava y Evora. Mal avenido san Bernardo con las riquezas

y fausto de los Cistercienses, fundó el instituto más severo de Claraval. Es de advertir que al comenzar san Bernardo su reforma, y lo mismo cuando Roberto de Molesme quiso reintegrar en su pristino rigor y pureza el Císter, los monjes viejos se quejaron, protestando ser imposible tornar al fervor de la primitiva Iglesia: y sin embargo, el porvenir reservaba á santo Domingo y san Francisco.

No fueron solamente los monasterios asilo de las almas puras, sedientas de ideal, que huían del mundo: sirvieron también para rehabilitar, para consagrar el arrepentimiento de los criminales: derramóse el rocío vivificante de la gracia hasta sobre la estigmatizada frente de séres que la sociedad tolera despreciándolos. Roberto de Arbrisel, hombre candoroso y ejemplar, penetró cierto dia en una casa infame, y sentándose ante el fuego, comenzó á calentarse los piés. Rodeáronle las cortesanas, creyéndole tan pecador como ellas. El recien venido rompió entonces á exhortarlas, á hablarles de la misericordia divina, á estimular su embotada conciencia. Aquellas desdichadas le siguieron en tropel, y Roberto fundó en el valle de Fontevrault dos monasterios de regla benedictina, uno para cada sexo, sin que su pia simplicidad le permitiese advertir que la cercanía y trato frecuente de los habitantes de ambos monasterios ponía el escándalo al lado de la conversión, el delito al

lado de la penitencia. Preciso fué modificar el instituto, pero la empresa de Roberto será siempre rasgo divino de piedad y amor, comentario del tierno episodio de Magdalena en el poema evangélico.

No hay Orden monástica que no encarne y objetive alguna idea moral y civilizadora en grado sumo. En Toscana, una Orden tomó por oficio proteger y hospedar á los viajeros, construir caminos y calzadas; otra se formó en Parma para tender y custodiar un puente sobre ancho rio: en Normandía hubo una dedicada á erigir iglesias: sus individuos madrugaban, comulgaban, se reconciliaban con sus enemigos, elegían jefe que los mandase, y emprendían con ardor el trabajo. Los Humillados santificaron, con su existencia activa y santa, la industria más vulgar, la condición artesana; los Servitas dieron el ejemplo de renunciar al mundo, cargarse de cadenas y vivir de limosnas, por pura humildad, por abnegación completa, por amor á la Reina de los mártires. Tantas formas de vida religiosa, tantas manifestaciones de un mismo afecto, son en puridad la nota común, el principio unitario que el historiador se complace en hallar bajo la diversidad de la Edad media: bien como los que estudian filosóficamente la naturaleza distinguen tras la variedad individual la unidad específica, y sobre la distinción de las especies la armonía general del plan creador.

En las manifestaciones más bellas de la actividad é inteligencia humanas, como son artes y literatura, hallamos, á pesar de la imperfeccion de los medios técnicos, que está la Edad media regida por la propia ley de unidad. Cuando la obra artística es tal que á una época dada, y sólo á ella, puede pertenecer, es que hay concordancia profunda entre el fondo y la forma, entre el artista y su creación. Hoy logran los artistas prez de maestros en imitar productos de los siglos que pasaron: pero carecen de ideal estético que exclusivamente les corresponda, sobre todo en lo que se refiere á artes plásticas, ya que la literatura y la música sean excepciones de esta regla. No así la Edad Media: sus obras llevan sello tan genuíno y castizo, que es imposible confundirlas con las de ningun otro período. A fuerza de ser original, la imitación se le hizo imposible, y queriendo ajustarse al modelo de las letras latinas, no acertó á prescindir de su estilo, á la vez ingenuo, pedantesco y bárbaro. Porque es de notar que en la Edad media, la barbarie artística va acompañada de cierto refinado atildamiento, según es fácil advertir en la poesía de los trovadores. Es el trovador personaje cuya existencia ficticia y romancesca en los dominios de la imaginación hizo olvidar ó eclipsó su personalidad real, no menos poética é interesante. El trovador no pertenecía á determinada clase social, y

así podía ser Bernardo de Ventadour, hijo de un siervo, como Teobaldo, conde de Champaña y rey de Navarra: sin embargo, para profesar la gaya ciencia, requeríase estar armado caballero. La poesía trovadoresca es eminentemente laica: tiene otro carácter más: es nacional, y de no serlo, perece. Jamás descuida el trovador las armas por el laud: y aunque dada la forma elegante y rebuscada de sus versos, parezca que el trovador anuncia edades de mayor cultura, su musa, en el fondo, es bárbara y feudal. Mientras la Iglesia trabaja por unir, por concertar á Europa, el trovador mantiene vivos los odios de país á país, de raza á raza; azuza al provenzal contra el frances, al señor contra el rey, al pueblo contra los eclesiásticos: y no obstante, al fin de sus años, cansado de galanterías y aventuras, suele parar en el claustro, atraído por el omnipotente imán de la fe. El oficio del trovador es distinto y opuesto al de la Iglesia: mientras ésta propende á pacificar y moralizar, el trovador canta en sonoras rimas la hermosura de las mujeres y el estrépito de los combates. Cierto que la Iglesia á su vez predicó incesantemente, por espacio de cuatro siglos, una guerra, la Cruzada, y que las frases de san Bernardo á los Templarios son un himno bélico: pero la guerra de la Iglesia no se parece á la exterminadora y destructora lid que los trovadores ensalzan. Hemos oído la voz de san

Bernardo; escuchemos al trovador Beltrán de Born, cuyas estrofas respiran fuego y sangre. —«Pláceme—dice—que ante el invasor huyan despavoridos hombres y rebaños, y que tras ellos corra, rugiendo, gran golpe de gente armada. Cáusame regocijo ver el fuerte castillo sitiado, los muros agrietados que se desmoronan; me agrada el valiente hidalgo que llega primero al ataque con su poderoso bridón, y se presenta impávido, animando á su gente con denuedo y proezas. Mirad como la espada y la lanza rompen el casco y el escudo, como los mesnaderos menean el hierro, como huyen sueltas las cabalgaduras de muertos y heridos; cuando esté bien trabada la batalla, ningun hidalgo piense sino en cortar brazos y cabezas: más vale un difunto que un vencido vivo. Dígoos que ni el comer, ni el beber, ni el dormir, me saben tan bien como oir gritar por do quiera: ¡á ellos! y escuchar el relincho de los caballos que vagan sin jinete en la selva, y voces que exclaman ¡socorro!, y ver como en el foso, sobre la hierba, caen revueltos unos y otros, y mirar los cadáveres en cuyas ingles se hinca el roto astil de la lanza...» — Ni los impulsos de la naturaleza bastan á suavizar tan feroz poesía: hé aquí cómo se expresa el vate refiriéndose á su propio hermano:—«Mi hermano quiere arrebatarme el patrimonio de mis hijos... Declaro que le saldrá mal si se atreve á luchar conmigo. Sacaré los

ojos á quien intente apoderarse de mis bienes. La paz me estorba; sólo me agrada la guerra... Traten otros de adornar su mansión y vivir con regalo: lo que á mí me gusta es hacer provisión de lanzas, de espadas, de cascos, de corceles.»—¿No parece que vemos al bárbaro del Norte retratarse en estos cantos sanguinarios, y resucitar las orgías guerreras del Valhalla? Este desprecio del fin moral, este pelear por el gusto de dar muerte, este desdén de la vida civilizada y apacible ¿no eran distintivo de las huestes de Genserico y Atila? Cuando uno de los trovadores más célebres del siglo XIII fué á esconderse bajo el sayal franciscano, San Francisco le impuso nombre diametralmente opuesto al papel que había desempeñado en el mundo: llamóle *fray Pacífico.*

Ya se deja entender el mucho esfuerzo que necesitó la Iglesia para contrarestar semejante fiereza y conseguir que gradualmente adquiriesen las costumbres tinte de suavidad y humanidad. Desde luego á una poesía opuso otra: sus cánticos, sus himnos, sus liturgias enteras son modelos de literatura, brillante y oriental á veces, á veces patética, elegíaca y sombría, siempre elevada y profunda. Habíanse apoderado los trovadores de los dialectos meridionales: en el siglo XIII, los poetas frailes y los teólogos señorean las lenguas romances, y riman y escriben en el idio-

ma del pueblo: san Francisco de Asís y su discípulo Jacopone de Todi, aprovechan el primer florecimiento del bello lenguaje italiano, para cantar eclipsando á los trovadores; y Dante, poeta sintético por excelencia, Dante, que asocia en su vasto poema ambas musas, la de los trovadores, ya decadente, y la triunfante de la Iglesia, alumbra con todas las luces teológicas y filosóficas el Infierno, el Purgatorio y el Paraiso, y al par exhala el grito de las discordias civiles. Ya en el siglo XIV, Raimundo Lulio, gran trovero y trovador, mártir y apóstol de la fe, sabe emplear aquella lengua catalana, la lengua de las córtes de amor y de la gaya ciencia, en escribir versos místicos: los trovadores han muerto, la Iglesia ha vencido á la barbarie. En el país feudal por excelencia, Alemania, los *minnesinger* pululan, andan de castillo en castillo, de un príncipe á otro: son coronados y festejados; su historia es una leyenda: uno de ellos, Gualtero de Vogelveide, asume el carácter de poeta nacional que se observa en muchos trovadores, y, antes que nadie, canta la patria alemana: otro, Ulrico de Lichtenstein, se somete, para evitar una deformidad que desagrada á su dama, á dolorosa operación en los labios, y más adelante, rompiendo por ella lanzas en un torneo, le quiebran un dedo, que él se corta y, engastándolo en oro, envía á su beldad entre las hojas de un volu-

men de versos consagrados á celebrarla. Ambos toman parte en el famoso certamen poético de la Vartburga, emblema de la victoria obtenida por la literatura eclesiástica sobre la poesía trovadoresca. Reúnense seis *minnesinger* en el palacio del landgrave de Turingia y discuten acerca del valer de los distintos príncipes alemanes; de esta discusión pasan á retarse á poéticas justas, en que el vencido, el inferior en mérito, perdiese la vida en pena de su inferioridad: reminiscencia pagana y bárbara á la vez, que recordaba las condiciones del combate científico de Odin con el gigante, y la costumbre de los antiguos germanos de jugar ó apostar con frecuencia suma la libertad y la cabeza. Verificóse la liza hallándose reunida la córte y asistiendo el verdugo, enrollado á la cintura el dogal para colgar al vencido. Como Volfrango de Eschenbach fuese ganando la palma, Enrique de Ofterdingen buscó al sabio Klingsor, personificación de la ciencia humana, que á su vez luchó con Volfrango; mas no pudiendo vencerle, llamó en su ayuda al diablo, el cual arrolló á Volfrango fácilmente; y ya se disponía éste á declararse vencido y poner el cuello al dogal, cuando le ocurrió cantar el divino misterio de la Encarnacion; apenas lo hubo realizado, huyó el diablo velozmente, dando fin la batalla con el éxtasis místico de Klingsor, que anunció la aparición de una resplan-

deciente estrella, el nacimiento de la bienaventurada princesa Isabel, hija de los reyes de Hungría. Así termina la leyenda de la Vartburga, que tan profana comienza.

Mas el arte eminentemente religioso en la Edad media, no es la poesía, sino la arquitectura. Desde el orígen del Cristianismo se modifica el ideal arquitectónico. El paganismo naturalista de los griegos abrió franca entrada en el templo á la luz, para que alegrase y dorase la yerta blancura del mármol: el culto oficial y formalista de los latinos quiso edificios correctos y majestuosos: los primeros cristianos, obligados á ocultarse, á esconder, por temor de las profanaciones, sus vasos sagrados y las reliquias de sus mártires, edificaron la primer iglesia baja, como oprimida por el terror y la angustia, como doblegada por la humildad y la penitencia; el pesado y corto arco romano comprimió sus puertas, el recinto fué tenebroso y desnudo. Andando el tiempo, cuando el Cristianismo se alza triunfante, al soplo del espíritu florecen y se yerguen las torres; sobre la masa de granito se esparce como un hálito de amor que la anima y eleva; la flecha se lanza al cielo; la ojiva deja paso á la lumbre diurna descompuesta en tornasolados cambiantes; el pórtico se abre para recibir á la multitud devota; la rosa mística esplende, como gala nupcial, sobre el pecho de la doncella desposada, Jerusalen celeste, habi-

táculo de Dios. Bella es cuando nace, con su túnica virginal de piedra, con los follajes de sus chapiteles recien abiertos, con el brillo de sus dorados, de sus gayos colores; pero si la mano del tiempo derriba sus bovédas y cuartea sus muros, si los invaden ortiga, hiedra y jaramago, la melancolía y el abandono acrecentarán su hermosura.

La ojiva, pupila que sirvió á la Edad media para contemplar la luz del cielo, es un misterio arquitectónico. ¿Cuando se abrió por primera vez? Dicen unos que en la más remota antigüedad, entre esos pueblos oscuros á quienes la historia comprende bajo la denominacion de pelasgos; otros afirman que entre los árabes, legítimos padres de una arquitectura característica, ligera, transparente, henchida de poesía y gracia. Pero yerran: los árabes no pudieron concebir la ojiva. Sus arcos, más rebajados, más materiales, tienen algo del sensualísmo del paraíso musulman: son una herradura ó una prolongacion horizontal ó perpendicular de las dos bases. La ojiva posee la gravedad, el espiritualismo de la teología católica. No nació siquiera en el país cismático, en Bizancio; metrópoli de la decadencia, Constantinopla no mereció engendrar el arte puro y creyente de los siglos medios. Es quizá lo más admirable de las catedrales la unanimidad del pensamiento religioso que se manifiesta en

sus detalles más mínimos, atestiguando la existencia de un pueblo entero de artistas, capitaneados por un genio, el arquitecto, cuyo nombre yace sepultado en el olvido. Sea por misteriosos pactos y compromisos de sus secretas cofradías masónicas, sea por humildad cristiana, los autores de tantos incomparables monumentos se ignoran en todas partes: en Germania, en Italia, en España, en Francia; y los planos de los templos se atribuyeron, en la misma época de su construcción, ya á los obispos, ya á los ángeles, ya al demonio. Cooperó el pueblo á la ereccion de las catedrales, unas veces retribuído, sin salario las más, acarreando materiales y sentando sillares: del ímpetu de fe que le encendía hay un testimonio, una carta escrita en el siglo XII por el abad Aimon á los monjes de Tutberga, documento que todos los historiadores citan; de tal manera conforma con la idea que tenemos de cómo se elevaron tan grandiosos monumentos. «Es inaudito prodigio»—dice la carta—ver á hombres poderosos, arrogantes por su orígen, hechos á vida regalada, uncirse á un carro y acarrear piedras, cal, madera, cuanto se necesita para el santo edificio. A veces, mil personas de ambos sexos van uncidas á un carro solo, tan pesada es la carga; y sin embargo, no se escucha el rumor más leve. Cuando se paran en el camino, hablan, pero únicamente de sus peca-

dos, que confiesan entre rezos y lágrimas. Entonces los sacerdotes les exhortan á deponer los odios y perdonar las deudas; si alguno está tan empedernido que no quiere reconciliarse con sus enemigos y rechaza las exhortaciones piadosas, al punto lo desuncen del carro y lo expulsan de la santa compañía.»

Unánimes lo afirman crítica y poesía, reflexión y sentimiento: las catedrales son la más sublime expresión artística de la Edad media. En una particularidad convienen la arquitectura y literatura medioevales: inferiores en elegancia y corrección á las de la antigüedad, son más ricas en ideas y sentimientos: hacen vibrar más cuerdas del alma humana. No sentimos en el ático del Partenón lo que bajo las bóvedas de las catedrales. El Partenón es para nosotros ánfora volcada, urna vacía; sólo el erudito lo explica y comprende. La catedral, por desierta y desmoronada que se halle, nos habla de cuanto amamos. Y es que nuestra edad, nuestra patria y nuestro vivir comienzan á la sombra de la catedral. Iníciase la época de prosperidad y desarrollo de la arquitectura ojival después de que transcurre el terrible año 1000; despues de que la sociedad se cree segura de su existencia, y Europa de su unidad y poderío. Antes de tal fecha, es la historia de Europa acceso de pánico continuo, profundo, universal. Jamás atravesó la raza hu-

mana tan prolongado período de terror, tan duradera crisis de miedo é incertidumbre; ni semana tranquila, ni dia seguro: plaga tras plaga, desastre tras desastre. Prescindamos del tiempo en que los bárbaros del Norte se derrumbaban periódicamente sobre la zona templada y meridional de Europa, sin más objeto ni propósito que destruir. No bien sus hordas movibles se fijan y aceptan la vida civil y social, otros azotes las reemplazan: los furibundos piratas normandos, los reyes de mar, los Lodbrogos, los Hastings, cuyas huestes se arrojan los niños, por solaz y recreo, de lanza á lanza. Cuando las barcas escandinavas, que en su figura imitan la del dragón ó la serpiente, asoman en el horizonte, entre la niebla que envuelve la costa; cuando resuena el toque agudo de las trompas de marfil, tiembla de pavor la ribera; los abades cargan con las reliquias, las mujeres con sus hijuelos, los hombres antecogen sus ganados, y la muchedumbre espantada se refugia al interior. Venían los temibles invasores de la region ártica de Noruega ó de las islas del Báltico: eran todavía paganos, adoradores de Odín: consideraban á los germanos que abrazáran el Cristianismo traidores y apóstatas, y desagraviaban á su ultrajada y sanguinaria deidad destruyendo cuanto podían, arrasando iglesias, dando pienso á sus caballos en los altares, asesinando clérigos

y monjes. Cuando incendiaban algun territorio cristiano, decían mofándose: — « Les hemos cantado la misa de las lanzas: comenzó de madrugada y terminó á la noche. » — Llegaban, cuando ménos eran esperados, en sus embarcaciones, frágiles, pero rápidas y obedientes al timón como el amaestrado corcel al freno; á Inglaterra abordaron en número tal, que pudieron apoderarse del reino todo, nó sin oprimir reciamente á los pobladores y quemar y entrar á degüello los monasterios. De tal suerte se atrincheraba y resistía el paganismo en las nebulosas y vagas regiones del Septentrión, cercando como cintura de hierro á la Europa cristiana. Los dioses de la mitología escandinava, expulsados de sus selvas, se refugian en los páramos glaciales, y no quieren morir aún. Hasta el año 1000 no aceptan los suecos el Cristianismo, que les impone Olao; hasta el siglo XII no se ven extirpados los restos del culto antiguo. En el X, la pagana Drahomira vierte la sangre de San Wenceslao de Bohemia; en el XI, perece en testimonio de su fe el príncipe Godescalco. Uladimiro el Grande de Rusia, que andando el tiempo depuso su antigua ferocidad y recibió el bautismo, ofrecía á sus ídolos, á fines del siglo X, sacrificios humanos. Uno de los pueblos que infundió más terror, por las crueldades y desafueros que acompañaban á sus correrías,

eran los húngaros, cantábanse letanías en las iglesias para pedir á Dios que libertase á los fieles de la furia de aquellos bárbaros, que á trueque de matar cristianos, abrían el vientre á las mujeres en cinta; y hasta que un rey santo, Estéban, mojó la cabeza de los magiares con el agua bautismal, no alborearon paz y cultura en el país que había de ser patria de Santa Isabel. Mas no eran los pueblos del Septentrión única amenaza, única pesadilla de Europa, ni solamente de las tristes regiones polares salían los invasores: también las comarcas donde nace el sol enviaban huestes devastadoras, alfange en mano. Tiempo hacía que los sarracenos acechaban á España: abrióles la traición sus puertas, y dueños ya de lo que fué solar de la monarquía goda, fijaron codiciosa mirada en las Galias: lograron establecer en Narbona una colonia: ante Tolosa los detuvo el duque Eudo, pero con dobladas fuerzas volvió á intentar Abderraman la conquista, no sólo de Tolosa, sino de toda Francia; y lo conseguiría quizá, á no presentarle el ejército de Cárlos Martel dique formidable — «una fortaleza de hielo» — dice el cronista: á dicha fué que los acorazados pechos resistieron la embestida, las agudas espadas francas segaron la miés sarracena, y Europa se salvó. No renunciaron sin embargo los árabes á caer de tiempo en tiempo sobre las Galias ejerciendo

el pillaje, ni de apoderarse de Provenza. Para contener un tanto sus atrevidas incursiones fué preciso el heroico esfuerzo de la renaciente nacionalidad española; pero á pesar del freno que España les impuso, de las costas púnicas salían contínuamente flotillas de corsarios sarracenos, á infestar el Mediterráneo. Penetraron en Cerdeña, y por largo tiempo no alcanzaron á desalojarlos de allí los Papas. Las infelices villas del Mediodía hallaban á cada instante el fuego y el hierro dentro de sus muros; Marsella fué saqueada dos veces en diez años; Borgoña, Italia, hasta Suabia, sufrieron las rápidas embestidas de los infieles; la bella Sicilia cayó en su poder, y Palermo se convirtió en corte de emires. Aterradas las poblaciones de Calabria, se sometían al rey africano, y éste les ordenaba anunciar su próxima llegada á la ciudad de *Pedro el viejo*, á Roma, centro y luz de la Cristiandad. Y en efecto, presto las teas musulmanas incendiaron los arrabales de Roma. Refiere un cronista de la época, que cuando volvían cargados de botín los invasores, cerca ya de Palermo hallaron una barca tripulada por dos figuras sombrías, un clérigo y un fraile. —¿De dónde venís?— preguntaron éstos á aquéllos.— Volvemos de la ciudad de Pedro — contestaron: — hemos saqueado su oratorio, devastado el país, derrotado á los francos y quemado los conventos de San

Benito. Y vosotros, quién sois? — Quiénes somos? vais á saberlo, —respondieron los aparecidos; — y al punto se levantó furiosa tempestad, que tragó la flota entera. Afligido por las incursiones de los infieles á orillas del Tíber, decía el Papa al rey de Francia— «Corre sangre de cristianos: los que se libran del fuego y de la espada, son arrastrados á esclavitud, á eterno destierro. Ciudades, villas y aldeas perecen y se despueblan; los dispersos obispos no hallan más refugio que la Sede de los Apóstoles: los templos son guarida de bestias feroces. Ahora sí que es tiempo de exclamar: ¡Felices las estériles, cuyos pechos no amamantaron! —» Este gemido de dolor es el que por todas partes resuena en la primera época de la Edad media. Sí, la vida era triste y angustiosa para Europa, cuando ni en las costas ni en el interior era posible disfrutar instante de sosiego, ni sembrar grano de simiente sin rezelo de que sarracenos, escandinavos ó húngaros viniesen á quemar la ya granada miés; en que las madres criaban hijos para verlos partir encadenados y mutilados á la esclavitud, cuando nó muertos en sus mismos brazos. Siglos de zozobra y amenaza, tienden un velo de penetrante melancolía sobre las crónicas, las leyendas y las narraciones todas que de ellos proceden. Si consideramos semejante estado de perenne temor, unido al

heroico propósito de defensa que animaba á la cristiana Europa, pasma que existan historiadores capaces de acusar á la Iglesia, porque alguno de sus miembros tomó las armas para rechazar al enemigo. Sería absurdo en verdad que el Cristianismo, habiendo regenerado y constituido ya las naciones, tendiese el cuello á sus verdugos lo mismo que cuando habitaba las catacumbas de Roma. Fácil es decir hipócritamente al cristiano: sufre, perece, aniquílate.—¡Inicuo sofisma, que señala al Cristianismo, por desenlace y fin supremo, su propio exterminio, su desaparición de la haz de la tierra! La Edad media no conoció tan risibles escrúpulos, ni en aquellas edades lógicas los concebiría nadie: la Iglesia predicó paz, pero entre cristianos, pues no ignoraba que con los infieles no cabía paz ni concordia, que el duelo era á muerte, la lid sin cuartel; que el preciado depósito de la verdad y la civilización estaba en sus manos, y que los grandes civilizadores, como Carlomagno, habían menester empuñar el arado con una mano, la espada con otra. Aparte de lo cual ¿es admisible que el obispo y el sacerdote vivan fuera de la humanidad, y se mantengan enteramente ajenos á los intereses, temores y esperanzas de su grey, mostrándose indiferentes al naufragio social, ó, lo que es peor todavía, predicando la resignación, el abandono del niño, de la mu-

jer, de los séres débiles, que una vez presa del enemigo, apostatarán por salvar su vida? Peregrina y desusada prueba de egoismo daría en tal caso la Iglesia! No basta que el sacerdote enseñe: hay ocasiones en que la doctrina pide la acción. Cuando los sarracenos llegaron á adelantarse hasta los arrabales de Roma, un Papa, elegido precipitadamente para la sede vacante, Leon IV, se puso á la cabeza de ciudadanos y tropas, y encendiendo los ánimos con su denuedo, acorraló á los invasores hasta la orilla del mar. Al allanar los dinamarqueses sus monasterios, los monjes sajones se distribuyeron en dos bandos: viejos y niños abrieron las puertas á los piratas, y estóicamente se dejaron martirizar y degollar; pero los mozos fuertes, unidos con el pueblo, se parapetaron tras las macizas murallas conventuales, y se defendieron cuanto fué posible con flechas y piedras. En casos tan apretados, si el obispo es un anciano, un santo, se pone en oración, como nuestro San Gonzalo, y el mar se sorbe las naos del invasor, ó se alza un remolino de polvo que ciega á su ejército. Pero si es hombre robusto, arde su sangre, y estándole vedado manejar la espada, toma una maza, y con ella ejecuta proezas. Así unas veces muriendo y otras luchando, la Iglesia se asoció á las tribulaciones de los fieles, y su corazón latió al compás del de Europa.

A tantas pruebas y calamidades como ejercitaron la paciencia del mundo cristiano en la primera mitad de la Edad media, hay que añadir la más profunda quizá: la alarma trágica del milenario. Pensaron las gentes ver expresamente consignado en el Evangelio que el año 1000 de la Encarnacion de Cristo había de concluirse el mundo y perecer toda la raza humana. A medida que se aproximaba la época fatídica, parecían anunciarla males y desdichas sin cuento. El edificio político y social se bamboleaba; los que contemplaban las ruínas del potente imperio romano, tambien podían ver las del carlovingio, tan presto levantado como caido; dividióse primero en naciones, se fraccionó en estados luégo, y Europa, despues de aspirar á la unidad, se halló nuevamente destroncada y disuelta. Por efecto natural de tantas invasiones, de tanta fuga y susto, quedaron los campos sin cultivo, desatendida la agricultura; de modo que á fines del siglo X devasta á Europa el hambre, y un celemín de trigo se paga á peso de oro. Es apocalíptico y tremendo el cuadro de la miseria que sobrevino. Los hombres roían raíces de árboles, arcilla, hierbas; cuando áun eso les faltó, apoderóse de ellos la rabia y se saciaron de carne humana. A la puerta del convento en que Rábano Mauro distribuía á los indigentes víveres y socorros, se representó drama conmovedor: una pobre madre

cayó desmayada de hambre, y la criatura que colgaba de su seno continuó buscando en él los manantiales ya agotados de la vida: los que contemplaban escena tan desgarradora, rompieron—á pesar del endurecimiento que causa la desdicha común—en copiosas lágrimas: pero un hombre cruel, que mendigaba con su mujer, iba ya á arrojarse sobre el niño para devorarlo, cuando acertó á divisar, no léjos de allí, dos lobos despedazando á un cervatillo: atacólos y arrebatándoles su presa, se satisfizo y áun partió con la infeliz madre, que ya había recobrado los sentidos, la sangrienta vianda. Esta convivencia del hombre y el lobo era frecuente: la fiera bajaba á devorar los cadáveres que quedaban en las calles insepultos; pero el hombre le disputaba el corrompido manjar: en los mercados se feriaban miembros humanos, criaturas abiertas en canal y vaciadas como los corderillos para el asador. Al pálido espectro del hambre se unió su negro compañero, la peste, uno de esos contagios extraños de la Edad media, cuyos síntomas consistían en despegarse la carne de los huesos y caer podrida y deshecha. No es mucho que el orbe convirtiese la mirada al cielo, implorando piedad; que los reyes envidiasen á los monjes; que los claustros se viesen asaltados por muchedumbres que en masa querían sepultarse allí, morir siquiera en paz, sin ver tantos horrores; que el pue-

blo humedeciese con lágrimas y puliese con sus rodillas la piedra del umbral de los santuarios; que las sacras reliquias fuesen llevadas procesionalmente por calles y plazas, y que los ricos, esperando, segun expresamente declaraban, el fin del mundo, legasen á las iglesias todo cuanto poseían. La actividad humana se había paralizado: ocioso fuera edificar ni labrar la tierra, cuando iba á deshacerse y aniquilarse al són de la trompeta final. Mas el abatimiento que precedió á la temida fecha sólo puede compararse con el júbilo de la humanidad al ver que pasaba, y que el sol continuaba brillando en el cielo, y germinando los campos; y la naturaleza inalterable en su serenidad majestuosa. Sobre todo exultó el pueblo, porque había temblado más; pues los grandes y los reyes—si hemos de estar á las indicaciones de las crónicas—redimidos del hambre por el oro, rezelaban harto menos la catástrofe. Etelredo de Inglaterra se hallaba muy ocupado en tratar con los dinamarqueses; en Normandía, el conde Raul sometía á la liga de los villanos, infligiendo á sus jefes torturas atroces; Oton de Alemania no se descuidaba en invadir á Italia, ni en ordenar el suplicio de Crescencio; el emperador de Oriente, Basilio, arrancaba los ojos á los prisioneros de guerra cogidos en Bulgaria y Macedonia; los reyes de Navarra y Castilla no cejando en la reconquista triunfaban en la

jornada de Calatañazor ; en suma, parece que los terrores del milenario influyeron mucho en la ignorante multitud, bien poco en los grandes ; pero bastó, porque el arte que va á nacer saldrá del pueblo : arquitectura ojival, música; poesía romance, todos los capullos prontos á abrirse , todas las ideas ansiosas de manifestarse , infundidas por la melancólica impresión del pasado y las esperanzas risueñas del porvenir, flotan en la masa popular, y sólo aguardan un instante de tranquilidad para desenvolverse : conjurado el fantasma del año 1000, álzanse do quiera las catedrales.

La catedral , gigante de piedra , necesita voces que salgan del ancho pulmón de sus naves , y expresen la profundidad del sentir, la grave contrición , el recogimiento del espíritu y la eficacia y ardor de la plegaria. Un acento poseía ya , pero aislado , solitario ; los modos ambrosianos , aboliendo el ritmo , no habían logrado establecer la diafonía , la sucesion de sonidos , y aquel canto parecía huérfano , monótono , sin fuerza para llenar la vasta cavidad del edificio : convenía algo que imitase el poderoso conjunto de las voces del pueblo , al elevarse desde el ábside hasta las bóvedas , como un himno. El empleo de sonidos diversos y simultáneos comenzó en el siglo IX ; y pasada la época del terror , se propagó en las iglesias la gran sinfonía religiosa , el órgano. ¿Cómo empezó ? Dónde re-

sonaron por vez primera sus acordes sublimes? No se sabe: ignorado como el de los arquitectos, permanece el nombre de los maestros organeros: y sin embargo, complicada y difícil debía ser la construcción de instrumentos tan colosales: el órgano de Alberstad necesitaba diez personas que diesen á los fuelles; el de Magdeburgo doce; el enorme de Winchester, setenta. Así como la catedral es la más perfecta creación arquitectónico-religiosa, el órgano es la más acabada obra religioso-musical; sus múltiples armonías, que brotan de un soplo mismo, son como la diversidad de formas que adopta la fe en las almas; las notas, ya graves, ya sonoras, ya agudas, que unidas fluyen como raudal inmenso de sonidos, parecen imagen de la Iglesia, donde confesores, mártires, monjes, vírgenes, alzan á un tiempo sus voces diversas para dar testimonio de Cristo. Por modo maravilloso despierta el órgano la impresión misma que produce toda la catedral: la idea de lo infinito, contenida en sus sones que pueden prolongarse y durar á medida del deseo, en su vibración ligada y misteriosa. A esta voz interior de la catedral contesta otra desde lo alto de las torres, grave y amorosa, que convoca al pueblo: la campana. Hoy que en cualquier teatro ó concierto es dado escuchar música clásica, no comprendemos lo que fueron campana y órgano para el hombre de la Edad

media, contemplativo y creyente. Ambos instrumentos expresaban lo que él no podía: meditaciones, éxtasis, clamores del alma sedienta de Dios: todos los cantos del poema religioso, y al mismo tiempo, la recobrada paz. Al disiparse el terror, al surgir las catedrales, ataviadas, animadas por la campana y el órgano, vestidas de luz y colores, comienza la segunda época de la Edad media, cuyo glorioso apogeo fué el siglo XIII.

En la última mitad de la Edad media, cuando las invasiones septentrionales y orientales cesan y Europa respira, abre la serie de los Pontífices un cultivador de las ciencias físicas, Gerberto, viajero incansable, que fué á aprender de los árabes el conocimiento de la naturaleza, que rebuscó y recogió y conservó cuantos libros antiguos hubo á la mano, y al cual sus astrolabios, esferas é instrumentos de cosmografía, costaron pasar plaza de mágico y hechicero. El siglo XI, sucesor de la sombría centuria décima, se estrena con un Papa sapientísimo. A su pontificado siguieron varios muy breves y turbulentos; los Emperadores de Alemania, empeñados en dominar á la Iglesia, influían en las elecciones, disponían de la tiara. Es signo de los tiempos: en la escena del mundo van á presentarse nuevos actores: ya no son los bárbaros y el imperio romano, ya no son francos y sajones los que llenan la historia con sus luchas, sino

el Papa y el Emperador; circunstancia que ella sola basta á distinguir el período que se inicia del que concluye. Personifica la causa de la Iglesia en el siglo XI un varon ilustre, de extraordinario temple de alma, de carácter entero y privilegiada cabeza, Hildebrando; pero ántes de decir cómo dió principio á la obra que el siglo XIII completa, importa considerar cuánto era necesaria y fecunda la tarea que Hildebrando se impuso. Resalta en el cuadro de la Edad media la Iglesia, como elemento de unidad moral. A no ser por ella Europa no hubiera conseguido nunca descartarse de la anarquía y la barbarie, ni apartarlas de sí cada vez más, desterrándolas á los últimos límites de las fronteras asiáticas y africanas. Ahora bien: en el calamitoso siglo X, á vueltas de angustias y miedos, hambres y pestes; á favor del desórden introducido por las facciones que hacían blanco de sus intrigas la tiara, la disciplina se había relajado y corrompido, depravándose las costumbres eclesiásticas. A fines del siglo algunos Obispos declaran en un concilio ser pastores de nombre no más, pues dejan perderse en el vicio las ovejas que Dios les ha confiado; añaden que los monasterios, quemados y arrasados por los paganos, ó despojados de sus bienes, apenas guardan vida regular; que ni monjes, ni canónigos, ni religiosas, obedecen á sus legítimos superiores, y que hay

conventos que son mandados por un abad laico, que mantiene familia, soldados, caballos y perros. Para comprender cuál sería á la sazón el estado interior de la Iglesia, no hay como leer detenidamente los cánones de los concilios. El de Augsburgo, en el siglo X, prohibe á los laicos arrojar de las iglesias á las personas encargadas por el obispo de custodiarlas; veda á los sacerdotes tener mujeres consigo, jugar á juegos de azar, sostener lebreles y halcones, y depone á los obispos, presbíteros, diáconos y subdiáconos que contraigan nupcias. El mal persiste, y bajo Silvestre II el concilio de Poitiers renueva á los eclesiásticos la prohibición de habitar con mujeres; el de Denham les recomienda el celibato; en el de Pavía, Benito VIII, después de largo sermón contra la incontinencia, les ordena expulsar á sus mancebas, y reduce á la esclavitud é incapacita para heredar á las criaturas nacidas de tan nefandas uniones: el concilio de Bourges impone, como el de Augsburgo, deposición y degradación por el propio delito; Clemente II se ve obligado á estatuir penas severísimas contra la simonía; Leon IX las confirma, pero atenuándolas, porque, á aplicar en todo su rigor los cánones, la Iglesia se hubiera visto privada de un número excesivo de ministros: tantos fueron los que se hallaron reos de la misma culpa. En Reims, en Mayenza, en Roma, el Santo Pon-

tífice truena otra vez contra la incontinencia y la compra y venta sacrílega de bienes espirituales. En suma, hasta monótonos son los concilios del siglo XI, por la repetición contínua de los mismos clamores y anatemas contra los mismos pecados. Inaugura su pontificado Víctor II deponiendo á varios obispos convictos de simonía; poco después, reune el concilio de Tolosa, sólo para discurrir en la manera de extirpar tan indigno tráfico: el monje benedictino que le sucede, Estéban V, ocupando la Sede menos de un año, tuvo, sin embargo, tiempo de legislar contra los escándalos de la incontinencia; Nicolás II, al condenar los errores de Berengario sobre la presencia real, dispone que nadie asista á la misa del clérigo concubinario; en Tours condena nuevamente los excesos de los tonsurados; otro tanto practica Alejandro II. La serie de estas disposiciones, su continuidad por espacio de dos tercios de siglo, prueba cuán grave era el daño, cuán honda la úlcera, cuán difícil la cura. A gran empeño gran valor: vino Hildebrando.

Hildebrando, nacido en Toscana, hijo de un carpintero, vivía monje cluniacense. Por sus luces, por su celo era, tiempo hacía, director de la Iglesia: Leon IX, Victor II, obedecían sus consejos: desde su celda gobernaba el mundo. Ardía en deseos de purificar el cuerpo eclesiástico; pedía á Dios que le arre-

batase la vida, siempre que no pudiese ser útil en algo á la madre común de los fieles. Su alma vehemente se deshacía en ánsias de reforma; rebosaban sus palabras calor del espíritu. — «Sólo una cosa solicitamos» — decía: — «que los impíos se conviertan; que la Iglesia, pisoteada, desmembrada, cubierta de confusión, recobre su antiguo esplendor; que Dios sea glorificado en nosotros, y que nosotros, con nuestros hermanos y áun con los que nos persiguen, lleguemos á salvarnos. ¡Desafía el soldado la muerte por salario vil, y hemos de rezelar nosotros afrontar la persecución por la vida eterna!» — Con tales propósitos y resolución acometió la empresa intentada por sus predecesores, cuando ciñó su frente la tiara y se llamó Gregorio VII. Tres lazos carnales y mundanos ataban á la clerecía: tres raíces la pegaban al suelo, impidiéndola ascender á las puras regiones en que deseaba Hildebrando colocarla: la mujer, el oro, el temor y acatamiento nimio de las potestades civiles. Lazos que rompió, y de un solo empuje, la vigorosa mano del Papa: no se paró á desatar el nudo gordiano; lo cortó. Las consideraciones que habían detenido á Leon IX, el temor de que Cristo se quedase sin ministros si castigaba á todo simoniaco y escandaloso, no influyeron en el ánimo de Hildebrando. Desde el momento mismo de su elevación al solio, que fué por unanimidad,

por sufragio de la muchedumbre que se precipitaba á san Juan de Letrán aclamándolo Papa mediante la voluntad de san Pedro, manifestó á Enrique IV, el emperador alemán que pretendía elegir Papas dotados de *entrañas paternales para la fragilidad humana*, que lo descargase, si era posible, de tan grave oficio, advirtiéndole que donde nó, sobrevendrían discordias entre las potestades imperial y pontificia, por no hallarse dispuesto á tolerar abusos. Pero brillaba tan refulgente la legitimidad y autoridad canónica de la elección del nuevo Papa, que no pudo el mismo Enrique hallar camino de revocarla. Afianzado en su silla, dió principio Hildebrando á la gigantesca reforma: recorrió Italia persiguiendo la corrupción y el delito hasta sus últimos baluartes; no se contentó con imponer, á ejemplo de sus predecesores, penas generales, sino que escudriñó hasta dar con los individuos culpables, y excomulgó por sus nombres á los obispos indignos, á los presbíteros simoniacos, y resuelto á arrancar de raíz la zizaña para echarla al fuego, dispuso definitivamente el celibato eclesiástico. Con tódo, este hombre austero, rígido, inflexible, propuesto á ofrecer á Cristo una Iglesia libre y pura, no fué nunca ajeno á piedad é indulgencia. Los dóciles á la reforma hallaban en él padre amoroso: cuidó de exceptuar de la excomunión á niños, mujeres, inferiores, á todos los séres sujetos

á obediencia y no enteramente dueños de su albedrío; su clemencia con el hereje Berengario sorprende á los historiadores, atendidos los hábitos de la época. Dulce y benigno con los humildes, con los poderosos es de hierro Hildebrando. Un aliado tuvo: san Pedro Damian, misionero infatigable que á su vez no cesa de cruzar las comarcas italianas, predicando la reforma con indignada y ardiente elocuencia, insultando á las mujeres causantes de la prevaricación de los clérigos, empleando ya la sátira, ya la amenaza, describiendo á los que, por alcanzar el episcopado, se degradan hasta ser bufones ó parásitos de los príncipes, á los prelados hambrientos de oro y grandezas.—«Apodérase de mí repugnancia invencible»—exclama en un arranque digno de Juvenal—«cuando enumero estas orgullosas nimiedades, que mueven á risa, es cierto, pero á risa que trae de la mano el llanto.» —No bien hubo S. Gregorio VII acrisolado, saneado y purificado su Iglesia, sintióse fortalecido y capaz de hacer frente al Emperador de Alemania, y áun á todos los reyes del mundo. Por sistema quería el Imperio inmiscuirse directa é indirectamente en la investidura de los cargos eclesiásticos, y atribuírsela en concepto de fuero de la corona. El Papa, vencedor en la lid contra las pasiones más potentes en el corazón humano, no temió medirse con el mayor poder de la tierra, el Imperio, refor-

zado en esta ocasion por el feudal, pues creyéndose los señores dueños del privilegio de investir á los prelados confiriéndoles el anillo y el báculo, defendían la prerogativa, cuyos frutos eran duplicar el número de opresores para una sola víctima, el pueblo. — «Pues qué!» exclamaba con toda la energía de su alma recta Gregorio VII—«la mujer más miserable puede, segun las leyes de su país, elegir esposo, y la Esposa de Cristo, inferior á la última esclava, ha de recibir el suyo de ajena mano?»—Y fulminó doble excomunión sobre los laicos que confiriesen la investidura, sobre los clérigos que de laicas manos la recibiesen,

Era Enrique IV antagonista de Hildebrando, principe violento y licencioso, corrompido desde su juventud con las adulaciones del obispo Adalberto que, por mejor dominarlo, lo pervirtió con indulgencia culpable; los primeros actos de su realeza fueron entrar á Sajonia á fuego y sangre; y por que no le faltase señal alguna de tirano, juntó á la dureza de entrañas la liviandad y el vicio. Después de imponer férreo yugo á los sajones, se revolvió envalentonado contra la Iglesia, porfiando en dar la investidura á no pocos obispos, y el rayo de la excomunión cayó sobre él, y Alemania, acostumbrada á dominar en Roma por medio de los Césares, vió con asombro que Roma, volviendo por sus franquicias, les

declaraba la guerra. Así aprovechó Hildebrando la primer coyuntura de protestar contra el poder ambicioso que, no contento con hostilizar á la Iglesia, se hacía cómplice de sus interiores enemigos, fautor de sus desórdenes. Nombrados por los emperadores y los barones feudales, eran los obispos alemanes instrumento dócil en manos de la autoridad civil, ministros de sus voluntades; y el Estado compraba su ayuda á precio de vergonzosa tolerancia. En pocas naciones halló el celibato eclesiástico propuesto por Gregorio VII, los obstáculos que en Alemania: el futuro país de la Reforma protestante no quería admitir la reforma católica, la medida salvadora que un autor heterodoxo, Michelet, encomia con su elocuencia habitual, diciendo:—«¿Acordaráse del pueblo que adoptó segun el espíritu aquél á quien la naturaleza dió hijos segun la carne? Prevalecerá la paternidad mística sobre la otra? Bien pudiera el sacerdote privarse para dar á los pobres: pero ¿ha de privar á sus hijos? Y cuando resistiese; cuando el sacerdote venciese al padre; cuando cumpliese todas las obras del sacerdocio, aún sería de temer que le faltase el espíritu. Nó: hay en el más santo matrimonio, en la mujer y en la familia, algo que enerva y reblandece, que rompe el hierro y dobla el acero: el más firme corazón pierde algo... Adios Cristianismo si la Iglesia, reblandecida y prosaizada en el ma-

trimonio, se materializase en la vinculación feudal: desvanecíase la sal de la tierra, y se acababa todo. Ni más fuerza interior, ni más aspiración al cielo; nunca semejante Iglesia hubiera erigido la bóveda del coro de Colonia, ni la flecha de Estrasburgo; no hubiera producido el alma de san Bernardo ni el penetrante genio de santo Tomás; hombres de tal especie necesitan el recogimiento solitario.»

A la excomunión de Hildebrando contestó Enrique declarando depuesto de su Sede al Papa. Cencio, prefecto de Roma, adicto al Imperio, no temió penetrar en el templo cuando Gregorio cumplía los santos ritos de Navidad, y, asiéndole por los cabellos de su consagrada cabeza, arrastróle á una prisión. Pero el pueblo, que había aclamado á Gregorio, que no ignoraba ser una misma su causa y la del Pontífice, atacó la fortaleza, sacó al Papa en brazos, y lo llevó al templo otra vez para que terminase el interrumpido sacrificio de la misa: y hubiera despedazado á Cencio, á no salvarle el magnánimo perdón del ofendido. Mas al caer sobre Enrique la maldición espiritual, todos sus enemigos, los duques de Suabia, de Baviera, de Carintia, que hasta entonces respetaban en él la autoridad soberana, se unieron en liga formidable, acordando convocar una dieta en Augsburgo, con asistencia del Romano Pontífice. No esperó Enrique el estallido de la

tempestad, la reunión de la dieta en que la excomunión iba á costarle la corona; y en mitad del invierno, hallándose los caminos cubiertos de nieve, pasó los Alpes acompañado de su mujer y de su hijo, criatura de dos años, y buscó á Gregorio en Canosa, residencia señorial de su fiel amiga la condesa Matilde. Con los piés descalzos, vestido de un sayal, aguardó tres dias en el patio del castillo, que la nevada alfombraba sin cesar de blancos copos; el Papa se resistía á recibirle, entendiendo harto el orígen y consecuencias de la tardía sumisión, hija, no del arrepentimiento, sino de la razón de Estado y del temor político; pero Matilde, compadecida del humillado Rey, intercedió, y se abrieron al fin las puertas de la cámara papal. Salió de allí el Emperador absuelto, pero sonrojado, furioso, más decidido que nunca á habérselas con la Iglesia: hechura suya fué el antipapa Clemente; obra suya la necesidad en que se vió Gregorio de encerrarse en el castillo de Santángel. Libertólo Roberto Guiscardo, descendiente de aquellos piratas normandos que incendiaban monasterios; y el Papa aprovechó la libertad en cumplir piadosa peregrinación á la tumba del abad de Montecasino, de San Benito, que también había arriesgado la vida lidiando con la relajación y el crímen. Presto debían reunirse los dos atletas de Cristo: Gregorio VII fa-

llece á poco en Salerno, y son sus últimas palabras: — «Amé la justicia, detesté la iniquidad; por eso muero desterrado.» — Más triste fin aguarda á su enemigo Enrique, combatido por uno de sus hijos, depuesto por el otro, vendido por su mujer, abandonado de todo el mundo, hasta perecer de hambre á las puertas de un templo por él mismo erigido, y donde le fué rehusado el puesto más humilde y un pedazo de pan.

Si Gregorio VII acaba desterrado, no vencido, sus principios quedan incólumes y fundada la gran teoría del poder eclesiástico. Planteóla con todo el vigor y claridad de su entendimiento, con toda la energía y firmeza de su carácter. Según lo expuesto por Gregorio VII, la Iglesia debe ser independiente de todo poder temporal; el ara pertenece al sucesor de San Pedro; la espada del príncipe es cosa humana; el altar procede de Dios. Importa que la Iglesia viva libre y señora de sí, porque al Emperador concierne lo profano, y lo espiritual al Papa; distintas cosas son el Estado y la Iglesia; y así como es una la fe, la Iglesia es una, uno su Jefe, unos sus miembros; da la Iglesia forma visible á la religión, como el cuerpo al alma; y al modo que el cuerpo precisa comer para sustentar el espíritu, así necesita la Iglesia, para sostenerse, sus dominios temporales. Si han de prosperar Iglesia y Estado, fuerza es

que se unan y asocien para conseguir la pacificación del mundo: dos luminares puso Dios en el cielo: sol y luna; el sol es el Papa, la luna es la potestad civil; y bien como la luna debe al sol la luz que derrama, reyes y príncipes reciben del Papa su autoridad, y el Papa la recibe de Dios: el rey está sometido al Papa: la Iglesia es tribunal divino, que señala los senderos de justicia; Cristo le ha conferido la potestad de atar y desatar, y el Papa, representante de Cristo, es superior á todos. Así habló Hildebrando.

Profunda concepción política, que tendía no precisamente, como suele decirse, á crear vasta teocracia, sino á imponer al Estado civil, bárbaro, feudal, la dirección del poder más inteligente, más puro, más moral de la tierra; á ordenar la marcha de las naciones según las enseñanzas y doctrinas del Cristianismo. Al afirmar la primacía pontificia, el insigne Hildebrando ata el roto hilo de la tradición apostólica, de los Concilios, de los apologistas y doctores, Tertuliano, Optato, San Cipriano, San Agustín, San Gregorio de Nisa: tradicion que es mera consecuencia del principio de unidad que á la Iglesia informa. La Iglesia no puede fraccionarse; la idea fundamental del Catolicismo es contraria á las iglesuelas nacionales, necesariamente sometidas al influjo corruptor del Estado, sujetas á las imposiciones y caprichos parciales

del feudalismo, á la profunda y absorbente tiranía monárquica, á la fuerza bruta, á la violencia, que rompe en pedazos la túnica inconsútil de Cristo. Mirada la cuestión desde el punto de vista humano y político, la Iglesia debió á su organización coherente y vigorosa el poder mantenerse firme, unánime y pujante, y resistir y sobrevivir al Imperio, á las invasiones de los bárbaros, y conservar libertad y eficacia, y ejercer legítima y decisiva influencia en leyes y costumbres. Cuando á los funcionarios del Estado, á los municipios romanos, á los mismos emperadores, señoreaba honda apatía y desaliento y huía de sus negligentes manos el poder, apareció el cuerpo eclesiástico animado de inextinguible zelo, aliento y vida. Sólo el clero era moralmente fuerte: fué poderoso; y la médula y nervio de tal poder consistía en su carácter espiritual. Materialmente no hay cosa más endeble que la Iglesia. ¡Cuán superior en pujanza se muestra Enrique IV á Hildebrando! Tenía en su apoyo las tradiciones del imperio romano, la fuerza del feudalismo; Hildebrando ni áun era dueño de Roma: un prefecto de la ciudad, un alcaide, pudo arrastrarle de los cabellos al pié del ara. Pero Hildebrando estaba armado del espíritu: cuando Enrique se prosternó á sus plantas en Canosa, la fuerza material confesó la victoria de las omnipotentes é incoercibles ideas. Cualquiera

príncipe de los que la Iglesia anatematizaba para enfrenarlos y convertirlos al cumplimiento de su deber, era señor de más tropas que el Pontífice romano; y aún por eso fué necesario á la Iglesia un dominio independiente, una soberanía temporal, que en algún modo protegiese la vida y seguridad de los Papas. Así opinó Roberto Guiscardo, y, sobre todo, la condesa Matilde, mujer singular y heroica, que en aquellos siglos de orgullo feudal y nobiliario se alió al hijo del carpintero de Toscana para contrarrestar el feudalismo y el cesarismo. Era la condesa Matilde la mayor potencia de Italia: dueña de Toscana, de Luca, de Parma, de Módena, de Reggio, Ferrara, Mántua, Cremona y Espoleto, con innumerables feudos más, su diadema de diez y ocho perlas equivalía á la corona cerrada de un rey, y los servicios que prestó á la Iglesia y á la prosperidad de Europa no son inferiores á los de la merovingia Clotilde. Al morir, legó á la Santa Sede sus vastos Estados, proporcionándole así la garantía indispensable para ejercer libre y próvidamente su acción tutelar sobre la Cristiandad.

Conviene hacer memoria de que, antes de reclamar el derecho de dirigir moralmente á los cristianos, Gregorio VII comenzó por depurar la Iglesia, elevándola sobre los humanos intereses; labor titánica, cuando según el dicho de San Pedro Damian, era más

fácil convertir á un judío que á un simoniaco; cuando la simonía descarada, la primera y última de las herejías, intentaba corromper hasta al mismo reformador, al propio Hildebrando. Si la Iglesia aspiraba á reformar al mundo, justificó la pretensión reformándose ante todo á sí propia; caso que jamás se vió en ninguna potestad laica. Del afán de mostrarse irreprensible y santa para santificar al universo con sus ejemplos y autoridad, se origina la tempestuosa cólera que encienden en los Santos los pecados de los eclesiásticos, el enojo, el furor, las invectivas con que los reprendieron. Por eso, en el tiempo en que los monjes cluniacenses vivían envueltos en lujo y molicie, quiso San Bernardo que los del Císter profesasen pobreza, y ni en los ornatos de las iglesias admitiesen oro ó plata: y más adelante, sucediendo que los mismos reformados del Císter se desvivían por poseer señoríos y rentas, Alejandro III alzó su voz contra ellos. Ni sólo en los monjes censuró San Bernardo el oro: escandalizóse al verlo brillar en el freno y jaeces de las monturas episcopales. Pedro de Blois lamentaba amargamente que las rentas eclesiásticas, que habían de servir para alivio de la miseria de los pobres, se empleasen en delicados manjares, lisonja de la gula. Adriano IV preguntó cierto dia á su compatriota, el docto Juan de Salisbury, lo que pensaban las

gentes de él y de la Iglesia Romana; y Juan de Salisbury, sin pararse en barras, contestó categóricamente: «El pueblo se queja de que edificais palacios mientras los templos se desmoronan; de que usais púrpura, mientras los altares están desnudos.... El azote del Señor no cesará de pesar sobre vosotros mientras continueis marchando por esa vía. Toda vez que me apurais, declaro que debe hacerse lo que enseñais, y no lo que haceis; ya que realmente, quien se aparta de vuestra doctrina, es hereje ó cismático.» — Alabó el Papa la generosa franqueza del filósofo, y trató de aplicar algun remedio á los males que lamentaba. Pero nadie se expresó con más crudeza y energía que el anacoreta Pedro Damián, colaborador en la reforma de Gregorio VII. Hay que leer sus declamaciones fogosas contra el matrimonio de los clérigos, sus diatribas, sus maldiciones á las mujeres cómplices del desorden, á quienes llama— «seductoras de clérigos, cebo de Satanás, espuma del paraíso, veneno de las almas, espada de los corazones, buhos, lobas, sanguijuelas.....»—La palabra era libre cuanto el espíritu sumiso, la voz imperiosa y tonante de los reformadores salía de la garganta de la Iglesia, lo mismo en el siglo de Hildebrando que en los que siguen; varones devotos, henchidos de santidad, ó apologistas del Cristianismo, se suceden denunciando el escán-

dalo, y las sátiras más sangrientas brotan de los labios de Jacopone, Dante, Gerson, Alvaro Pelagio. Admirable fuerza regeneradora la de la Iglesia, que así se renueva interiormente y de suyo.

Al rehacerse, la Iglesia rehizo la moral social. Quien considere el oficio que desempeñó respecto de la civilización, y la contemple en su lucha secular con paganismo y barbarie, y cuente y registre sus nunca interrumpidos trabajos en pró del bienestar moral, intelectual y material del orbe, comprenderá la teoría de Gregorio VII. La benéfica acción de la Iglesia no es artificiosa tesis histórica; es hecho inmenso que salta á los ojos de todo aquél que lea y medite y estudie sus doctrinas, y atienda á un irrecusable testimonio, los cánones de los Concilios, legislación incesantemente perfeccionada, código progresivo fundado en bases de eterna equidad. La tradición de la Iglesia autorizaba las decisiones de tan augustas asambleas, de modo que la ley de ellas emanada, poseía, amén del carácter coercitivo, otro ético y sagrado: cuando habla el Concilio, habla el Espíritu Santo. No se limitan los Concilios á definir el dogma: corrigen las costumbres; y esto desde su orígen. Un cánon de nuestro Concilio de Elvira, en el siglo IV, impone ya siete años de penitencia á la mujer que haya inferido á su sierva lesiones mortales; estatuye penas contra

los que rompen el lazo matrimonial, contra los sacerdotes envueltos en la usura y negocios mundanos. Al paso que van reprimiéndose las herejías y estableciéndose la disciplina, cuestiones prácticas reclaman la atención de los Concilios. Del siglo IV es también el canon del de Cartago que ordena honrar á pobres y viejos ántes que á las demas personas, y que dádiva alguna del opresor de los pobres sea recibida en la Iglesia, así como el de Toledo que excomulga al poderoso si despoja á un pobre y no restituye. En el siglo V, el primer Concilio de Orange establece una de las instituciones más piadosas de la Edad media, el derecho de asilo, prohibiendo entregar á los esclavos fugitivos que ofendieron á sus amos y se refugian en las iglesias; el de Agda, que legislaba durante la dominación de Alarico, dispone que la Iglesia tome bajo su protección á los libertos, excomulga á los homicidas, atiende á la suerte de los niños expósitos; el de Epaona condena al amo que mate á su esclavo; el V de Orleans manda á los arcedianos visitar todos los domingos á los prisioneros, y á los obispos cuidar de que nada falte á los leprosos; el III de Lion reitera el mismo encargo; el de Macón resuelve que los obispos tengan franca su puerta para extranjeros y pobres; y veda á los clérigos presenciar ejecuciones capitales; el III de Toledo vuelve á ocuparse en favorecer á los esclavos; el de Reims,

más radical, reprueba que á nadie se esclavice; el IV de Toledo, censura que se obligue á los judíos á abrazar el Cristianismo por fuerza; el XI depone de su dignidad, para siempre, al eclesiástico que asiste á una sentencia de muerte, ó castiga á cualquiera mutilándolo; el IV de Braga, impide á los obispos afligir con ninguna corrección corporal á sus subordinados. En los numerosísimos concilios de la Iglesia española se hallan repetidos cánones que tienen por objeto amparar y preservar de la muerte á las mujeres é hijos de los difuntos reyes godos: precaución bien necesaria en aquellos tiempos de desapoderada ambición, cuando los parientes del rey que muere se proponen extinguir su descendencia, como se vió en las dinastías merovingias. Igual espíritu de piedad va inspirando á todos los Concilios; el de Berbería prohibe, al que casó con esclava, repudiarla por su clase; el de Verneuil, ordena á jueces y condes soberanos que juzguen, en primer lugar, la causa de la viuda y del huérfano; el de Nortumberland exhorta á grandes y ricos á la justicia; el de Arlés, previene que en épocas de hambre se repartan víveres á los pobres. Presenta la serie de los Concilios diferencias merecedoras de ser notadas: atentos, al principio, á definir dogmas, á establecer la disciplina y liturgia, á confutar monstruosas herejías que en los primeros siglos abundaron, les vemos, cuando arrecia la

barbarie y la violencia manda, proteger esclavos, mujeres y niños, dulcificar los códigos, atajar las mutilaciones y suplicios; del siglo VIII al IX, al renacer las letras, sin dejar de mirar por las buenas costumbres de la clerecía, proveen á la instrucción pública ordenando á los obispos leer la Escritura Santa, estudiar, fundar escuelas, dar á los monasterios superiores sabios; y al llegar las centurias X y XI, su tarea es batallar con los vicios eclesiásticos, sin descuidar por eso la causa de los débiles y menesterosos. Pues este continuo grito, clamor perenne de justicia, que tanto consuela oir resonar en edades alborotadas y oscuras, explica harto el predominio social de la Iglesia, fundado en los principios nuevos, humanitarios y fecundos que sustentaba. Profesábalos desde su fundación, pero hasta la Edad media no le fué dado comunicarlos.

No bastó que los santos de los primeros siglos se consagrasen, con perseverancia invencible, al rescate del esclavo, sino que la Iglesia, en cierto modo, le hizo inviolable por medio del derecho de asilo, franqueando sus puertas y consagrando un circuito, por lo regular de treinta pasos á la redonda, para que proscritos y perseguidos, acosados como fieras, tuviesen seguro refugio en épocas vengativas y crueles. Unico contrapeso al poder de la espada era la Iglesia; á no existir ella, el mundo se hubiera visto entregado á la tiranía

de la fuerza material. Aún no llegó á más que contrapesar la espada: subyugóla, poniéndola con la caballería al servicio de los oprimidos; con las cruzadas, al de la fe. Mediante una Orden religioso-militar, redimió, ennobleció á los parias de la Edad media, los aborrecidos *gafos:* el gran maestre de San Lázaro era un leproso. Pero al señalar fin ideal á la guerra, se anticipó á enseñar lo que nuestro siglo cree haber descubierto, á saber: que el estado normal y natural de los pueblos cristianos es la paz. Toda circunstancia fué ocasión de predicar paces: epidemias, sequías, hambres, sirvieron de ejemplo que ablandase los corazones: y no pudiendo obtener pacificación completa, instituyó, á lo ménos, la Iglesia un respiro, la *Tregua de Dios.* Acatábase la tregua de Adviento á la Epifanía, del domingo de Quincuagésima á Pentecostés, en las Témporas, en casi toda fiesta del año, y cada semana, desde la tarde del miércoles á la mañana del lunes. Mientras duraba, á nadie era lícito ir armado ni reñir; suspendíase toda contienda. El señor que infringía la tregua, perdía su feudo; el siervo, la mano derecha. En templos, claustros, aldeas, molinos y caminos, guardábase la tregua perpetuamente, y lo mismo en las personas de los eclesiásticos, peregrinos, judíos, mercaderes, mujeres y labradores. Señalada obra de misericordia que dió gran fruto, y no redunda en menor gloria de la

Iglesia, porque en algunas partes fuese la tregua violada, y porque iracundos señores feudales la escarneciesen, y el sanguinario trovador Beltrán de Born hiciese gala de no respetarla. No anduvieron las potestades seculares tan poco avisadas, que no comprendiesen la profunda equidad y sabiduría de la *Tregua de Dios*, y que no estableciesen á su vez la *paz pública*, cuya infracción castigaba Federico I con pérdida de la vida.

Y en quién sino en la Iglesia habían de poner su esperanza multitudes humanas, que dependían de la protección y capricho de un señor? Ay de ellas, si por su mal, el árbitro de sus destinos no se amarraba al dulce yugo de la Iglesia! Y, ay tambien de él si sus desafueros y maldades atraían sobre su cabeza el rayo de la excomunión! Ni amigos, ni aliados, le mantenían su fe, ni los vasallos mismos perseveraban en rendirle pleito homenaje. Aun para conseguir tales efectos no era preciso el anatema eclesiástico; bastaba la maldición de algun solitario ó eremita: la cólera divina pesaba entonces sobre el castillo y el señor; apartábanse de él sus deudos, y sus hombres de armas se negaban á seguirle á la lid; hasta después de muerto el opresor, la fantasía popular encerraba su gimiente sombra en el torreón testigo de sus crímenes. A veces la fe inmuta y reblandece el alma de risco del señor; baja de su nido el buitre feu-

dal, corre al templo, se confiesa públicamente, se hace azotar por mano del clérigo, distribuye sus bienes á los pobres, funda un monasterio, y vuelto mansa paloma, edifica á los que ántes escandalizó. El fiero conquistador Canuto, de vuelta de una peregrinación á Roma, convocó á sus súbditos para darles la regocijada nueva de que en lo sucesivo los gobernaría con justicia y caridad.

La Iglesia tendía asimismo su manto protector sobre el peregrino y el viajero; los Concilios se oponían á que se impusiese á los mercaderes nuevos tributos y peajes, y excomulgaban á quien hiciese en algun modo peligrosos los caminos; para viandantes se fundaron los primeros hospicios, regidos por monjes; y así fué creciendo la actividad y prosperaron las relaciones comerciales entre pueblos diversos. Con no ménos empeño fomentó el progreso científico. Carácter de deber religioso dió á la creación de escuelas; los monasterios sirvieron de asilo á toda cultura: las universidades nacieron á la sombra del poder eclesiástico. Tanto miró por el bienestar y subsistencia de los estudiantes en las ciudades escolares, que hasta con penas espirituales combatió la carestía del hospedaje y alimentos. De la enseñanza hizo, anticipándose á la Edad moderna, sagrada magistratura; y el catedrático tuvo autoridad teológica y competencia en materias eclesiásticas. So-

bre tantos beneficios descuella uno mayor, el establecimiento de la justicia social fundada en inconmovible base: la igualdad. Uno es el derecho de la Iglesia, uno su dogma; así como en Adán pecó todo el género humano, tambien fué redimido todo en Cristo: de donde se sigue que toda alma tiene á las ojos de la Iglesia el mismo valor. Consecuencia de esta idea es la solidaridad de los fieles. En qué ha de estribar, segun la Iglesia, la nobleza? en lo único sustancial: el cumplimiento de la ley de Dios, el mayor grado de obediencia á la voluntad divina. Clemente IV explica al arrogante rey de Hungría como lo que suele entenderse por nobleza es mero accidente, institución humana, y como todos los hombres son iguales ante la mirada de Dios; Gregorio VII declara á Alfonso de Castilla que no es vergüenza fiar altos cargos á hombres de bajo nacimiento: y nadie lo podía asegurar mejor que quien desde un taller de carpintería ascendió al más elevado sólio de la tierra. En efecto, la Iglesia, no contenta con predicar igualdad, la practica; el Pontificado es accesible á las últimas clases sociales; el nacimiento hace al baron y al rey, la capacidad al obispo y al Papa; en edades aristocráticas, la Iglesia no reconoce privilegios de sangre. Cuando san Gregorio andaba empeñado en separar de su amante á Pedro de Aragon, entre otras razones alegaba una que por sí sola

alcanza á demostrar la natural equidad profesada por la Iglesia: era la mujer esposa de un vasallo ántes de seducirla el rey, y el Papa advierte á éste que la fidelidad ha de ser recíproca entre vasallos y señores, y que el señor la viola indignamente quitando al vasallo su esposa. Concebido así, el derecho feudal es lo que debe ser moralmente, contrato; y si el señor recibe esta enseñanza, convertiráse de tiranuelo en hermano de armas de sus siervos, y llegará hasta exponerse á las flechas sarracenas por defender la vida de un vasallo.

Al cristiano concepto de esencial igualdad humana, se debieron leyes más equitativas, procedimientos judiciales ménos feroces, y una ámplia y filosófica idea del derecho. La Iglesia enseñó á castigar por corregir, no menos que por justa vindicta. Un Papa dijo que ni en ley divina ni humana es lícito el tormento; y que si algun valor se atribuye á la confesión del reo, ha de ser voluntaria. Un Concilio fué el que declaró que—«el fin de la pena es la enmienda.»—Hemos visto cánones prohibiendo á los eclesiásticos asistir á ejecuciones capitales: repugna al espíritu de la Iglesia el derramamiento de sangre: con repetidas providencias trató de desarraigar una de las prácticas jurídicas más atroces, la mutilación; resabio bárbaro tan tenaz y común, que los Concilios hubieron de vedar expresamente que al monje pecador le sean arranca-

dos los ojos. No pudó la Iglesia cosechar á la vez todo el fruto de sus desvelos : largos años pasaron antes de que la tregua de Dios mudase el estado de guerra perenne en estado normal de paz, y el solemne combate judiciario se redujese al vergonzante y clandestino duelo moderno, cesase la piratería y se multiplicasen los hospitales y establecimientos de beneficencia. Si pronta es la destrucción, despaciosas y lentas son siempre las mejoras.

Patente indicio de la humanidad eclesiástica,—sobre todo por recaer en quien recayó—es la tolerancia con los judíos. En ningún pais sufrió menos la raza israelita durante la Edad media, que en Roma y demas países sometidos á la Santa Sede. Al ser elegido un Pontífice, le presentaban los judíos un ejemplar de su ley; hubo Papa que la tomó y la arrojó tras de sí, exclamando : — « Vuestra ley buena fué, pero mejor es la de los cristianos: » —y como para probar la verdad del dicho, la ley nueva usó de misericordia con la antigua. Por todas partes, en la Edad media, viven los judíos arrinconados, como arañas, en los tenebrosos ángulos de la sociedad ; desde allí tejen su telaraña de préstamo y usura , para cazar las moscas cristianas que se pongan á su alcance. Su frente se inclina al peso de la reprobación universal ; agobiados con impuestos y oprobios, cuentan los años por las persecuciones sufridas : en ellos se ensañaron los

emperadores paganos, Domiciano, Tito; los cristianos, Constantino, Justiniano, Heráclio; Mahoma los cubrió de desprecio; los magos persas los expulsaron. Habiendo crucificado al verdadero Mesías, fueron juguete de varios mesías apócrifos, que los mantuvieron en continuas alternativas de desesperación y esperanza. Cinco siglos después de derramar la sangre del Justo, equiparan á la ley mosáica la compilación del Talmud, y ésta les da la consigna de odiar á los cristianos, de empujarlos cuando estén al borde de un precipicio. Lentamente, recibiendo las piedras que el pueblo les arroja, los bofetones con guantelete de hierro que los señores imprimen en su rostro el dia de Juéves Santo, va fermentando en su alma el odio callado y sombrío que tan de mano maestra pintó el gran trágico inglés: no les basta arruinar al cristiano, quieren inauditas represalias: ya no piden oro; reclaman, como el Silock de Shakspeare, carne humana: en la historia de los siglos medios abundan procesos horribles, niños cristianos robados por los hebreos para crucificarlos con espantosos refinamientos de martirio: son tantos y tan unánimes los testimonios, que apénas cabe dudar de la aterradora autenticidad del hecho: el pueblo se venga con degollaciones en masa, con hecatombes de judíos: los reyes tratan de salvar á miles de desventurados; pero la más especial protección á tan

detestada raza la dispensa la Iglesia: para el hebreo, como para el eclesiástico, es perpetua la *tregua de Dios*. Sólo en Italia se les permite adquirir tierras y poseerlas: únicamente en los Pontífices hallan benigno amparo: Gregorio IX prohibe que los maten; Clemente IV los defiende contra la fanática cruzada popular de los *Pastorzuelos*, que querían exterminarlos; Alejandro II felicita á los Obispos de las Galias por no haber consentido que los cruzados maltratasen á los hebreos, añadiendo que los protegía—«por caridad cristiana, y á imitacion de sus predecesores.» —Inocencio III, y más tarde Clemente VI, prohibieron que se obligase á los judíos á recibir el bautismo contra su voluntad. Un santo, Hilario de Arlés, mostró tal caridad hácia los judíos, que cuando murió siguieron su féretro llorando. A su vez los Concilios respetaron la conciencia de los hebreos, prohibiendo el empleo de medios coercitivos para lograr bautizarlos.

Fué la Iglesia, en toda ocasión, poder civilizador y humano por excelencia: para esforzar y patentizar esta verdad, consideremos lo que hizo de la nación en que más directamente influyó; lo que supo hacer de Italia. Quien acuse á la Iglesia de tentativas de dominio teocrático absorbente y exclusivo, puede desengañarse leyendo la historia de los países sometidos al Papado. Allí se formaron

primero los municipios y se conoció la libertad. Mientras en otras comarcas el poder señorial ahogaba las tímidas comunidades nacientes, ó renacientes, por mejor decir, Italia no pierde ni interrumpe la tradición de las suyas, y ve alzarse en su seno florecientes estados, prósperas repúblicas. La organización de las ciudades de Toscana y Lombardía se ajustó al modelo de las antiguas romanas: creáronse magistrados, que eran al par jueces, administradores y capitanes: hubo asambleas soberanas que decretaban, como el antiguo Senado, guerras y paces; los jefes electivos se llamaron Cónsules. Donde se respiraban tan precoces áuras de libertad, tambien se manifestó tempranamente el movimiento emancipador de los siervos. A mediados del siglo XIII, Bolonia declara que en una ciudad libre no debe haber sino hombres libres, y da por rescatado á todo siervo—«á honra de nuestro Señor Jesucristo.»—Imitaron el ejemplo de Bolonia no pocas ciudades más, y ya se deja entender por estas señas cuán escasa vitalidad poseyó en Italia el feudalismo, combatido, vencido y dominado por fuerzas superiores, las ciudadanías, el estado llano y el comercio: comercio viatorio, armado, militar, base de una aristocracia no inferior á la feudal en consideración y orgullo, pero en sus privilegios menos onerosa. Para impulsar el comercio, era preciso armar flotas, arrostrar peligros, limpiar de piratas las cos-

tas, y constituir, en vez de las trémulas y atrasadas villas feudales, ciudades bellas, abundantes y hospitalarias, gallardamente tendidas al borde del Adriático y del Mediterráneo; emporios de riqueza y arte, cuna del Renacimiento. Y como todas ellas reclamaban ser presididas por alguna autoridad, no impuesta violentamente, sino aceptada de grado y por convencimiento, ejerciéronla los Obispos. Era el Obispo protector nato de la ciudad; él había salido, en los angustiosos momentos de la invasión, á presentarse al jefe bárbaro, á amansarlo; él inventó el paladio, el estandarte de la ciudad italiana, la carroza tirada por bueyes; él tomaba parte en las aflicciones y en las glorias del Estado, de las cuales dependía el esplendor de su Sede, y por eso miraba los intereses de los ciudadanos como propios. Mas el influjo episcopal se originaba de otro superior; del pontificio. Moralmente, el Papa regía y unificaba tanto chico estado como en Italia se formó, y era verdadero soberano con soberanía espiritual; por él se respetaban entre sí y se guardaban fe y lealtad potencias pequeñas y envidiosas. Ofrecieron las provincias del Mediodía de Francia ejemplo de una organización análoga á la de las ciudadanías italianas; pero faltóles el suave freno del Pontificado, y la herejía y la licencia ahogaron en germen su civilización. Sabedora Italia de lo mucho que al Pontificado debía y

del estrecho vínculo que la ataba á la Santa Sede, identificó la causa pontificia á la nacional. Al protestar Gregorio VII contra las investiduras dadas por los legos, se apoyaba en la opinión popular: el pueblo lo sacó de la prisión en triunfo. Si los Emperadores enemigos del Papado, elegían un antipapa, la execración general caía sobre el intruso: la crónica de Sugero nos dice que fué el pueblo de Roma quien—«enamorado de la grandeza y liberalidad de Calixto II»—se apoderó del antipapa Burdino, hechura de Enrique V, y montándolo en un camello y vistiéndole manto de pieles de macho cabrío crudas y sanguinolentas aún, lo llevó humillado á los piés del Papa. Lo más digno de notar es que esta soberanía democrática de los Papas no cayese en exceso alguno de los que suelen manchar y afear la libertad: padres del pueblo, nó complacientes padrinos, se mostraron los Pontífices. Cuando el demagogo reaccionario Arnaldo de Brescia logró con sus predicaciones restablecer en el monte Capitolino la república romana, en los Papas encontró dique la marea sediciosa: mientras, por lógica aunque singular evolución, la algarada republicana de Arnaldo y sus secuaces concluía pidiendo y aclamando por único y absoluto señor de Roma al César alemán: es decir, haciendo retroceder á Italia cuatro siglos, queriendo atarla de nuevo al rollo feudal y al extranjero yugo. No

fué vencido el feudalismo sin lucha: es más: tal vez su porfiada resistencia impidió la constitución permanente y definitiva de la nacionalidad italiana. Italia no consintió que arraigase en su suelo la planta feudal: los municipios, más poderosos que la nobleza, la echaron de sus nidos de águila, obligándola á bajar á la ciudad, á ponerse en contacto con el estado llano; si el señor resistía, la ciudad arrasaba su castillo. En cambio, el noble adquiere prestigio militar sin salir de la misma ciudadanía: la nobleza, aislada en otros países, se muestra social en Italia. Pero al lado de Italia, separado de ella sólo por la natural frontera de los Alpes, se alza, armado hasta los dientes, blindado de hierro, el coloso del feudalismo, en ninguna parte más pujante que en Alemania; porque Inglaterra y Francia lo contrapesaron con la monarquía, y en España á la monarquía se unieron, para templarlo, un régimen municipal muy sabio y progresivo y la guerra popular y nacional de la reconquista, mientras en Alemania la cúpula gigantesca de la majestad cesárea descansaba sobre columnas de granito, sobre rudos barones semejantes al de la *mano de hierro* descrito por Goëthe. Como enorme masa, se despeñó contra Italia el feudalismo germánico.

Tras de los Alpes resonaron por vez primera los nombres de *güelfos* y *gibelinos*, que costaron á Italia tanta sangre y discordias.

El hijo de un compañero de Atila, Welfo, cuyos descendientes llegaron á duques de Baviera, dió nombre á los *güelfos*; el castillo de Weibling, solar de los condes de Hohenstaufen, á los *gibelinos*. Ambas casas se disputaban el Imperio, y gritos de guerra de sus ejércitos fueron Welf y Weibling: voces que presto habían de repetir los ecos de Italia, país del cual no apartaban sus ojos los emperadores alemanes. En prenda de la codiciada soberanía, usaban el título de *reyes de romanos*, distribuían feudos en Italia; rodeaba su frente el aro de hierro de los antiguos monarcas lombardos; en suma, se atribuían todos los fueros de la realeza en la península latina, renovando la aspiración á la monarquía universal, el dorado sueño de Augusto, Teodorico y Carlomagno. No les faltaban partidarios en Italia misma: de Roma les llegaban mensajes llamándolos á devolver al imperio el esplendor de los tiempos de Justiniano y Constantino; y acaso pudieran realizarse sus vastos planes, tantas veces frustrados, si la desmedida ambición de los Césares no pretendiese, amén del dominio temporal, el espiritual; si no intentase transformar al Vicario de Cristo en lugarteniente del Imperio, y no hubiese patentizado sus miras absorbentes y tiránicas en la cuestión de las investiduras. Al arrojar la careta los Césares, el duque de Baviera Güelfo, que vivió en casto himeneo con Matilde,

la bienhechora de la Iglesia, mantuvo la causa del Papa, y los antiguos nombres de *güelfos* y *gibelinos* sirvieron en Italia para distinguir á los adictos á la Iglesia y al Imperio,

Continuación de la pugna de las investiduras fué la que ocasionó el legado de la condesa Matilde. Al ver que sus feudos pasaban á la Santa Sede, el emperador de Alemania trató de recuperarlos á viva fuerza: nunca pudieron los Papas convencerse mejor de que el pueblo estaba por la Iglesia y con la Iglesia. Se reprodujo, hasta con coincidencia de nombres, el drama de Gregorio VII: Gelasio II fué arrastrado de los cabellos por otro prefecto Cencio, y el pueblo rompió las puertas de su cárcel: Calixto II vió á las turbas traerle arrastrando al antipapa imperialista, y el homenaje de los leales normandos, que corrieron á ofrecer al Papa su asistencia, fué parte á que Enrique se aviniese al concordato de Worms, en el cual la Iglesia, con entero desinterés sólo puso empeño en asegurar la independencia espiritual, mientras el César se reservaba las ventajas materiales y políticas. En breve murió Enrique V, extinguiéndose con él la Casa Sálica; su sucesor, el sajón Lotario, se mostró más propicio á la Iglesia: en pos de él, ascendió al solio el primero de la célebre estirpe de Hohenstaufen, Conrado; y aunque jefe de una casa esencialmente feudal, se asoció al épico acontecimiento que más contribuye á

aniquilar el feudalismo: las Cruzadas. Llevóse tras sí Conrado la pesada caballería teutónica, la que abandonada en el desierto por sus guías griegos, fué hostigada, envuelta, destrozada por los turcos; y el Emperador, que no pudo consolarse del desastre, se volvió á morir á Europa, dejando el poder al héroe legendario que personifica el feudalismo: Federico Barbaroja. Dotado de las cualidades eminentes que requería la representación del imperio: brazo incontrastable, mente alemana, perseverante y soñadora á la vez, se creía, con fe profunda, heredero legítimo y directo de los Césares romanos y del César carlovingio sepultado en Aquisgrán; instruido, elocuente, robusto y temerario, en él encontró Alemania el suspirado Mesías del cesarismo. Recien coronado, llamóle con dulce reclamo la italiana sirena: en la dieta de Roncaglia, los juristas de Bolonia lo reconocieron sucesor de Justiniano; y su primer acto de autoridad fué encender las llamas que consumieron al agitador Arnaldo de Brescia. Breve fué sin embargo el período de concordia entre el Emperador y el Pontífice; Barbaroja aspiraba, como sus antecesores, al señorío absoluto de cuerpos y almas; Adriano IV defendía, como los que le precedieron, la independencia de Italia y la libertad espiritual. Al indisponerse con el Papa, Barbaroja se enajenó el afecto de toda Toscana y Lombardía; despertáronse

los fieros instintos del opresor feudal, y viéronse las villas quemadas y arrasadas, los hombres mutilados, atados los niños á las máquinas guerreras para que los padres no se atreviesen á emplear en la defensa armas arrojadizas; una gran ciudad, opulenta, hermosa, es demolida, sembrada de sal, y los milaneses vagan sin hogar ni asilo, encendiendo en vengadora cólera los pechos italianos. Elévase entonces la protesta patriótica, la liga lombarda: únense todas las ciudades contra el opresor; el Papa bendice la confederación; y el estado llano, los artesanos y mercaderes, se dan tal arte en esgrimir la espada, que triunfan de los aguerridos alemanes, cogen prisionero al hijo de Federico, Otón, y el arrogante Barbaroja se ve compelido á doblar el cuello, y á prosternarse en Venecia ante un Papa de plebeyo orígen, á tenerle el estribo y llevar del diestro su montura.

Tan adverso á Federico como la paloma del Espíritu Santo, fué el león de bronce de Enrique de Sajonia: venció Barbaroja al poderoso duque, pero enflaqueció su propia autoridad al conseguirlo. Ya Adriano IV, burlándose de que la casa de Suabia aspirase á la monarquía universal, observaba cómo el nieto de los reyezuelos teutónicos, pretendiente al cetro del mundo, apenas era capaz de someter á los rebeldes magnates de su reino, ó á la salvaje tribu frisona. Federico Barbaroja,

el perseguidor de la cristiandad, protector del antipapa Víctor y enemigo de Adriano IV y Alejandro III, mudó de rumbo á última hora, quiso morir santamente, y al oir que Saladino era dueño de Jerusalén y de la Cruz de Cristo, tomó las armas á los sesenta y ocho años de edad, envió un cartel de reto y desafío al sarraceno victorioso, emprendió la ruta de Palestina, llamó *perro* al Emperador de Constantinopla que le negaba el paso por sus Estados, abrióse camino con las armas, derrotó al sultán de Iconio, y cuando comenzaban sus triunfos, perdió la vida por bañarse en las aguas del Cidno, funestas á los conquistadores. Nadie sabe á punto fijo dónde reposan las cenizas del gran Emperador; segun las leyendas alemanas, Barbaroja no ha muerto todavía; duerme dentro de vetusto torreón desierto, en áspera montaña, armado de todas armas, y recostado en una mesa de piedra, en torno de la cual se enrosca nueve veces la barba descomunal que blanquearon los años. Cuando despierte, colgará el escudo de un árbol seco, y el tronco reverdecerá, y la justicia reinará en la tierra. Así inmortalizan los pueblos á los que representan y encarnan sus ideales.

Con todo, no es Federico la figura ni el carácter más importante del siglo que termina con él. Sobre la personalidad de Barbaroja, de Ricardo Corazón de León, de Saladi-

no, se destaca la del hombre que, cual Hildebrando en el siglo XI, defiende en el XII la independencia de la Iglesia: Tomás Becket. Solía en la antigüedad ir unido un mito á la historia del nacimiento de los héroes: en la Edad media es frecuente que la adorne una novela. La de Tomás Becket es novela de amor, harto más honesta, poética é interesante que la de Abelardo. Una beldad musulmana, prendada y no correspondida de un cautivo cristiano, le sigue cuando recobra la libertad desde los Santos Lugares hasta Inglaterra: no sabe pronunciar en lengua occidental más que dos nombres, el de la villa de Lóndres, adonde se dirige, y el de su amado Gilberto; pero estos nombres los repite y grita sin descanso, y sola, pobre, mendigando casi, consigue encontrar la villa y el hombre que busca, y logra bautizarse y desposarse con él. De su matrimonio nació un hijo que reunía á las sólidas cualidades de la raza sajona las brillantes dotes de la semítica. A despecho de su orígen, Tomás Becket pudo, merced á su educación selecta, convivir con las refinadas gentes de la casta dominadora, agradar á los normandos, y escalar los más elevados puestos de la jerarquía civil. En su mocedad, nadie hubiera creido que algun dia se revelase santo y héroe: era alegre, insinuante, obsequioso, cortesano, dado al placer y al lujo; preceptor del hijo de Enrique II,

vestía fastuosamente, tenía á sueldo una escolta de caballeros armados, recamaba el oro los arneses de sus monturas, su vajilla merecía servir para la mesa de un emperador. Lisonjeábale la grandeza, y el rey, que le amaba mucho, declaró su propósito de concederle el primado de Inglaterra. Al saberlo, Tomás se sonríe, y señalando su magnífico atavío, su toca de plumas con cintillo de diamantes, su puñal curioso incrustado de pedrería, sus curvos y afeminados zapatos. — «Repara — dice apaciblemente al monarca — á qué hombre edificante quieres encomendar tan santo cargo. Además, tú tienes respecto de la Iglesia miras que yo no secundaré; si llego á arzobispo, pienso que dejarémos de ser amigos.» — No le hizo caso el Rey, y mal de su grado, lo sentó en la silla de Cantorbery, de heroicas tradiciones, ocupada un tiempo por el santo Elfeg, el que prisionero de los dinamarqueses no quiso gravar al país pidiendo dinero para su rescate, y prefirió ser martirizado antes que dar á los paganos carne de los fieles, oro de los pobres. Apenas fué consagrado el cortesano canciller para la sede primada, los que le vieron no le conocían. Habíase despojado del soberbio ropaje, y desamueblado el suntuoso palacio; roto con los encumbrados comensales, y hecho amistad con pobres, mendigos, sajones, con la raza oprimida y vencida. A imitación de los siervos,

usaba grosera hopalanda, vivía de agua y legumbres, tenía aspecto humilde y contrito, y sólo para el pueblo se abría la sala de sus festines, y se gastaba su hacienda. Nunca hubo más repentino cambio de vida, ni que de una parte excitase más enojo y de otra más regocijo. Los barones, condes y reyes, amigos ayer de Tomás, se tuvieron por burlados; pero las gentes humildes, el clero bajo, los monjes, los sajones plebeyos, no sabían cómo reverenciar al Arzobispo. Tornóse la amistad del monarca en violenta aversión; vió un enemigo en su antes predilecto favorito, y comenzó la lucha sin tregua en que la personalidad moral de Becket fué creciendo á cada nuevo ataque y sublimándose hasta las esferas del heroismo. Cuando los señores normandos, reunidos en el Consejo privado del Rey, le llaman traidor y perjuro, se despiertan en Becket reminiscencias del pasado, y mirando desdeñosamente en torno suyo, pronuncia una frase caballeresca: —«Si mis sacras órdenes no me lo vedasen, yo sabría responder con las armas á quien me llama traidor.» — Mas cuando los conjurados llegan para quitarle la vida, ya Tomás ha aceptado el cáliz amargo de la pasión: quieren hacerle confesar que su poder viene del Rey, y afirma y se ratifica en que la potencia espiritual sólo procede del Papa: cien veces puede huir, evitar la muerte; mas no lo hace, y espera el golpe al pié del altar

mismo. Sin embargo, al llamarle los verdugos con el adjetivo de *traidor*, Becket no contesta; al vocear por el Arzobispo, preséntase sosegadamente y ofrece su cabeza al filo de las espadas y hachas. El pueblo le lloró, y le veneró mártir, antes de que la Iglesia lo canonizase: la penitencia y humillación del rey ante su tumba, fué victoria de la justicia sobre el poder y la fuerza. Arrodillado al pié del sepulcro del Santo, el descendiente de Guillermo el Conquistador recibió en sus espaldas la disciplina, penitencia de su crímen, administrada por los descendientes de los siervos sajones. La corona de Inglaterra fué desde entonces feudo de la Santa Sede.

¿En qué consiste la grandeza de Santo Tomás Cantuariense? Seguramente no hay cosa más común en aquellos siglos que padecer un hombre muerte violenta, de órden ó por instigación de un monarca: pero el mártir sajón encarnó dos altas ideas: la independencia espiritual, la libertad de una raza mediante Cristo. Heridas y asesinadas en él ambas ideas lo sublimaron. No instituye al mártir el hecho material de derramar su sangre, sino la causa que á derramarla le mueve y determina. La Edad media prodigó donde quiera, en guerras continuas, en empresas á veces insensatas, el rojo licor que discurre por las venas del hombre: y con todo eso, entre tanto arroyo de sangre, corren algunas gotas de la de To-

más Becket, y deciden la suerte de un reino, y establecen los fueros de la Iglesia. Por eso decimos de Becket que fué el grande hombre del siglo XII.

Existe hoy una escuela histórica que regatea su gloria á los grandes hombres: un escritor contemporáneo, un fatalista, Heriberto Spencer, es todavía más radical: niega rotundamente su existencia: lo que suele llamarse un grande hombre, no es, según el cerrado determinismo del sociólogo británico, sino un producto de la naturaleza exterior y de circunstancias especiales y extrínsecas: si las modificamos, el prestigio del grande hombre se desvanece. Rechacemos esta teoría mecánica, que hace de la historia un engranaje y autómatas de sus figuras más bellas y nobles. Es evidente que el grande hombre está en relación de armonía con la atmósfera que respira y la edad en que nace: á no creerlo así, fuera absurdo trazar el cuadro de la Edad media ántes de referir la vida de un santo que en ella existió. Nadie se tenga por independiente de su época, de su patria, de su raza y familia, de la enseñanza que ha recibido, de cuanto fué gérmen y alimento de su cuerpo y de su espíritu. Pero dependencia no equivale á esclavitud: las circunstancias influyen en el grande hombre sin coartar su albedrío; el grande hombre á su vez modifica y causa circunstancias, sucesos é ideas: recíproca acción

que importa tener en cuenta para interpretar rectamente la historia y la biografía.

El grande hombre, individuo eminente que representa una época, una idea, un pueblo, es clave de la historia. Hay siglos que se explican con pronunciar un nombre. Si de la historia borramos las extraordinarias personalidades que la llenan, aniquilarémos la severa ciencia que por medio de lo pasado alecciona al porvenir. De pueblos muertos, envueltos en las tinieblas de edades remotas, llega hasta nosotros un conjunto de sílabas, un sonido, el nombre de un héroe, y alcanza á darles existencia histórica: millones de individuos vivieron, se agitaron en esos pueblos, pero uno sólo los redime, de la noche eterna del olvido. Si abstraemos de cada época los individuos que la caracterizan, pasará inadvertida, sin fisonomía ni color. Son las épocas tanto más grandes, cuanto más hombres eminentes engendran; y la magnitud del grande hombre se mide, no tan sólo por lo que en sí valga, sino principalmente por los resultados de su acción, por el número de ideas que origina y comunica. Abarca el grande hombre los conceptos generales de su edad, mas los particulariza, los sella con su propia marca, al modo que Dante, comprendiendo en su poema las tradiciones de la musa antigua y de la musa popular; reuniendo y recogiendo aquí, y allí, y doquiera los disociados elementos de su

obra titánica los unificó, y al escribir el libro más original é inimitable, reflejó en él, cual en claro espejo, toda la Edad media. Así es que cuando surgen hombres como Dante, como Colón, como san Francisco de Asís, tan pronto parece que sus pensamientos son genuinos, nuevos, únicos, y que nadie hasta entonces los había concebido ni expresado, como estudiando detenidamente la época y lugar en que vivió, las necesidades que remedió su aparición, el movimiento que produce, se advierte que el grande hombre correspondió con una idea general, latente y enérgica en los tiempos y pueblos á que pertenece.

Cabalmente, la falta que hacen en el mundo es base del pedestal que erige la sociedad para elevar á los grandes hombres: la humanidad los reclamaba, y llegaron á punto de servirla. No aparecerá un Miguel Angel, ó un Virgilio, entre vándalos y ostrogodos, ni tampoco lo han menester tribus que desempeñan en el drama histórico papel negativo y destructor: Alarico, Atila, son los personajes que convienen al bárbaro. Tal consonancia entre la función que ejerce y la sociedad en que vive, inspira al hombre ilustre aquella fe en sí mismo, aquella seguridad completa del éxito, que claramente revelan sus dichos y actos. Alarico se sentía guiado por la mano de Dios al arrojarse á destruir los estados paganos: otro hombre bien diferente de Alarico, san

Francisco de Asís, decía: — «No soy yo, es Jesucristo en persona quien ha dictado mi regla.» — Y mancebo aún en Asís, exclamaba con profético instinto: — «Sé que en lo futuro seré un gran príncipe.» — Certeza absoluta, inconmovible, que se funda en la conciencia de llenar un cargo más importante á la humanidad que á sí propios.

Sin pasar adelante, démonos prisa á distinguir entre la condición del grande hombre á secas, y la del que une á la eminencia el augusto carácter de la santidad. Pocos historiadores atienden á tan importante distinción, y dejan de tener por secundario en el grande hombre aquello que obligó á la Iglesia á colocarlo en los altares. Detengámonos á tratar esta cuestión, que bien lo merece, y veamos si áun desde el punto de vista profano en que el historiador se sitúa, no establece la santidad línea divisoria entre el grande hombre que la alcanza y los que no llegan á poseerla.

Ya se entiende que no nos referimos sino á santos que tengan representación histórica, pues si todo santo es grande moralmente considerado, nó así socialmente. Muchos santos hubo, en efecto, que vivieron y murieron sin influir en la marcha de la humanidad, y si la Iglesia los conoció por el buen olor de sus virtudes, como á la violeta por su aroma, la sociedad apenas hizo alto en ellos. A éstos no aludimos, sino á los que resplandeciendo con

claridad vivísima, alumbraron un pueblo, una época, un siglo. Ahora bien: mientras en los demas grandes hombres, al aislar la individualidad de la generalidad, el aspecto privado del social y público; al observar los pormenores de su vida, confunde y desconsuela encontrar, no sólo vicios y delitos, sino miserias; no sólo moralidad dudosa, sino móviles mezquinos, bajezas y ruindades, en el santo advertimos perfecta armonía entre sus pensamientos y sus obras, completa y absoluta fusión de la inteligencia y la voluntad. El santo profesa una teoría, y la practica llevándola á sus últimas consecuencias: por eso, cuando al par que santo es grande hombre, ejerce tan poderoso dinamismo social: porque el contraste de las teorías con la práctica menoscaba y mina la autoridad del grande hombre, y cuando sus admiradores lo notan, instintivamente tienden un velo sobre sus faltas, disculpan sus maldades é inquieren circunstancias atenuantes de sus crímenes. No ha menester el biógrafo de un santo emplear tales subterfugios: el santo crece en luz y resplandor cuanto más de cerca se mira; en él la esfera real no desdice de la ideal. Doble es su personalidad: pertenece al cielo y á la tierra; el pueblo lo adora, la Iglesia lo canoniza; como el guerrero agita las multitudes; como el filósofo, ensancha el horizonte de las ideas.

Natural es que aumente la importancia del

grande hombre en razón directa de la dignidad del pensamiento que simboliza; diga lo que quiera nuestra época decadente , el nombre del inventor de una máquina ó de un progreso industrial, no significa lo que el del pensador, el artista, el poeta. Si el invento de Guttenberg le valió imperecedera fama, es que con él pudo la inteligencia multiplicar sus caudales. Convence de la verdad del aserto la casi total oscuridad que cubre los nombres de aquellos que sólo con beneficios materiales contribuyeron al provecho de la especie humana. La humanidad no olvida sino lo que no merece recordarse: rara vez yerra en lo que conmemora. Ni es conspiración tácita de los historiadores el consagrar y repetir siempre ciertos nombres: es que sin darse cuenta de ello, obedecen al sentimiento universal. Pues bien: si meditamos en las causas del respeto y amor que infunde la Edad media, vista nó en sus accidentes, sino en su interior unidad, percibimos que toda época se manifiesta eminentemente en sus grandes hombres, y los grandes hombres de la Edad media son los mayores que hubo jamás: son santos.

Santos fueron los que crearon el período histórico que llega á su apogeo en el siglo XIII. Lo crearon en lo que tiene de bueno, de hermoso y sublime: lo depuraron lentamente á costa de combates , luchas y abnegación: es su obra. No hay en él progreso, idea

fecunda, principio de justicia ó de amor, que no le haya sido comunicado por los obreros de la verdad eterna. Ellos extirparon la corrupción romana, iluminaron la noche de la barbarie, resucitaron las artes, las ciencias y el derecho. Desde los Eladios y Germanes, que rescataban esclavos, hasta san Bernardo que predica la Cruzada, en todo suceso capital de la Edad media interviene un santo. Hay variedad infinita en los santos: cada esfera social produce los suyos: el trono y la plebe los cosechan con igual abundancia: la Iglesia ensalza y corona desde la virtud más humílde hasta la más brillante y heroica; desde las hembras ignorantes hasta los profundos filósofos: fiel á sus teorías no distingue de linajes ni de sexos. Y en las sombras de las primeras épocas medioevales, cuando imperaba la fuerza, así como de los Concilios salía la única voz que hablaba de clemencia y justicia, nació del santo el único ejemplo consolador, el único rayo de luz celestial. Cuando el hombre es mutilado, extendido en la rueda, clavado en palo, atado al potro del tormento, sólo el santo se apiada del mísero siervo, de la oprimida mujer, del abandonado niño, hasta del facineroso y del homicida; porque en su ancho corazón se ha refugiado la piedad, fugitiva de los restantes. En tres palabras puede condensarse la historia de los poderes de entonces: *vino, y destruyó:* sólo la leyenda de los santos

contiene rasgos de sensibilidad, lumbre de inteligencia, auras y perfumes de poesía. Narraciones agiográficas nos legó la Edad media que son enseñanzas admirables y simbólicas: la de San Julian el limosnero presenta la caridad á prueba de sacrificios: la del gigante Cristóbal, el triunfo de la fuerza moral sobre la física; la de la monja que huye de su convento, y á quien la Vírgen reemplaza en sus labores por que no se eche de ver la desaparición hasta que vuelva arrepentida, la misericordiosa dulzura de la mujer.

Así como el siglo XIII es apogeo de la Edad media, lo es también de los santos. Ninguna época produjo santos que ocupen tan alto puesto en la historia, de tal suerte, que apenas hay en el siglo XIII esfera de la actividad humana que no dependa de la personalidad y acción de un santo insigne. San Luis, San Fernando, las Santas Isabeles de Hungría y Portugal, para la monarquía; Santo Tomás, San Buenaventura, para la ciencia; Santo Domingo, San Francisco de Asís, para la sociedad: hueste de gigantes que llenan una centuria con sus nombres. Escribiendo la crónica de sus santos, está escrita la del siglo XIII.

No obstante, á los personajes honrados con la aureola, es fuerza agregar dos que no subieron á los altares, si bien el uno de ellos se ejercitó en altas virtudes: Inocencio III y Fe-

derico II. El ilustre Papa y el Emperador famoso completan el siglo, lo explican, preparan el que ha de seguirle. Federico cifra, no solamente la antigua ambición de los Césares, sino la naciente tendencia de la sociedad á emanciparse del Pontificado, los gérmenes precoces del Renacimiento y la Reforma; si su abuelo Barbaroja fué cristiano todavía, Federico no lo es ya. Inocencio III personifica el poder eclesiástico en su más alta expresión civilizadora y moral: continúa y da cima á la magna empresa de Hildebrando. A su vez el siglo XII había preludiado al XIII. Con el oleaje de Cruzadas que lo agitó, despertóse lozana y pujante la vida intelectual en la celebrada escuela de París; la de Bolonia, maestra del derecho, reanuda las tradiciones de la jurisprudencia romana, trasmitiéndolas á Oxford, donde aprendían y se formaban hombres como Juan de Salisbury. La filosofía escolástica y la teología toman vuelo con san Anselmo, Abelardo, su contrincante Guillermo de Champeaux, el *maestro de las Sentencias*, Hugo de San Víctor; la ciencia árabe y la rabínica, ponen al servicio de la occidental elementos nuevos; resuena en las escuelas la tenaz y profunda disputa de los *universales*; los estudios se propagan de tal manera, que hasta la mujer aplica á ellos su inteligencia, y el primer filósofo del aula de París enseña á la sobrina del canónigo Fulberto.

A pesar de tan refulgente aurora intelectual, nubes y sombras empañan el último tercio del siglo XII y avanzan, preñadas de tormentas, sobre el XIII. Exceptuado el arrianismo, ninguna herejía cundió nunca tan rápidamente como la maniquea, que inficionó en brevísimo tiempo el centro de la cristiandad, el norte de Italia y el mediodía de Francia. Frente á la Iglesia católica se alzó otra iglesia, otra jerarquía: su Jerusalén era Albi, su Roma Tolosa, su Papa un bizantino llamado Nicetas, que presidía numerosos conciliábulos de obispos maniqueos. Por su parte los valdenses, contrahaciendo la pureza de la primitiva Iglesia, atraían sobre el sacerdocio católico la ira popular. Y, después de dos siglos de descanso, el olvidado y tremendo azote de las invasiones se disponía á caer otra vez sobre la aterrada Europa. A orillas del lago Baikal habitaban feroces pueblos nómadas, los mogoles, maravillosamente dispuestos para guerras de exterminio, ágiles jinetes, grandes esgrimidores de sable y lanza, sobrios, crueles, infatigables; apenas sospechaba Europa su existencia, cuando entre ellos apareciera ya un genio bélico y conquistador, el Napoleon de las estepas, Gengiskan, vencedor del vasto imperio chino, de los turcos, de los persas, y que de tal suerte devastó el Asia, que el poeta iranio exclamó con voz gemidora:—«En tantas comarcas como recorrí, no

hallé alma viviente; si por casualidad dí con algun sér humano, en vez de ojos tenía dos arroyos de lágrimas.»—Sujeta al férreo yugo el Asia, los mogoles se volvieron hácia Europa, amenazada ya por las ventajas que iban obteniendo las armas sarracenas: Saladino, victorioso en Tiberiades, poseía á Jerusalen; la muerte de Barbarroja privó á la cristiandad de su campeón más bizarro; su hijo Federico de Suabia, que le sucedió en el mando, murió también á poco, con santa y heroica muerte, más gloriosa que la que causa el hierro enemigo, pero llevándose á la tumba las últimas esperanzas de los cruzados alemanęs; uniéronse Ricardo de Inglaterra y Felipe Augusto para continuar la obra del titán germánico; pero ya no poseían los crístianos en Tierra Santa más que á Trípoli, Antioquía y Tiro, muy apretadas por las tropas del emir, que proclamando la guerra santa, se disponía nada menos que á invadir á su vez las comarcas europeas, mientras los cruzados, divididos por necias rivalidades, no acertaban á recobrar, mediante enérgicos esfuerzos, el terreno perdido; y aunque las fabulosas proezas del rey Ricardo sembrasen el terror en las mahometanas huestès, y las madres acallasen á los niños pronunciando el nombre del paladin inglés, el cerco de Tolemaida costó arroyos de sangre cristiana, y el arrojo incontrastable que valió á Ricardo el sobrenombre de *Corazón de*

León fué estéril, pues no alcanzó á expugnar á Jerusalén. Al distinguir desde lejos los suspirados muros, cubrióse Ricardo el rostro con su cota de malla murmurando : —«Señor, no vea yo tu ciudad santa, ya que no me es dado libertarla de infieles.»—Con este pesar se volvió á Europa, á sufrir entre cristianos dura cautividad, y á plañirla desde el torreón de su cárcel en melancólico serventesio, hasta que un compañero de gaya ciencia, un trovador, oyendo resonar el triste canto, rescata al poeta rey. Tal era, á fines del siglo XII, el estado de los pueblos cristianos : herejías y discordias dentro, fuera razas enemigas prevenidas á lanzarse sobre ellos ; los tártaros desvanecidos con sus triunfos ; el Oriente rehecho por Saladino ; Bizancio sedienta de latina sangre. Pero la Iglesia vivía fuerte y animosa, resuelta á hacer frente á toda adversidad. Enrique VI de Alemania, el felón que no tuvo á menos prender, contra el derecho de gentes, á Ricardo, al héroe de las Cruzadas, y regatear su libertad , invirtió el precio del rescate en asaltar á Italia, mostrándose en la empresa furioso conquistador. Estrenóse en Sicilia exhumando un cadáver, el del rey Tancredo, para decapitarlo ; arrancando los ojos á un mancebo, hijo de Tancredo; encerrando en lóbrega prisión á dos inconsolables mujeres, la viuda y la hija del desenterrado monarca; y coronando más adelante con un aro de hie-

rro candente y sentando en trono de fuego al conde Jordán, que quiso libertar de la espantosa opresión á su país. Indignado el pueblo, anticipó con un degüello de alemanes las *vísperas* ejecutadas después en los provenzales de Cárlos de Anjou. Al morir el feroz Enrique, víctima quizá del veneno con que su propia mujer Constanza de Sicilia vengó en él las injurias de la patria, dejaba un hijo de tierna edad, heredero de una corona disputada por los parientes y por los dignatarios del imperio. Mas el padre colocó al niño que había de nombrarse Federico II, bajo la protección y amparo de un excelso pontífice: Inocencio III.

Inocencio III subió jóven á la silla de Pedro: contaba treinta y siete años cuando ciñó la tiara. Llamábase Lotario; era de ilustre familia, erudito, de afable condicion, de vasta y comprensiva inteligencia, adornado con las dotes de zeloso apóstol y de incomparable y magnánimo príncipe. Grandes acontecimientos presenció la cristiandad en su reinado; pero él se hallaba á la altura de cuantos sobrevenir pudiesen. El siglo que comenzaba puso sus esperanzas en él, y no las vió defraudadas jamás. Había escrito Lotario en su juventud como escribe un contemplativo y un filósofo; había ido en peregrinación al sepulcro de Tomás Becket, adalid de los derechos de la Iglesia; y penetrado de la idea del poder eclesiástico, se propuso emular á Grego-

rio VII y Alejandro III. Al verse ascendido á la primera dignidad del orbe, vióse también cercado de cuidados sin número, abrumado por el peso de gravísimos negocios, y obligado á fijar los ojos en el triste cuadro que á la sazón ofrecía la cristiandad. Aparte de la situacion de Oriente y Asia, normandos y alemanes disputaban en Europa su patrimonio á la Iglesia; propagábanse las herejías; en España los árabes se disponían á realizar gigantesco y supremo esfuerzo que frustrase la reconquista; en Francia Felipe Augusto repudiaba á su legítima esposa Ingerburga para vivir unido á otra mujer; desgarraban á Alemania los bandos de dos pretendientes; en Suecia reinaba un usurpador. Pero el varón eminente que desde el trono pontificio asumió el gobierno moral de la cristiandad, supo atender á todo, corregirlo todo, concertar las divisiones, extirpar los escándalos que la afligían: su mirada vigilante, su próvida mano se extendieron por doquier. A fin de allegar recursos para que las cruzadas reviviesen, hizo fundir la vajilla pontificia de plata y oro, y cubrió su mesa con escudillas de barro. Pacificador y prudente, por órden suya aquietó un legado las rencillas de Ricardo Corazón de León y Felipe Augusto; cuando los cruzados acometieron la osada empresa de apoderarse de Constantinopla y sentar á un latino en el solio de los emperadores de Bizancio, previó la

esterilidad de semejante conquista y la desaprobó: pero, tan hábil político como buen profeta, si alzó su voz protestando contra los excesos y abusos de los cristianos en Oriente, supo absolver lo que ya no cabía remediar. Bien presto declararon los sucesos cuán acertado iba el Papa en sus vaticinios, dictados por su amor á la justicia y sagaz inteligencia: los latinos conquistadores son degollados en toda la extensión del imperio, y Baldovinos, el efímero imperante occidental, desaparece sin que siquiera puedan averiguarse las circunstancias de su muerte. Sin dar lugar al desaliento, Inocencio rehace la cristiandad y pregona la cruzada perenne y fecunda que un pueblo varonil prolongó hasta el Renacimiento en el extremo meridional de Europa. Al saber que seiscientos mil musulmanes se precipitaban desde el Africa sobre España, capitaneados por el príncipe de los creyentes, El-Naser, el vigilante Inocencio dió aviso del peligro, y proclamó la guerra de la Cruz, con ánimo de que todo el poder cristiano viniese en ayuda de los españoles; y la épica jornada de las Navas de Tolosa, donde fué deshecho el poderío africano, cimentó para siempre la reconquista. En Inglaterra, Inocencio III hubo de luchar con *Juan sin tierra*, el opresor aborrecible al cual retrató la trágica musa de Shakspeare; y venciólo, y su victoria produjo las libertades del clero y de la nación, consig-

nadas en la *Carta magna.* En Prusia logró evangelizar regiones todavía paganas, de más pacífica manera que la usada después por los caballeros Teutónicos. En Francia, Felipe Augusto, cuyo aborrecimiento hácia Ingelburga crecía, cedió sin embargo ante la firmeza del Papa, y de grado ó por fuerza hubo de recibir á la repudiada consorte; la batalla de Bouvines aseguró á la nación francesa la supremacía sobre la alemana, nó sin gran provecho para la Santa Sede, á la cual era adicta la casa de Francia en general y Felipe Augusto particularmente, á despecho de sus extravíos amorosos. Así dos grandes funciones de guerra, las Navas y Bouvines, comienzan lo que concluyó otra no menos famosa, la de Mureto, y hacen al Papa regidor del mundo. Difícil y espinoso cargo, que si Inocencio mereció desempeñar por sus altas dotes, no dejó de abrumar sus hombros.

Asunto en que puso Inocencio III especial cuidado y zelo fué la salvaguardia de los intereses de su pupilo Federico II, cachorro de tigre de los Hohenstaufen, que andando el tiempo tan cruelmente vino á morder la mano que lo nutrió. A Inocencio debió Federico conservar su herencia de Sicilia, de la cual sin trabajo pudiera apoderarse el Papa, hallándose á la sazon en Italia la autoridad pontificia muy fortalecida y pujante. Duró la tutelar solicitud hasta la mayor edad de Fede-

rico; y compadecido á la vez Inocencio de la triste prisionera Sibila, viuda de Tancredo el desenterrado, logró á fuerza de súplicas que fuese puesta en libertad. Tan benigno proceder ganó á su jóven pupilo los ánimos de los sicilianos, ulcerados con la memoria de las crueldades de su padre: bajo la dirección de aquel Papa amable y justo, pudo Sicilia tomar á los Hohenstaufen por pastores y nó por verdugos.

Y en efecto, mientras Federico se atuvo á los consejos de Inocencio, dió de su carácter y dotes los felices indicios que en los albores de la juventud suelen, por extraña anomalía, dar los tiranos. No era Federico vulgar ni pequeño: como su abuelo materno Roberto Guiscardo, poseía arrojo y resolucion á toda prueba; como Barbarroja, juntaba talento y cultivada inteligencia á denuedo caballeresco: además, disimulado y sutil, ni sus palabras correspondían con sus pensamientos, ni indicaban sus actos futuros. Educado en Sicilia, territorio mitad sarraceno, mitad greco-normando, adquirió refinada cultura, y al par contrajo el hondo escepticismo que solía producir—con más frecuencia de la que hoy creemos—la ciencia confusa de la Edad media, y que en el siglo XIII inficionó á la nobleza y literatura provenzales. Sus costumbres fueron árabes, muelles, viciosas; su conducta careció de la rectitud que distinguía á Inocencio III.

En algo se asemejan pupilo y tutor : ambos instruidos, selectos en sus aficiones, poetas y grandes políticos, ambos precursores de épocas más civilizadas, pertenecen en cierto modo al Renacimiento; pero Federico lo representa en su corrupción y duplicidad; Inocencio en su clásica elegancia. No desmentía Federico la fama de ambición de los Césares, ambición que fomentaba la raza de los juristas, aduladores sempiternos. El estudio del derecho romano, renovado en Italia en el siglo XII, logró tanto aprecio que se le llamaba *razon escrita* ; ennoblecía á sus profesores, que tomaban el nombre de *caballeros en leyes* ; más moderados los teólogos, no extendían desmesuradamente los fueros de la Iglesia; pero los legistas divinizaban el poder cesáreo : Pedro de las Viñas, el famoso canciller, brazo derecho de Federico, era legista, regalista y partidario de la soberanía universal concentrada en el Emperador. Nunca los emperadores germánicos habían visto realizada su quimera, y no obstante la alimentaban perpetuamente ; ceñíanse tres coronas, la de plata de Germania, la de hierro de Lombardía , el círculo de oro del Sacro Imperio, que recibían en Roma; mas la piedrecilla que siempre iba á herir el pié de barro del coloso, era la excomunión pontificia y la oposición democrática de Italia. Tres veces cayó el gigante : con Enrique IV, con Barbarroja, con Otón; la cuarta tocaba á Fe-

derico II para no volver nunca á levantarse. Y sin embargo, el imperio pudo haber cumplido altos destinos, gran claridad pudo esparcir la luna de la Edad media, si no se negase á recibirla del sol de Roma. A Federico concernía realizar magnos intentos: la conquista de las comarcas septentrionales, rebeldes aún al Evangelio y á la civilización. Acabábase la cruzada de Oriente; pero cabía emprender, con más fruto, la de Occidente. Salimbene resumió en una de sus frases sencillas el juicio de Federico II, que malogró tan buenas dotes con acciones tan pésimas.—«No hubiera tenido igual en la tierra»—dice el cronista franciscano—«si mirase por su alma.»

Preséntase la conducta del hijo de Enrique VI como gigantesca contradicción en el siglo XIII: mientras los reyes de España y Francia, y la nación italiana, marchan á constituir los Estados modernos, Federico sostiene las dos formas más características del gobierno bárbaro y pagano; reune en su dominio el mal de la antigüedad y el mal de la Edad media; cesarismo y feudalismo; y cuando la cultura católica florece y se desenvuelve, Federico adopta la musulmana. Parece inconcebible que la misma centuria vea reinar á san Luís, á san Fernando y á Federico II: contraste lógico, sin embargo, dado el dualismo del siglo XIII, que si es corona de la Edad media, es tambien precursor de todas las ten-

dencias anticristianas del Renacimiento. Fermentaba la hostilidad entre la Santa Sede y Federico, cuando estalló por fin. Este disponía, amén de las fuerzas del Imperio, de las brigadas sarracenas que en Nocera y Luceria se acuartelaban, y del auxilio de la facción gibelina; pero el antagonista era terrible: no sólo contaba al exterior la Iglesia con la monarquía francesa, enriquecida y fuerte por sus victorias de Provenza, sino con elementos interiores más poderosos: antes de morir Inocencio III, vió alzarse á santo Domingo de Guzmán y san Francisco de Asís, y fundarse las Ordenes de Predicadores y Menores; la última, en especial, anidó al abrigo de la nacionalidad italiana. El primer Papa que hubo de contrarrestar á Federico II, el benigno Honorio III, fué el mismo á quien tocó confirmar las dos Ordenes.

Ofrece la Historia páginas donde más claramente brilla la acción de la Providencia y el elemento divino: la aparición de san Francisco es una de ellas. A la voz del Santo de Umbría surge un poder nuevo, hasta entonces ignoto: los mendigos: lo último de la sociedad; inferiores al siervo que ni áun poseen un terrón de gleba que cubra su cadáver. Gente son que, para expresar el concepto de fraternidad, se llamarán *frailes;* para indicar el de humildad, *Menores.* Con ellos se desenvuelve y alcanza su fórmula postrera el concepto

igualitario del Cristianismo: en sus asociaciones no hay más superioridad que la que concede la virtud: y áun virtud y mérito no autorizan allí la arrogancia; y el más sublime de sus filósofos friega la vajilla del convento. Fueron los monjes comunidades reclusas y sedentarias; los frailes son eminentemente sociales; su objeto es diseminarse, recorrer el orbe: ya que los herejes tienen misioneros, con mayor razon el Catolicismo los ha de tener. Apóstoles de la gracia, los Franciscanos van por doquiera, entran descalzos en el palacio como en la choza, cautivando á la sociedad con la efusión de su amor, con el total desinterés de su célico instituto. Desnudos, pequeñuelos y mansos, el pueblo los conoce y adora: besa los remiendos de su hábito y el tosco cordel que ciñe su cintura. El fundador fué copia, trasunto fiel de Jesucristo: los discípulos, el Evangelio en acción que se extendía por todas partes. Manifestó la Iglesia gran empeño, durante la Edad media, en asociar al pueblo á sus ceremonias más tiernas y conmovedoras, consintiéndole celebrar festejos y regocijos, y parodias — como la célebre fiesta del Asno, que disculpaba la sencillez del espíritu — dentro de los templos. San Francisco extremó la iniciación de la multitud en los dramáticos misterios del culto: rodeado de pastores y villanos, hizo altar de un pesebre, conmemorando la bendita noche de

Navidad; al mentar á Belén, balaba como un corderillo; al pronunciar el nombre de Jesús, paseaba la lengua por los labios, cual si saborease miel deliciosa; puerilidades que no mueven á risa, antes arrancan lágrimas y reblandecen los corazones más empedernidos, porque son caridad y amor que rebosan de un serafín humano y van á iluminar é inflamar el mundo.

Recibe la nueva Orden franciscana á cuantos postulantes se le presenten, por lo mismo que, siendo absolutamente pobre, fía á la caridad pública y á la misericordia divina la subsistencia: quien nada tiene, nada teme y nada pierde: *la pobreza vive segura*, dice el poeta fraile Jacopone. Miéntras haya cielo, no faltará á los Menores techado: miéntras el humilde hogar del campesino despida espirales de humo, no carecerán de una torta de maíz y de un vaso de agua. El espectáculo de la voluntaria mendicidad practicada por opulentos mercaderes y nobles señores, consuela al labrador y al siervo; le abre el paraiso, enseñándole que las privaciones y estrechez que á él le impuso la suerte, son deseadas por reyes como santa Isabel de Hungría y san Luís, que se las imponen y hacen de ellas escala para subir hasta Dios. Así viene á persuadirse de que no hay en el Evangelio de Cristo precepto alguno superior á la condición humana, y que rigurosamente y al pié de la

letra no pueda cumplirse. Doctrina que tome por instrumento la pobreza, tendrá éxito seguro, porque la pobreza engendra desprendimiento y aligera el alma: entre pescadores halló Cristo sus primeros secuaces. ¿Qué ordena el fundador de los Menores á sus frailes? Guardar el Evangelio de Cristo, vivir obedientes y castos, sin poseer cosa propia. Era anhelo perpetuo del Cristianismo esta desligadura de los lazos del interés: san Jerónimo reprobaba ya la propiedad en los clérigos, diciendo que mal podía existir unidad y caridad donde reina el lucro: el Crisóstomo llamaba á Cristo Doctor de los pobres, y tenía por escuela de pobreza toda su vida; los Padres del desierto consideraron la pobreza cimiento de la perfección. Tendió el feudalismo á poseer, á apropiarse la tierra y el hombre; la Iglesia á desvincular la propiedad, á hacerla patrimonio de todos; desde este punto de vista, fueron utilísimas las riquezas de abadías y monasterios, que rescataron el terruño de manos del señor ávido, duro y egoista, y lo entregaron á hombres caritativos por instituto, agricultores, hortelanos é ingenieros por deber: en las abadías se verificó la transición del siervo al colono. No entraba ya en las Ordenes monásticas la propiedad individual: si al morir el monje se halla en su poder alguna moneda, la comunidad la arroja sobre el cadáver, al inhumarlo en estiércol, pronun-

ciando el terrible anatema : — « Que tu dinero sea contigo en perdición. » — Pero, aunque colectiva , propiedad era siempre la que disfrutaban los monjes ; conocemos la pugna que hubo de sostener san Bernardo contra la opulencia y relajación del Císter : no alcanzó la reforma de Benito de Aniano en el siglo IX á resucitar el monástico fervor, y para que brotase fragantes flores la zarza milagrosa de Subiaco, la zarza del primer reformador san Benito de Nursia , se necesitó que, en el XIII, la tocase el cuerpo de san Francisco de Asís.

Tuvo la idea franciscana el doble carácter que distingue á las de los grandes hombres; satisfizo un anhelo, una aspiración latente del Cristianismo, y al par fué original y nueva por su misma sencillez. ¡ Observar en todo su rigor el consejo más llano , pero el más sublime del Evangelio ! Sobre mil y doscientos años contaba el Evangelio ya cuando san Francisco resolvió guardarlo , y con hallarse la sociedad del siglo XIII nutrida de máximas elevadísimas, parecióle sobrehumano intento y novedad admirable la que san Francisco predicaba. No obstante , el surco estaba abierto , removidos los terrones : sólo faltaba que la simiente cayese y germinase. Los Menores se propagaron como una planta vivaz. Según su regla , no eran dueños ni áun de lo que la caridad les ofrecía : sólo les era lícito el uso ; la posesión

tocaba á la Iglesia; el mismo pan que llevaban á la boca no les pertenecía de derecho; los monjes aceptaban la propiedad en común, los Menores áun ésta rechazaban. Ello parece sueño, utopía de la abnegación, y, sin embargo, se realizó plenamente. No halló el fundador de los franciscanos los obstáculos que san Benito, sino amor y simpatía por todas partes. Si al principio de su conversión le tuvo alguien por demente, no tardó en atraer á los mismos que le escarnecían. El rápido desarrollo de la Orden muestra bien su necesidad histórica y moral. Aunque al hombre se le hace tan cuesta arriba empobrecerse, le empuja al sacrificio y á la privación cierto instinto generoso; el simulacro de pobreza de los valdenses atrajo ya al pueblo, y en cierto modo cautivó hasta á san Bernardo; la pobreza franciscana, creciendo al arrimo de la Iglesia, suspendió al punto los corazones; acaso ningún hombre — despues del que fué Hombre y Dios juntamente — logró imprimir tal movimiento á las multitudes, ni ganar con tan irresistible fuerza voluntades y ánimos como san Francisco. Memorable ejemplo es la primer Cruzada de la prontitud con que cundían en la Edad media los impulsos de devoción; pero ayudaban á Pedro el Ermitaño el espíritu aventurero y belicoso, la curiosidad, cien móviles humanos, mientras la obra de san Francisco, rompiendo, como la de Gregorio VII,

todos los hilos que sujetan al hombre á la tierra, fué realmente sobrehumana.

Sobrehumana, sí, pero nó antihumana, sino altamente social. No son los mendigos de Cristo piadosos holgazanes: su fundador les ordenó expresamente el trabajo. — «Yo trabajaba de mis manos — dice en su testamento: — y quiero trabajar, y los otros frailes quiero firmemente que trabajen en trabajo honesto; y los que no saben. apréndanlo; nó por codicia de recibir el precio del trabajo, sino por el buen ejemplo y por desechar la ociosidad. Y cuando no nos dieren el precio de nuestro trabajo. recurramos á la mesa del Señor, pidiendo limosna de puerta en puerta.» — Verdad que este trabajo recomendado por san Francisco, no es la labor metódica, incesante y material de los monjes; indudablemente el fraile Menor no desdeña el arado del labriego ni la herramienta del oficial: pero el precepto que le impusieron se ha de entender más espiritualmente; lo que le incumbe es trabajar la heredad de las almas, predicar, convertir, enviar misioneros á sarracenos y paganos. Diputado para atestiguar el Evangelio con su presencia, se sienta en el hogar del paisano y penetra en el sombrío torreón: unas veces representa *misterios* para el pueblo, otras cruza el puente levadizo del castillo, y pide hospitalidad para pasar la noche. Arrímanse los frailes al calor de la vasta chimenea feudal,

mientras las gentes reunidas para pasar la velada contemplan curiosas su pálido rostro, su extenuado cuerpo, su pobre traje igual al de los siervos, pero más largo y grosero todavía. Ellos refieren alguna de sus ingenuas leyendas, la historia prodigiosa de sus santos, ó recitan la estrofa de sus vates, creadores de la poesía popular. En la hoguera de caridad que enciende la vista de los pobres voluntarios, suelen derretirse pechos tan duros como la cota de malla que los viste, y cuando á la luz del alba se disponen los frailes á partirse de la torre, oyen tal vez en confesión al arrepentido castellano.

Es de advertir que la Orden franciscana en Italia, no fué solamente popular sino nacional; y en consecuencia de ambas cosas, hubo de ser güelfa. Italia rechazaba el feudalismo: los güelfos componían el partido patriótico, el de las libertades municipales, al par que el de la fe católica. Con el Papa á su cabeza, con la independencia de la Iglesia por divisa, simbolizaban los güelfos la opinión pública, alborotada contra la casa de Suabia, que se enajenó las voluntades persiguiendo al Papa y atacando la organización comunal. Y es lo más peregrino del caso que el inteligente Federico II lo comprendió y declaró no ignorar que quien combate á la Iglesia romana «bebe en el cáliz de Babilonia,» y que su raza, la raza perseguidora, se sintió herida en el cora-

zón por el anatema eclesiástico: cuando el bastardo Manfredo cayó dos veces al suelo, antes de perecer en su última jornada, exclamó con profunda melancolía: «Este es un aviso de Dios.» A despecho de lo cual, y viendo claramente lo inhábil de su conducta en Italia, no la modificaron y continuaron pisando la clásica senda gibelina.

No es mero antagonismo político el que divide á güelfos y gibelinos, sino que los separan principalmente sus diferencias religiosas. En rigor, el gibelino, no es heterodoxo; pero, al abrazar la causa de los enemigos de la Iglesia, rompe el freno moral, se entrega á la violencia, se mancha con odiosos excesos: partidarios del régimen feudal, y no consiguiendo que en Italia preponderase, lo reemplazaron con tiranías locales y urbanas. Autorizábalos á prescindir de las enseñanzas católicas el ejemplo de su Emperador, cercado de odaliscas, mamelucos y astrólogos, distrayéndose durante el cerco de Parma en decapitar diariamente cuatro prisioneros, y estableciendo colonias sarracenas. Por natural impulso, cada bando imitó la conducta de su jefe, y si el de Federico alardeó de vicioso y sanguinario, el del Papa ostentó moralidad y pureza: vióse á todas las almas abrasadas en santidad, ayudar directa ó indirectamente al triunfo de los güelfos, y por disonante que parezca citar tales nombres reseñando discordias civiles,

güelfa es la idea política de san Francisco, de santa Clara, de santa Rosa de Viterbo, de san Antonio de Padua, de los Santos populares, favoritos, idolatrados del pueblo italiano. Domina hoy la errónea creencia de que el Santo ha de vivir abstraido, fuera del mundo y de la realidad: en la Edad media, el Santo es un personaje nacional; forma y anima á su patria.

Al fin colmó Federico II el cáliz de la ira; su guardia infiel se paseaba por los pueblos de Italia asolándolos; como un sobrino del rey de Túnez viniese á Roma para bautizarse, detúvolo prisionero, impidiéndole llegar hasta el Papa: prendió á los legados pontificios, á los obispos, á los predicadores: arrojó los unos al mar, los otros á la hoguera; las villas güelfas vieron demolidos sus baluartes, sus mieses quemadas. Cierto día celebrábase en Padua magnífico torneo que presidía Federico desde alto dosel: mostrábase el César risueño y afable, y su regocijo se comunicaba á la inmensa multitud apiñada en las gradas y atenta á las peripecias de la liza. Mas entre el concurso se hallaban algunos patriotas afiliados á la liga lombarda, algunos güelfos, que quizás habían visto rodar la cabeza de sus hermanos ó hijos bajo el hacha de los verdugos teutónicos, oido á sus hijas y esposas pedir auxilio en brazos de los sarracenos soldados de Federico; y al reconocerse entre el

gentío, decíanse quedo los unos á los otros: «Ebrio de prosperidad está el tirano; mas hoy es dia nefasto para él; hoy lo excomulga en Roma el Padre Santo; hoy lo entrega á Satanás.» Nadie pudo averiguar dónde comenzó el fatídico rumor; pero corrió como un reguero de pólvora, y tendió velo fúnebre sobre la fiesta. ¿Fué adivinación ó noticia secretamente conocida de los güelfos? Lo cierto es que aquel mismo dia, domingo de Ramos, Gregorio IX fulminó el anatema contra el expupilo de la Santa Sede.

Arma puramente moral, la excomunión era, sin embargo, poderosísima, sobre todo cuando, al caer sobre la cabeza de un monarca, se unía al anatema el entredicho de todos sus reinos. Ponían pavor en el ánimo más esforzado las lúgubres ceremonias de la maldición eclesiástica. Obispos y sacerdotes se dirigían procesionalmente á la catedral, á media noche, al hondo tañido de las campanas doblando á agonía. Por última vez ascendían á Dios desde el templo las voces suplicantes entonando el *Miserere;* oscuro velo cubría la imagen de Cristo; las reliquias de los Santos eran trasportadas á la subterránea cripta; consumía la llama las postreras especies del pan de los fuertes, de la hostia, como el anatema la esperanza en los corazones; los concurrentes volvían sus antorchas y las apagaban con el pié, significando la vida espiritual, que se ex-

tinguía en el alma del reo. Revestido el legado con la estola morada de los dias de Pasión. se adelantaba, y entre el silencio general, pronunciaba el anatema : desde el punto mismo suspendíase el culto, veíanse enlutados los altares, interrumpidos los sacrosantos misterios. El pueblo rompía en sollozos, en lágrimas, en dolientes ayes ; estrechaban las madres contra su seno á sus hijos ; la multitud, huérfana del Dios consolador y amigo, se volvía desesperada á sus hogares. Cuando la culpable intimidad de Felipe Augusto é Inés de Merania atrajo sobre Francia el entredicho, el reino entero gimió desconsolado, y si el príncipe exhaló al pronto el grito de la pasión vencida y rebelde : « ¡ Venturoso Saladino que no tuvo Papa! » dobló después la frente y se sometió, vencido por el látigo espiritual. Al escéptico Federico, que se jactaba de poder inventar una religión mejor que la de Cristo para reyes y pueblos, no dolió como á Felipe Augusto el castigo de la Iglesia ; pero su propia contumacia fué parte á que el anatema le perjudicase más en el terreno político. Alemania le detestaba ya por italiano ; Italia, por alemán, y por sarraceno ; ambas naciones pudieron maldecirle ahora por impío. Contra el cismático se alzaron los que nunca se insubordinarían contra el César : los pacíficos mendicantes. Eran las más nobles y opulentas villas, como Milán y Florencia, ciudadelas

del partido güelfo: en ellas se propagó, al lado de la liga lombarda, otra liga, una confraternidad laica instituida por san Francisco de Asís, los terciarios, güelfos de suyo; — y no ciertamente porque al asociarse se propusiesen un fin político — sino porque amantes de la Iglesia, condenaban á su perseguidor. En la abierta lucha trabada entre el Pontificado y el imperio, Menores y Predicadores son activos agentes al servicio del Papa: expulsados de órden de Federico, del reino de Lombardía, metíanse no obstante por él, cruzaban montañas, vadeaban rios, llevando y publicando en la comarca toda las Bulas de excomunión fulminadas contra el Emperador. Si era forzoso que un mensajero arrostrase el peligro de intimar á Federico alguna nueva decisión de la Santa Sede, la comisión recaía siempre en los frailes. Cuando Federico, infringiendo el mandato del Papa, que le vedaba tomar parte en la Cruzada mientras se hallase bajo el peso de las censuras, pasó á los Santos Lugares, dos Menores fueron los encargados de denunciarlo al Patriarca de Jerusalén, de prohibir á templarios, hospitalarios y caballeros teutónicos prestarle obediencia. No sin gravísimo riesgo ejercían los frailes tales oficios. Había sido el obispo Marcelino arrastrado y ahorcado de órden de Federico: los Menores enterraron su cuerpo; los imperiales lo exhumaron y colgaron nuevamente

de la horca ; ensañamiento y braveza que preludió el trato que á los Menores aguardaba: su suerte común, al caer en manos de las tropas de Federico, era la hoguera ó el dogal ; pero usábase además un extraño tormento que les aplicaba de muy buen grado la guardia sarracena: en el sitio de la tonsura, les imprimían con un hierro hecho ascua una cruz ; á veces la repetición del suplicio consumía el hueso y descubría la masa encefálica. A despecho de estas atrocidades, el anciano Gregorio IX escribió á su Legado recomendando que los ejércitos papales usasen de la mayor moderación y derramasen la menos sangre posible, á fin de que los prisioneros más bién tuviesen ocasión de regocijarse que de llorar su cautiverio. — « La Iglesia — decía — que protege al criminal para librarlo de la muerte, debe huir de matar ó mutilar. Prohibid tales violencias á los jefes sopena de incurrir en nuestra indignación y en la multa que juzgueis adecuada. »

Hubo un instante en que los partidos güelfo y gibelino, los partidarios del Papa y del Emperador, se hallaron frente á frente personificados en dos hombres. Era el uno de ellos Ecelino de Romano, llamado por toda Italia el *Feróz*, acerca de quien profesaba el pueblo la supersticion referida por Ariosto:

Ezzellino, immannissimo tirano
che fia creduto figlio del Demonio...
(*Orlando el furioso*, CIII.)

añadiendo el poeta que «tanto dañó á sus súbditos y al bello país de Ausonia, que cotejados con él parecerán benignos Mario, Sila y Nerón.» Había Ecelino uncido á su yugo la república veronesa, é impuesto el freno á Vicenzo; logrando al fin dominar á Padua, villa más rica y próspera que las restantes. Bajo su mando, cuantos amaban la libertad pisaron la escalera del patíbulo; sometida á su inicuo poder, la Marca Trebisana temblaba, y consejas semejantes al espantoso episodio del conde Hugolino en el poema dantesco, se referían de los negros calabozos, tras de cuyas murallas sepultaba á sus víctimas. Pues bien, este hombre era el lugarteniente predilecto, el yerno de Federico II, y la opresión de gran parte de Italia se sostenía por la autoridad y fuerzas imperiales. Vivía á la sazón en el territorio sujeto á Ecelino , otro hombre idolatrado del pueblo, apóstol de los perseguidos y de los humildes. Pertenecía á la Orden popular por excelencia, los franciscanos; retoño de una raza ardiente, semi-africana, la portuguesa, su palabra desnuda de galas, pero inflamada y persuasiva, atraía de modo tal á las multitudes, que le seguían por campos y aldeas; la comarca se despoblaba por oirle ; y aunque profundamente versado en las Escrituras, el orador se ponía al nivel de su auditorio, y predicando al raso, bajo algún olmo, á la sombra de alguna viña, tomaba sus comparaciones de la

naturaleza ó de las sencillas costumbres de los campesinos reunidos al pie de su improvisada cátedra. Saltaban los peces del frio centro de las olas por escuchar la voz del milagroso fraile; mujeres injustamente acusadas se arrojaban á sus piés, y él concedía articulada voz al niño que está en la cuna, para defender á la inocente madre. El entusiasmo y amor que inspiraba llegaron á tanto, que una escolta de mozos fornidos se impuso el cargo de rodearlo para impedir que, al terminar los sermones la gente en su anhelo de tocarle el hábito, lo aplastase. Sucedió que un dia se encontraron cara á cara el verdugo y el Santo de Padua, el hijo del demonio y el fraile á cuyos brazos descendía cariñoso y risueño el niño Jesus: justamente acababa Ecelino de degollar á muchos ciudadanos de Verona.—«Enemigo de Dios, tirano, cruel, can rabioso!»—le gritó san Antonio: — «hasta cuándo derramarás sangre inocente de cristianos? La mano de Dios está sobre tí.»—Disponíanse los que rodeaban á Ecelino á despedazar al fraile, pero Ecelino, herido súbitamente en la conciencia, con asombro de todos, se le prosternó delante, atóse á guisa de dogal su propio cinturón al cuello, y confesó sus culpas.—«No os asombreis»—dijo despues á sus estupefactos acompañantes: — «en verdad os aseguro que cuando me apostrofaba, he visto radiar de su rostro un fulgor divino, y de tal modo me es-

panté, que ya me creí en el infierno.»—Mas no fué tan completa la enmienda del pecador, que no siguiese cometiendo, de tiempo en tiempo, algún crímen; y Antonio, que no lo ignoraba, por campos y ciudades iba predicando contra él. Despachóle entónces Ecelino dos emisarios con ricos presentes, y un encargo secreto: —«Llevad de mi parte»—les advirtió—«estos regalos á fray Antonio: si los acepta, matadle; si los rehusa indignado, volveos sin tocarle al pelo del sayal.»—Obedecieron los mensajeros, y al encontrar á Antonio, dijéronle respetuosamente.—«Tu hijo Ecelino de Romano se encomienda á tus oraciones, y te suplica aceptes este corto regalo que te envía con devoción, y ruegues á Dios por la salud de su alma.»—Desatóse el Santo en maldiciones contra aquellas riquezas, robadas á los hombres, instrumento de perdición, y arrojó de su presencia á los enviados que manchaban el recinto de la celda. Cuando volvieron á Ecelino, éste exclamó: —«Semejante hombre es de Dios: dejadle que de hoy más predique cuanto quiera.»—¿Cómo no había de oscurecerse la estrella imperial, y decaer la causa que contaba defensores análogos á Ecelino y adversarios semejantes al paduano Taumaturgo?

No triunfó la Iglesia por la alianza con la casa francesa, ni por las armas, sino por el prestigio moral que ejercía. Y fué favorable la

suerte de la guerra á los mismos que incesantemente procuraron la paz. Las legiones de franciscanos y dominicos, adictos al bando güelfo, andaban de aldea en aldea, de villa en villa, pacificando, reconciliando á encarnizados enemigos; Gregorio X anhelaba que no volviesen á resonar en sus oidos los nombres de güelfos y gibelinos, emblema de discordias: el propio fin se proponían los frailes. Tan sañudos eran los odios civiles, que los prisioneros de cada villa sufrían en la vecina, no sólo muerte, sino escarnio y tortura; y si acaso el venerado símbolo de la ciudadanía, el *carroccio*, caía en adversas manos, era objeto de burlescas profanaciones. Sin arredrarse por tal encono, iban los frailes de unos pueblos á otros derramando palabras de paz. Innumerables reconciliaciones se debieron á san Francisco; á ejemplo del cual, su amigo el cardenal Hugolino concertó á Génova y Pisa, el cardenal Jacome aplacó la saña de Montescos y Capuletos; fray Venturino de Bérgamo guió á Roma una peregrinación de diez mil lombardos, clamando paz y misericordia. Fray Juan de Vicenzo apenas elegía para sus pláticas otro tema sino la paz; en una llanura situada á tres millas de Verona convocó asamblea solemne de representantes de las villas y estados italianos; las ciudadanías se agrupaban en torno de sus magistrados y cónsules, llevando al frente el gonfalón; hasta el en-

diablado Ecelino asistía, seguido de sus vasallos, descalzos todos en muestra de humildad. Jamás, dice el historiador protestante Sismondi, se concibió más noble empresa que la de amigar á veinte pueblos enemigos sin otra causa que el sentimiento religioso, sin otro móvil que el Cristianismo, sin otros medios que la palabra. El pacificador adoptó por texto la frase de Jesucristo: — «Os doy la paz, os dejo mi paz;» — trazó vivo cuadro de los males de la guerra, indicó después el remedio, obtuvo la promesa de reconciliación; para sellar el pacto, hizo que el güelfo marqués de Este se casase con una hija del gibelino Alberico de Romano, y maldijo á los que en lo sucesivo renovasen las discordias. Mitad tribuno y mitad apóstol, Juan de Vicenzo dictó leyes, reformó y modificó los estatutos municipales, pidió y obtuvo por sufragio popular el gobierno de dos ciudades. Poco duró en tan azarosos tiempos la obtenida paz; pero acaso esto mismo aquilata el mérito y valor de la tentativa.

Harto entendió Federico II que jamás cedería la Iglesia, porque no podía ceder; ni ménos se engañó acerca de la unanimidad de miras de los Pontífices; al saber que su amigo el cardenal Fiesco ceñía la tiara, exclamó: — «Fiesco era amigo mio, pero el Papa será mi enemigo;» — vaticinio tan acertado, que Inocencio IV no tardó en excomulgarle. Un

punto se vió el partido gibelino próximo á vencer, cuando el casi centenario é indomable papa Gregorio IX bajó á la tumba, dejando su metrópoli cercada de huestes imperiales, pero lleno de confianza en que la navecilla de Pedro flotaría siempre, segun escribió pocas semanas ántes de morir. Dijérase que, libre de su antagonista, tenía Federico allanado el camino de subyugar definitivamente á Italia y consolidar el imperio. No fué así. Las villas coaligadas se obstinaron en su resistencia, rechazando á los alemanes; negáronse Tolemaida y los cristianos de Palestina á reconocer al excomulgado que se había ceñido con sus propias manos la sacra corona de Jerusalén, la corona del pio Godofredo, en el Santo Sepulcro; y tras de estos reveses, sucedió el primer acto de la tragedia que acaba con la familia de Hohenstaufen; el hijo de Federico, Enrique, se arroja á caballo al fondo de un precipicio, por no ver el rostro de su enojado padre, así como, andando el tiempo, y á impulsos de un terror análogo, el de sufrir el castigo que su amo le impusiese, el canciller favorito de Federico, Pedro de las Viñas, había de romperse el cráneo contra los muros de su prisión.

Por entónces consternaba á Europa el temor de la invasión bárbara: se sabía ya que avanzaban hordas mogolas sobre el Occidente: no eran los conquistadores primitivos,

bárbaros, pero capaces de establecerse y fijarse, de concluir por ciudadanos y agricultores, sino tribus nómadas, errantes, propuestas á no dejar sobre la haz de la tierra ciudad ni habitación humana, á convertir el mundo civilizado en ancha estepa sembrada de ruínas que libremente pudiesen cruzar sus ágiles y peludos caballejos del desierto. Amenazado el rey de Hungría por las olas furiosas del torrente tártaro, pidió socorro á Federico II, ofreciendo rendirle pleito homenaje; Federico, en vez de un ejército, le envió estudiada carta, henchida de fórmulas retóricas, y sólo la Iglesia trató de acudir, hasta donde lo consentían sus fuerzas, á remediar el daño, ya excitando á los príncipes cristianos á unirse y defenderse, ya enviando embajadas y misiones al jefe mogol, con el fin de atraerlo al cristianismo, que vagos rumores y la misteriosa historia del *Preste Juan* le suponían inclinado á abrazar. Segunda vez vendió Federico á la Cristiandad y á Europa; la expiación fué proporcionada á la culpa; el trágico destino de la raza de Suabia se cumple en el mismo siglo XIII; Manfredo enterrado al borde de un camino, bajo un montón de piedras; Encío en eterno cautiverio; Conradino degollado en la plaza de Nápoles; Margarita mordiendo con desesperado amor, en su fuga, la mejilla del hijuelo que abandonaba, forman un cuadro comparable sólo al de los infortu-

nios de la familia de Tancredo. Disipóse el brillo y esplendor de la casa de Suabia como la luz de la antorcha que Inocencio IV apagó en las losas del templo al pronunciar la excomunión de Federico; y extinguióse la descendencia del rey que había dicho á los palermitanos: — « Regocijaos conmigo; la Providencia me concede gran número de hijos, y nunca sufriréis la desdicha de que os falte rey. » — Cuando tales sucesos ocurrían en Italia, cierto caballero mozo, que se divertía cazando por las montañas de Suiza, vió que un pobre párroco, portador del Viático para un enfermo, no lograba atravesar ancho torrente engrosado por las lluvias. Bajóse el magnate de su caballo, ofreciólo al cura, y, cuando éste montó, tomando el corcel del diestro, guiólo por el difícil vado. Queriendo el cura restituir el caballo á su dueño, negóse éste á recibirlo, declarándose indigno de cabalgar en montura que sirviera al Rey de los cielos. Corrió la fama del caso; Alemania bendijo al príncipe, y una reclusa predijo glorias á él y á su estirpe. El protagonista de tal escena, que inmortalizó el pincel de Rubens, era un mancebo denodado, alto y hermoso, Rodolfo de Augsburgo, langrave de Alsacia; en sus manos cayó la herencia imperial de la casa de Hohenstaufen; por caprichosa ironía del destino, Federico II le había tenido sobre las fuentes bautismales y armado caballero.

Si las Ordenes mendicantes cooperaron en Italia á la supremacía güelfa, no se concretó su actividad á tan estrecho escenario. Supieron contrastar á Federico, desafiar su ira, calmar los dolores de la patria; pero todo ello fué parte no más de sus trabajos: el mundo les ofreció ancho palenque, y fieles á la consigna de sus fundadores, se repartieron en dirección de los cuatro punto cardinales del orbe. Donde quiera que hubiese hombres y tierras conocidas, moraban los hábitos franciscano y dominico. El oficio principal de los dominicos fué científico y polémico. Llamábanse Orden de Predicadores, porque armados de elocuencia y sabiduría, buscaban á los herejes para retarlos á la disputa. Segun descripción de un testigo ocular, el Fundador de los Dominicos presentaba el tipo que reprodujo tantas veces en sus místicas tablas el beato Angélico: cuerpo esbelto, rostro apacible y sonrosado, cabellos y barba de un rubio encendido, claros ojos; por entre sus cejas brotaba cierta luz; y tan copiosamente poseía el dón de lágrimas, que saltábanle de los lagrimales como dos inagotables arroyuelos. En el siglo XIII, Santo Domingo y sus hijos viven especialmente en la tierra maniquea del Languedoc, que dos hombres sometieron al catolicismo: nombrando á Domingo de Guzmán, no cabe omitir á Simón de Monforte. A ningún personaje del siglo XIII denigran los his-

toriadores con más empeño y ménos razón que al vencedor de Mureto. Mostróse tan grande, que apenas se entiende cómo hay espíritu de partido que alcance á negar la majestuosa alteza de su figura. Con ser la Edad media tan fértil en eminentes caractéres y almas de temple vigoroso, no cuenta muchas comparables á la de Simón de Monforte. Recio campeador, su fe le convirtió en otro Macabeo, hizo de él el general en jefe del Espíritu Santo. Empeñado en un combate desigual, decía: — «No es dable que sucumba; la Iglesia entera ruega por mí.» — En vísperas de la jornada de Mureto, sabedor de que el galante y enamorado rey de Aragón escribía á cierta dama albigense de Tolosa que — «únicamente por sus ojos tomaba las armas,» — exclamó: — «Segura es nuestra victoria, pues tenemos de nuestra parte á Dios, y él sólo los ojos de su dama.» —Y con todo esto, bajo la coraza de Simón de Monforte no latía un corazón de roca: cuando después de lidiar todo el dia en Mureto con leonino arrojo, ve tendido en el suelo el cadáver del rey D. Pedro, y le conoce por la elevada estatura, surca sus mejillas compasiva lágrima. Simón y Domingo, el acero y la palabra, yendo por diversas sendas á un mismo punto, cerraron al poder mahometano la entrada de Europa, como la casa de Anjou les interceptó el paso de Sicilia, concluyendo con

los Hohenstaufen. Es de advertir que en este género de cruzadas interiores, los príncipes ortodoxos se extralimitaron á veces, excediéndose de lo dispuesto por los Papas, que si comprendían cuán ligados se hallaban sus intereses á los de Simón de Monforte, el rey de Francia y Cárlos de Anjou, no podían ménos de alzar su voz, según el espíritu cristiano, demandando piedad para los vencidos. Desaprobó Roma las matanzas de Carcasona y Béziers y el suplicio de Conradino; y cuando el hijo del fautor de la herejía, del declarado enemigo de la Iglesia, del conde de Tolosa, declara al Papa su intento de cobrar la perdida herencia con las armas, el Pontífice, que ya lo había consolado devolviéndole buena parte de sus feudos, lo bendice afectuosamente. Harto entendía el Papa que la guerra del Languedoc, si comenzó religiosa, terminaba nacional, y que á la Iglesia le tocaba luchar como Santo Domingo, á fuerza de sermones, de actos de caridad y ejemplos; con la eficacia de la palabra y de la virtud.

A san Francisco no se le encuentra solamente en Languedoc, sino en todas partes. Su espíritu circula por cada vena del cuerpo social; practícanlo los reyes santos del siglo XIII; el conquistador de Sevilla, san Fernando, que á imitación del penitente de Umbría se recuesta en ceniza para morir; san Luís de Francia, varón perfecto, educado por

franciscanos, y que fué como un san Francisco en el trono; la langravesa de Turingia, que ciñó su delicado talle con la nudosa cuerda de los terciarios; se comunica á Siria y Palestina, al Africa, á Mogolia, al corazón del imperio chino; á los más remotos países, lo mismo que á los caseríos toscanos. Humildes frailes hollaron las rutas que conducían á Tartaria, y revelaron á Europa un nuevo mundo preludiando los descubrimientos geográficos y cosmográficos del Renacimiento, describiendo el Asia, el Océano índico; y poniendo en contacto la cuna del género humano con el centro de la civilización. Y si las ciencias físicas debieron tanto á los misioneros, puede decirse tambien que el florecimiento intelectual del siglo XIII es obra de frailes: memorable obra en verdad, porque en aquel siglo se estableció el comercio de ideas entre europeos, hebreos y sarracenos, se perfeccionó el conocimiento de la antigüedad con las escuelas aristotélica y neoplatónica, difundiéronse tratados árabes de medicina y astronomía, Bolonia profundizó el estudio del derecho, adelantó Salerno en la enseñanza de la ciencia de curar, y en París y Oxford lanzó resplandores clarísimos la filosofía escolástica; vitalidad científica asombrosa que se cifra en los nombres de unos cuantos frailes: Alejandro de Hales, Rogerio Bacon, Vicente de Beauvais, Alberto el Grande, san Buena-

ventura, santo Tomás, Escoto, que cada cual comprende una rama de los conocimientos humanos, y alguno las abarca todas. Con san Francisco renacen y se trasforman la oratoria sagrada, la poesía vulgar, la pintura, la arquitectura gótica, la filosofía mística, la estética de Platón, la escultura. Apenas hubo astro entre los que, del siglo XIII al XIV, alumbran los cielos de la inteligencia, que dejase de tomar luces del serafín de Asís: Rogerio Bacón, el fundador del método experimental en las ciencias de la naturaleza; san Buenaventura, el poeta filósofo: Jacopone de Todi, el cantor de la pobreza, el poeta popular; Nicolás de Pisa, el escultor nuncio del Renacimiento; Cimabue, el último pintor bizantino, y Giotto, el primer pintor humano y moderno; Escoto, el gran dialéctico; Juan de Parma y Gersón, profundos contemplativos; el anónimo autor de las *Florecillas*, y el vate enérgico que cierra la Edad media, como Homero cerró los tiempos heroicos, todos bebieron en el mismo ardiente manantial de inspiración, todos se calentaron á la llama del amor franciscano. De suerte que no es lícito hablar de san Francisco como de otro cualquiera personaje eminente, sino que hay que apreciarle en la multiplicidad de su acción, y verle dominando á su siglo, siendo como la flecha, como la aguja más aérea y más alta, más próxima al cielo, del edificio ojival lla-

mado Edad media. En la cima del siglo XIII se destaca el Santo de Asís.

Hora es ya de que la flecha gótica rasgue las nubes y la catedral se termine, porque la Edad media toca á su fin. Próxima á espirar, despide la lámpara destellos más vivos: en las postrimerías de la era sarda y heroica, aparece numerosísima falange de héroes y santos. San Luís consagra el postrer esfuerzo de las Cruzadas moribundas: por él aprendieron los pueblos á respetar la corona, á considerar en el rey el ungido de Dios: sublime en cada acto de su vida, nunca lo fué más que cuando la adversidad le abrumó sin rendirle, cuando padeció su lento martirio en Tierra Santa, cercado de hambre y epidemia, las crines de su caballo abrasadas por el fuego griego, batiéndose como un héroe, sufriendo como un estóico y espirando en la postrer tentativa—sin lograr siquiera acercarse á las ansiadas costas del Asia — en las playas africanas, y viendo antes consumirse y fallecer á su hijo, á su ejército diezmado por la peste y exhalando, con el último aliento, el nombre de Jerusalén. El mismo carácter de bienaventuranza que en Luis IX y en su hermana Isabel veneraba el pueblo francés, España lo acató en san Fernando; Hungría en Isabel y su esposo Luís de Turingia; Polonia y Silesia en la duquesa Eduvigis; Bohemia en la hija de su rey, santa Inés; Portugal en Isabel su reina: y así como

el feudalismo se hizo aborrecible por la violencia, por las raíces bárbaras que nunca supo extirpar, la forma de gobierno de las sociedades modernas, la monarquía, fué amada por la santidad. No llovió la gracia únicamente sobre el trono; se extendió en el pueblo, en el clero, en toda categoría social. Como en enjuta yesca prende luégo la chispa, la más leve circunstancia formó Santos. Andrés de Siena hace penitencia toda su vida por haber dado muerte, en un arranque de indignación, á un blasfemo; san Ambrosio, de Siena también, se dedica á combatir el vicio social de la Edad media, la venganza; san Simón, el carmelita, habita desde la edad de doce años en el hueco de un roble. De puro repetidas se hacen usuales durísimas y extrañas penitencias. Cuando santo Domingo se hallaba en Roma, una de sus ocupaciones era visitar á las reclusas, pobres mujeres que por devoción se emparedaban, y comían de lo que la caridad les arrojase; habíalas en gran número por la ciudad, ya en las laderas del monte Palatino, ya en los derruidos monumentos, en el hueco de las saeteras, en la cavidad de los acueductos. Cierto dia, una penitente emparedada mostró al Santo su seno roido de gusanos, que conservaba amorosamente, como á huéspedes de la Providencia; y al tocarlas Domingo, las repugnantes larvas se convirtieron en diamantes preciosos. Una hija del

rey de Hungría, Margarita, vírgen de doce años, dormía por mortificación con una piedra á guisa de almohada; otro hijo y nieto de reyes, el que más tarde fué san Luís, obispo de Tolosa, se tendía á los siete en una estera; Peregrino Latiozi, con el muslo devorado por un cáncer, no se quejaba jamás, y llamábanle el nuevo Job; Amado Ronconi despedazaba sus espaldas á disciplinazos; Ivo de Bretaña lavaba las úlceras de los enfermos en un hospital fundado por él mismo; Margarita de Cortona, la Magdalena de la Edad media, llegaba, en el anhelo de la expiación, hasta querer destruir violentamente su fatal hermosura. No hubo estado, por humilde é ínfimo que pareciera, que no tuviese su representación en la aristocracia del bién: santa Zita de Luca, fué criada de servir hasta su muerte; otro tanto hizo Margarita de Lovaina en un mesón, donde murió asesinada, víctima del cumplimiento de su deber, y el beato Alberto de Bérgamo era un labrador; el beato Nevolón de Faenza, un zapatero. A fines del siglo sube al trono de san Pedro otro Santo, el antecesor de Bonifacio VIII; Celestino V, todo embebido en las doctrinas contemplativas de san Francisco, todo desecado por horrendas maceraciones: ¡qué mucho, si hasta la raza de Hohenstaufen dió Santos, y la pura y noble esposa de Dionisio de Portugal, Santa Isabel, era nieta del bastardo de Federico II, Man-

fredo el desalmado? Siglo de peregrinos contrastes fué el décimotercio, como que encierra el crepúsculo vespertino de una edad y el matutino de otra. El entusiasmo de las Cruzadas, que decae en nobles y reyes, se despierta en los inocentes, en los niños. De pronto, sin precedentes que expliquen el hecho, multitud inmensa de criaturas se reune en Francia y Alemania, y toma la cruz y se pone en marcha hacia Oriente; á las gentes que los encuentran por los caminos y les preguntan que adónde se dirigen, contestan que á Jerusalén por orden de Dios; si les interrogan acerca de lo que les movió á partir, responden que no lo saben. Algunos son robados, maltratados, y perecen miserablemente en los desfiladeros de las montañas: otros mendigan y mueren de hambre y frio en los nevados bosques. Cuando el Papa lo sabe, exclama suspirando y meneando la cabeza: «Esas criaturas nos echan en cara nuestro descuido.» En la última mitad del siglo se advierten nuevos síntomas de la sed de martirio y mortificación que lo consume: organízanse las bandas de flagelantes. Cohortes de penitentes desnudos, ceñida tan sólo la cintura, recorren villas y aldeas, azotándose con recias disciplinas, abiertas las carnes y chorreando sangre. Emprenden tales excursiones hasta de noche, en invierno, en número á veces de diez mil, precedidos de sacerdotes que enarbolan la cruz;

entran en las iglesias y, prosternados, se confiesan con muchos gemidos y golpes de pecho. No son miserable traílla de vagabundos; en sus filas se cuentan doncellas y damas nobles, ilustres caballeros; y al verlos cruzar por los pueblos, las gentes se reconcilian entre sí, restituyen lo mal adquirido, reparten sus bienes á los pobres. Nadie logró averiguar el orígen de devoción semejante. Ni Alejandro IV, que á la sazón se hallaba en Anagni, ni el superior de ninguna Orden la habían dispuesto: pero comenzaron diez ó doce individuos á practicarla, y la multitud se reunió y siguió sus huellas en los sombríos paises del Norte; tan singular ejercicio se bastardeó, convirtiéndose en iluminismo herético. Al concluir la centuria, crece la perturbación de las almas, suspensas al borde del abismo entre la fe y la herejía: abundan las huestes rabiosamente laicistas y antijerárquicas de *Pastorzuelos*, que afirman no ser enviados de ningún rey ni Papa, sino de Cristo y su Madre; pululan fratricelos y begardos, y se desencadena sobre Europa el soplo huracanado del *libre espíritu;* pero el siglo termina con un himno de fe ortodoxa, el Jubileo universal, al cual los paralíticos se hacen conducir en hombros, y acuden, desde los remotos confines septentrionales y orientales, madres que traen colgados del pecho sus hijos, y ancianos casi centenarios. Entonces es cuando un vate excelso, un vi-

dente, que, grave, pálido y meditabundo, se dirige á Roma, advierte que una edad se va para dejar paso á otra, y fecha el primer verso de su poema sublime *nel mezzo del camin de nostra vita:* en la mitad de nuestro camino mortal. Los siglos que mueren fueron de inmensa poesía: toda la recogió el vasto genio de Dante. Dentro de la epopeya sacra, en la cual verdaderamente colaboraron tierra y cielo, se conservan, cual en preciosa urna, las virtudes del claustro y las agitaciones del mundo, el Pontificado y el imperio; la escolástica y la teología, los odios güelfos y gibelinos y el amor de san Francisco de Asís.

¡Cuán diverso del XIII es el siglo de transición que le sigue! Al dechado de perfección monárquica, San Luis, reemplaza Felipe el Hermoso, el monedero falso que subiendo ó bajando la ley de la moneda, adulterando el cuño, y ahorcando á quien rehuse recibirla, rige, mejor dicho, esquila á sus vasallos. España logra un rey conquistador, pero licencioso, en Alfonso XI: síguele otro no menos libertino, que eclipsa altas cualidades con crímenes enormes, y afea con la crueldad la justicia; sus discordias de familia le obligan á aliarse al infiel sarraceno y al judío codicioso: en cambio, su fratricida hermano inunda á Castilla de rapaces aventureros franceses, y malgasta la hacienda y prodiga las mercedes regias sin tasa. Ya no es la raza semifeudal y

caballeresca de Hohenstaufen la que persigue á la Iglesia : son gentes como Nogaret, legistas prosaicos, ergotistas secos y sutiles, que en vez de armas se valen de argucias; y con tales auxiliares, la estirpe de los Capetos, que produjo á san Luis, ahora abofetea y prende á Cristo en la persona de su Vicario, y segunda vez lo escarnece y da hiel y vinagre por bebida; Francia, la nación güelfa, deja atrás á la gibelina Alemania, y el descendiente de Cárlos de Anjou, «*el flordelisado,*» como le llama Dante con enérgica ironía, ultraja al Pontífice en Anagni. Los Papas se ven forzados á huir de Roma y refugiarse en Aviñon; el largo cautiverio de la Iglesia preludia los desastres de Francia, la invasion de los ingleses, las brutales algaradas de la jaquería, el señorío real humillado por el del preboste de los mercaderes, la peste, la miseria y mortalidad espantosas. No es mucho más risueña la situación de Alemania, desgarrada por la discordia, y la de Italia, donde enflaquecido y contrastado el poder pontificio, se sobreponen á las municipalidades los tiranuelos. Sufre la mujer el fatal influjo del decadente siglo; desvanécese la aureola de santidad que rodeó las sienes femeniles, y á las Isabeles de Hungría, Portugal y Francia, á las Blancas y Berenguelas de Castilla sustituyen las nueras de Felipe el Hermoso, con su pública vergüenza y su degradante é inhumano castigo; mancha el pa-

rricidio la progenie real; el rey de Inglaterra es bárbaramente asesinado de órden de su esposa; y la raza del monedero falso se extingue, como la de Federico II, envuelta en sus propios crímenes. Corrompidas las costumbres en toda Europa, reina la superstición, halla ciega credulidad la magia y hechicería, y el veneno, plaga del Renacimiento, comienza á infundir terror, y á cada nueva epidemia se figura el pueblo que judíos y leprosos emponzoñaron manantiales y fuentes. A su vez las letras se acomodan á la marcha de los funestos tiempos, y en vez de los cantos místicos de Jacopone y san Buenaventura, y las varoniles estrofas de Dante, viene la grosera é inmoral utopía del *Roman de la Rose*, apoteósis de los sentidos que ni áun cohonesta la elegante forma ovidiana; resuena la carcajada de Bocaccio, cantando el vino y el amor sobre la abierta fosa de las víctimas que amontonó la terrible peste negra; hasta en el mismo suave, elegiaco y exquisito Petrarca. se ve patente la decadencia si á Dante lo comparamos. La filosofía escolástica, que resplandeció por última vez con Escoto y Lulio, se anubla con Ockam, y degenera luégo en formalismo estéril y vano; eclípsase el sol de la fe religiosa, y ya no surcan el mar los cruzados por redimir las piedras de un sepulcro, sino los mercaderes en demanda de oro y especias; no nacerán en el siglo XIV dos grandes órdenes, pero

muere infelizmente una de las más gloriosas y poéticas, y el siniestro fulgor de la hoguera de los templarios alumbra el amanecer de la sombría centuria; disminuirán las bellas y tiernas crónicas de Santos, y la leyenda del décimocuarto siglo, laica, y revolucionaria, será la del flechero suizo Guillermo Tell, considerada por la erudición moderna más dudosa é improbable que cuantas refieren los agiógrafos. Por su parte la Iglesia fugitiva, refugiada, entregada á la dudosa protección de los monarcas franceses, cercada de enemigos, ve de nuevo relajarse la disciplina, y los clamores de Alvaro Pelagio, del obispo Durando, de las santas Brígida y Catalina, del Petrarca, se alzan pidiendo urgentemente reforma.

Tal retroceso en el siglo XIV muestra cuanto fué grande la época que le precedió. No por eso hemos de tenerla por única, irreemplazable y perfecta, ni creer que en todo realizase el programa del cristianismo; pasó la Edad media para siempre, sin que quepa en lo humano renovarla; Dios le fijó su plazo, y al cumplirse éste, cayó en el abismo de los tiempos; dueños somos de amarla y admirarla, pero no la resucitaremos nunca. Lícito es emprender su vindicación, negando que la humanidad anduviese á tientas y sumida en sombras de ignorancia hasta que brilló la antorcha clásica del Renacimiento; justo es asimismo declarar que en período alguno honraron

la historia caracteres más elevados y sublimes que en el medioeval. Monarcas, paladines, cruzados, monjes, frailes y palmeros fueron harto superiores á los personajes que las edades heroicas de Grecia y Roma ofrecen á nuestra rutinaria admiración : y ciertamente que la edad moderna no puede jactarse de poseer muchos dignos de compararse con ellos. Mas de esto á ensalzar sin restricción la Edad media, á figurarnos que solo volviendo á sus instituciones y costumbres dominará universalmente la ley de Cristo, hay gran distancia. Si algo resalta en el bosquejo que de la Edad media hemos trazado es cabalmente la continua modificación, el incesante progreso que en ella se realiza. A los que pretendan retroceder hasta los siglos medios, les preguntarémos : ¿á qué instante, á qué período? á Constantino, que en rigor los inicia? á Teodorico? á Carlomagno? á Ludovico Pio? á Recaredo? á los terrores del año mil? á las cruzadas? á Inocencio III? á san Luis y san Fernando? Porque si bien se mira, cada centuria y cada década y cada lustro, abrazan una etapa distinta, una dirección consecutiva si se quiere, pero diversa, de la humanidad. Sólo hallamos en la serie de tales transformaciones un punto fijo, un rumbo invariable, como el que marca la estrella polar : este rumbo es el cristianismo. Pero si en muchos conceptos la influencia del cristianismo fué activisima en la Edad

media, no es dudoso que en otros se revela más en las siguientes edades: durante la Edad media, el cristianismo lucha sin tregua ni descanso para imponer su criterio y enseñanzas, y sólo lo consigue á duras penas: consúmese en esfuerzos gigantescos la Iglesia para lograr la paz, para atajar el derramamiento de sangre, para infundir suavidad á las costumbres, respeto á la libertad y vida humanas, reconocimiento del derecho de gentes; y todas estas mejoras, que tan difícil le fué obtener en la Edad media, las ve casi sazonadas en la moderna: así se verifica la teoría del progreso enunciada por Santo Tomás de Aquino. Ofrece la Edad moderna una contradicción opuesta á la que en la Edad media observamos: fué la Edad media más cristiana de corazón y entendimiento que de costumbres: creyó en Cristo, le amó, pero anduvo muy reacia en seguirle y en obedecerle; la moderna, más suave y benigna, más cristiana sin saberlo en parte de sus hábitos, en su noción del derecho, en su criterio social, está inficionada por el indiferentismo y el escepticismo, y prepara el advenimiento de un retroceso enorme, de una edad de barbarie moral, porque no impunemente luchan la teoría y la práctica, ni se infringe la ley divina sin que forzosamente más tarde ó más temprano, venga á tierra la regla ética, en unión de las creencias que la instituyeron y la vigorizaron. Mucho bueno

contiene la Edad moderna, pero lo perderá todo si no se convence de que lo recibió del cristianismo.

No falta quien niegue tan clara verdad y preconice otras religiones como más civilizadoras: ceguera inexplicable, ó criminal malicia, que apenas se concibe dados los adelantos de la teología comparada y de la crítica histórica. Ha creado el Cristianismo la dignidad y personalidad del hombre: al vestir nuestra carne, el Hijo de Dios la redimió y regeneró juntamente. Por eso el Cristianismo es divino y humano á un tiempo; religión de la verdad revelada y de la equidad social. Convirtiendo la vista á los países donde imperaron otras creencias, se encuentra, ya anarquía, ya opresión; sólo el Cristianismo forma naciones libres, comunicativas, capaces de grandeza y gloria. Nada arguye en contra de este aserto el que la civilización occidental haya sido lenta en su desarrollo: así como el dogma no se definió de una vez sino poco á poco en Concilios sucesivos, la cultura cristiana necesitó, para desenvolverse y completarse, el curso de los siglos. Ni obró el Cristianismo tales maravillas en virtud de cierta conformidad singular y característica con el genio de las razas europeas. La falsedad del concepto que refiere el alma del hombre á la naturaleza exterior y ajusta las religiones á los climas, se evidencia con sólo considerar

lo que el Cristianismo había hecho de Africa y Asia, y lo que hizo después el islamismo. Al invadir los árabes la Siria Central, hallaron países cristianos y al par florecientes, donde nacían un arte y una civilización temprana y lozanísima. Pues bien; aquellas comarcas en que alboraba el progreso, convirtiólas el islamismo en desiertos páramos; aquella raza inteligente y perfectible, en las hordas que hoy los recorren. Otro tanto sucedió con Africa: ¿quién ignora el esplendor de las ciudades púnicas en los primeros siglos de la era cristiana? Celebrados poetas y oradores salían de sus ardientes llanuras para ser pasmo de Roma; allí nacieron y se formaron los elocuentes apologistas, los profundos teólogos, Tertuliano, Lactancio, san Agustín: la tribu bárbara entre los bárbaros, cuyo nombre simboliza la destrucción y el estrago, los vándalos, olvidaran su grosería y ferocidad al contacto de tan brillante cultura, y comenzaban á aceptar y aprovechar sus beneficios, cuando la irrupción musulmana sumió al Africa en la oscura noche que aún hoy la cubre, y la redujo á continente desheredado y salvaje. ¿Y qué dirémos de la decadencia del Oriente cismático, del estacionamiento de las regiones indo-chinas, aletargadas por sus panteísticas creencias? Inercia, atraso y fatalismo dominan en los países más feraces y deleitosos del orbe. Aparte de ciertos

adelantos industriales é inventos, que conocieron, pero no aplicaron debidamente; de algunas ideas de justicia — que nunca faltan porque sin ellas no viviría el hombre; de un arte más original que bello y expansivo, ¿con qué pueden jactarse las razas asiáticas de contribuir á la civilización actual?

Otra seña notable presenta el Cristianismo; y es ser la única religión comunicativa por sistema. El paganismo no concibió jamás que nadie se apartase de Atenas ó de Roma para humanizar al salvaje ó instruir al ignorante; y si budistas y mahometanos mostraron, en sus primeras épocas, empeño de catequizar — no siempre por medios suaves— cansáronse presto, como no podía menos de suceder, dado el fatalismo en que se basan sus dogmas y filosofía. Religión universal y activa, el Cristianismo en cambio no cesó nunca de hacer prosélitos. Mientras duraba el encarnizado batallar de sarracenos y cruzados, los Papas sostenían correspondencia teológica con los califas, y enviaban embajadas para atraer á los mogoles. A ejemplo de Cristo, que desde el leño de la Cruz abrió los brazos para abrazar al universo, la Iglesia llamaba á sí todos los pueblos, sin pedirles más que su alma y su fe, sin obligarles á innovar formas político-sociales; vivió con el feudalismo, con la monarquía, con las repúblicas italianas, y hubiera vivido con el imperio, á no haber

éste pretendido arrogarse el ejercicio de dos potestades. No se opuso al Renacimiento del siglo VIII, del XII ni del XVI, antes los favoreció; y al destruir las sectas, siempre combatió algún principio peligroso y antisocial: opúsose al arrianismo, que con sus doctrinas hubiera entregado á Europa al poder mahometano, reduciéndola toda ella al estado presente de Turquía: opúsose al maniqueismo, que negaba toda autoridad y erigía un genio del mal frente al Dios del bién y de la justicia; á la Reforma, precursora del racionalismo moderno, y al racionalismo moderno, que pretende derrocar la revelación, fundamento del Cristianismo. Si al lado de éste parecen tan infecundas las demas religiones, ¿qué dirémos de la peregrina fe independiente de nuestro siglo, sin dogmas, sin unidad, sin ley, sin objeto y sin culto? ¿Qué fuerza social qué vigor y energía ha de ofrecer á los pueblos? ¿En qué consiste y para qué sirve tan vaga concepción de la Divinidad? Con la mano, digámoslo así, se tocan en la historia los efectos, el dinamismo social de un dogma definido y concreto; mas ¿qué darán de sí ideas heterogéneas y amorfas, sin consistencia ni coherencia, hijas del capricho ó del sentimiento individual? Fúndase el derecho, la ética, la propiedad y la familia, conforme al concepto de la ley divina que profesa cada pueblo: ¿en qué los fundará la Edad mo-

derna? De la nada, nada puede hacer el hombre.

No es hoy cuando tales verdades se demuestran plenamente, porque hoy — nunca lo repetirémos bastante — el mundo disfruta aún de los beneficios de la creencia que su indiferentismo va minando. Rechaza el dogma, pero se nutre aún de su moral, de sus teorías sociales; vive de su savia, subsiste de su herencia, ha respirado tanto tiempo cristiana atmósfera, que los átomos más leves de su organismo son, mal que le pese, cristianos. Pero como existe tan íntima relación entre el dogma y la moral que de él se deriva; como los principios que admite todavía la sociedad moderna son hijos de la palabra de Cristo, al negar la autoridad divina de esta palabra, niega de rechazo los principios. Sorprende á veces á la sociedad moderna la vista de lo mismo que en su seno se engendró, y con frecuencia ha renegado de sus hijos legítimos, porque, mirándolos á la luz interior del Cristianismo que lleva en sí, le parecieron monstruos. Cuando logre apagar la lumbre celeste, caerá, según todas las probabilidades, en profundas tinieblas: ó el mundo seguirá cristiano, ó concluirá bárbaro. Estas son las consecuencias que se deducen del estudio de nuestra compleja y crítica Edad, harto más agitada que la Edad media en lo que se refiere al entendimiento y á los problemas sociales, si

más tranquila en lo que á la seguridad material concierne.

Áun cuando no se ajustó la Edad media en todas sus manifestaciones al modelo del Cristianismo, hubo una en que señaladamente cumplió el Evangelio; y fué en la constitución franciscana. Obediencia, castidad y pobreza, son Jesucristo mismo. Y no es leve prueba de la eficacia de la idea franciscana el haber suscitado legiones de hombres que, no sólo en siglos de penitencia, sacrificio y abnegación, sino en edades de interés egoista y de epicúrea indiferencia, renuncian á todo y se mantienen, como quiso el Fundador, muertos y no vivos, sujetos á estrecha obediencia, á castidad inviolable, á pobreza absoluta; dispuestos á la menor señal á ir entre pueblos salvajes, á dejarse martirizar oscuramente en el Japón, hoy que el martirio no gana otra gloria sino la del cielo. Tadavía en el momento en que corre sobre el papel la pluma escribiendo estas palabras, quien visite las cálidas regiones del Magreb y Palestina, regadas tantas veces con la sangre de los Menores, halla en aquellos límites extremos de la civilización el sayal humilde del misionero franciscano: y — cosa singular — ve el sepulcro de Cristo, que á costa de tantos y tan desesperados esfuerzos intentó vanamente rescatar de las profanaciones musulmanas la Edad media, guardado y preservado por los fran-

ciscanos, que lograron así lo que obtener no pudieron las Cruzadas. En el siglo XIV, al cesar las Cruzadas definitivamente, es cuando fray Rogerio Guarini obtiene del Sultán de Egipto que le ceda el sagrado monte Sión. Siempre mostraron los musulmanes singular benignidad y deferencia á los Menores, cuyas austeridades les imponían el mismo respeto que les impuso un tiempo la virtud de san Luís. A fines del siglo XIII, ya un firmán de Malek-Nasér expulsa á cualquier fraile— «que no sea de los de la cuerda» — del convento de Sión. Allí se mantuvieron los franciscanos firmes y quietos, sin arredrarse por los altibajos de la tolerancia sarracena, que frecuentemente se convirtió en torturas y suplicios; y así, resistiendo briosamente ó persuadiendo con blandura, han logrado no desamparar un solo dia el lugar sacro en que Cristo reposó después de muerto, y han conseguido que el cristiano que lo visita reciba el consuelo de asistir en él á las ceremonias del culto.

La idea de san Francisco de Asís es inmortal. Por su carácter caballeresco, por sus inclinaciones de trovador, por su novelesca fantasía poblada de combates, empresas y torneos, san Francisco es el hombre de la Edad media: por su fe profunda, su ilimitada esperanza, su ardiente caridad, san Francisco pertenece á cualquiera de los siglos cristia-

nos. Viva imagen de Jesucristo, es su leyenda la más milagrosa de la Edad media: no todos los milagros que en ella se narran han sido reconocidos auténticamente por la Iglesia; pero en todos ellos, como en los del Salvador Divino, hay tal efusión de amor y poesía, que no es lícito al historiador despojar al prodigioso santo de un solo rayo del áureo nimbo que cerca su frente. Mal pudieran hacerlo plumas católicas, cuando los escritores racionalistas no han sabido pintar á san Francisco sino como lo vió la fe de su época: trucidados piés y manos por sus milagrosos estigmas, manándole de la llaga del costado un rio de sangre, crucificado en vida, semejante á Cristo cuando fué descolgado del árbol de la Cruz. Si hay quien piense que es posible describir de otro modo el serafín humano, inténtelo norabuena: el arte, el sentimiento, la tradición y la historia se alzarán á desmentirle.

CAPÍTULO PRIMERO.

PRIMEROS AÑOS.

La naturaleza en Italia.—El pueblo natal de san Francisco. — Familia. — Nacimiento. — Educacion.—Mocedades.—Rostro y talle de san Francisco. — Planes de vida militar. — Nuevos caminos.—La soledad.—Primera prueba.

.....
In Christo é nata nova creatura,
spogliato homo vecchio, e fato novello.
.....
(*Amor de caritate*: poesia atribuida á S. Francisco.)

.....
Nueva criatura ha nacido en Cristo:
el hombre viejo se renovó.
.....
(Amor de caridad; *poesia atribuida á S. Francisco.*)

TIENE el paisaje en Italia dos maneras muy distintas de ser bello. Con sólo mirar el mapa de la península latina, se advierte notable diferencia entre el contorno caprichoso, ondulante y accidentado de la costa que baña el Tirreno mar, y la línea severa de las márgenes del Adriático. A la parte del Tirreno están Génova, cantada por el Taso, con sus azoteas de mármol blanco y su bulli-

cioso puerto; la cosmopolita Lior na; Roma y sus esplendores arquitectónicos; Nápoles y la torneada valva de su orilla. Allí esmaltan la campiña las *villas* de recreo, guardando en sus columnatas, en sus vasos de pórfido, en sus estatuas protegidas por la deleitosa sombra de amenos bosquecillos, el recuerdo del sibaritismo romano. Allí los volcanes, cuya lava abrasa primero y fertiliza despues; allí las grutas sombrías, las pendientes abruptas que tapiza el viñedo de follaje purpúreo, el limonero de embriagador perfume, el granado de encendidas flores; allí los golfos surcados de lanchas de pesca, las playas festonadas de conchas de mil colores, los cabos atrevidos que se hunden en el mar, las noches tibias, los abrasados ocasos, la viva luz del firmamento, el matiz de zafiro de las cerúleas olas. Del lado del Adriático se tienden las melancólicas lagunas de Venecia; Ferrara y el brumoso Pó; Ravena, refugio de exarcas griegos y de reyes godos, con su monótona y desolada planicie. Ni un golfo redondea su seno sobre el perfil de la ribera, que en vez de hacer frente á las pintorescas islas de Cerdeña y Córcega, tiene por eterno centinela las regiones salvajes de Dalmacia y de Iliria. Y si descendiendo la nevada cima de los Apeninos penetramos en el país de Umbría, hállase una zona de verdura y de vegetación, pero marcada con cierto sello de austeridad, que pudiéramos lla-

mar pudor de la naturaleza. Faltan los aloes, los mirtos y rosas mitológicas de las aldehuelas napolitanas: álzase el castaño, de lozano ramaje y vigoroso tronco, el moral fresco, el olivo santificado en su jugo, el ciprés esbelto, cuya forma ojival convida á la plegaria; el olmo gallardo ceñido por las verdes ligaduras de la vid; los frutales, amables al hombre, junto á los grandes árboles de floresta, amigos de la soledad. De Narni á Terni, presunta patria de Tácito, la vista es cada vez más atractiva; la cascada del Velino, maravilla artificial que creó el genio romano, cae en risueña hondonada vestida de naranjales; más adelante reposa el lago de Pié de Luco, con sus linfas dormidas cubiertas de un tapiz de flores acuáticas. Las montañas de la Somma se yerguen majestuosas, y el valle de Espoleto se desplega feraz á sus piés, regado por el arroyuelo del clásico Clitumno. Bajo un firmamento apacible y despejado, de tonos suaves y celestes; empinada sobre alta colina; henchida de ruínas romanas, cercada por fuertes muros, se encuentra Asís.

Como otras muchas villas de Italia, era Asís, al finar el siglo XII, un pueblo precozmente emancipado del feudalismo, dueño de organizacion municipal y floreciente industria. Extenso y activo comercio, dificultado á veces por las escaramuzas civiles cotidianas á la sazón, sustentaba en Asís la prosperidad de una

ciudadanía poderosa é inteligente. Exportábanse con provecho los frutos de aquella campiña, rica en cereales opimos, y no sin motivo llamada el jardin de Italia. No se consideraba vil la profesión de mercader; ántes los que la ejercían formaban aristocracia privilegiada y fuerte. Una de las familias más acaudaladas é influyentes en semejante aristocracia era la de los Moricos ó Moriconi (1), que tenían por blason tres ánades de plata bogando en un rio. Al jefe de la casa, Pedro Morico, llamado de apodo *Bernardone*, conocía todo Asís por hombre opulento, incansable en agenciar, que se pasaba la vida yendo y volviendo á Francia á saldar sus géneros y ensanchando la esfera de su trato y granjería. De su esposa, Pica de Bourlemont, dama de ilustre abolengo frances, sólo había trascendido al público mansa fragancia de domésticas virtudes.

Reinaba durante el año 1181 (2) en toda Umbría presentimiento ó expectacion de algun suceso extraordinario. La viva fantasía del pueblo se hallaba excitada con el espectáculo de fenómenos que en la Edad Media, como en la antigüedad pagana, se tuvieron por anuncio de trastornos y mutaciones en la faz del orbe: largos eclipses, hondos terremotos, desencadenadas tempestades, nubes de fuego al Poniente, el Etna vomitando rios de encendida lava, los campos cubiertos de ese polvillo de corpúsculos rojizos que remeda lluvia de

gotas de sangre. En Asís se apareciera un hombre medio simple, de costumbres puras y sencillas, cuya única ocupación fué recorrer las calles gritando incesantemente: *¡Paz y bien!* Subió de punto la ansiedad de los comarcanos viendo, por espacio de varias noches, que el valle de Espoleto y las dentadas crestas de las circunvecinas montañas se teñían en misterioso fulgor, en claridades plácidas como la de la aurora. Por fin, en el transcurso de una velada más serena y magnífica que las anteriores, en que los astros centelleaban amorosamente sobre el pabellón turquí de los cielos, se escucharon hácia una antigua ermita semiderruida, llamada de nuestra Señora de los Angeles, conciertos de acordadas voces, músicas no humanas, armonías dulcísimas, himnos de gozo, que hasta el amanecer siguieron resonando. Miéntras oían suspensos los labriegos del valle, en el hogar del opulento Pedro Bernardone andaba la gente angustiada y confusa: llegára para la dueña de la casa la hora terrible de la maternidad, y el parto, trabajoso y lento, no daba indicios de llegar á decisiva crísis. En los instantes de mayor congoja se entró por las puertas de la casa un incógnito peregrino, que imponiéndose á la turbada familia, sacó á la parturienta de su cómodo lecho, y la llevó á un establo próximo en que, atados un asnillo y un buey, comían en viejo pesebre su ración de paja. No

bien pasó la mujer afligida el umbral del humilde lugar, cuando se abrieron sus entrañas y vió la luz del dia Juan Moriconi, llamado después san Francisco de Asis (3).

Al ser llevado el infante á la pila bautismal, presentóse otro peregrino tan desconocido como el primero, reclamando el favor de apadrinar á la criatura. Los peregrinos eran generalmente reverenciados en los siglos de fe: se les suponía ligados por solemne voto de purificarse con la expiación, y cercábales el respeto. Los parientes colocaron al recien nacido en brazos del forastero, que terminada la ceremonia, desapareció sin saberse por dónde, dejando impresa en las gradas del altar la señal de sus rodillas (4). Fué voluntad de la madre que el niño recibiese el nombre de Juan (5). Pocos dias despues de su nacimiento, hallándose la criatura en el regazo de su nodriza asomó el tercer peregrino, no ménos mozo, galán y afable que los dos anteriores; y tomando en sus manos el tierno retoño, le acarició haciéndole la señal de la cruz sobre el hombro: señal que quedó marcada para siempre, indeleble y encendida como brasa.

La niñez y educación de Francisco fueron cuales se puede colegir, más por racionales deducciones que por noticias largas y minuciosas. Si la tradición conserva las poéticas particularidades del glorioso alumbramiento de Pica; si la crónica archiva los hechos del

Patriarca de Asís desde que comienza su figura á resplandecer sobre el siglo XIII, en cambio los primeros años de Francisco se deslizan cual las horas de la simiente puesta bajo la tierra y que no ha germinado aún. En una ciudad como Asís, más dada al tráfico que al cultivo de las letras, se deja entender que no recibiría Francisco aquella instrucción vasta y profunda que su lozano entendimiento y clarísimas facultades reclamarían en Siena ó Bolonia. Tan inexacto fuera considerar á Francisco prodigio de sapiencia, como calificarle de ignorante y falto de cultura. Si espíritus tan extraordinarios como el suyo pudieran sujetarse á medida, diríamos que, sometido á educación literaria fundamental, sería Francisco quizás asombro de su siglo en las letras humanas, dada la fuerza de su percepción estética y la riqueza de su mente; mas para el fin á que lo destinaba la Providencia, bastóle la tintura de conocimientos que en Italia no faltaba á individuo alguno de acomodada clase.

Bien quisiera la madre adornar con cuantos primores añade la doctrina aquella fantasía juvenil que estaba viendo despuntar, aquel corazon ardiente y generoso cuyos impulsos cada dia observaba: para lograrlo puso á su hijo en pupilaje de unos clérigos dedicados á la enseñanza, que le diesen nociones de literatura y aumentasen las que ella amorosamente le infundiera ya. Mas el padre proyec-

taba hacer de Francisco un socio hábil y diligente, diestro gestor de sus caudales; no le quería letrado, ni clérigo, ni siquiera soldado de alguno de los famosos capitanes que en aquellos tiempos aturdían con el rumor de sus proezas los oidos del vulgo: deseábale aplicado no más que á mantener el crédito de su lonja mediante la economía y la asiduidad al trabajo. En el seno de la familia de Francisco se iniciaba ya la discordia de pareceres que estalló más tarde. Miéntras Pica, en su noble ambición de madre, anhelaba enviar á su hijo á las doctas escuelas donde se formaba á la sazón la juventud, Pedro Bernardone, ejerciendo su autoridad de cabeza de casa, le iniciaba en los misterios del tráfico, llevándole consigo á las excursiones por Francia. Entre el doble influjo paterno y materno, vino á encontrarse Francisco dueño de lo que hoy se llamaría un barniz general de ilustración. Con sus maestros, los eclesiásticos de san Jorge, aprendió el latín, estudió los sagrados libros; salió consumado pendolista, haciendo gallarda letra con ortografía excelente (6); y en los viajes que realizaba con su padre ensanchó el círculo de sus conocimientos y se desarrolló sin duda alguna su afición á la música y á la gaya ciencia (7) no desmentida hasta la última hora de su existir. La facilidad y soltura con que comenzó á servirse de las lenguas francesas de *oïl* y de *oc* (8) fué causa de que, ó

bien su familia, ó bien sus amigos y conocidos, le diesen el sobrenombre de *Francesco*, apodo inmortal que conservó siempre (9).

Con mostrar el jovencillo Francisco agudeza y buen arte para los negocios, distaba mucho de situar y contener sus aspiraciones entre un libro de caja y una lonja. Mientras iba obedeciendo y tomando escuela de su padre; bullíale la mente en sueños, el corazón en ímpetus, la voluntad en deseos vagos é indefinibles. Presa de insaciable afán, ya ponía el oido al eco de los clarines bélicos, fantaseando marchas, gloriosos combates, nubes de polvo, desplegadas banderas, gritos de triunfo y marciales músicas; ya se deleitaba y embebecía con las canciones eróticas y quejumbrosas de los trovadores de Provenza, que entonaba con voz vibrante, apasionada y flexible; ya, ansiando desahogar la opresion de su pecho, buscaba con instinto de poeta los lugares más romancescos y sombrosos de las cercanías de Asís, y sumido en interminables contemplaciones recorría los ocultos senderos tapizados de musgo, los riachuelos frescos que le enviaban el sonoro cántico de sus ondas, los lagos en cuyo cristal se copiaban las nubes fugaces de la tarde. Y la naturaleza sosegada y pensativa le decía con sus mil murmullos algo, algo, las primeras letras de misterioso alfabeto, que en vano se consumía por descifrar. A veces le infundía pasajero rego-

cijo ver cautivas en las mallas de seda de las redes que tendiera, inocentes avecillas; pero, disipado al punto el placer del cazador, solía darles libertad suspirando. Andábase Francisco en aquellas fluctuaciones inquietas del espíritu cuando busca en lo finito el perfecto goce y contentamiento que á dar no alcanza. Parece como que, en seductor miraje, se divisan allá muy lejanas dichas embriagadoras que, tocadas, son aire. Finge la ilusion encantados palacios donde la realidad descubre un peñasco desnudo. Mas el hervor de su briosa mocedad fermentaba en Francisco. Sintiendo en su alma gérmenes de grandes resoluciones, de fuerza y pujanza, firmemente se creía llamado á desempeñar papel importantísimo en la escena del mundo, ya por la espada, ya por el poder; y en los devaneos de la inexperiencia imaginaba que el néctar del gozo se encierra en la copa de la ambición.

Por abrir válvulas á su impaciente anhelo, dióse Francisco á cuantas distracciones brindaba á su edad una villa como Asís. No prendado de mujer alguna, y sobradamente limpio de corazon é idealista para enredarse sin amor en torpes lazos (10), prefería al galanteo las bulliciosas juntas de los mancebos sus amigos, con los cuales, en partidas de caza, en juegos y en festines entretenía el tiempo y gastaba la hacienda. Galanas asambleas, conocidas por el nombre de *Corti*, en que se trovaba y ende-

chaba, se promovían certámenes de donaire é ingenio, se celebraban discreciones y se reían gracejos al choque de los vasos rebosando generoso vino, ó al acorde de los bien templados laúdes. A deshora y cuando el vecindario de Asís se entregaba al descanso, discurría por las calles la alegre turba de los compañeros de Francisco, rasgando los aires con tierna serenata, ó con festivo báquico cantar. De cuantos mozos bizarros y arrestados se asociaban para solazarse y divertir sus ocios, era Francisco el más liberal y dadivoso, el más exquisito en la elegancia, el más desenfadado en el porte, el más gentil tañedor, el más animado y jocoso en la mesa del convite. Así vino á ser jefe y natural capitán de todos ellos. Llamábale la gente flor de los mancebos de Asís: la villa laboriosa, que por sus franquicias municipales disfrutaba ya las ventajas de la sociedad moderna y vivía prosaica y apacible, mostrábase, no obstante, indulgente con los alborotados pasatiempos de Francisco, y amaba al galán disipador, ya porque sus arranques de desprendimiento contrastasen con el sórdido y continuo negociar de su padre, ya porque Francisco, en su vivir alegre y fácil, desplegaba las cualidades caballerescas que interesan y atraen al pueblo. No blasfemaba satánica y desesperadamente, como Byron en sus orgías, ni profanaba los hogares y derramaba sangre en pendencias y duelos, como nuestros Maña-

ras y Tenorios; era afable, comunicativo, de apacibilísimo trato y franco genio. Es natural que en sus primeros años mostrase ya Francisco la condicion humana y amorosa que le distinguió despues; porque la gracia no transmuta ni renueva á los que la reciben: ilumínalos tan sólo, para que encaminen al bien las facultades especiales que ya poseen. No crea la gracia en el individuo una alma distinta de la antigua: sólo desarrolla ésta en la direccion más alta, en el sentido más armonioso y perfecto posible.

Temperamento meridional, ávido de luz, de colorido y forma, no solamente gustaba Francisco de canciones y músicas, sino de adornos y galas, de estofas peregrinas y soberbias para sus trajes, de cintillos y joyeles ricos, de delicadas randas, de perfumes y de flores. Era el fausto su natural atmósfera, la gentileza exterior cebo de sus ojos, el dinero siervo de sus manos. Andaba la casa paterna algo desavenida con esta conducta del primogénito. Pedro Bernardone veía con estupor y encubierto enojo—no exento, sin embargo, de cierta pueril vanidad—que su hijo derrochaba con el propio garbo de un Gonzaga ó de un Visconti lo que él, á costa de tantos sudores y cálculos, atesorara; Pica, provista del fondo de inagotable indulgencia peculiar de las madres, disculpaba y consideraba con ojos benignos las prodigalidades de Francisco, queriéndole acaso

más bien distraido en futilidades, que seco y dominado por la codicia. Y lisonjeaba el inocente orgullo maternal mirar al mozo tan gallardo y bienquisto y celebrado y discreto, y pensar en su interior lo que en alta voz y con despecho solía repetir Pedro Bernardone: que más que de linaje de mercaderes, parecía Francisco heredero de un príncipe. Ya fuese que en la memoria de los habitantes de Asís durase aún el recuerdo de los hechos singulares acaecidos al nacer Francisco, ya que les sedujese el profundo atractivo de su persona, ello es que de todos era querido. En su infancia creían la gentes ver reverberar en el fondo de sus pupilas luces extrañas, semejantes á las estrellas pálidas que rielan sobre los lagos; y un hombre de Asís, sencillo é indocto según unos cronistas, letrado según otros, acostumbraba, al pasar Francisco, tender por el suelo su manto, convidando al mancebo á que lo pisase:—«Dios hará con este jóven grandes cosas»—decía; y en señal de veneracion se inclinaba y juntaba las manos, alzándolas al cielo.

Para juzgar del rostro y talle de Francisco en el tiempo de sus vanidades, es preciso valerse de datos posteriores, reconstruyendo con ayuda de ellos su fisonomía en el verdor de la juventud: puesto que las pinturas de su época que lo representan,—incluso la primitiva, que Giunta Pisano trazó sobre la puerta de la gran

sacristía de Asis (11) y que se tiene por fiel y exacta,—corresponden al período en que ya la penitencia, las lágrimas y el fuego interior demacraran, espiritualizaran y consumieran la carne y los contornos de Francisco. Si nos atenemos al retrato hecho por Giunta, la estatura de Francisco era cumplida, midiendo su cuerpo, conforme á las reglas de proporción anatómica, seis veces el altor de la cabeza: el cuello, largo; bien puestos los hombros, ancha y desarrollada la bóveda del pecho, las piernas largas, derechas y de forma escultural, los brazos algo demasiadamente cortos, los piés no muy grandes, las manos de aristocrática delicadeza y pequeñez. La cabeza, y sobre todo, la configuracion del cráneo, merecen particular estudio (12). Admira y asombra la región frontal por sus dimensiones y amplitud; y no obstante esta conformación, que se observa también en los retratos auténticos de santa Isabel de Hungría, no constituye imperfeccion: es una forma anormal, pero que nada tiene de monstruosa. El cráneo de san Francisco en su desmesurado tamaño, es perfecto: por el vasto espacio de la serena frente, que imprime á la parte superior de la faz cierta candidez infantil, vaga el resplandor de la inteligencia; el pensamiento ilumina el extenso hemisferio, como la candela el vaso de alabastro en que está encerrada. Hacia las sienes, blando hundimiento revela la sumisión de los instintos

sensuales á facultades más nobles, y hace que empiece á indicarse el diseño oval del rostro. Este se prolonga ascético, como una ojiva invertida; la barba termina en punta; las mejillas se sumen, el ángulo facial es recto y noble, la boca respira candor y benevolencia; la nariz, levemente aguileña y prolongada, completa el carácter meditabundo y abierto á la vez del semblante. Los ojos son un portento de santidad. Coronados por cejas de arco suavísimo, se abren entre párpados frescos donde no dejaron huella alguna las vigilias, los trabajos, y el llanto que escalda; la mirada es transparente y profunda como el agua, que á traves de miles de capas deja ver todavía un más allá, siempre claro y límpido. En conjunto, el rostro de Francisco es dulcemente austero. No puede llamarse hermoso, si aplicamos á la estimacion de la belleza criterio clásico y pagano: mas atendiendo á la expresion de la fisonomía, la hallarémos acabada en su género, incomparable. Sus líneas sobrias é incorrectas patentizan el alma, con la misma elocuencia con que las notas de la música encarnan lo inmaterial del sentimiento. Compréndese en los rasgos del semblante de Francisco que la lozanía de la carne, la magia del color, el brillo de la juventud, ántes debieron disminuir que acrecentar su atractivo. Cuantos vieron á Francisco predicando, convienen en que su piel era cetrina y pegada á los hue-

sos, su cara macilenta, su aspecto mísero; y sin embargo, tal la fuerza de su voz, de su mirar, de su ademán, que irresistiblemente se llevaba tras sí los corazones. El gran pintor cristiano que ha producido España, el que en feliz consorcio supo unir á la sinceridad realista la luz superior del espiritualismo, Bartolomé Estévan Murillo, interpretó el tipo de Francisco conforme al ideal que nos formamos del Santo de Umbría. La figura severa, beatificada ya, de Giunta Pisano, conmueve ménos que el cuerpo y el rostro vivos, dotados, al parecer, de calor y movimiento, que tiene san Francisco en los lienzos de Murillo. Ya le represente en extática plegaria, ya cargado con la cruz, ya estrechando en amoroso abrazo á Jesucristo miéntras con el pié huella y rechaza el globo del mundo, san Francisco, comprendido por la mente creadora del artista, alienta y habla casi, y se perciben en su exterior las particularidades de su carácter; la fe, la caridad, la pobreza, la imaginacion poética, y hasta la raza latina y el orígen meridional. Con quitarle al san Francisco de los cuadros de Murillo algunos años de edad, ponerle en vez del cerquillo monástico airoso birrete de terciopelo, en lugar del sayal remendado bizarro arreo de brocatel, seda y oro, se ve al apuesto trovador de Asís en lo más florido y brioso de su existencia mundana (13).

Entretenidísimo en ella andaba Francisco

cuando las luchas civiles lo llamaron á empuñar las armas (14). Todo ciudadano se hallaba expuesto á tal contingencia, dada la situacion de Italia. Guerreábase de pueblo á pueblo, de villa á villa, de caserío á caserío. Ya eran los municipios que se defendían de las pretensiones avasalladoras de un noble, ya dos casas rivales que trataban de emancipar un pueblo ó de subyugar otro; hasta en el seno de una ciudad misma se alzaban torreones y fortalezas, cuartel de chicos ejércitos, no remisos en embestirse mutuamente (15). Sobre todo, desgarraban el país las dos facciones güelfa y gibelina, cuyas encarnizadísimas é incesantes contiendas indisponían al hermano con el hermano, al padre con el hijo. Por culpa de ellas se hallaban Asís y la próxima villa de Perusa en constante hostilidad. Algunos nobles de Asís, por rencillas con sus paisanos, se acogieron á Perusa, ofreciendo su espada en pago de la hospitalidad: y airados los de Asís cuando supieron la traición, salieron en armas contra el enemigo. Entre ellos iba resuelto y batallador Francisco, el que más tarde había de pacificar tantas discordias. Derrotados los de Asís, quedó la flor de su juventud prisionera en manos de los adversarios. El jefe de las fuerzas de Perusa, Marcomano, senescal del Imperio, hizo dura la cautividad de los mozos de Asís, imponiéndoles privaciones, y áun amenazando su vida. A dos pasos del regalo de sus hoga-

res, languidecieron los infelices un año, faltos de toda esperanza y alivio. Mientras se consumían sus compañeros de nostalgia y tedio en los calabozos, sólo la jovialidad de Francisco era perenne: ni se le oyó una queja, ni se vió una nube en su rostro. Impacientes los amigos le acusaron de insensible, pues no le conmovían propias ni ajenas amarguras. Y Francisco, con todo sosiego, respondió: — «Jamás ha estado mi corazón tan libre como hoy: yo os digo que un dia habréis de verme honrado por toda la tierra.»

Rotos al cabo los grillos de los prisioneros, fuéles posible tornar al seno de sus familias, y aspirar el ambiente de la libertad. Mas sea que la estancia en la prisión y las estrecheces sufridas hubiesen minado sordamente el organismo de Francisco, sea que la elaboración de su espíritu correspondiese con un estado especial de su cuerpo, ello es que se rindió en el lecho á la embestida de peligrosa enfermedad.

¿Qué experimentaría su alma en las horas interminables de ardiente calentura, cuando su temperamento robusto y juvenil luchaba cuerpo á cuerpo con la muerte? ¿Qué imaginaciones, qué ideas le asaltaron entre el incendio de la fiebre y la languidez del sopor? Al pisar de nuevo, extenuado aún, la vega deliciosa que á Asís rodea, no absorbieron sus pulmones las embalsamadas auras campesinas con aquella avidez que suelen los que tornan á vi-

vir; ni el espectáculo risueño de las feraces huertas, las nevadas montañas y el cielo claro y luminoso le produjo aquellos estremecimientos de regocijo que dilatan el sér de los convalecientes. Antojábasele, al contrario, que crespón de fúnebre melancolía se tendiera sobre la naturaleza toda; y él, amante de flores, praderas, aguas y soledad, no podía soportar la vista de objetos antes tan gratos, ni á sí propio podía sufrirse. Todo estaba oscuro en su alma y fuera de ella.

Bien como en los mausoleos romanos, entre el silencio de la muerte, ardía una lámpara perpetua, en el corazón de Francisco no se extinguiera jamás el instinto fuerte y poderoso de la más fecunda de las virtudes; la caridad. Instinto era, porque Francisco no enlazaba aún con un criterio trascendental el ejercicio de la limosna; pero instinto de tal manera arraigado y dominante, que en ocasión alguna dejó de vencer. En el tiempo que con más asiduidad ayudaba á su padre en los negocios, ocurrió un dia que un pordiosero le pidiese limosna; y áun cuando atareado en sus faenas se la negó al pronto, viendo salir al mendigo del almacén, echó detrás y le llenó la mano de monedas, implorando perdón de su dureza. Uno de sus compañeros de cautiverio en Perusa era detestado de los restantes por grosero, rústico é insufrible: abandonáronle todos, y Francisco, atraido ya del imán que le llevó

siempre á buscar el dolor y la miseria, se dió á servir y atender al que los demás rechazaban. En la confusa tristeza y turbación que siguió á su restablecimiento, no hallando en el ánimo reposo ni en nada felicidad, tornára Francisco á agitar planes de dominio y gloria: otra vez la perspectiva de los campos de batalla inflamó su fantasía. Hízose el equipo militar, que en aquella época cada aventurero adornaba á su gusto con cuanta riqueza y galas quisiese; y habiendo salido un dia á probar sus atavíos al campo, acertó á topar con un soldado de familia hidalga, pero tan pobre, roto y mugriento, que bien se echaba de ver cuán poco le luciera el botin de las campañas. Francisco le llamó, y despojándose del flamante traje, diólo al mísero veterano á cambio de su raída ropilla.

Aquella misma noche tuvo Francisco un sueño extraordinario. Hallóse en un soberbio y vasto palacio, cuyas crujías y salones atravesaba uno tras otro, admirando el estilo y la magnificencia de su arquitectura majestuosa. De los muros de mármol y jaspe veía pendiente número inmenso de bruñidas corazas, yelmos dobles, espadas y montantes finísimos, lanzas agudas, y, en suma, toda clase de pertrechos de guerra, que tenían sobre el acero resplandeciente grabada una cruz. Y como Francisco se preguntase á sí propio el destino de aquel arsenal, hubo de oir una voz que de-

cía:—«Son para ti y tus soldados.»—En el propio instante despertó.

Correspondía la vision con los guerreros pensamientos de Francisco, y más que nunca persuadido de que el destino le llamaba á segar el militar laurel (16), afirmó la resolución, obtuvo el consentimiento de sus padres, despidióse de sus alegres camaradas, juntó dineros, procuróse montura y salió de Asís para Espoleto. Era su ánimo seguir los pendones de Gualtero de Briena, el *Conte gentile*, idolatrado de los italianos por su caballeresca lealtad, valor indomable y condición generosa, y más que todo, por la continua lucha que sostenía con los alemanes, enemigos natos de la patria. Gualtero defendía contra la despótica ambición de la casa de Suabia la libertad de los Estados, legítima herencia de su consorte, hija del rey de Sicilia; y de las ciudades güelfas le llegaban incesantemente voluntarios entusiastas, que al deseo de gloria unían el de luchar por Italia y por el derecho.

Posó Francisco en Espoleto, y durmióse con la mente henchida de aventuras, de batallas y proezas: y de nuevo otra vision sobrecogió su alma. La misma voz que en el soñado palacio de las armas le hablára, se dejó oir con acento más grave y penetrante, interrogando al absorto mancebo:—«Francisco, pronunciaba, ¿á quién prefieres servir? ¿al opulento ó al miserable? ¿al vasallo ó al rey?»—

Y contestando Francisco trémulo, sin dudar un punto del divino orígen de la voz:—«Señor, al rey prefiero,» fuéle replicado.—«¿Pues cómo lo dejas por el vasallo?»—«¿Qué quereis que haga, Señor?» murmuró Francisco.—«Torna á tu patria: allí lo irás sabiendo.»—Volvió grupas Francisco al despuntar la aurora, y de nuevo entró en Asís.

A la sorpresa que motivaba su impensada reaparición, se agregó la de verle metido en sí, mudo, absorto, alejado del trato y como presa de estupor é hipocondría. Emprendieron sus amigos volverle á los antiguos devaneos y placeres; y sus padres, creyéndole poseido de negro humor, facilitaron los medios de que renovase los solaces juveniles. Otra vez se mezcló con el regocijado bando: mas si el cuerpo estaba allí. ausentárase ya el espíritu. Su voz no tenía las vivas inflexiones de antes, sus ojos no brillaban al gustar el zumo dorado de las vides. Un dia, á los postres de ruidoso banquete, salió cual solía la comitiva á recorrer, cantando y moviendo algazara, las calles de Asís. Llevaba Francisco la insignia de jefe de la turbulenta *corte* (17); pero quedábase detrás de todos, caida la cabeza, abismado en meditación profunda. Imaginaron los mancebos que sólo amorosas ansias podían causar tal embebecimiento, y le interrogaron en festivo tono:—«¿Qué es eso, Francisco? ¿En qué cavilas? ¿Acaso piensas en tomar mujer?»—

Alzó Francisco la frente, y pronunció, cual si hablase consigo mismo:—«Así es, en casarme trato, y será con doncella tan noble y hermosa que no la habeis visto semejante.»

Hiciérasele intolerable el comercio, y fuése retirando de él. Solitario, dábase á vagar horas enteras á caballo por las cercanías, buscando en el correr del bruto alivio á su inquietud, ó en la vista del campo paz para su alma. En uno de sus paseos divisó, al borde del sendero, tendido un horrible y deforme leproso; y todos sus sentidos de mozo lozano, todo su sér de artista se sublevó de repugnancia y de asco ante aquella viviente podredumbre. Obra fué de un minuto la lucha: inmediatamente, apeándose del corcel, corrió á depositar limosna en la mano del desdichado, sellándole al mismo tiempo con ósculo de paz el carcomido rostro. En vez de náusea, sintió al punto que le inundaba gozo inefable, que corría por sus venas sensación gratísima; y vuelto en sí, miró por toda la extensa llanada y vió que el leproso había desaparecido. Ausente Pedro Bernardone de su casa, hizo Francisco disponer una ancha mesa, con muchos cubiertos y panes: preguntábale su madre el objeto de tales aprestos, y respondió Francisco:—«Son para todos los pobres que están en mi corazon.»

Eran éstas primeras llamaradas del inmenso volcán de amor que consumió á Francisco; mas todavía no lográra su espíritu orien-

tarse, ni hallar luz clara y plena. Entonces convirtió sus ojos hácia la fuente de verdad, la Esposa con quien mora Jesús hasta el fin de los siglos. Apenas se concibe que haya historiadores empeñados en descubrir gérmenes racionalistas en la obra realizada por Francisco de Asís. Si halló en su conciencia, en su inspiración directa, en el apartamiento, las bases de admirable reforma social, en cambio, cual si quisiese demostrar desde un principio que todo nuevo brote religioso debe arrancar del tronco de la Iglesia, comenzó su vida activa yendo en romería al sepulcro de los Apóstoles, por quienes la Iglesia fué iniciada. Y notando que los romeros dejaban á Pedro y Pablo mezquina limosna, cogió casi todo el oro que llevaba, y arrojóle por la rendija del altar que hacía de cepillo, gritando, no sin asombro de los circunstantes: —«¿Por qué tan miserables ofrendas al príncipe de los Apóstoles?»—(17). Y saliendo del templo, mezclóse con los mendigos—que á la puerta imploraban la caridad de los devotos,—tomó los andrajos de un pobre, regalándole su vestidura; y se pasó el dia entero pordioseando con los improvisados amigos. Muy errado andaría quien creyese que el pisaverde mancebo de ayer, tocaba hoy, sin hacerse grave y reiterada violencia, las miserias, las fealdades, las groserías de semejante chusma. Nadie poseyó sensibilidad nerviosa superior á la de Francisco; nadie experimentó

repulsión más viva hácia lo que afecta desagradablemente la vista, el olfato, el tacto. Tanto era así, que las crónicas refieren ingenuamente la impresión terrible que á su vuelta de Roma le produjo el aspecto de una vieja gibosa, apergaminada y ridícula, que, como poseida del espíritu maligno, se le ponía delante ejecutando extraños visajes y muecas.

A poca distancia de Asís se alzaba la ruinosa iglesia de San Damián, sola y desierta, donde Francisco pasaba largas horas arrodillado ó postrado en el suelo, pidiendo al Crucifijo que coronaba el altar, que señalase un fin, un norte á su vida.—«Francisco, repara mi casa, que se hunde»—oyó un dia decir á la imágen de Cristo. Francisco no pensó en la gran morada de la Iglesia universal, sino en aquel pobre santuario testigo de sus primeras lágrimas: llamó al clérigo Pedro, encargado de la cura de san Damián; dióle cuanto dinero pudo, rogándole lo invertiese en aceite, en el culto; tomó géneros del almacén de su padre; cabalgó hasta Foligno, vendiólos en la feria, enajenó asimismo la cabalgadura; volvió á Asís á pié con el dinero; ofrecióselo á Pedro, y negándose éste con temor á recibirlo, Francisco depositó la suma en el hueco de una ventana.

Hasta este suceso, el padre de Francisco, con ser de tan distinta condición que su hijo, mostrárase más bien complaciente que otra

cosa respecto de él. Escocíanle los despilfarros, torcía el gesto á las bulliciosas diversiones, reprobaba tácitamente el lujo y la largueza del primogénito; pero al cabo iba aflojando los cordones de la bolsa, y ni vedó francachela, ni escatimó galas, ni se resistió á los proyectos belicosos, ni puso coto á la liviana y ociosa vida. Mas cuando averiguó que el importe de los fardos de mercancías vendidos por Francisco se destinaba á reparar un templo, montó, nó en cólera, sino en desatentado frenesí. Que un mozo derrochase en placeres, cosa era que aún encajaba bien en las estrechas casillas del cerebro de Pedro Bernardone; pero que gastase en obras pías, significaba no haber otro camino sino encerrarle por demente. Penetró, pues, el mercader en San Damián, buscando al hijo para desahogar en él su furia: ocultóse Francisco en la habitacion del clérigo; y como su padre se aproximase al escondite, se llegó medroso á la pared, y las piedras y argamasa, más sensibles que las entrañas paternales, se ablandaron, formando una hornacina en que se ocultó el cuerpo del perseguido. Pasado el riesgo, huyó Francisco al campo, y se refugió en una caverna de las inmediaciones de Asís. Allí bebía la linfa pura de los arroyos, mezclada con el salado licor de sus lágrimas; comía raíces amargas, insípidas hierbas, el acerbo frutillo de los espinos y zarzamoras, el brote reciente de la morera ó

del álamo: allí eran su lecho de reposo los agudos peñascales, su mantel las florecillas de la pradera, su eterna compañía el rumor del hilo de agua rezumado por las hendiduras de la roca, el silbo del viento en las copas de los árboles, el canto monótono de la rana en la ciénaga, el ronco arrullo de la paloma zurita desde su nido salvaje. Allí, en aquella Arcadia trocada en Tebaida por la penitencia, aprendió el alma de Francisco á interpretar el lenguaje de la naturaleza, que de pocos poetas fué expresado con mayor encanto. Allí oyó la voz de todas las cosas unidas en armonioso concierto y subiendo á los cielos, como sinfonía espléndida de la creacion. Allí se despertó su ternura inmensa por todos los séres, desde la cigarra que canta en el surco, hasta el Sol radiante que ilumina el firmamento. Allí comenzó á mortificar, á aborrecer su carne mortal, guardándola para la vida eterna. Allí, sin ayuda de hombres, solo con el Autor del universo, se verificó la trasformacion, y sobre la larva grosera del cuerpo revoloteó la mariposa del espíritu, irisada con los matices de la luz y de la gloria. Pero cuando Francisco, pasado un mes, abandonó su selvática guarida y tomó á paso lento el camino de Asís, sus compatricios no acertaron á leer en su rostro las señales de su comercio con el cielo, como más adelante supieron los florentinos advertir en el de Dante las huellas de la bajada al infierno.

El vulgo de Asís no vió sino al antes pulcro, elegante y gentil Francisco, que se presentaba en el estado más lastimoso: hecho guiñapos el traje, descalzos los piés, revuelto é inculto el cabello, crecida la barba, la tez marchita, ojerosos los párpados, apagada la pupila y en todo como fuera de sí. Y el instinto secreto de la crueldad popular, que mancha de sangre las páginas de todas las revoluciones, se despertó, y en vez de mostrar piedad al que consideraban mísero insensato y era poco há regocijo de Asís, se arremolinó la multitud en torno suyo, y silbándole y befándole ignominiosamente, ya le arrojaban guijarros, ya infecto lodo, ya le tiraban de los andrajos, ya le escupían y empujaban; y los chicuelos se divertían en hostigarle, y los perros famélicos le mordían, instigados por el furor público y por su natural aversion á las personas de miserable aspecto. Entre grita, algazara y escarnio seguía Francisco su camino, sin oir quizá las vociferaciones de la muchedumbre más de lo que oye el gran navío el mugir de los mares que va cortando su proa.

NOTAS.

(1) La casa solariega de Francisco era tan vasta, que con el tiempo pudo edificarse un convento en el circuito de sus muros á petición de Felipe III de España.

(2) Si bien Chavin de Malau y otros autores fijan el nacimiento de san Francisco en el año 1182, el P. Palomes, siguiendo la cronología rectificada de Fr. Pánfilo de Magliano, lo pone en 1181. Los presagios de la venida de Francisco al mundo deben corresponder, segun esto, al mismo año.

(3) La devoción transformó despues este establo en una ermitilla ú oratorio, bajo la advocación de *San Francesco il Piccolo*, San Francisco el Pequeño. En el dintel de la puerta escribióse la siguiente leyenda en caractéres de oro: —*Hoc oratorium fuit bovis et asini stabulum, in quo natus Franciscus mundi speculum.*» —«Esta capilla ha sido el establo del buey y del asno, donde nació Francisco, espejo del mundo.»

(4) Conservóse en la iglesia la piedra cercada de una verja de hierro.

(5) Segun Chavin de Malau en memoria del Evangelista, discípulo amado que se recostó sobre el corazón de Jesús, y segun Palomes, del Precursor Bautista.

(6) «En la pluma fué diestro y primoroso, de que da testimonio cierto la regla de su seráfica Orden, que escrita de su mano guarda en su relicario la Santa Iglesia Colegial de Pastrana, en el reino de Toledo. Está escrita en unos pergaminos ó vitelas muy delgadas y largas, como se usaban en aquellos tiempos, de donde sacaron los libros el nombre de volúmen. Estos pergaminos se descogen y recogen en un torno de plata, que está cubierto y ceñido de una caja también de plata sobredorada, con ventanicas de cristal, de tan vistosa curiosidad, que en ello lo primoroso de la labor excede á la preciosidad de la materia. Dió esta reliquia el Ilustrísimo Sr. D. Fray Pedro González de Mendoza, hijo legítimo de los Excmos. Duques de Pastrana, que murió siendo obispo de Sigüenza, habiendo sido en la Religión Seráfica Comisario general de esta familia Cismontana. Guárdase en el sagrario de esta ilustre iglesia con gran veneracion y aprecio. Yo la ví, y la leí, no una, sino algunas veces, con admiración de la hermosura y buen aire de la letra, y con mucha ternura de mi corazón.» —(Fr. Damián Cornejo, —*Crónica Seráfica.*)

(7) Francia descollaba á la sazón en ambos ramos, tanto cuanto puede verse en el libro novísimo deEmilio Gebhat: *Origines de la Renaissance en Italie.*

(8) Llamábase lengua de *oïl* al dialecto que se hablaba en el Norte de Francia, y de *oc* al del Mediodía.

(9) Este es el comun sentir acerca del orígen del nombre de Francisco, por más que Chavin de Malau (*Histoire de Saint François d' Assise*) opine que fué debido á hallarse su padre en Francia cuando nació el niño.

(10) Por el testimonio de Fr. Leon, compañero y confesor de san Francisco, y que le vió en sueños empuñando un manojo de azucenas, se conserva la tradicion piadosa de la virginidad del Santo. Si bien parece que la vida disipada de sus primeros años era poco favorable á la pureza de costumbres, es de advertir que ni en la historia ni en la leyenda se hallan rastros de mujer alguna que figurase en los bulliciosos festines por Francisco presididos; y conviene asimismo tener en cuenta que las diversiones importadas de Provenza no carecían de muchos perfiles de delicadeza. Por lo mismo que refinaban, entronizaban y consagraban el amor y la galantería, imponían una especie de caballeresca y anticipada fidelidad á cierta dama ideal, señora de los pensamientos de su caballero.

(11) Esta pintura fué ejecutada en 1230, por disposicion de fray Elías.

(12) El cráneo de san Francisco en este retrato corresponde al tipo llamado *braquicéfalo*, es decir, más ancho que prolongado: pero lo modifica la grande altura de la frente y la forma ovalada del rostro. Si las indicaciones que se basan en el tipo del cráneo fuesen indiscutibles, podríamos deducir que san Francisco pertenecía á la pura raza etrusca. Pero es muy dudosa la determinación exacta de la raza por la forma del cráneo.

(13) Hé aquí cómo describe la figura de san Francisco una monja española, sor María de la Antigua, refiriéndose á una visión que tuvo de él: —«Era entrecano, aunque no mucho: los ojos tenía algo en cuenca, y no muy grandes ni pequeños: el color era más moreno que blanco: el rostro más aguileño que redondo y enjuto: el cerquillo bajo y humilde: el hábito parecía blanco por el gran res-

plandor. No vide el cuerpo, porque todo estaba dentro de una nube.» — *(Desengaño de religiosos: Libro V. cap. I.)*

(14) La mayoría de los cronistas de san Francisco consigna que se batió denodadamente en esta ocasión. Según Tomás de Celano, era Francisco «audaz en extremo y sediento de gloria.»

(15) «Treinta y dos torres ceñían ó amenazaban á Ferrara: ciento envolvían á Pavía. En Florencia la pesada arquitectura de los edificios, de enormes pedruscos salientes, de estrechas ventanas de ferradas puertas, atestigua aún aquel estado de guerra permanente de veeino á vecino.» Cantú: *(Historia universal).*

(16) En aquella época solía decir de sí: «*Scio me magnum principem futurum.*» Sé que con el tiempo seré un gran príncipe.»

(17) Era una especie de báculo ceñido de flores.

(18) *Cum princeps apostolorum sit magnifice honorandus, cur isti tam parvas oblationes in ecclesia faciunt ubi corpus ejus quiescit?*»

CAPÍTULO II.

AURORA DE LA ÓRDEN.

Rompe Francisco los últimos lazos.—Se consagra á servir á los leprosos.—La lepra en la Edad Media.—Francisco repara tres iglesias.—Desposorios con la pobreza, y nacimiento de la Orden franciscana.

. . . . . .
Christo li dissi allora:
se vuoi pó me venire,
la croce alta decora
prendi con gran desire.
. . . . . .

(Jacopone de Todi.)

. . . . . .
Entónces te dijo Cristo: si quieres
seguirme, abraza con gran deseo
la cruz alta y hermosa.
. . . . . .

(Jacopone de Todi.)

LLEGARON hasta Pedro Bernardone ecos del vocerío y escándalo. Saliendo precipitadamente á la calle, cayó sobre Francisco, y abrumándole á golpes é injurias, á bofetones, empujones y puñadas lo fué llevando hasta su casa, donde lo encerró en un chiribitil (1). Doblada era la ira del negociante, ya por ver que su primogénito renunciaba á su porvenir mundano, ya por la herida que abría en su vanidad de ciudadano

influyente de Asis el espectáculo del sucesor de su nombre escarnecido por loco en la plaza pública. De suerte que prodigaba ruegos y amenazas á Francisco en el encierro por lograr que tornase á la vida de sus primeros años. Francisco oraba en su tugurio, oponiendo á las embestidas del padre furioso el escudo de la paciencia. Pica se deshacía en lágrimas, viendo al hijo querido maltratado en su propio hogar. No bien hubo salido Pedro Bernardone á una de las acostumbradas excursiones comerciales, corrió Pica gozosa á la oscura covacha y dió libertad á Francisco, cubriéndole de llanto y besos. En el alma de la madre se refugiaron el amor, la compasión, la tolerancia, que faltaban al ignaro populacho y al carnal y codicioso padre (2), el cual, vuelto de su viaje, hizo nuevos extremos de furor hallando vacía la mazmorra de Francisco; y sabedor de que el hijo se acogiera á San Damian, fué á buscarle allí. Francisco no se ocultó ya: tranquilo y resuelto esta vez, hizo frente al airado Pedro, que, acusándole de defraudador, le pidió el importe de los fardos vendidos en la feria de Foligno. Francisco señaló al poyo de la ventana, donde todavía se hallaba el caudal. Recogiólo Bernardone con avidez; pero aún creía á su hijo dueño de mayores tesoros, y, ya por arrancárselos, ya solamente por perseguirle, citóle ante la justicia. Se negó Francisco á someter al juício del siglo su conduc-

ta (3). Entónces Pedro elevó su demanda hasta Guido, Obispo de Asís, á quien Francisco se presentó satisfecho, exclamando:—«Iré ante el Obispo; él es padre de las almas.»—Guido recibió con benignidad extremada al mozo penitente, y le exhortó á entregar á Pedro Bernardone cuantos dineros hubiese tomado de él, á fin de que cesase tan penoso litigio.—«Todo lo restituiré»—contestó Francisco: y sin dar tiempo á más, le entregó las pocas monedas que aún le restaban, y con extraña alegría comenzó á desnudarse de su ropa, quedándose en carnes con sólo el paño femural y el interior cilicio; y volviéndose á su padre, pronunció con ímpetu de regocijo estas palabras memorables: «Hasta hoy te llamé padre en la tierra; de hoy más podré decir seguramente: Padre nuestro, que estás en los cielos, en quien puse mi tesoro y mi esperanza toda» (4). Guido echó los brazos al cuello del mancebo y tendió sobre sus hombros su propio manto: dióle despues el tabardo grosero de uno de sus criados; encima de esta prenda hizo Francisco la señal de la cruz al vestirla.

Divorciado ya para siempre del mundo, corrió Francisco, como ave que ve rotos los hierros de la jaula, á comunicar con las amadas soledades la libertad de su espíritu. Errante vagó por bosques y montañas, cantando en aquella lengua francesa, que era para él idioma de la poesía, los loores de su nuevo

celeste Padre: y como entre las breñas lo detuviesen algunos salteadores, preguntándole su nombre, contestóles con conviccion: «Soy el heraldo de un gran Rey.»—«Quédate ahí, impostor y grosero heraldo,» replicaron ellos con burla, desnudándolo, apaleándolo y arrojándolo á un hoyo excavado en la nieve.—Francisco siguió con sus cánticos y su caminar por las selvas. Llegó pidiendo limosna á las puertas de un monasterio. Diéronle de comer en pago de servicios humildes que prestaba en la cocina: mas como no hubiese podido lograr una túnica con que cubrir su cuerpo, partióse á Gubio, donde un antiguo amigo le hizo presente de una hopa grosera, de una correa y de un báculo (5); prendas que usó Francisco por espacio de dos años, hasta ponerse el sayal de su Orden.

Mas la plenitud de su alma pedía desahogo. No era la índole de Francisco estacionarse en la contemplación, sino derramar en actos, en efusiones comunicativas el celo de la casa de Dios que le devoraba. Deseoso de dar empleo á las energías latentes de su espíritu, miró á su alrededor. Y así como en las épocas en que le sonríe la hueca gloria mundana y los fantasmas del poder, su osada fantasía se remontaba hasta los puestos más insignes, hasta ver en sueños la púrpura que cubre el trono, el laurel que ciñe el coronado casco, ahora, al contrario, persiguiendo distintos

ideales, descendió á los abismos de la mayor miseria y abyección que en lo humano cabe, fué á posar allí donde habitan el dolor y el desprecio; donde la sociedad se aparta horrorizada; donde sólo se halla abandono, espanto, hediondez y laceria. El aprendizaje de Francisco, su entrada en las nuevas vías, fué consagrarse al servicio de los leprosos.

Es hoy la lepra tan escasa en nuestras regiones occidentales, que pocos europeos tienen conocimiento de la forma en que se presenta semejante azote. Afeccion misteriosa, cuyo orígen envuelve sagrado terror, que se remonta al comienzo de los dias de la humanidad; que imprime su sello pavoroso en las páginas bíblicas, hasta el punto de que Moisés la llame con el nombre expresivo de *tsarath,* es decir, *mal terrible* (6); que á un signo de Dios bajaba, tremenda y muda,—ya á aquilatar la paciencia del justo tendido en el estercolero, ya á abatir la soberbia del impío encumbrado en el trono,—la lepra, antiquísima en Oriente, cayó sobre Europa en la Edad Media. Trajéronla influencias y circunstancias que no es fácil señalar con precisión, pues si bien se atribuyó á la comunicación que con el Oriente establecieron las Cruzadas, consta que ya en el siglo VII el rey Rotario hubo de promulgar leyes draconianas para atajar en Lombardía los progresos de la lepra, y que en el VIII le imitó Carlo Magno en Francia, or-

denando el aislamiento completo y riguroso. En presencia de la calamidad fué evocado el recuerdo de las severas y sabias disposiciones mosaicas, y la sociedad quiso cortarse el miembro gangrenado por salvar el resto del cuerpo. Pero, despierta la admirable actividad de aquellos siglos, asociada la idea religiosa á las medidas higiénicas para dulcificarlas, combatióse el mal que arreciaba, con la caridad que crecía. Formóse la Orden de san Lázaro, en que el gran maestre era siempre un leproso; y esta Orden, heroica en los campos de batalla, incansable en la fundacion de asilos para el dolor, contaba á mediados del siglo XIII diez y nueve mil hospitales suyos esparcidos por toda la cristiandad (7).

Aparecíase la lepra á manera de horrendo enigma propuesto al hombre, que ignoraba sus causas (8) y los medios de combatirla. Semejante á árbol maldito que arroja innumerables renuevos tan empozoñados como él, desarrollábase el contagio con gran lujo de horribles variedades. Ya era la lepra negra, que abigarra el cútis salpicándolo de manchas y tubérculos leonados ó del matiz de las heces del vino; que hace manar del rostro un humor repugnantemente oleoso, que hincha y desfigura todas las facciones; que roe el cartílago de la nariz, el pabellon de los labios; que se lleva el cabello, la barba, las pestañas y las cejas; que deslíe los ojos en una masa puru-

lenta, y vuelve quebradizas como cristal las uñas; que encoge los músculos y va desprendiendo una á una las falanges de los dedos, hasta que por último llega á desligar las articulaciones que sostienen manos y piés. Ya la lepra blanca, que destruyendo el pigmento, tiende un sudario de nevada podredumbre sobre los muertos tejidos. Ya la lepra ulcerosa, que va cebándose en la epidermis, en la carne, llegando con su caries hasta la médula de los huesos, haciendo del cuerpo vivo conjunto de viscosa fetidez, despojo informe, roído por todas partes, como están los cadáveres en el osario, animado sólo de un espíritu para sufrir. Ya la elefantiasis de los árabes, que muda la forma de hombre en monstruosa caricatura de paquidermo; que da al cutis apariencia de cuero tosco y rugoso, ó le cubre de leves escamas de pez, ó bien de gruesas costras amarillas; que entumece y anestesía los miembros hasta el extremo de que el paciente no los tenga por parte de su cuerpo, sino por carga horrible que arrastra pegada á sí. Y bajo cualquier aspecto que se presentase la lepra, rebelde entónces como hoy á los esfuerzos de la medicina, contagiosa quizá (9), repulsiva á los sentidos, era más temible y cruel mil veces que la peste, porque el infeliz leproso se veía á sí propio corromperse, deshacerse y fenecer, no con rápido aniquilamiento, sino con sepulcral lentitud, como difunto abandonado ya á

la lobreguez, á las sabandijas y al hedor de la fosa.

Compréndese bien la impresion producida en los ánimos de la gente, en la Edad Media, por la lepra, terrible testimonio de que la vida y salud del hombre brotan y pasan cual la flor de los campos (10); de que son viento y humo no más; de que la podredumbre es nuestra madre y los gusanillos nuestros hermanos (11). Hay quien acusa hoy á los siglos medios de haber postergado el cuerpo, menospreciado y anatematizado la carne; mas ¿cómo pudieran dejar de ser profundamente espiritualistas edades que veían la gentil hermosura vuelta cieno, la lozana robustez aniquilada por misteriosa epidemia, la gallarda forma mudada en deformidad y horror, el organismo admirable del Rey de la creacion hecho blanco de todas las miserias, sirviéndole tan sólo la superioridad para acrecentar la tortura? Insensato fuera en verdad el culto de la belleza física cuando al contacto del dedo de fuego del mal se consumía como arista deleznable; loca la apoteosis del cuerpo, cuando éste, declarando su orígen de barro y lodo, volvía á la inercia de la materia, perdida la delicada estructura de sus más íntimos tejidos, la sensibilidad de sus fibras, el ejercicio de sus más nobles órganos, el tuétano mismo de sus huesos (12). ¿Qué valía el verdor de la mocedad, qué el brillo de la tez, qué el fulgor de la mirada, qué

el garbo del talle, si de la noche á la mañana, en un instante, era la más linda dama hediondo esqueleto, y el galan más apuesto objeto que ponía espanto? Pero bajo la cárcel de arcilla del cuerpo leproso, la sociedad de los siglos medios adivinaba una sustancia inmortal, una partícula luminosa, un alma. Aislábase al leproso prohibiéndole con severidad la asistencia á sitios públicos, ferias, mercados, tabernas, molinos, iglesias, monasterios; el tocar á cosa alguna que de su propiedad no fuese, el atravesar por calles ó senderos estrechos, el acercarse á mujer alguna excepto la suya, el sacar agua de los pozos, el salir sin las insignias de gafo. En un lugar apartado y desierto alzábase pobre choza, asilo del desventurado por todo el resto de su miserable vida. Allí encontraba el grosero traje especial, distintivo de su gafedad; allí el barril, el embudo, la tosca vajilla con que había de guarnecer su mesa perpetuamente solitaria. Estábale vedado dirigir la palabra á nadie: su modo de llamar por los demás hombres era el redoble de una carraca; su compañía, el silencio; sus labios debían apartarse de las ondas frescas de fuentes y rios; su aliento emponzoñaba el aire; sus manos se guardaban de posarse en la cabeza de los niños.—Tal era la condicion del leproso.—Pero la gran moderadora y educadora de los siglos de hierro, la Iglesia, no olvidó á las ovejas enfermas y ro-

ñosas, antes con especial ternura las estrechó en sus brazos. A la antipatía que el pueblo, sensualista por naturaleza, mostraba á los repugnantes gafos, opuso el Cristianismo simpatía y respeto, enseñando que Cristo había sido por los profetas anunciado al mundo como leproso (13); que había amado á los leprosos singularmente; que éstos eran en la tierra imágen del Salvador mismo (14); que sus plegarias, purificadas por el dolor y la tribulación, llegaban más presto á los piés del que llamó á sí á los afligidos; que aquella muerte lenta del cuerpo era renacimiento y luz para el espíritu; que si á veces podía la capa de lepra ser castigo de ocultas iniquidades, otras era visita del Señor á sus predilectos, como lo fueron los males horribles de Job el justo. Los Concilios reclamaron para el leproso la comunion de los fieles, la entrada en el templo, la Eucaristía, la indisolubilidad del lazo conyugal, que aseguraba al desdichado el santo consuelo del amor legítimo; y en fin, la tierra sagrada para dormir el sueño eterno (15). Los Papas encomendaban á los Obispos gran celo y afecto en el cuidado de los leprosos, y los Obispos los visitaban y asistían. En el concilio de Letran, declaróse la Iglesia madre de todos los cristianos, protestando contra la dura existencia impuesta á los míseros á quienes en su solicitud prodigaba dulces nombres, llamándoles *pobrecillos del Dios bue-*

no, amados de Jesucristo. Penetradas de afectuoso y consolador espíritu se hallan las ceremonias con que la Iglesia solemnizaba el acto de segregar al leproso del cuerpo social. Celebrada la misa por los enfermos, revestido el sacerdote con estola y alba, derramaba agua bendita sobre la cabeza del leproso; en seguida le hablaba del reino del Paraíso, donde no existe adversidad ni mal, donde los bienaventurados resplandecen como el sol sin mancha alguna, y del lazo nunca roto que une á la Iglesia con todos sus hijos (16). Bendecía despues los mezquinos enseres, el pobre ajuar; esparcía tierra del cementerio sobre la frente del futuro solitario, pronunciando la solemne frase: *Sis mortuus mundo, vivens iterum Deo*. El pueblo entre tanto entonaba graves cánticos. Sobre la misma puerta de la cabaña del leproso colocaba el sacerdote la cruz, signo santificador de la mísera morada; al pié, un cepillo recogía la limosna de los transeuntes; y dejando ya al triste en la silenciosa mansion, el clérigo y la multitud se volvían juntos al templo, á impetrar del cielo paciencia para el vivo enterrado. En Pascua de Resurreccion, cuando la primavera viste de gala campos y bosques; cuando despierta el mundo del hibernal sopor, estremeciéndose de júbilo, la Iglesia recordaba que un pária gemía abandonado, mezclando sus ayes de amargura al concierto inefable de la naturaleza; y entonces decía al lepro-

so: — «En memoria de este tiempo santo en »que Cristo alzó la losa de su sepultura, rom»pe tú esa cárcel y sal á gozar del perfume de »las flores, y á ver el azul del cielo.» — Y era lícito al leproso en Pascua respirar el aire libre.

¿Qué fuera de los leprosos á faltarles el natural amparo de la Iglesia, en épocas en que la muchedumbre, ignorante y vehemente, hecha á presenciar bravezas, inhumanidades y escenas de exterminio, era tan fácil en verter sangre, á pocas persuasiones de la credulidad ó del odio? Si el baluarte moral de la proteccion eclesiástica no defendiese á los infortunados leprosos, no hay duda en que el populacho concluyera con ellos, sin piedad, allí donde los encontrase. A despecho de la influencia eficaz del Cristianismo, todavía es tal la fuerza de las impresiones sensibles que mueven á repugnar lo feo y lo infecto, á asociar la deformidad moral y la física, que aún hoy, el nombre vulgar que recibían los leprosos (*ladres*, *maladres* en Francia, *gafos* en Castilla) es un epíteto insultante; que en Guiena se les creyó causa de la peste y envenenadores de las aguas; que en España se les acusó de haberse confabulado con los moros granadinos y con los hebreos para tramar la pérdida de los cristianos; que, en suma, á cada momento se hallaban en peligro de ser víctimas del furor de las turbas, y degollados en masa, si religion y

caridad no protegiesen su existencia (17). Y la Iglesia, al proponerse escuchar á los proscriptos, no echó mano de medios fuertes y violentos: empleó el más suave y seguro: el amor. Amó mucho á los leprosos, y su cariño se comunicó al mundo entero. En los modernos tiempos, desde que el Estado, eje de la máquina social, monopoliza la beneficencia, la miseria, que en cierto modo pudiera llamarse lepra de nuestros siglos, es encubierta, emparedada, escondida, por que no asome á la superficie de nuestra soberbia civilización: arrincónase al mendigo, acallándole con un mendrugo, si es posible: más ¿quién le ama? quién le acaricia, quién le corteja, como eran en la Edad Media cortejados los leprosos? Filántropos hay que con sincera abnegación se consagran al socorro de sus semejantes; no faltan medios materiales; la bolsa del rico se abre, no sé si de compasiva ó de medrosa; pero ¿en dónde está el amor, que todo lo endulza, calienta y vivifica? En dónde están reyes como San Luis, que al separarse del hediondo leproso del lazareto de Loyaumont, sentía el mismo pesar que si se apartase de un pedazo de su alma? En dónde Isabel de Hungría, que deponiendo la triple diadema de poder, juventud y hermosura, curaba diligente y festiva las inmundas llagas del elefancíaco? En dónde la condesa Sibila de Flandes, dedicada en lo mejor de su vida al cuidado de la lepra? (18)

Porque importa notar que la Iglesia, al infundir piedad de los desventurados, no se dirigió primero á las clases populares: el ejemplo, la leccion sublime, de alto habían de descender: y así como el que murió en la cruz era un Dios, los que le imitasen debían ser lo más encumbrado de la terrenal grandeza. Convenía que los piés del leproso fuesen lavados por blanquísimas y bellas manos reales; que orgullo, sangre y beldad se postrasen ante la vileza, miseria y horror, para alzarse despues ceñidas de divina aureola. Así la primera transfiguracion del galan mancebo de Asís se verificó el dia en que halló en el valle de Espoleto un hombre acostado al borde del camino, que levantando la frente y mostrando mejillas, narices y labios devorados por la lepra, quería besar los piés de Francisco. El primer movimiento de éste, dictado por la naturaleza, fué desviarse con horror: el segundo, llegarse al gafo y juntar la boca con la suya en tierno ósculo de paz: al consumarse este acto de abnegacion se halló el leproso repentina y completamente sano, por virtud de la caridad, que purifica cuanto toca.

Las dos veces que se refiere de Francisco esta heroica caricia otorgada al sufrimiento, consigna la historia la batalla que en su alma sostuvo: porque Francisco, jurado enemigo de los sentidos, los tenía muy despiertos, delicados y vibrantes, prontos á recibir con vehe-

mencia la excitación del placer y la percepción de cuanto halaga y deleita. Desde la niñez le infundía espanto la vista y olor de la lepra; y en la ascensión gradual de su espíritu, fué á buscar con libre albedrío aquello mismo que rechazaba ciegamente la carne. Así lo declara en su testamento.—«Y como yo estuviese entónces, dice refiriéndose á sus mocedades, envuelto en pecados, me era muy amargo ver los leprosos; pero el Señor me trajo entre ellos, y usé de misericordia con ellos. Y apartándome de ellos, aquello que ántes me parecía amargo, me fué convertido en dulzura del alma y del cuerpo, y de allí á poco salí del siglo.»—Francisco trasmitió á sus discípulos la propia caridad que le abrasaba: de él aprendieron santa Isabel y san Luis paciencia y serenidad para sufrir la vista de úlceras y miembros que se desprenden, y vivir escuchando, como Dante en el ingreso del infierno:

. . . . . .
sospiri, pianti ed alti guai,
. . . . . .
diversi lingue, orribili favelle,
parole di dolore, accenti d'ira,
voci alte é fioche (19).
. . . . . .

Si bien suelen los leprosos padecer más abatimiento y enervación que furia, todavía algunos presentan fenómenos de hiperestesia

que manifiestan en actos violentos y rabiosa cólera. En las *Florecillas* se halla el relato de como Francisco con dulzura y mansedumbre sanó de alma y cuerpo á uno de estos frenéticos. Agitábase descompasadamente en su lecho, profiriendo blasfemias y maldiciones; y los frailes le cobraron temor, creyéndole poseido del demonio. Por esto y por no escuchar sus escandalosas palabras se resolvieron á abandonarle: sabedor de lo cual corrió Francisco á su lado:—«Dios te dé paz, hermano mio queridísimo, dijo saludándole; y el leproso respondió: «¿Qué paz ha de darme Dios á mí, si me ha quitado toda paz y todo bien, y me ha vuelto podrido y hediondo?»—Y como Francisco esforzase su elocuencia en consolar tan amarga y sombría desesperación, el leproso se quejó de los frailes y de su asistencia.—«Hijo, pronunció Francisco, yo te serviré, una vez que los demás no te satisfacen.»—«Que me place, dijo el enfermo; pero ¿qué harás tú más que los otros?»—«Haré lo que quieras.»—«Pues bien; lávame enteramente, porque es tal mi hedor, que á mí propio no puedo sufrirme.»—Entónces Francisco mandó á toda prisa cocer agua con olorosas hierbas: desnudó al enfermo y comenzó á lavarlo con sus manos, mientras que otro fraile daba el agua; y donde Francisco tocaba con sus santas manos, desaparecía la lepra y quedaba sana la carne.—«Entónces, prosigue el anónimo poe-

ta de las *Florecillas*, el alma se limpió también del pecado, y aquel hombre se deshizo en llanto: quince dias practicó penitencia, y al cabo de ellos espiró. Estaba Francisco en oración en una selva, cuando el espíritu redimido se llegó á él.—«¿Quién eres? interrogó Francisco.»—Soy el leproso á quien Cristo bendito sanó por tus méritos, y voy á la vida eterna» (20).

Llegaron á ser para Francisco objeto de tal predileccion los leprosos, que sólo puede compararse su ternura por ellos con la que las madres prodigan á sus hijos si los ven sufrir. Vigilaba incesantemente á los frailes, por que no careciesen los gafos de requisito alguno en la asistencia. Ocurrióle encargar á un santo fraile, Jacobo el *Simple* de Perusa, el cuidado de un leproso más plagado y cubierto de lacras que los restantes; y el fraile, cuya caridad para con los leprosos era proverbial (21), no sólo cumplió á maravilla el encargo, sino que, con ánimo de proporcionar al enfermo ambiente más puro, hubo de llevarle á santa María de los Angeles.—«Hermano Jacobo, advirtió Francisco entonces, has obrado mal: debemos servir en el hospital á los leprosos, mas no traerlos aquí: hay gente que no puede soportar su vista.»—Dolióse el leproso de la fraterna dirigida á su enfermero, y notándolo Francisco, le pesó tanto de lo dicho, que se impuso la penitencia de comer á la puerta del

convento aquel dia en la propia escudilla del gafo. «Amemos á los leprosos, solía repetir, pues son los hermanos cristianos por excelencia.»

Pero volvamos á encontrar á Francisco en Gubio, cuando recibida de limosna la eremítica vestidura, andaba solo por las leproserías, implorando de favor la gracia de hacerse siervo de la lepra. Algun tiempo perseveró en esta vida; pero en su corazon resonaba sin tregua la sobrehumana voz que en San Damián le ordenara reparar el ruinoso templo. Interpretando el mandato en sentido literal, imaginaba Francisco que lo que exigía reparación era el mismo edificio de San Damián, agrietado ya y vetusto. Con estos pensamientos tomó la vuelta de Asís. Entró en la ciudad en que era tenido por insensato, sin disponer de un maravedí, ni de un hombre para realizar su empresa; y no obstante, sabía que era preciso restaurar á San Damián, y que iba á restaurarlo. Vista la completa carencia de medios, acudió enteramente á la simplicidad evangélica, y recorriendo la ciudad de Asís, llamaba á las puertas, gritando:—«De parte de Dios, el que me dé una piedra, recibirá una merced; el que me dé dos, recibirá dos; el que me dé tres, recibirá tres.»—Algun vecino disparaba burlona risa; pero el corazón del pueblo se abre fácilmente á la generosidad. Aquí recogía Francisco una trabe, allá un si-

llar, más lejos un poco de argamasa; el albañil le regalaba media jornada de labor; el carpintero, por limosna, clavaba un puñado de clavos; Francisco ayudaba á todo, empleando su cuerpo esbelto y sus adamadas manos en acarrear ladrillo, cal y canto para los muros; y, en suma, San Damián se halló presto, más que reparado, reedificado. El padre de Francisco se enfurecía y enconábanse las llagas de su vanidad al ver otra vez en Asís á su primogénito ejerciendo humildes oficios, llevando al hombro la espuerta ó manejando la pala del alarife. De suerte que cuando Pedro Bernardone, cruzando por las calles de Asís, acertaba á encontrar á Francisco, mísero, maltraido, doblegado bajo el peso de la carga, desatábase su lengua, y cubría de maldiciones al hijo. Y Francisco, que había renunciado á todos los bienes y glorias de la tierra y á las honestas delicias del hogar; Francisco, que no era dueño ni de la hopa que llevaba vestida, no pudo sin embargo avenirse á carecer de paternal bendición, y llamando á un viejo pordiosero que vagaba por Asís en demanda del sustento, le dijo: «Ven, te daré la mitad de mi comida desde hoy; me servirás de padre natural, y cada vez que mi padre me maldiga, yo te diré: *Bendíceme, padre mio*: y harás la señal de la cruz, y me bendecirás.» Así se verificó en lo sucesivo, y la prometida de Francisco, la Pobreza, dió ya á su amador el primer consuelo.

Los mozos de Asís, antiguos compañeros de Francisco, le miraban mitad con asombro y mitad con desdén; y su hermano menor, Angel, encontrándole una cruda mañana de invierno arrodillado en oración y transido de frio enseñando las amoratadas carnes por los desgarrones de la raida túnica, azuzó á uno de sus amigos.—«Pregunta á Francisco, le dijo, si quiere feriarnos un escudo de su sudor.»—«Lo venderé muy caro á Dios,» respondió Francisco en lengua francesa.

Mientras Francisco penetraba en las pobres chocillas, en los corros de ricos ciudadanos y hasta en los garitos infames, á demandar limosna para su amado templo de San Damián, Pedro, el clérigo encargado de éste, aderezaba, movido de compasion, la comida del penitente mancebo. Un dia Francisco cayó en la cuenta de que aquellos manjares eran debidos á la solicitud de Pedro, y tomando una escudilla, imploró unas migajas de sustento á la caridad pública. A medio dia se sentó á comer lo obtenido mendigando, y al mirar las revueltas piltrafas amontonadas en la hortera, sintió náusea y repugnancia profunda. Pero luégo llegó á sus labios el desabrido manjar, y hallólo dulce como la miel, regalado como la ambrosía. «No me prepares ya el alimento, dijo á Pedro, porque has de saber que dí con un cocinero que sazona á todo mi gusto.»—La escudilla fué desde aquella fecha su despensa y

su plato. Entre tanto adelantaba la fábrica de San Damián.—«Trabajemos, hijos, instaba Francisco á los obreros. Este lugar servirá mañana de asilo á pobres mujeres de santa vida, que glorificarán al celeste Padre» (22).

Despues de la ermita de San Damián, reparó Francisco con infatigable ardor las de San Pedro y Santa María de los Angeles. La ermita de San Pedro atrajo á Francisco por hallarse bajo la advocacion de la *piedra* angular de la Iglesia, el pescador galileo. Santa María de los Angeles era la pobre capillita, sobre la cual, en la serena noche del nacimiento de Francisco, se escucharon cánticos melodiosos y suaves. Abierta á la intemperie, crecía el jaramago entre sus cuarteados muros, y los pastores de las cercanías abrigaban sus ganados en el derruido santuario. Aquel lugar, caro á Francisco, fué más tarde venerado del mundo entero bajo el título de *Porciúncula* (Porcioncilla), nombre debido á la pequeñez del predio en que se hallaba fundada. Sobre aquel campillo, propiedad de monjes benedictinos, y en torno del santuario que Francisco amó, debía alzarse, andando el tiempo, magnífica basílica, diseñada por Vignola y ejecutada por Galeazo Alesi y Julio Danti. Pero Francisco reparó tan sólo la sencilla fábrica de toscas paredes, cuna humilde de la Orden. Por entónces un hombre, que llegó despues á ser compañero de Francisco, soñó misterioso sue-

ño. Parecióle que muchos ciegos andaban dando vueltas alrededor de la ermita de santa María de los Angeles, pidiendo á Dios, levantadas las manos, que curase su ceguera. Y al formular ellos esta plegaria, descendieron sobre la Porciúncula olas de luz, encendidos resplandores, y los ciegos abrieron los ojos y cantaron regocijados himnos, porque ya veían. Cuando Francisco hubo dado cima á la reconstruccion de las tres iglesias, entró en un período de contemplativo descanso, bien como si impulso involuntario le moviese á detenerse en la cifra tres, número de las gloriosas Ordenes que por fundador le veneran. En la vida de Francisco, tan simbólica y representativa, abundan las figuras: así lo expresa un versículo de su Oficio, diciendo: *Sub typo trium Ordinum, tres, nutu Dei prævio, ecclesias erexit.*

Atraíale profundamente la Porciúncula, de donde no acertaba á apartarse. Vistió otra vez de lino y seda los desnudos altares; hizo arder los cirios ante las solitarias efigies; y quiso ver elevarse la hostia de paz en la capillita ayer profanada. Logrólo al cabo; y al atender postrado al oficio divino, hirieron sus oidos, cual si por primera vez las escuchase, estas palabras del Evangelio: «No querais poseer oro, ni plata, ni dinero en vuestra bolsa; no lleveis alforja, ni dos túnicas, ni sandalia, ni báculo» (23).

Francisco se incorporó haciendo extremos de júbilo, ademanes de alegría, como prisionero á quien anuncian la suspirada libertad. «Hé aquí lo que busco, exclamó: hé aquí lo que anhelo con el alma toda» (24). Y descalzándose apriesa, arrojando bastón, cinturón y bolsa, tomó una túnica cenicienta, ciñóse al talle áspera cuerda de cáñamo con nudos (25). Desde aquel momento nació en su espíritu la Orden franciscana. Afirma la crónica de los *Tres Compañeros ó Socios*, que en el dia en que Francisco recibió el evangélico mandato, se redujo á silencio perpetuo el precursor desconocido que iba por las calles de Asís gritando: *Paz y bien.*

Brotaba así la Orden admirable, que por sí sola es bastante para embalsamar con aroma de ascética poesía los siglos medios. Brotaba cual bróta la creacion del artista, cual surge el poema, la sinfonía, el lienzo; madurados por largo tiempo en lo más íntimo de la humana conciencia, presentidos y acariciados como el ideal; pero revelados súbitamente al rayo claro y divino de la inspiracion. No precede á las obras más hermosas del genio reflexivo y deliberado propósito, sino tendencia general y armoniosa de todas las facultades hacia un objeto no definido aún, que presto se destacará radiante sobre las nieblas del presentimiento. Años hacía que Francisco, interrogado por sus alegres amigos entre el bulli-

cio de una francachela, había respondido afirmando que era su sueño tomar esposa, tan bella y principal, que en el mundo no pudiese otra alguna comparársele. Y esta novia predilecta, esta doncella sin par, á quien llamaba el amante en las ansias de su amorosa languidez, hubo de permanecer velada y oculta hasta que Francisco oyó la frase del Evangelio. Aparecióse entónces risueña y embelesadora, aunque macilenta y humilde, la mística desposada, la vírgen Pobreza. Así la trazó el gran novador de la pintura italiana, Giotto, en su hermoso fresco de la bóveda de la iglesia baja de Asís. Es allí la Pobreza doncella de beldad celestial; ciñe su frente guirnalda de rosas, mas sus galas nupciales son harapos: á sus piés no se tiende tapiz de seda, sino guijas, abrojos y zarzales. Un avieso can abre sus fauces para ladrar contra la Esposa; dos niños despiadados le arrojan imprecaciones y piedras; pero ella mira con inefable gozo á Francisco, que le ciñe al dedo anillo de alianza. Cristo junta las manos de los enamorados y preside las bodas: el Padre, entre nubes, asistido de angélicas milicias, presencia el misterio de amor.

Larga fecundidad estaba prometida al himeneo de Francisco. No bien hubo estrechado contra su corazón á la amada paloma, á la dama de sus caballerescos pensamientos, comenzó á brotar y cercarle, como á la oliva

sus retoños, la espiritual posteridad, que presto había de multiplicarse hasta henchir la tierra. Bernardo de Quintaval, Pedro Cataneo, Egidio ó Gil, fueron los tres primeros, que atraidos al foco de caridad, abrazaron con Francisco la Cruz y su locura.

NOTAS.

(1) Cuando la casa en que nació san Francisco fué transformada en convento, conservóse el cuartucho en que lo encerró su padre, con el nombre de *prisión de san Francisco.*

(2) En los primeros momentos Pica intentó quebrantar la resolucion de Francisco, temerosa de las violencias á que pudiera propasarse el padre: mas en breve se convenció de la firmeza del propósito de su hijo, y acariciándole, le dió suelta.

(3) Los jueces de Asís respetaron á su vez la inmunidad de Francisco, considerándole propuesto ya al servicio de Dios.

(4) *Usque nunc vocavi te patrem in terris, amodo autem secure dicere possum: Pater noster, qui es in cœlis, apud quem omnem thesaurum reposui et omnem spem fiducia collocavi.*

(5) La historia pagó tan modesto donativo conservando el nombre del dador, que era Jácome Spada, de la familia de los Spadalunga.

(6) Hé aquí la sinonimia de la lepra: *Tsarath* de los hebreos: *Baras*, *bohak* y *assad* de los árabes: *Carin*, *Kustam* y *Kusth'ha* del Indostán; *Radesyge* de Noruega; *Skyrbuigur* de Islandia: *Mafung* de los chinos; *Morfea* del Brasil; *Mal rojo* de Cayena:

Elephantia, leontiasis, elephantiasis tuberculata et anaisthetos, satyriasis. Scheder y Cazenave (*Maladies de la peau*).

(7) *Habent Hospitalarii novem decem millia maneriorum in christianitate.* (Mateo París.)

(8) Hoy se desconoce igualmente la causa determinante de la lepra. Se observa sí que los climas extremos, la cercanía del Polo y del Ecuador influyen en la aparicion de la lepra, pero el hecho de que en la Edad Media reinase tambien en nuestra zona templada, prueba que el desmedido calor ó frio no la originan exclusivamente.

(9) Es dudoso que la lepra sea contagiosa en el verdadero sentido de la palabra, es decir, que se comunique inmediatamente por el contacto de los afectados. Refiérese, sin embargo, que santa Catalina de Siena quedó cubierta de lepra por haber cuidado y amortajado á una leprosa. Lo que no puede negarse es que colocándose en ciertas condiciones hay riesgo de contraerla: pruébanlo los europeos que en Asia la adquieren en nuestros dias á poco que se descuiden. Sea ó no contagiosa la lepra, es lo cierto que las severas medidas sanitarias de la Edad Media la fueron extirpando en términos que á fines del siglo XVI ya se hallaba casi totalmente extinguida, no ingresando en las leproserías verdaderos gafos, sino enfermos de otros males cutáneos diversos.

(10) *Qui quasi flos egreditur et conteritur.*

(11) *Putredini dixi: Pater meus es; mater mea, soror mea, vermibus.*

(12) Es tal en efecto la fuerza destructora de la lepra, que suele hallarse la médula de los huesos

de los leprosos convertida en una masa esponjosa y seca. Puede decirse que la lepra no es mal que ataque á una parte dada del organismo, sino descomposicion general del cuerpo todo.

(14) *Et nos putavimus eum quasi leprosum percussum a Deo et humiliatum.* (Isaías, LIII.)

(13) Cuando san Francisco vió la repentina desaparicion del leproso que hallara en la vega de Asís, creyó desde luégo que era Jesús en persona bajo aquella figura. En la leyenda de Juliano, el leproso á quien éste acuesta en su lecho para curarle, se levanta resplandeciente de belleza declarando ser Jesucristo.—Cantú. *(Hist. Univ.)* El leproso horrible con quien Santa Isabel de Hungría practicó el mismo acto de caridad, abrigándole en su tálamo opulento, se halló convertido, al llegar el esposo de la Santa, en una imágen de Cristo crucificado. En nuestro bellísimo Romancero del Cid se refiere como yendo el héroe castellano en peregrinacion á Santiago de Compostela,

.....
allá en medio del camino
un gafo se aparecía
metido en un tremedal
que salir dél no podía.
.....

Bajándose Rodrigo del caballo, lo ayudó á levantarse, llevólo á su posada, dióle de cenar y lo acostó en su propio lecho. A media noche despertó Rodrigo, y hallando vacía la cama, miró espantado en derredor.

.....
mas un hombre á él venía,
vestido de paños blancos,
desta manera decía:

¿Duermes ó velas, Rodrigo?
No duermo, le respondía:
pero dime quién tú eres,
que tanto resplandecías?
San Lázaro soy, Rodrigo,
que yo á fablarte venía;
yo soy el Gafo que tú
por Dios tanto bien facías.
Rodrigo, Dios bien te quiere,
y otorgado te tenía
que lo que tú comenzares
en lides, ó en otra via,
lo cumplirás á tu honra
y crecerás cada dia.
.....
En diciendo estas palabras
luégo desaparecía;
levantóse D. Rodrigo
y de hinojos se ponía.
.....

(15) Tratóse esta cuestion en los Concilios de Labaur, de Letran, de Worms.

(16) «Hermano, esta separacion no es más que corporal: en cuanto á lo principal, que es el espíritu, serás lo que has sido siempre, y tendrás porcion y parte en todas las oraciones de nuestra santa Madre Iglesia, como si personalmente asistieras todos los dias con los demás al servicio divino.» Chavin de Malau. (De un ritual de Reims, publicado en 1585.)

(17) No alcanzó la accion de la Iglesia y de los monarcas á impedir que hartos infortunados pereciesen en hogueras, ó al filo de la espada de las turbas populares. A fines del siglo XIV, en el terrible degüello de judíos que hizo el pueblo sublevado,

fueron envueltos los leprosos. «El rey D. Juan, dice Lafuente (*Historia de España*),» hizo los mayores esfuerzos para poner término á aquella matanza, y mandó restituir á los judíos bautizados los bienes de que se les había despojado.» En Francia, Luis *el Largo* puso asimismo coto al suplicio de los leprosos, acusados por el vulgo de envenenar las fuentes. En Guiena se formaron hordas de fanáticos, que se nombraban *Pastorcillos,* reclutados en las clases más ínfimas de la sociedad, que se dedicaban á asesinar y saquear hebreos y leprosos, y fué difícil al poder civil concluir con aquellas bandas que sembraban desolacion por todas partes. Una raza proscripta, llamada de los *Cagots* ó *Santurrones*, que todavía hoy existe en el país Vasco y en los Pirineos, fué igualmente blanco de la persecucion del vulgo. Sobre esta raza, cuyo orígen se ignora, pero que en ningun concepto es inferior, pesaba tal anatema, que la mayor infamia para una familia del país fuera mezclarse con individuos de tan aborrecida estirpe. Aún no cuenta remota fecha el hecho de que al ir uno de estos *Santurrones* á mojar los dedos en la pila del agua bendita, un mozo del país le segase la mano de un hachazo. Pero cuando tan vivas se mostraban las preocupaciones, ¿quién duda que el Tribunal de la Inquisicion salvó á razas enteras de horrendo exterminio, rescatando con algunas condenas la vida de innumerables desdichados?

(18) Son muy frecuentes estos ejemplos en la Edad Media. Enrique III de Inglaterra solía asimismo visitar los hospitales.

(19) Suspiros, llantos y altos ayes, idiomas diversos, hablas horribles, palabras de dolor, acentos de ira, altas y huecas voces...» (*Inferno,* Canto III.

(20) Fioretti, XXV.

(21) Segun Wadingo, daban á Jacobo *el Simple* los dictados de *Médico* y *Ecónomo* de los leprosos.

(22) Allí tuvo en efecto principio la Orden de las Clarisas, llamadas tambien Minoritas, Damianitas ó Señoras pobres.

(23) Créese generalmente que el dia en que san Francisco oyó leer estas palabras del Evangelio, fué el 24 de Febrero de 1209, fecha que puede reputarse por la del nacimiento de la Orden. En lo que andaban discordes los pareceres es acerca del Santo cuyo oficio se celebraba en tal dia. Sienten algunos cronistas que fuese el del evangelista san Lucas ; otros, la feria quinta de la octava de Pentecostes, y en tal caso no pudo suceder en Febrero el hecho. — Otros, en fin, el del apóstol san Matías, cuya festividad corresponde efectivamente al 24 de Febrero.

(24) *Hoc, inquit, est quod cupio totis viribus adimplere.*

(25) El color del hábito significaba la ceniza de la tumba: la cuerda, las ligaduras del pecado: la descalcez, desasimiento del mundo. El nuevo traje adoptado por Francisco divide su vida de ermitaño, de su vida de fraile. La túnica dada por Jacobo Spadalunga en Gubio, era corta y sujeta con correa de cuero basto, segun la usanza de los villanos y gentecilla de aquel tiempo. Con este arreo permaneció san Francisco obra de dos años, que se llaman período eremítico, atendiendo á la contemplacion, soledad y vida ejemplar que hizo en ellos; mas no por que estuviese sujeto á morar en ermita alguna, ni porque se hubiese afiliado á congregacion ó regla eremítica. Un autor muy posterior á san Francisco supuso que fué el Santo aquellos años religioso ermitaño de san Agustin: pero en ninguno

de los numerosos coetáneos de san Francisco, que acerca de él han escrito tan por menudo, se halla el menor indicio que confirme esta especie. Mal se aviniera con la iniciativa poderosa y las aspiraciones que se agitaban en el espíritu de san Francisco, el ingreso en ninguna de las Ordenes ya fundadas, cuando precisamente latía en él la idea de algo nuevo, desconocido, el presentimiento de una revelación. En cuanto á la forma y materia del traje adoptado por Francisco al nacer la Orden, era túnica cerrada talar, larga hasta el empeine del pié; capilla que caía sobre la espalda, parecida á la que usaban los pastores: la tela era paño grosero de color ceniciento, ceñido con cuerda, tosca también, de cáñamo. Esto es lo esencial del hábito franciscano: por lo demás sufrió modificaciones y cambios al arbitrio de los superiores. Siempre que el sayal fuese vil y tosco, no tuvieron importancia los detalles de hechura de la capilla, etc. Mas no dejaron de suscitarse polémicas acerca de este punto, en apariencia de tan escasa entidad; hasta el extremo de que Juan XXII tuviese que expedir una bula condenando á ciertos frailes de Narbona, que se empeñaban en dar forma especial á sus hábitos. En realidad san Francisco hubo de usar hábitos de hechuras y materias diversas, porque de limosna los recibía y de limosna los daba á cada paso, y así venían al capricho de los dadores. El hábito que vestía san Francisco cuando recibió los estigmas, y que guardaba el duque de Florencia como un tesoro, era de aquella calidad que en España se llama sayal y en Italia *panno rigato*: tenía un solo remiendo en la boca de la manga izquierda; la capilla piramidal y pegada al hábito.

CAPÍTULO III.

EL APOSTOLADO FRANCISCANO.

Consulta al Evangelio.—Primera mision.—Inocencio III.—Aprobacion de la regla.—Mansion de Rivotorto.—Establecimiento en la Porciúncula.—Los doce Apóstoles de Francisco.—Los cuatro compañeros predilectos.

Und was Kein Verstand der Verständigen sieht
das übet in Einfalt ein kindlich Gemüth.

(SCHILLER. Die Worte des Glaubens.)

Y lo que la inteligencia de los doctos no ve, practícalo un alma infantil en su candor.

(SCHILLER. *Las palabras de la Fe.*)

ERA Bernardo de Quintaval pudiente y respetado vecino de Asís: y no bien se declaró compañero y discípulo de Francisco, cuando ambos con las primeras luces del alba penetraron en la parroquia de San Nicolás, donde se celebraba misa. Por el camino se les reunió el canónigo Pedro Cataneo: todos tres hicieron larga oracion hasta la hora de tercia, llegada la cual, consultó Francisco la voluntad divina como la ha-

bían consultado los Apóstoles para elegir sucesor al apóstata Judas (1). Hecha la señal de la cruz, abrió tres veces el Evangelio en memoria de la Trinidad sagrada; y la vez primera, la página del libro de verdad le presentó este versículo: — «Si quieres ser perfecto, vé, vende cuanto tienes, y dalo á los pobres (2).» — La segunda: — «No lleveis nada para el camino, ni bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero, ni tengais dos túnicas (3).» — La tercera: «Si alguno quiere venir en pós de mí, niéguese á sí mismo, y tome su cruz y sígame (4).» — Alzó Francisco las manos al cielo, y vuelto á los recientes discípulos, exclamó: — «Hé aquí, hermanos, nuestra regla y nuestra vida, y la de cuantos á nuestra Sociedad quieran unirse: id, pues, y haced como habeis oido.» — Tal fué el fundamento de la regla franciscana, en que la mansedumbre y fraternidad evangélica templa y suaviza los varoniles principios del estoicismo, y la contemplación y la actividad andan juntas como hermanas mellizas. Un cuarto de hora despues de la consulta, Bernardo de Quintaval y Pedro Cataneo distribuían en la plaza pública á los menesterosos el dinero de sus arcas, las prendas de su guardaropa, los muebles de su casa: y al ponerse el sol, el rico ciudadano y el prebendado opulento no eran dueños sino de la túnica burda que Francisco les vistió (5).

Siete dias más tarde fué recibido Gil: ape-

nas dispuso Francisco de tres voluntades acordes con la suya, pensó en exhortar á los pueblos á penitencia, bien como los andantes caballeros, en su heroica temeridad, embestían solos contra numeroso y aguerrido ejército. Y al tomar hácia la Marca de Ancona en compañía de Gil, decía con regocijo: — «Nosotros serémos semejantes á los pescadores, que prenden en la red multitud de peces, y volviendo al agua los chicos, ponen en el cesto los grandes.» — Al regreso de la primera y breve predicación, esperaban á Francisco tres nuevos discípulos, Sabatino, Morico y Juan Capella. Congregó Francisco la escasa hueste, y habló así: — «No temais, que en breve acudirán á vosotros nobles y sabios, en gran copia, y os acompañarán en exhortar á reyes, príncipes y pueblos: muchos se convertirán al Señor, y éste por todo el mundo acrecentará y multiplicará la santa familia. Vienen los franceses, se apresuran los españoles, corren teutones y britanos, y se acelera la multitud de las restantes diversas razas.» — Otro discípulo más, Felipe Longo, se agregó á la compañía: y siendo ya ocho con el maestro, ordenóles éste: — «Id dos á dos por las diferentes partes del mundo, anunciando á los hombres paz y penitencia en remisión de los pecados.» — Los ocho, formando parejas y colocados en figura de cruz, rompieron á andar hacia el lado que les tocaba. La despedida de

Francisco fué un versículo del Salmo LIV: — «Pon en el seno del Señor tu confianza, y él te sustentará (6): —Cortas noticias ofrecen las crónicas de los acontecimientos de esta misión, que duró poco tiempo (7). No tardó Francisco en desear el término de su comenzada é incompleta obra. Anheló vivamente ver á sus hijos agrupados en torno suyo (8); y una mañana, sin que hubiese precedido órden, seña ni plazo alguno, se hallaron los misioneros, que andaban dispersos por distintas provincias, reunidos en Santa María de los Angeles. Ingresaron á la sazón en la cohorte Juan de San Constancio, Bárbaro, Bernardo de Vigilancio, y el sacerdote Silvestre. Comprendía Francisco que al naciente monumento, faltaba base aún; que el árbol carecía de raíz. Aquel puñado de hombres, que en el aislamiento y retiro de una ermita meditaba en sujetar el mundo entero al yugo de la evangélica enseñanza, era todavía miembro disperso, no incorporado al organismo siempre vivo y fuerte, ni nutrido en el seno eternamente fecundo de la magna madre. Mientras Francisco no lograse asociar su espíritu nuevo al espíritu perpetuamente renovado que informa el cuerpo de la Iglesia, parecíale que su obra no tenía legitimidad ni coherencia. Buscando centro de unidad, hallábalo en el resplandeciente sol, que áun nublado por eclipses, tormentas y nieblas, lucía lo bastante

para iluminar la noche de la barbarie y los sombríos abismos de la conciencia humana.— «El siervo de Dios—dice San Buenaventura —dispuso ir á presentarse con su compañía de hombres sencillos á la Sede Apostólica, para pedir con súplicas é instancias que la regla de vida que le enseñara el Señor y él había escrito sucintamente, fuese confirmada por la omnímoda autoridad de la Sede Apostólica.» Hasta entonces no acostumbraban los fundadores de órdenes nuevas solicitar la aprobación del Pontífice para sus estatutos: constituíanse libremente las comunidades, y si sus frutos eran perniciosos, el Papa condenaba la institución, como hubo de practicar con Valdo y sus secuaces (9). Francisco fué el primer fundador que quiso cimentar sin dilación su edificio en la angular *piedra*. Púsose, pues, en camino de Roma; y al cruzar por Rieti, halló á Angel Tancredo en la calle, y mandóle que se uniese á su comitiva. Con la añadidura de Angel, llegaron á doce los discípulos; y alcanzado este número, en el cual se contaba el futuro Judas, Juan Capella, estuvo completo el apostolado que seguía al grande imitador de Cristo en el siglo XIII. Así llegó Francisco á Roma, á los piés de Inocencio III, rector entonces de los destinos de la cristiandad.

Conocemos ya al insigne continuador de Gregorio VII, al que concentró en sus manos el poder eclesiástico con tan suave firmeza

como perseverante energía mostrara su antecesor. Circulaba por las venas de Inocencio III sangre de vándalos y lombardos; su ilustre casta procedía del fiero rey Genserico; y sin embargo, en pocos hombres lucieron más las amables y brillantes cualidades de la raza latina que en el jóven Lotario. Estudiante en la renombrada Universidad de París, se familiarizó con las letras griegas y hebreas, que habían de ser consuelo y solaz de su vida; en Bolonia profundizó los cánones; y, en la flor de la edad, conducido ya por sus méritos al acceso de las dignidades eclesiásticas, á la sazón tan apetecidas, redactaba las páginas elegantes y selectas, pero tristes, de su hermoso libro *Sobre el desprecio del mundo*. Cierto que estaba bien dispuesta para comprender la idea franciscana, el alma del Pontífice que había escrito estas melancólicas frases: « Un poco de agua y de pan, abrigo y un vestido, hé aquí cuanto ha menester el hombre. Mas ¡qué de necesidades inventa y añade la concupiscencia!.... La saciedad viene á reemplazar al hambre, y el hastío al deseo de comer; y no porque así lo reclame el sostenimiento de la vida y el mandato de la naturaleza, sino solamente por halagar el paladar y lisonjear el apetito; de donde resulta que ya no haya vida y salud, sino enfermedad y muerte.

La muerte y la podredumbre horrorizan. ¿De qué sirven entonces tesoros, festines,

placeres y honores? Entonces viene el gusano que no muere, el fuego inextinguible.

Felices, felices aquellos que no han vivido!»

Así expresaba el que había de ser Inocencio III su temprana persuasión de la nada de las cosas y grandezas terrestres. Con la serenidad del filósofo libre de todo apego á lo perecedero, ascendía al puesto más eminente del orbe, en la edad varonil de treinta y siete años. Largamente se resistió á aceptar las llaves que abren el cielo: preciso fué vestirle, mal de su grado, las sacras insignias, llevarlo á San Juan de Letrán y sentarlo en el trono y en la silla estercoraria (10), mientras corría de sus ojos un rio de lágrimas, y levantaban su pecho los sollozos. «¡Ay de mí! decía: alzado he sido sobre todos; pero ¡qué carga! Siervo soy de toda la familia, deudor de sabios é ignorantes. Apenas alcanza un número grande de servidores á servir debidamente á un solo dueño: ¿cómo ha de servir á tantos un siervo solo? ¿Quién enfermará sin que yo enferme también? ¿Quién se escandalizará sin que yo arda? ¡Qué de trabajos cotidianos me esperan! ¡Qué de angustias, tribulaciones y dolores he de sufrir! ¡Qué de empresas superiores á mis fuerzas tengo que acometer! No quisiera jactarme, porque tal vez no alcanzaré á cumplir mi tarea. Los dias contarán á los dias mis labores; las noches á las noches mis inquietudes. No es

mi cuerpo de piedra, ni es bronce mi carne. Mas por frágil é imperfecto que yo fuere, ayudaráme Dios: el Dios que da con abundancia y nunca se cansa de dar. El que sostuvo á Pedro sobre las olas por que no fuese sumergido; el que allana los senderos tortuosos, guiará mis pasos; pues no están los caminos en manos del hombre.»

Cumplióse la esperanza en la ayuda del cielo que Inocencio III manifestaba ante el clero y pueblo reunidos, al subir por vez primera á la cátedra de san Pedro, cuando llegó á sus plantas el penitente del valle de Espoleto, con sus piés descalzos y su remendada túnica. Hallábase en Roma Guido, obispo de Asís, y por mediación del cardenal Juan Colona, logró para Francisco promesa de audiencia del Papa. Mas no sufría la impaciencia de Francisco esperar á la hora marcada, y aprovechándose de la llaneza con que los Papas tenían franca su puerta á todo linaje de gentes, se entró por las salas del palacio de Letrán, hasta llegar á una galería abierta en que Inocencio gozaba del frescor del aire, contemplando la campiña y espaciando su ánimo abrumado de graves preocupaciones. Al ver acercarse á aquel mendigo desconocido, Inocencio, diariamente molestado por fanáticos que le consultaban extravagancias, fijó apenas su atencion en Francisco, y le despidió sin querer escucharle. Mas Francisco no se fué

abatido. Había soñado la víspera que veía un árbol frondoso cargado de apetecible fruta, y tan alto, que no era posible alcanzar á sus ramas: y como Francisco anhelase coger alguna, el árbol mismo se inclinó, brindando sus pomas dulces á la ávida mano. Entendió Francisco que el árbol era la voluntad del Pontífice que se doblegaba á su deseo. A su vez Inocencio III tuvo aquella noche una visión. Soñó que á sus piés brotaba y crecía verde y gallarda palma, que dilatándose en tronco y hojas, desafiaba ya con la copa las altas nubes. Y como anhelase entender el sentido de su sueño, una voz le dijo que la palmera era aquel pobrecillo al cual había rechazado con desdén. Entonces Inocencio hizo buscar á Francisco por toda Roma, y al cabo dieron con él en el hospital de San Antonio. Cuando Francisco se presentó ante el Papa y puso en sus manos la regla, fué su trasporte tal, que apenas podía contener los piés, y se movía como si bailase. Era Inocencio capaz de penetrar y entender desde luego el espíritu de abnegación que animaba la regla franciscana: mas los cardenales allí presentes se asustaron de la pobreza absoluta, de la humildad perfecta, del desasimiento casi sobrenatural propuesto por el hombre pálido y extenuado que respetuosamente se inclinaba ante el Pontífice. Inocencio aplazó la resolución. Pero Juan Colona representó con energía á sus compañeros

purpurados que si la regla de Francisco, fiel trasunto del Evangelio, era impracticable, habría que renegar de Jesucristo y tener por superior á las humanas fuerzas su doctrina. Nuevos sueños saltearon á Inocencio aquella noche. Figuróse que la basílica de San Juan de Letrán se tambaleaba próxima á desplomarse, cuando un pordiosero, en rostro y traje igual á Francisco, acudía y con sus hombros sustentaba la gigante mole. Al otro dia se presentó de nuevo Francisco á Inocencio. Aún vacilaba éste desconfiando del impulso de su corazón y de los alados huéspedes de la noche: y para vencer la última resistencia, el poeta con sayal habló al poeta con tiara (11) el lenguaje de la imágen y del símbolo que subyuga la fantasía y cautiva la mente. «Habitaba en un desierto, dijo Francisco, una doncella pobre, pero hermosa; y habiendo admirado un gran Rey su gentileza, codicióla para esposa, porque en ella podía engendrar lindos vástagos. Contraido y consumado el matrimonio, nacieron en efecto muchos hijos, á los cuales, llegados ya á la edad adulta, dijo su madre: Hijuelos mios, no os avergonceis, porque hijos sois del Rey: id, pues, á su córte, y él os suministrará todo lo necesario para vivir. Hiciéronlo así, y el Rey, habiendo admirado su belleza y visto como le eran semejantes, les preguntó: «¿De quién sois hijos?» Y sabiendo que eran hijos de la pobrecilla del desierto, abrazólos con jú-

bilo, diciéndoles: «No temais, que hijos mios sois, y si á mi mesa comen los extraños, ¿qué no haré con vosotros, que sois mi legítima prole?» Y, en consecuencia, advirtió á la madre que enviase á la córte todos los hijos por él engendrados. Este rey era Jesucristo; la linda doncella, la Pobreza, que habita los desiertos, porque los hombres la desprecían é injurian. Mas el Rey del cielo se enamoró perdidamente de ella, por su hermosura grande, y descendió á la tierra para poseerla. Celebró, en efecto, sus nupcias sobre la paja de la gruta de Belén. De su esposa tuvo muchos hijos en el desierto del mundo, apóstoles, anacoretas, y tantos como por amor de Cristo abrazaron la Pobreza... Beatísimo Padre, la Pobreza envía hoy á su esposo Jesucristo nuevos hijos, que nada quieren del mundo, y en todo se asemejan á su madre. ¿Cómo podrá su padre abandonarlos?»—Al terminar la parábola, el Papa se volvió á los Cardenales, exclamando: «Hé aquí verdaderamente al que con obras y doctrina sostendrá la Iglesia de Cristo» (12).—Y confirmando al punto la regla de palabra *vivæ vocis oraculo*, pidió le fuesen presentados los compañeros de Francisco, confiriendo á los laicos la tonsura (13). Logrado su objeto, maestro y discípulos tomaron la vuelta de Asís. En el camino, como no llevasen víveres, se hallaron en despoblado y de noche rendidos de cansancio y hambre. Pasó un incógnito, y

puso en manos de Francisco una hogaza de pan, que bendecida y partida entre trece hombres exhaustos, satisfizo plenamente la necesidad de todos. Hicieron alto en Horta, y ya el pueblo comenzó á besar sus sayales y á apiñarse para oir hablar á Francisco. Huyendo de la lisonja pública, se volvieron al pobre asilo de Rivotorto, choza que se alzaba en pedregosa soledad, bañada por mezquino arroyuelo, y tan reducida, que fué preciso, para que en ella pudiese cobijarse la aumentada prole franciscana, señalar en la pared el sitio que ocupar debía cada hombre. Un dia que rezaban en el mísero tugurio, oyen relinchos de corceles, estrepitosos vítores, triunfales marchas: era el cortejo que escoltaba al emperador Oton IV, que cercado de magnífica pompa y llevando á su izquierda al Arzobispo de Milán, iba á Roma á recibir la corona, el globo y el manto. Francisco no salió á ver la soberbia cabalgata, pero envió á uno de sus frailes, que deteniendo el arrogante palafrén del Emperador, pronosticó á éste la brevedad de su poderío. En efecto, un año después caía sobre la cabeza de Oton el entredicho eclesiástico y con él la pérdida del imperio.

En el angosto recinto de Rivotorto se fundieron del todo los corazones de Francisco y sus compañeros, unidos en largas contemplaciones, coloquios santos, comidas que en lo fraternales semejaban agapes de la edad he-

roica del Cristianismo, íntima familiaridad con la naturaleza, silencio rimado por la música monótona del arroyo ó por el murmullo de la oracion. Fuése Francisco una tarde á dormir á Asís, á fin de predicar el domingo en la Catedral, y los solitarios de Rivotorto vieron aquella noche, al subir la luna á su zenit, que una carroza de fuego, cuyo centro ocupaba un globo luminoso y resplandeciente como el sol, salió y entró hasta tres veces, girando por la cabaña: y parecióles que el espíritu de su maestro, cual el de otro Elías, era arrebatado hasta los cielos en el ígneo carro. Pero una grosera realidad vino á turbar el melancólico sosiego del oasis de Rivotorto. Hallándose Francisco y sus socios cantando himnos, un villano de las cercanías se entró en la choza con su asno del diestro, gritando al animal: —«Pasa, pasa, que aquí descansarémos bien» —Alzóse Francisco, y dijo á sus compañeros: «Hermanos, yo sé que Dios no nos ha llamado para hospedar jumentos, ni para que nos distraigan cuando, despues de enseñar á las gentes el camino de la salud, nos retiramos á hacer oración.» —Y levantándose todos, dejaron su albergue. Acogiéronse al primer nido de la Porciúncula, y presto los benedictinos de Subiaco dieron de limosna á Francisco la ermita amada.—«Esta,—decía Francisco,—es morada de ángeles y no de hombres.» En reconocimiento de la propiedad

y dominio que los benedictinos tenían sobre la Porciúncula, todos los años les presentaban los franciscanos un canastillo de peces, cogidos en el riachuelo que corre al pié de la ermita (14).

Habitemos algún tiempo en compañía de sus moradores; conozcamos al apostolado franciscano, y á los nuevos discípulos que se agregaron á los primeros doce. Los genios en la tierra, cual los soles en el universo celeste, atraen y hacen girar en su esfera un sistema de planetas, comunicándoles luz, calórico, magnetismo. Bien como de gran filósofo nace una pléyada de pensadores; como de extraordinario capitán es suscitada una legión de héroes, así Francisco reunió en torno suyo varones singulares, que cada cual comprendía y desarrollaba un aspecto de su inmenso espíritu. De los doce que constituyen el apostolado, dice un autor (15), «hemos oido que todos fueron santos, á excepción de uno que, habiendo salido de la órden y cubiértose de lepra, se ahorcó con soga, cual otro Judas: por lo cual no faltó á Francisco en sus discípulos semejanza alguna con Cristo.»

Bernardo de Quintaval, primogénito de Francisco, era acomodado ciudadano de Asís, á quien movió á mucha lástima ver al hijo del opulento negociante Morico acarrear ladrillo para la reconstruccion de las iglesias: y ofreciéndole cena y lecho, lo hospedó, segun cos-

tumbre de la época, en su propia cámara. Bernardo fingió profundo sueño, pero acechaba, á fin de sorprender en alguna acción de Francisco la clave de su misteriosa conducta: y al mediar la noche, vió que el penitente se levantaba, postrándose en el suelo, y bañado en lágrimas y como absorto repetía sin cesar la jaculatoria ardiente—«*Deus meus et omnia.*» A la luz del alba Francisco se acostó de nuevo, y Bernardo, arrojándose á sus piés, le preguntó:—«Si un siervo ha recibido de su amo riquezas, y retenídolas muchos años, pero ya no quiere conservarlas más tiempo, ¿qué debe hacer?»—«Restituirlas á su dueño»—contestó Francisco.—«Hermano,—replicó Bernardo,—yo quiero repartir mis bienes á los pobres.»—Esta iluminacion repentina, este fulminante contagio de la pobreza, obra de Francisco, hizo decir á Dante Alighieri que—«el venerable Bernardo se descalzó primero, y corrió tras de la paz, y áun corriendo, parecíale tardar mucho en alcanzarla (16).»—Ya sabemos como Francisco y Bernardo fueron juntos á consultar inmediatamente el Evangelio, y como Bernardo apresuradamente distribuyó su hacienda aquel dia mismo, en la plaza de Asís. Segun afirma un compañero de Bernardo, era el alma de éste cristal de hermoso matiz, que teñía los objetos en su propio color; por sistema pensaba bien de todo y de todos; y si, al ver un mendigo harapiento,

decía que aquél observaba mejor que nadie el voto de pobreza, en cambio, al encontrar un galan pisaverde, le ocurría que bajo la rica sobrevesta iba oculto un cilicio. Elegido para predicar la humildad franciscana en la doctísima Bolonia, metrópoli de la ciencia del derecho, presentóse Bernardo con su grosero atavío exhortando en sencillo lenguaje á los graves jurisconsultos, á los sabios profesores, á los retóricos elegantes, inflados de erudicion y vanidad. Riéronse éstos viendo que semejante mendigo traía propósito de enseñarlos, á ellos, príncipes de la cátedra y del aula, y á su despreciativa risa hizo coro el vulgo silbando y apedreando en las calles á Bernardo de Quintaval; mas al fin hubo un abogado de nombradía, Nicolás Pepoli, que observando al penitente, su rostro demacrado, sus lomos ceñidos con tosca cuerda, su edificante apostura, comenzó á creer que no era un juglar aquel hombre desconocido, antes podía ser doctor de santidad y costumbres. Y tanto lo fué, que al cabo Pepoli vistió el sayal franciscano, y mudada la opinión pública, fundó Bernardo con limosnas de la ciudad universitaria el convento de Bolonia (17). Bernardo, á quien Tomás de Celano llama socio fiel y necesario de Francisco, acompañó á éste en su viaje á España: y la tradicion afirma que habiendo hallado en Santiago de Compostela á un pobre gravemente enfermo, Francisco

ordenó á Bernardo permanecer al lado del desvalido hasta lograr su curación, y miéntras Francisco se adelantaba á Aragón y Castilla, Bernardo en Compostela imploraba la caridad pública para mantener al enfermo, que al cabo, recobrada la salud, le siguió á Italia. Todavía volvió Bernardo á España con misión de fundar conventos, y más adelante, después de la muerte de Francisco, el benévolo y pacífico Bernardo hubo de oponerse con incontrastable resolución al vicario fray Elías, relajador de la santa Pobreza, hasta que éste, para librarse de sus severas censuras, lo desterró á la inaccesible soledad de Fabriano, donde amargas raíces y acres frutos fueron su sustento. En la hora de la muerte llegóse á su lecho su amigo el extático Gil, diciéndole—«*Sursum corda*»—«*Habemus ad Dominum*»—contestó el agonizante. Así se despidieron ambos gladiadores de Cristo (18).

El canónigo Pedro Cataneo se unió á Francisco y á Bernardo cuando se dirigían á San Damian á consultar los Evangelios. Como Bernardo, repartió á los pobres su pingüe caudal. Al renunciar Francisco el generalato de la Órden, confiólo á Pedro Cataneo, que lo desempeñó hasta su muerte. Dícese que, difunto ya Pedro Cataneo, atraía con reiterados milagros muchedumbre de gente á su sepulcro, hasta que Francisco, por no turbar la quietud del convento y de los pueblos circunvecinos,

ordenó al cadáver que cesase de obrar prodigios. Mas los escritores de la época no mencionan esta tradicion, comentario quizás de la fantasía popular á la obediencia franciscana.

En cuanto á fray Gil, tercer discípulo, su recuerdo permanece vivo en las páginas de las *Florecillas*. Gil ó Egidio, que vivía en Asís, fué movido de la conversión de Bernardo y Pedro, y deseó buscar á Francisco y unirse con él. Mas ignorando el camino del asilo de Francisco, encomendóse á Cristo y tomó el primer sendero que se le presentaba, por el cual derechamente fué á parar adonde Francisco hacía oración. Y Francisco, en su estilo trovadoresco y animado, dijo á Gil: — «Amado hermano, Dios te ha dispensado gracia singular. Si el Emperador viniese á Asís, y quisiese hacer á algún ciudadano caballero suyo, ó camarero secreto, ¿no sería para éste motivo de júbilo? ¿Pues cuánto más debes regocijarte tú, á quien Dios ha elegido por su caballero? — (19). Y llamando á Bernardo, comieron todos juntos la humilde pitanza, con extraña cordialidad y alegría; después de lo cual se dirigieron á Asís, con ánimo de solicitar por caridad el hábito para el nuevo hermano. En el camino hallaron una mendiga que les pidió limosna: Gil echó mano por costumbre al bolsillo; pero como se había desprendido de todo, no encontró moneda, y paróse confuso. Francisco le miró entóncescon expresivo mirar y le se-

ñaló el capote, y Gil, despojándose de él, lo dió inmediatamente á la mendiga, y su corazón se dilató de gozo. Cuando Francisco predicaba á las pobres gentes de la calle, Gil añadía siempre: — «Haced lo que dice este padre mio, porque os aseguro que dice muy bién.» — Viniendo á Santiago de Compostela, en peregrinación, no pudo Gil en todo el esquilmado país gallego obtener un mendrugo de pan; pero vió unas habas de desperdicio en una era, y se regaló con ellas plácidamente (20). Otra vez caminando hácia Palestina y detenido en Brindis por falta de nave en que embarcarse, cargó con un odre lleno de agua, y pregonóla y dióla á cambio de alimento, «por vivir de su labor,» —dicen las *Florecillas:* con el mismo fin tejía en Ancona espuertas de junco; en Roma cortaba leña trayéndola á hombros; ayudaba á los labradores á coger la aceituna, á vendimiar los racimos, á apalear los nogales, á segar la miés: alta santificación del trabajo (21) realizada por el extático con quien familiarmente conversaban los ángeles; á quien Francisco romancescamente llamaba *Caballero de la Tabla redonda,* aludiendo á su fortaleza en la virtud; cuyo espíritu estaba de lo terrestre tan ajeno, y tan embelesado en lo divino, que los niños de Perusa por juego corrían tras él, exclamando: — «Hermano Gil, paraíso, paraíso» —sabiendo que á este nombre se quedaba arrobado y fuera de sí. Quiso

Gregorio IX ver al sencillo fraile en quien obraba el amor tales maravillas, y al verlo, le rogó que tañese una cítara que llevaba oculta en la manga, y con la cual se acompañaba para cantar improvisaciones proféticas y misteriosas: á pocos acordes del instrumento, Gil se detuvo arrebatado, y los circunstantes permanecieron mudos, como si el respeto los hubiera vuelto estátuas.—«Qué debo hacer mientras me dure la vida?»—preguntó el Pontífice á Gil cuando cesó el rapto.—«Conservar, Padre Santo, muy claros los ojos de tu espíritu: el derecho, para contemplar las cosas del cielo y la perfeccion de Dios: el izquierdo, para juzgar de los negocios del mundo.»—«Ora por nosotros, bienaventurado Gil,»—le dijeron los Cardenales.»—«Orad por mí vosotros, que me aventajais en fe y esperanza—respondió el extático—pues vosotros, entre los peligros y grandezas del mundo, no desconfiais de salvaros, y yo, en mi soledad y penitencia, tiemblo el punto y hora de comparecer ante el Juez supremo.»

Experimentaba san Luís de Francia, vivo anhelo de conocer á Gil, cuyo nombre corría de boca en boca con encarecimiento de su pureza y santidad; y tomado el bordon y la esclavina del romero, solo y á pié, fué á llamar á la portería del convento de Perusa, preguntando por fray Gil, mas sin quebrantar el incógnito. Bajó Gil, y apenas se vieron el Rey

y el fraile, cayeron de rodillas, y sin hablar palabra confundieron sus almas en prolongado y estrecho abrazo: hecho lo cual, con el propio silencio se separaron. Al saber los demas frailes el nombre del ilustre romero reprendían á Gil por la poca cortesía de no detenerle y agasajarle.—«He conocido su corazón, y él el mio,» respondió Gil, sin dar más explicaciones.

Un dominico muy docto fué al convento para comunicar á Gil sus dudas acerca de la virginidad de la Madre de Dios. Salióle el extático al encuentro, y ántes de que el visitante hubiese proferido la consulta, hirió la tierra con su bastón, exclamando:—«Hermano predicador, María ántes del parto. Hermano predicador, María en el parto. Hermano predicador, María despues del parto.»—Y á los tres golpes del báculo brotaron del suelo tres frescos albos lirios. Departiendo con el gran filósofo san Buenaventura, lo interpeló Gil de este modo:—«A vosotros los sabios os ha colmado Dios de dones: mas qué harémos nosotros, míseros ignorantes, para salvarnos?»—Respondió el doctor seráfico:—«Nuestro Señor ha concedido á los hombres el amor, y con él les basta.»—«Padre, insistió Gil, ¿puede el ignorante amar á Dios lo mismo que el sabio?»—«Una vejezuela es capaz de amar á Dios tanto ó más que un doctor en teología.»—Salió Gil á estas palabras gritando en muy

altas voces y como demente:—«Vejezuela simple, pobre é idiota, ama á Jesucristo, y serás más grande que el hermano Buenaventura» (22).—Extinguióse Gil dulcemente á los cincuenta y dos años, dia por dia, de su entrada en la Orden (23). Si bien los cronistas le llaman varón sencillo é indocto, nos quedan de él disertaciones y sentencias suaves, discretas y fervorosas: un aliento varonil anima la moral de estas sentencias, que recomiendan el trabajo, la perseverancia, la energía, la esperanza y la libertad de espíritu. «Descorazónase el hombre, dice fray Gil, ante la perspectiva de un trabajo lento, penoso, cuyos frutos no ve inmediatamente. Mas el labrador comienza por remover y destripar los terrones, y no ve fruto. Después corta y quema raíces y matorrales, y no ve fruto. Después rasga la tierra con el arado, y no ve fruto: vuelve á labrar y abrir surcos; siembra el grano, arranca las malas hierbas, siega la miés, separa el grano de la paja, lo trilla, lo aventa, lo cierne, lo mete en la troj... Y en la alegría de ver ya el fruto, se propone sufrir aún mayores fatigas por otra cosecha.»

Acerca de Sabatino y Morico, que en el apostolado franciscano ocupan los lugares cuarto y quinto, se muestran avaras de noticias las crónicas (24): y el mismo silencio guardan sobre Juan de san Constante, Bárbaro y Bernardo de Vigilancio (25). Quedó de su

virtud vago perfume, como quedan en el pomo, disipada la esencia, leves efluvios que sólo percibe el sentido delicado. De Felipe Longo, el sétimo, á quien Francisco confió la visitacion de las Clarisas, permanece tal crédito de pureza, que sus contemporáneos aseguraban que Dios había limpiado sus labios con el ascua ardiente de Isaías. Silvestre era un codicioso presbítero de Asís, á quien Francisco había comprado sillares y materiales para la reedificación de San Damián. Movido del ansia de lucro, se acercó á Francisco después de la conversión del rico Bernardo de Quintaval, diciéndole:—«Hola, Francisco, no me has pagado lo suficiente por las piedras que te vendí.» —Francisco se volvió á Bernardo, y tomando un puñado de oro que éste iba á distribuir á los pobres, llenó con él la mano á Silvestre.— «¿ Estais satisfecho, señor sacerdote ?» preguntó.—«Del todo,» repuso Silvestre. Pero aquella noche no pudo dormir, cavilando en que el mozo Francisco desdeñaba los bienes temporales, mientras él, viejo ya, era capaz de usar indecorosos ardides por unas cuantas monedas. Rendido al sueño, parecióle ver una cruz enorme, cuya cima se remontaba á los cielos, y cuyos brazos cubrían el mundo, mientras la base descansaba en la boca de Francisco; y despertando, se desprendió sin dilación de cuanto poseía, y corrió á solicitar la túnica de penitencia. Angel Tancredo fué

llamado en Rieti por Francisco con la misma sencillez con que Jesús ordenaba á los pescadores que dejasen las redes y le siguiesen. «Tancredo, dijo Francisco, dando su propio nombre al jóven hidalgo, á quien veía por vez primera, harto tiempo te has ceñido el tahalí, la espada y el traje militar: ahora es necesario que tomes por tahalí tosca cuerda, por espada una cruz, y que adorne tus piés descalzos, en vez de refulgente acicate, el polvo y el fango de las plazas. Sígueme, pues, y haréte soldado de Cristo.»—Y sin oponer objeción alguna, sin preguntar nada, Tancredo obedeció; y llegó á tal intimidad con Francisco, que suele llamársele el tierno amigo, el discípulo predilecto y amado. Conservando bajo el sayal resabios caballerescos, retaba Tancredo al demonio á singular batalla cuando se sentía apremiado de tentaciones (26). El Judas del apostolado de Umbría fué conocido por el de *Capella*, á causa de haber alterado el hábito usando birrete ó capelo, nó sin escándalo de sus hermanos. Instituido limosnero de la comunidad, comenzó á escatimar y regatear una túnica ó un pedazo de pan á los pobres, á quienes Francisco hubiera dado su propia sangre: de tales principios pasó á otros actos de avaricia y dureza: y como si el mal del alma se hubiese comunicado á la carne, cubrióse de horrible lepra, y frenético se ahorcó. Créese que así como Matías fué señalado para cubrir la

plaza de Iscariote, Francisco llenó el vacío que dejaba en el apostolado franciscano Juan Capella con otro fraile, Guillermo Anglico. Así quedaba cabal el colegio de discípulos, que presta al Santo de Asís un rasgo más de semejanza con su modelo Jesucristo.

Aparte de estos doce descuellan en las crónicas algunos compañeros de Francisco, especialmente familiares y caros partícipes de pensamientos, depositarios de su confianza, consoladores de sus tribulaciones. Francisco, de suyo tan humano, tan penetrado de amorosa ternura que deseaba exhalar, cultivó el sentimiento en sus formas más puras y legítimas, y no fué la amistad la que ménos hermoseó los dias de su vivir. En todo viaje llevaba consigo al *compañero amable* por excelencia, Maseo de Marignano, el que por su afabilidad, cortesía, concertado hablar y espiritual facundia ganaba los ánimos y se conciliaba las voluntades. Maseo había recibido de la naturaleza don de gentes, y Francisco le colocó en la portería, á fin de que cuantos llamasen al convento hallasen cariñosa acogida y halagüeñas palabras, y empleóle también en la cocina por librarle de la soberbia, hasta que los demás frailes, dolidos de que hombre del mérito de Maseo desempeñase tan ínfimas tareas, á puros ruegos obtuvieron de Francisco que fuese relevado de guisar. Un dia que juntos iban Francisco y Maseo demandando li-

mosna, Maseo, gallardo y hermoso de cuerpo, recogió buenos pedazos de pan, al paso que Francisco, afeado por la penitencia, apenas obtuvo algún mendruguillo.—«¡Oh, Maseo! dijo Francisco preparándose á gustar el pan, no somos nosotros dignos de disfrutar este tesoro.»—«Padre, contestó Maseo, ¿cómo llamas tesoro á tal pobreza? Aquí no hay servilleta, ni cuchillo, ni trinchante, ni plato, ni casa, ni mesa, ni criado, ni criada.»—«Eso justamente, exclamó Francisco, es lo que yo reputo tesoro.»—Rezó despues, é inflamado en divino amor, con el aliento de su boca suspendió á Maseo en el aire, despidiéndolo á gran distancia, y Maseo experimentó el mismo deleite que si blando y aromado céfiro lo acariciase. Volviendo Francisco en una ocasion de la selva á donde solía retirarse para meditar, salióle al encuentro Maseo, gritando:—«¿Por qué á tí, por qué á tí, por qué á tí?»—«¿Qué quieres decir?» preguntó Francisco.—«Digo que por qué será que corre todo el mundo á tí, y parece que todos desean verte, oirte y obedecerte? Tú no eres gallardo, tú no posees gran ciencia, tú no eres noble: ¿por qué, pues, viene el mundo entero á tí?»—Francisco quedó un rato suspenso, fija en el cielo la vista, prorumpiendo al fin:—«¿Quiéres saber por qué á mí, por qué á mí, por qué á mí? Los ojos santísimos de Dios, al mirar á los hombres, no divisaron ninguno más vil, más inútil,

más pecador que yo: y por esto fuí elegido para confundir nobleza, grandeza, fortaleza, hermosura y sabiduría del mundo, y para que el que se gloría, se gloríe en el Señor.»—Cuando Francisco obtiene la indulgencia de la Porciúncula; cuando recibe en el monte Albernia el último sello de Cristo, á su lado encontramos á Maseo, que toca sus llagas y participa de sus ardores y ve á los apóstoles Pedro y Pablo regocijándose con la restauracion de la evangélica pobreza y vida. Rufino, pariente de santa Clara, y uno de los autores de la leyenda de los *Tres Socios*, fué asimismo compañero preferido de Francisco (27). Tartamudo y nada docto, Rufino guardaba á todas horas profundo silencio. Acertó Francisco á disponerle que bajase á predicar á la ciudad: Rufino alegó su inercia y falta de elocuencia:—«Irás, insistió Francisco, y por que aprendas á obedecer, te ordeno ir sin túnica, en paños menores.»—Rufino se despojó inmediatamente y se dirigió al pueblo: y las gentes, moviendo la cabeza, exclamaban: «Hé aquí uno de esos á quienes la mortificación ha vuelto locos.» Entre tanto Francisco, pesaroso, se decía á sí propio:—«Hijo de Pedro Bernardone, vil hombrecillo, ¿qué es lo que has mandado al noble fray Rufino? Vé y prueba en tí mismo lo que mandas á los demás.»—Y desnudándose á su vez, corre á la ciudad, donde encuentra á Rufino que cumplía sus preceptos hablando sencilla y lla-

namente, cual pudiera un niño: «Carísimos, huid del mundo, dejad el pecado, restituid lo ajeno si quereis evitar el infierno; guardad los mandamientos, amad á Dios y al prójimo; haced penitencia si quereis poseer el reino de los cielos.»—Francisco se lanza al púlpito, y comienza á discurrir del desprecio del mundo, de los oprobios, dolores y suplicios de Cristo, de la voluntaria pobreza; y todo Asís se conmueve y corren lágrimas, y la multitud se siente arrastrada á postrarse ante los dos hombres desnudos é insensatos por Jesucristo. Afirmaba Francisco que Rufino era una de las tres almas más santas que contenía el mundo, y que su presencia oprimía al espíritu del mal, como en el lagar oprime la viga al racimo. Muy allegada á Francisco y como abrigada al calor de su seno, vivió tambien la *pecorella di Dio*, la ovejuela de Dios, fray Leon, tan vigoroso, membrudo y atlético de cuerpo como manso y dulce de corazón; pensamiento sereno y sin nubes, que hallaba en el bien su atmósfera y horizonte propio. Confesor de Francisco, nadie mejor que León pudiera ser uno de aquellos *Tres Socios* que con tan amable candor y convicción tan sincera narraron la leyenda franciscana. Él, viviendo en íntima familiaridad con Francisco, escuchó de sus labios la hermosísima y poética parábola de la *perfecta alegría*, que ella sola vale por muchos libros, y que no puede dejar de trasladar quien de Francisco es-

cribiere. Caminaban Francisco y León de Perusa á Santa María de los Angeles; era en invierno; el helado cierzo fustigaba sus rostros, y ateridos y transidos, podían moverse apenas. Precedía León á Francisco, y éste, llamándole de improviso, exclamó:—«Hermano Leon, áun cuando los frailes Menores diesen en todas partes gran ejemplo de santidad y de edificación, escribe y recuerda que en eso no reside perfecta alegría.»—Dos pasos más allá volvió Francisco á gritar:—«¡Oh, hermano León! aunque el fraile Menor hiciese andar á los cojos, enderezarse á los corcobados, expulsara los demonios, diese luz á los ciegos, oído á los sordos, verbo á los mudos, y, más aún, resucitase á difuntos de cuatro dias, escribe que en eso no reside alegría perfecta.»—Anduvo un poco más, y añadió con voz fuerte:—¡Oh, hermano León! si el fraile Menor poseyese toda lengua, y toda ciencia, y toda escritura; si pudiese profetizar y revelar no sólo las cosas venideras, sino los secretos de conciencias y almas, escribe que no reside ahí alegría perfecta.»—Y más adelante agregó Francisco enérgicamente:—«¡Oh, hermano León, ovejuela de Dios! si el hermano Menor hablase la lengua de los ángeles, y conociese el curso de los astros, y la virtud de las plantas, y los tesoros todos de la tierra, y las propiedades de aves, peces, de todo animal, de los hombres, de los árboles, de las piedras, de las raíces,

de las aguas, escribe que ahí no reside alegría perfecta.»—Y andando otro poco, gritó:—«¡Oh, hermano León! áun cuando el fraile Menor supiese predicar de suerte que convirtiera á todos los infieles á la fe de Cristo, escribe que no reside ahí alegría perfecta.»—Dos millas habían adelantado ya, mientras duraba el discurso de Francisco, y León, atónito, interrogó al Santo:—«Padre, de parte de Dios dime dónde reside alegría perfecta.»—Y respondió Francisco:—Si cuando lleguemos á Santa María de los Angeles, calados por la lluvia, yertos de frio, manchados de barro, moribundos de hambre, y llamemos á la puerta del convento, viene el portero colérico y nos pregunta quiénes somos, y le respondemos: dos hermanos vuestros, y él replica: Mentís; sois dos hipócritas que andais engañando al mundo y apoderándoos de las limosnas de los pobres, idos; y si cuando no nos abra, y nos deje fuera, á la nieve y al aguacero, con frio y hambre, hasta la noche, sufrimos tanta injusticia, dureza y desdén con paciencia, sin murmurar ni turbarnos, pensando con caridad y humildad que este portero nos conoce de veras, y que Dios habla por su boca, ¡oh, hermano León, ovejuela de Dios! escribe que en eso reside perfecta alegría. Y si persistimos en llamar, y él, saliendo airado, nos arroja como á malandrines embusteros con injurias y bofetadas diciendo: Largo, miserables ladrones,

idos al hospital, que no comeréis ni posaréis acá; y lo sobrellevamos con calma, júbilo y amor, hermano León, escribe que en eso reside perfecta alegría. Y si obligados del hambre, del frio y de la noche llamamos de nuevo, rogando y pidiendo por amor de Dios y con muchas lágrimas que el portero nós abra y nos deje sólo abrigarnos, y él, más irritado, vocifera: Yo os daré, porñados pillastres, el trato que mereceis, y sale con nudoso garrote y nos ase de la capilla, nos echa á tierra, nos arrastra por la nieve, nos muele y acardenala á garrotazos, y nosotros sufrimos todo con paciencia y contento, pensando en los dolores de Cristo bendito que por amor suyo debemos compartir, entonces, ¡ovejuela de Dios! escribe que ahí reside perfecta alegría, porque en nada podemos gloriarnos sino en la cruz de Jesucristo.»

Otro dia que asimismo viajaban juntos Francisco y León, faltándoles libro de horas canónicas, Francisco propuso que rezasen dialogando: «Tú — dijo á León — contestarás lo que yo te dicte. Empezaré así: — «Hermano Francisco, tantos pecados has cometido que eres digno del infierno — y responderás tú: «Cierto que mereces el infierno profundísimo.» = «Bien, padre; comienza en nombre de Dios» — dijo con sencillez la ovejuela. Mas al contestar, en vez de lo que Francisco le enseñara, pronunció: — «Dios hará por tí tanto

bien, que irás al paraíso.» =Díjole Francisco:—«No así, hermano León: sino que cuando yo diga: Hermano Francisco, tú has obrado contra Dios tales iniquidades, que eres digno de ser puesto entre los réprobos: tú añadirás:—Ciertamente que mereces ser puesto entre los réprobos.» =«Bueno, padre»—asintió Leon: mas al abrir la boca, fué para exclamar—«Oh hermano Francisco, Dios te bendecirá entre los benditos.» =Respondió Francisco á León, conminándole por obediencia á que contestase conforme le ordenaba: pero cuantas veces se humillaba Francisco, otras tantas respondía León glorificándole.—«¿Por qué violas la obediencia de esta suerte?» —murmuró severamente Francisco.—«Dios sabe,—declaró León,—que yo quiero obedecer; mas Dios me hace hablar á su gusto, y no puedo responder de otra manera.»

En Junípero, fraile muy querido también de Francisco, llegó á su colmo la sublime insensatez de la Órden nueva, y cumplióse la enseñanza de Jesús, viéndose al hombre vuelto parvulillo para conquistar el reino de los cielos.—«Nosotros somos sandios por Cristo» decía el Apóstol de las gentes: frase que pudiera ser lema de la vida de Junípero. El relato de sus simplezas, leido en las *Florecillas*, mueve unas veces á sonreir, otras provoca á tierno llanto: de la mezcla de ambos sentimientos resulta el atractivo de la ingenua narra-

ción. Santa Clara, comprendiendo con intuición femenina la hermosura del alma inocente de Junípero, solía llamarle *juguetillo de Cristo;* y al verle cerca de su lecho de muerte aún le preguntó festiva—¿si sabía algo nuevo de Dios?»—(28). Sonreirémos, y tal vez, reirá orgullosa nuestra razón, cuando veamos á Junípero, por satisfacer el capricho de un enfermo, cortar la pezuña á un marrano vivo, y arrojarse después al cuello del irritado porquero, invitándole con caricias y súplicas á tomar parte en su obra de caridad, hasta aplacarle; sonreirémos de su entrada en Viterbo medio desnudo; del guiso que hizo en un solo dia para medio mes echando en calderas pollos con plumas, huevos con cáscara, frutas con monda,—creyendo librar así al convento de la cotidiana labor de la cocina, y dejar todo el tiempo para la contemplación;— del juego del columpio con los muchachos de Roma, juego en que de propósito se entretuvo para chasquear á los Cardenales que acudían á ver al fraile reputado santo. Más no sonreirémos ya, cuando le veamos hacer que los pobres le despojen de la túnica, á causa de haberle prohibido el guardián darla voluntariamente; ni cuando arranca el fleco de oro del altar del convento para entregarlo á escuálida mujer que se caía de hambre; ni cuando, prisionero de las mesnadas de rapaz y sanguinario señor feudal, tomado por traidor y espía, acusado

de asesino, puesto en el tormento del potro, ceñidas las sienes con una cuerda que lentamente iban los verdugos apretando hasta que estallasen las venas y crugiesen los huesos, no pronuncia una palabra para defenderse; y al ser preservado por fin de la horca, merced á la casual aparición del guardián de su convento, que reconoce en el supuesto criminal á Junípero, sus primeras frases son humorístico desahogo que revela perfecta y suprema libertad de alma: — «Padre Guardián» — le dice — «tú que conoces mis maldades, extrañas verme así? Toma este paño y límpiate las lágrimas, que á fe que estás grueso, y no te cae bien el llanto.» — Ni podrémos tampoco sonreir cuando el pobre simplecillo piensa en hacer del cráneo de su mejor y malogrado amigo escudilla para la comida y vasija para el agua. Diógenes apagaba su sed en el hueco de la mano por soberbia indiferencia hácia las pompas del mundo, cuya vanidad conocía como filósofo: Junípero pretendía beber en la calavera del compañero bienaventurado para recordar por lo deleznable de la carne lo inmortal del espíritu.

NOTAS.

(1) «*Sortes miserunt Apostoli quando Judas, tradito Domino, periit: et cecidit sors super Mathiam.*»

(2) «*Si vis perfectus esse, vade, vende quæ habes, et da pauperibus.*» (Mat. XIX, 21.)

(3) «*Nihil tuleritis in via, neque virgam, neque peram, neque panem, neque pecuniam, neque duas tunicas habeatis.*» (Luc. IX, 3.)

(4) «*Qui vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me.*» (Mat. XVI, 24.)

(5) Era el dia 16 de Abril de 1209.

(6) «*Jacta super Dominum curam tuam et ipse te enutriet.*»

(7) La duración de la primera misión franciscana fué abreviada por el escrúpulo que experimentaban los misioneros de predicar sin licencia pontificia. La mala acogida que al pronto lograron en pueblos y aldeas, léjos de arredrarles, les causó, según el cronista Wadingo, singular júbilo.

(8) Para obtenerlo, dice san Buenaventura, oró al que congregaba la dispersa plebe de Israel.

(9) Valdo pidió al Papa, no obstante, licencia de predicar: mas no sometió á la aprobación de la Santa Sede regla alguna de la vida pobre que sus prosélitos hacían.

(10) La silla de estiércol, *sedes stercoraria*, era una piedra colocada á la puerta de la Basílica de San Juan de Letrán: y en ella venía el nuevo Pontífice á sentarse, descendiendo del trono en que recibiera los homenajes de cardenales y pueblo, en memento de la frase de la Escritura, que dice—«que el Señor levanta al indigente del polvo, y del estiércol al pobre, para colocarlo al lado de los príncipes de su pueblo.»—Acerca de la famosa silla esparcieron los reformistas fábulas é imposturas, selladas con la grosería que caracteriza los libelos y sátiras de la primera época de la Reforma; en términos, que veda el decoro hasta indicarlas.

(11) Aparte de la elegancia y galanura de escritos, cartas y toda la prosa de Inocencio III, quedan de él muy bellos himnos latinos, entre otros el *Veni, Sancte Spiritus.*

(12) «*Vere hic est ille vir religiosus et sanctus: per quem sublevabitur et sustentabitur Ecclesia Dei!* (A Tribus Sociis.)

(13) A los legos que iban con Francisco confirió Inocencio, según san Buenaventura, las órdenes: y se cree que, excepto Silvestre, fuesen legos todos, incluso Pedro Cataneo, á pesar de la prebenda que poseía. San Francisco consintió únicamente en recibir las órdenes de Epístola y Evangelio, porque en sueños le había mostrado Dios el esquema del Sacerdocio en la figura de nítida ampolla de cristal, que á la luz del sol despedía vivos destellos: y no

creyéndose dueño del grado de pureza que el Sacerdocio exige, lo rehusó.

(14) Esta forma de feudo fué adoptada por varios conventos, entre otros el de San Francisco en Compostela, que pagaba la misma renta, por concesión de territorio, al abad de San Payo.

(15) Bernardo de Besa.

(16) .....«il venerabile Bernardo
»si scalzó prima, é dietro á tanta pace
»corse, é correndo, gli parve esser tardo.»
(Par. XI.)

(17) Nicolás Pepoli dijo á Bernardo: «Si quieres lugar en que poder servir á Dios, yo te lo daré de buen grado por la salud de mi alma.»—Entonces Bernardo escribió á san Francisco:—«Padre, el alojamiento está hallado en la ciudad de Bolonia: envía hermanos que moren en él.»

(18) Su cuerpo fué enterrado en la Basílica de San Francisco en Asís.

(19) Fioretti, Vita del B. frate Egidio, C. I.

(20) Añádese que en algunas ocasiones, apretado del hambre, se redujo á pacer las hierbas del campo.

(21) Gil profesaba tal género de horror á la holganza, que su exhortación favorita era: «*Fate, fate é non parlate*: Obrad, obrad, y no hableis.»

(22) «*Vetula, paupercula, simplex et idiota, diligas Dominum Deum tuum, et poteris esse major quam frater Bonaventura.*»

(23) Gil es el único de los doce apóstoles franciscanos, cuyo culto y rezo ha sido aprobado por la Iglesia.

(24) Fr. Pánfilo de Magliano opina que el Morico, discípulo de Francisco y llamado *el pequeño*, es distinto del Morico, religioso crucífero, á quien Francisco curó grave enfermedad con miga de pan humedecida en el aceite de la lámpara. De todas suertes, hay confusion y carencia de datos acerca de Morico.

(25) Créese que Bernardo recibió el sobrenombre de *Vigilante* por la extraordinaria brevedad de su sueño, que no llegaba á una hora.

(26) Angel Tancredo fué uno de los autores de la leyenda *A Tribus sociis*.

(27) Rufino tocó con sus manos la llaga del costado de Francisco, estando éste vivo aún.

(28) *Nova hilaritate perfusa, quærit si aliquid novi de Domino haberet ad manum?*

CAPITULO IV.

SAN FRANCISCO EN ESPAÑA.

Vacilación.—Consulta.—El arma de la palabra.—Elocuencia nueva.—Los predicadores franciscanos.—San Francisco desea el martirio.—Combates interiores.—Viaje frustrado á Siria.—Enfermedad.—Cartas.—Venida á España.—Situación de España en 1212.—Itinerario de san Francisco en tierra española.—Fundaciones.—Leyendas.

.....
La plana de Vich
diu que n'trau florida
des que san Francesch
l'amor hipredica,
.....
(Jascinto Verdaguer.)

.....
Cubierta de flores diz que está la vega de Vich, desde que san Francisco predicó en ella el amor.
.....
(Jacinto Verdaguer)

Los primeros tiempos del retiro en la Porciúncula fueron para Francisco período de irresolución é incertidumbre: su voluntad y las aspiraciones de alma, le incitaban á lanzarse al turbulento siglo para despertar las conciencias y reformarlo, al

paso que tendencias ascéticas y el amor de la soledad le inclinaban á la vida contemplativa. En el primer paso de la más rápida y gloriosa carrera que recorrió hombre alguno; en vísperas de señorear, con el poder del corazón, el mundo entero, Francisco se sentía llamado hacia el eterno silencio, hacia el sosegado y melancólico rio del olvido, que corre preso entre los estrechos muros del claustro. Dudó de su vocación. Creyóse falto de esfuerzo para la batalla terrible que había de reñir el que quisiese poner á Jesucristo á la cabeza de la sociedad. Hijo de oscuro negociante, ni sabio, ni hermoso, ni fuerte, comenzando ya á sentir su exquisita y nerviosa organización minada por las austeridades, tembló ante el cargo que la Providencia le encomendaba. Y sin embargo, sus huestes crecían, y veíanse acudir diariamente á la Porciúncula, además de los preferidos compañeros que conocemos ya, numerosos adeptos de todas las clases sociales (1). Jacobo y Simon de Asís; Teobaldo, Simon de Colosano, Agustin, que había de espirar el mismo dia y á la misma hora que Francisco; Iluminado, Estéban, Leonardo, Juan de Lodi... cuyas vidas son otras tantas leyendas áureas de santidad. Indeciso Francisco, pensó en la vida activa y fecundísima del Hijo del Hombre, en su predicación popular, en sus dolores públicamente sufridos para ejemplo y redención del género humano:

y comprendiendo que la actividad prometía más provechosos resultados que la contemplación, con todo eso, dicen las *Florecillas*, pidió consejo á fray Silvestre y á la hermana Clara: y ambos, después de hacer oración, conformes y unánimes dijeron á Francisco que «Dios no le había llamado solamente para sí, sino á fin de que muchos se salvasen por él.»—«Vamos, pues, en nombre de Dios» (2), exclamó Francisco al oir la respuesta. Desde aquel dia conoció sus caminos y anduvo por ellos con pié seguro.

Para apoderarse de los ánimos, para remover la sociedad desde sus esferas más altas hasta las más ínfimas, para combatir los vicios, herencia de la cultura pagana, y las crueldades y violencias trasmitidas por la barbarie, no contaba Francisco sino con una arma: la palabra. Verdad que esta arma, aguda, veloz, alada y ardiente, fué la que congregó en torno de Demóstenes al pueblo ateniense, y al romano bajo la tribuna de Cicerón. Pero los tiempos habían cambiado; la elocuencia languidecía encerrada en sus caducos moldes, reducida á ejercicio del aula, á artificiosa y pedantesca labor retórica. En Italia, donde jamás se extinguiera la tradición profana, donde contrastando con el latin de la Iglesia, descarnado y austero, se escribían aún atildados exámetros al modo horaciano, conservábanse asimismo los moldes clásicos de

arengas, apologías y discursos, y los predicadores dividían sus sermones y les daban forma sujetándose al tipo reglamentario y ornándolos con primores y galas marchitas, que acaso habría estrenado en el foro algún orador de la romana decadencia. Y entre tanto, mientras que en el púlpito, en la poesía, en los libros, duraba tenazmente—más ó ménos respetada—el habla de Virgilio, nacían los dialectos, como protesta contra la supervivencia de la literatura pagana. Pertenece á los hombres extraordinarios adivinar lo que late en su época y desentrañarlo y sacarlo á luz. Francisco de Asís fué quien, adoptando para la predicación el habla vulgar y las formas populares, determinó en la elocuencia la misma evolución que más tarde impuso á la poesía y á la pintura. Abrió nuevas vías y éra nueva á la oratoria, y la lengua toscana comenzó á florecer en sus sermones, como después en sus versos.

Creó el Santo de Asís una escuela de elocuencia, que sacudía el yugo de las reglas hasta entonces acatadas, declarándose romántica é innovadora; que para manifestarse empleara medios y hasta palabras desusadas en el púlpito, y tenía método propio y caractéres especiales. La predicación franciscana, al adoptar el idioma del vulgo, tomó también las bellezas que, como flores silvestres nacidas en inculto páramo, esmaltan el lenguaje popular: las comparaciones gráficas, las expresiones

enérgicas, las metáforas atrevidas, los giros poéticos y felices, la frescura y vivacidad de la frase, el calor del sentimiento, la animación, fuerza y rapidez del estilo. Unido todo ello á extremada sencillez, á la supresión de los alardes eruditos, á las parábolas y ejemplos cuyo sentido fácilmente alcanza la multitud, compuso una oratoria peculiar, á maravilla adecuada para conmover y persuadir. Ello es cierto que á veces las formas de esta nueva elocuencia son rudas, á veces pueriles; el período carece de aquella redondez y sonoridad que hace que la palabra armoniosamente se enlace á la palabra; pero compensan sus imperfecciones rasgos de inspiración lozana y espontánea, que oradores más cultos nunca tendrían. Elocuencia indocta, plebeya en el fondo, pero sincera y eficaz.

Y como la belleza del sentimiento mueve y cautiva más que la del arte, la elocuencia franciscana, que en su candor no pule los conceptos devotos, encierra hermosura bastante para seducir y atraer irresistiblemente á hombres como el primer trovador de la época, llamado el *rey de los versos*, poeta cuyas sienes ciñera de laurel Federico II. Este tal, familiarizado con los elegantes artificios de la musa profana y erótica, acertó á escuchar un dia la predicación de Francisco, y tanta mutación se produjo en su alma, que de la gaya ciencia y las córtes de amor pasó al claustro, donde per-

diendo hasta su nombre, célebre ya, no se le conoció nunca sino por *fray Pacífico*. Cuando Francisco hablaba, parecióle al poeta ver que dos espadas le atravesaban el cuerpo: la primera, de los piés á la cabeza; la segunda, formando cruz, á lo largo de los brazos. Y no fué Pacífico ejemplo aislado del poder de la palabra arrebatadora de Francisco, ni fueron sólo muchedumbres ignorantes quienes rodearon los púlpitos de los franciscanos. Tomás de Celano, primer biógrafo de Francisco, registra la época en que gran número de hombres letrados acudieron como por mutuo acuerdo á solicitar la túnica y el cordón de penitencia.

Mas el objeto y fin de la predicación franciscana era principalmente influir en el conjunto de las masas populares. Así lo prescribe el capítulo IX de la regla, amonestando á los frailes á que «en la predicación que hacen sean examinadas y castas sus palabras, á provecho y edificación del pueblo, anunciándoles los vicios y virtudes, pena y gloria, con brevedad de sermón, porque palabra abreviada hizo el Señor sobre la tierra: *quia verbum abbreviatum fecit Dominus super terram.*» Únese el precepto moral al literario: que la predicación sea fructuosa y concisa. El pueblo, hallando por fin alimento para su alma, manantial vivo en que refrigerarse, no se saciaba de él. Inmenso concurso cercaba al fraile que, bajo los árboles de un soto, á la sombra de un paredón, su-

bido sobre una piedra, hacía su plática. En Glatz se veneraba el tilo, cuyas ramas cobijaron á fray Bertoldo de Ratisbona durante sus sermones, y era tal el golpe de gente que se congregaba para oirlos, que fué indispensable á fray Bertoldo construir una torre de palo, en la cual encaramado predicaba, poniendo en la cima un gallardete, que en su direccion indicase á la multitud el lado á que debía colocarse, segun el soplar del viento, para oir mejor. Y añade el cronista Salimbene: «Así llegaba su voz á los lejanos como á los próximos; y á nadie se vió marcharse hasta que el sermón daba fin» (3). En la corte de Provenza, nobles y plebeyos, laicos y clérigos, cubrían de besos las manos y los piés de Hugo de Dina cuando acababa de predicar (4); Albertino de Verona lograba que los boloñeses no hiciesen espirar al rey Encio entre las torturas del hambre (5); Reinaldo de Arezzo era aclamado obispo por los canónigos, prendados de la dulce facundia de su hablar. No ignoramos el entusiasmo que producían los sermones del taumaturgo de Padua, causa de que se despoblasen comarcas enteras, yéndose los habitantes tras del Santo y acampando al raso toda la noche para estar prontos á tomar puesto á las primeras luces del alba. Algunos de los sermones de san Antonio parecen á quien hoy los lea llanos y sencillos por demás; pero nos harémos cargo de su eficacia si tomamos en cuenta la expresión

del rostro y de la voz, la muda elocuencia de la tosca túnica, de los descalzos piés, del mortificado semblante; el vigor juvenil del dialecto, el prestigio de la santidad, y la impresión en buen sentido contagiosa, que por causas mitad físicas y mitad morales reciben las muchedumbres con la comunicación de ideas y sentimientos, y se trasmite como la corriente eléctrica á lo largo del hilo conductor. También es de advertir que los franciscanos, viviendo en intimidad con el pueblo, conocedores de sus necesidades, sus pesares y sus alegrías, sabían cómo hablarle al alma. Lo que hoy vemos desde léjos y nos parece incoloro y frio, ofrecía para el auditorio de entónces palpitante interés. No cabe dudar que en el siglo de Inocencio III era conocido el arte de bien decir; á despecho de lo cual los franciscanos y su incorrecta é impetuosa elocuencia obtuvieron la prez de la popularidad. Quejábase el clero secular diciendo: — «¿Por qué vosotros los frailes habeis usurpado totalmente el oficio de la predicación, de suerte que el pueblo no cura de oirnos á nosotros?» — Y respondía fray Salimbene con estas ó parecidas frases: — «Pues os hemos dejado prebendas y bienes, y vivimos de limosna y de pobreza, y nos afanamos en predicar, justo es que seguemos y recojamos la espiritual cosecha.»

Las regiones de Oriente eran en la Edad Media preocupacion constante, idea fija de

toda mente elevada: los capitanes aspiraban á conquistarlas, los santos á evangelizarlas, los políticos á regirlas, y todos consagraban gustosos á tal empresa vigilias y sangre. No bien logró Francisco ver establecida la Órden, cuyo rápido incremento sobrepujaba sus esperanzas, volvió los ojos á los pueblos orientales, amenazador límite de la cristiandad. En el Occidente quedaba ya sembrada la fecunda semilla, y fundados en breve tiempo, el convento de Perusa, el de Arezzo,—ciudad donde huyeran las furias de la discordia á la voz de Francisco,—el de Florencia, el de Pisa, el de San Miniato, el de San Geminiano, el de Sartiano.

Por donde quiera que pasaba Francisco, extendíanse la abnegación y la pobreza, y cundía la Órden naciente. Las mujeres, tocadas á su vez del frenesí del cielo, venían también á reclamar su parte en el festín nupcial, y Clara había sido la primera flor del vergel franciscano. Ya era dueño Francisco, de ofrecer su vida á Dios en Levante, seguro de que legaba en herencia á la humanidad un pensamiento imperecedero. Su activa existencia de fundador, los cuidados minuciosos y materiales que tan ardua tarea lleva consigo, no le hicieron descender de las cimas de la contemplación en que se espaciaba su alma. Hallándose el lúnes de Carnaval al borde del lago de Perusa,—aquel clásico Trasimeno que pre-

senció la derrota del cónsul Flamínio,—rogó Francisco al devoto barquero, en cuya casa se hospedaba, lo pasase en su esquife á una de las isletas que se perfilan sobre el seno azul del lago. Llevó consigo dos hogazas de pan, y encargó al barquero no volviese á recogerlo hasta el dia de Jueves Santo. La madrugada del Miércoles de Ceniza se realizó la travesía; retiróse el barquero, y se quedó Francisco en la isla desierta y feraz. Allí buscó un sitio agreste y montuoso, una cueva oculta entre breñas y zarzales; y por espacio de cuarenta dias y cuarenta noches ayunó, como el Nazareno en la montaña, sin más alimento que el aire que respiraba, sin más bebida que las lágrimas que surcaban su faz. La tarde del Jueves Santo, no atreviéndose á igualarse al divino modelo, comió la mitad de un panecillo (6). Y cuando el barquero, al trasponer el sol, fué á buscarle cumpliendo su promesa, miró con temor al hombre que se sentaba en su esquife, extenuado y sin cuerpo casi por efecto de la abstinencia, gozoso sin embargo y ligero en el andar, y llevando en la mano, intactos, panecillo y medio. Quizás en aquellas soledades luchára Francisco, á ejemplo de Jesucristo, con el genio de la soberbia, obstinado en brindar deleites y gloria á quien sólo buscaba dolor y anonadamiento. Ello es que, en Sartiano, Francisco sufrió un desmayo de la voluntad, un minuto de agonía

Representáronsele los goces del hogar y de la familia, las dichas del amor terrestre: pues, al cabo, hombre era el serafín. Despojóse del hábito, y arrojándose en la nieve del huerto donde oraba, se revolcó hasta calmar la fiebre de su sangre. Y tomando nieve con sus manos, se solazó humorísticamente en formar y alinear pellas de diversas magnitudes, que figuraban la esposa é hijos de un casado: burlándose así de la flaqueza de su propio ánimo, y del mezquino bien que codiciaba. A vueltas de tales combates crecía el deseo del martirio. Celebrado que hubo el Capítulo de Pentecostes, se encaminó á Roma, presentóse de nuevo á Inocencio III, le expuso los adelantos de la Órden, y obtuvo su vénia para partirse á Siria. Entonces fué cuando se le unieron Zacarías, romano, y Guillermo, de nación inglesa, sustituto más adelante del discípulo apóstata; entonces fué cuando trabó conocimiento con Francisco aquella noble dama, Jacoba de Sietesolios, renovadora de la tradición de las santas viudas de la primitiva Iglesia, siempre dispuestas á hospedar al apóstol, á enseñar al neófito, á animar al mártir; incansables propagandistas de la doctrina, pródigas de oro, de tiempo y trabajo para servir toda idea generosa. Jacoba adquiere de los Benedictinos de San Cosme el hospicio, que fué primer Convento de Franciscanos en la Ciudad Eterna (7): más tarde volverémos á encontrar á

la matrona besando y ungiendo los piés llagados de Francisco, como Magdalena los de Jesús.

Volvió Francisco á Asís, y habiéndose despedido de sus hermanos, tomando en su compañía á uno solo, se embarcó en la primer nave que se daba á la vela para la suspirada tierra de Siria. Largos dias azotó la tormenta la embarcación, y colgados entre cielo y agua, y perdido el rumbo, abordaron por último á las tristes costas de Esclavonia. Allí se detuvieron para carenar el barco medio deshecho; y no hallándose nave alguna que zarpase hácia Levante, Francisco y su compañero solicitaron por caridad pasaje en una que volvía á Ancona. Fuéles negado, pero se ocultaron en el barco, que se hizo á la mar llevándolos consigo. Al ir á levar anclas, acercárase un incógnito á uno de los pasajeros, entregándole provisiones y diciéndole: — «Guárdalas para los frailes, que van ocultos en la nave.» —Nueva y furiosa borrasca asaltó al barco; faltaron alimentos y la tripulación habría sucumbido á los horrores del hambre, á no repartirles Francisco sus víveres. Al fin se calmó el Adriático, y entraron felizmente en el puerto de Ancona.

Frustrada así la tentativa de mision en Oriente, Francisco, al pisar el suelo italiano volvió á la tarea del púlpito. Uniéronsele entonces Bernardo de Corbio, uno de los proto-

mártires franciscanos, y Juan Simple, pobre labriego de las cercanías de Asís. Hallábase éste arando, y vió pasar á Francisco, á quien llamó.—«Padre»—le dijo—«mucho hace que pienso en tí, y en tus frailes, mas no sabía por donde andabas. Ya que Dios te trajo acá, yo me pongo en tus manos.»—«Da á los pobres lo que tengas»—respondió Francisco. El buen hombre no poseía más que sus bueyes: ofreció uno á Francisco, otro á los pobres, mas su familia alzó el grito, porque el buey es el tesoro del labriego.—«Tomad» les dijo Francisco—«este buey, y dadme en cambio á vuestro hermano.»—Y se llevó consigo al campesino, que llegó á ser uno de sus compañeros más caros. Era Juan Simple corto de luces y en candor extremado; no sabía cómo ganar el cielo; pero, persuadido y seguro de que Francisco lo ganaría, ajustábase á imitarle de tal suerte, que hasta andaba, reposaba, y tosía cuando veía andar, reposar ó toser al maestro. Hácia esta época, ó más bien ántes del frustrado viaje á Siria, sucedió la conversión singular de Juan Parente, que ejercía las funciones de juez en su ciudad natal, Civita-Castellana. Salió un dia á pasearse por los arrabales, y vió á un porquero, que inútilmente trataba de recoger su piara en la pocilga, y que tras de mil alaridos y maldiciones gritaba por fin:—«Así entreis como los abogados y los jueces entran en el

infierno—y á tal invectiva, las bestias entraron dócilmente. Tan insignificante y vulgar suceso causó al juez uno de esos repentinos presentimientos de responsabilidad ultramundana, frecuentes en la Edad Media. Imaginóse que la vara de la justicia, vuelta hierro candente, abrasaba en el infierno la diestra del que la torcía en el mundo; y espantado del cargo que desempeñaba, se apresuró á hacerse franciscano, acompañándole al claustro un hijo suyo.

La constitución de Francisco, delicada y sensible, comenzó por aquel tiempo á resentirse mucho de las asperezas, privaciones é inmensos trabajos; el acero iba gastando la vaina que lo cubría. Padeció graves fiebres intermitentes, contagio sutil que siempre acecha al hombre bajo el hermoso cielo italiano, y mal convalecido de ellas, reanudó sus mortificaciones y su vida activa, y las cuartanas se transformaron en cotidiana y lenta calentura, que abrasaba el hígado y las entrañas del Santo. Arrastrábase apoyado en un báculo, por no perder de vista sus fundaciones y comunidades; y cuando la languidez ni áun eso le consentía, dictaba, para desahogar su alma, la célebre carta monitoria dirigida á cuantos invocasen el nombre de Cristo en el mundo.

«A todos los cristianos, clérigos, religiosos, láicos, hombres y mujeres, que están por toda la tierra:

»Felices y bendecidos son los que á Dios aman y cumplen lo que Cristo ordena en su Evangelio: amarás al Señor tu Dios de todo corazón y alma, y al prójimo como á tí mismo. Amemos á Dios y adorémosle con gran pureza de espíritu y corazón: esto pide Él sobre todas las cosas. Ha dicho que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y verdad, y en verdad y espíritu deben adorarle los que le adoren. Os saludo en nuestro Señor.»

«Por mi enfermedad (decía en otra epístola) y por flaqueza de mi cuerpo, no puedo personalmente visitar á todos; pero las presentes letras van á recordaros las palabras de mi Señor Jesucristo, que es Verbo increado del Padre»... «Yo, Francisco, vuestro servidorcillo, dispuesto á besar vuestros piés, os ruego y conjuro por la caridad, que es Dios mismo, recibais y practiqueis humildemente y con amor estas palabras de Jesucristo, y las restantes que han salido de su boca. Que todos aquellos en cuyas manos cayeren, y comprendan su sentido, las envíen á los demás, por que les sean de provecho.»

Apenas se hubo restablecido un tanto, emprendió Francisco su viaje á España. Le llamaba á la Península Ibérica el doble empeño de propagar su Orden, y de hallar embarcación en que hiciese la travesía de Marruecos, donde pensaba predicar la fe. Breve mención hacen los biógrafos extranjeros de Francisco

de esta su venida á España; y sin embargo, no es acontecimiento de escasa importancia, ni pudo ménos de dejar huellas profundas en país donde la Orden Franciscana se extendió y prosperó de tal suerte. Cuando Francisco sentó la planta en nuestro suelo ocurrían en él acontecimientos muy graves, atañederos á la independencia hispana, quizás á la de Europa toda. En Mayo de 1212, año de la entrada de Francisco por Navarra, Inocencio III lleva en procesión por las calles de Roma el *Lignum Crucis*; el pueblo romano, despues de haber ayunado por espacio de tres dias á pan y agua, va descalzo y vestido de luto tras la santa reliquia; encamínanse pueblo, clero y pontífice á san Juan de Letran, y ruegan en voz alta por el éxito de la empresa que va á acometer Alfonso VIII, rey de Castilla. Éste, entretanto, delibera en Toledo con su consejo de prelados y ricos-hombres, y acuden á unírsele Pedro de Aragón, y gran refuerzo de gente de armas venida de extraños reinos, de Francia, de Alemania, de Italia; porque la causa de la Cruz establecía en la Edad Media estrecha solidaridad entre toda raza de hombres. A su vez el emperador de los Almohades, El Nasser (8), despoblaba el Africa trayendo sus guerreras tribus á sostener la conquista del territorio castellano. Un pastor desconocido guía á los cristianos al traves de las intrincadas angosturas de Sierra Morena hasta espaciosa

llanura, hecha como de molde para un gigantesco combate; era el campo llamado las Navas de Tolosa (9). Van á encontrarse frente á frente los hijos del desierto y los briosos reconquistadores de Iberia. De una parte marcha el *Rey Verde* (10), su guardia de diez mil descomunales etiopes, negros como carbón (11), sus arrogantes jeques andaluces, sus ligeros jinetes de Mequínez, cuyos trotones lucen arneses de oro y seda, sus africanos intrépidos de albos alquiceles y yataganes curvos; El Nasser empuña con la diestra la cimitarra, con la siniestra sostiene el Korán, cuyos versículos poéticos, que halagan la fantasía, lee á las fanáticas tropas. De otra parte, Alfonso VIII hace oir misa, confesar y comulgar á sus huestes cubiertas de hierro; arzobispos, obispos y clérigos recorren las filas recordando á los soldados las gracias y bendiciones otorgadas por la santidad de Inocencio III á los que con las armas secunden los intentos del monarca de Castilla; los tercios navarros, aragoneses, portugueses, gallegos y vizcainos se disputan el puesto de honor, la vanguardia; los concejos despliegan sus estandartes, y avanzan silenciosos y resueltos los caballeros de las cuatro Ordenes militares, y los Templarios con sus mantos blancos parecidos á monacales túnicas. Trábase la pelea; los cristianos son uno por cada cuatro musulmanes, y retroceden empujados por un to-

rrente de hombres que los arrolla: entonces Alfonso VIII se dirige al cronista arzobispo de Toledo, que á su lado se halla, y le grita: —«*Arzobispo, vos é yo aquí muramos:*—y entrándose ciego por lo más recio de la pugna, rehace las huestes; arremete el ejército cristiano llevando ya la mejor parte; rómpese la temerosa valla y parapeto de etíopes encadenados que cerca el pabellon de púrpura y perlas del Miramamolin; y al apagar sus luces el sol que alumbrara el memorable dia, quedan en el campo los cadáveres de doscientos mil infieles (12), y los obispos castellanos cantan á coro con los reyes y las milicias el *Te Deum* de la inmensa victoria. Era el fin de los muslimes, como ellos mismos afirmaban dejándose degollar con melancólico fatalismo.

Aún duraría en España la embriaguez de tan extraordinario triunfo, cuando Francisco holló su tierra, si, como se cree, vino á fines de 1212. En caso de que, segun algunas crónicas afirman, entrase á principios de 1213, hallaríanse los ánimos divididos entre el regocijo de las ventajas obtenidas sobre la media luna y la consternación causada por la sequía y hambre cruelísima que entonces desoló las provincias castellanas, impeliendo á las gentes á los extremos de comerse algún padre los hijos de sus entrañas. Nunca hubo sazón más propicia para oir hablar de Dios que aquélla en que el azote de su cólera flagelaba al hom-

bre. En la Edad media todo suceso, adverso ó favorable, era justo pretexto para convertir los ojos á la vida futura: en la providencial victoria de las Navas veían los caudillos castellanos el poderío del Señor de los ejércitos; en la miseria y esterilidad, su vengador enojo. En cualquier caso debió ser bien acogido el viajero humilde, que á pié y descalzo venía de Italia, de la tierra apostólica, exhortando á penitencia, á pobreza, á paz y mansedumbre. Y aquel viajero se proponía confiadamente—como la oveja que no teme meterse entre lobos—intentar nada ménos que la conversión del feroz *Rey Verde*, del Miramamolin, el vencido de las Navas, que tras de desahogar su rabia y afrenta segando los cuellos de los jeques andaluces se había retirado á Marruecos, ocultando el corrimiento y despecho entre los muros de torpe harem, donde presto la traición, por medio de envenenada pócima, interrumpió los deleites en que se sepultaba para olvidar la rota y desastre padecidos. Asociábase así Francisco al propósito de la nación hispana: ésta, con las armas, había domeñado al Africa, y el penitente de Asís iba á tratar de imponer al agareno con la palabra yugo de amor. España, unida en el pensamiento de su independencia, en los esfuerzos sublimes de su reconquista, ofrecía entonces á Francisco campo más fecundo quizás que Italia, donde la prosperidad del comercio y las contiendas

civiles traían los ánimos envueltos en mundanas preocupaciones, y que Francia, donde la pravedad albigense se erguía pujante y el relajado clero descuidaba su deber. En España, al contrario, todas las clases sociales cumplían el suyo, y unánimes marchaban á un fin político, social, religioso especialmente. Querían ser libres, ser unos bajo los pliegues del estandarte de la Cruz, vencer al invasor, expulsar á Mahoma. El ansia de independencia robustecía la fe; Cristo iba delante del más denodado reconquistador, y los héroes de la espada abrían los brazos á los héroes de la penitencia. No es maravilla que el tránsito de Francisco por España fuese continua serie de fundaciones, y lograse éxito completo y cosecha opima. No la consiguió más rica años después el ilustre español Domingo de Guzman, al traer una Orden basada en la teología y la elocuencia á esta patria de oradores y teólogos. Si todos los conventos que pretenden la gloria de haber sido fundados por el pobrecillo de Asís en España reclaman con justicia semejante orígen, puede decirse que donde Francisco puso el pié allí surgió una morada para la pobreza.

No poseemos noticia rigurosamente exacta del itinerario de Francisco á través de nuestro país. La tradicion constante, fuente histórica no indigna de aprecio, afirma que entró por Navarra; el primer convento fundado pa-

rece ser el de Burgos: en la portada de la catedral de Burgos colocaron los imagineros cuatro estatuas, dos de las cuales representan á san Francisco de Asís y santo Domingo de Guzmán en actitud de presentar la regla á Alfonso VIII de Castilla (13) y á su esposa, retratados, segun se cree, en las otras dos efigies, aunque no falta quien piense que figuran á Fernando el Santo y su consorte. Para solar del convento de Burgos eligió Francisco una colina montuosa apartada de la ciudad (14). El de Logroño fué donación de un hidalgo de la Rioja, Medrano, que se determinó á ello por haberle sanado Francisco á un hijo suyo cuando se hallaba en la agonía. En Vitoria, á donde pasó con resolución de embarcarse en el puerto de San Sebastián, hospedáronle magníficamente los vecinos del pueblo, y la casa en que moró fué despues erigida en convento por doña Berenguela, hija de don Juan, infante de Castilla. Atacado Francisco de grave dolencia en San Sebastián, hubo de considerar tal suceso aviso de Dios, que le vedaba el proyectado viaje en busca del martirio, y apenas convalecido, volvió atrás, internándose por León y Asturias al Noroeste de España, deseoso de visitar el sepulcro del apóstol Santiago en Compostela. Dejando hechas diversas fundaciones en Asturias, llegó á la ciudad que por entonces emulaba á Jerusalén y á Roma en atraer á su seno caravanas de pere-

grinos devotos. La leyenda da por hospedaje á Francisco en Santiago la humilde choza del pobre carbonero Cotolay (15), que residía en los barrios extramuros de Compostela; y añade que habiendo Francisco elegido para la edificación del convento unas hondonadas conocidas por Val de Dios y Val del Infierno, territorio cuya propiedad pertenecía al Abad de Benedictinos de San Payo, obtúvolas de éste mediante el feudo usual del canastillo de peces; después de lo cual dijo al carbonero, su huesped:—«Ya tenemos el terreno: ahora tú correrás con los gastos de la fábrica.»—«Soy pobre,—respondió Cotolay.—Cava con fe en las márgenes de esa fuente,» ordenó Francisco señalando una que no lejos manaba. Cavó dócilmente el carbonero, y á poco descubrió un arca henchida de monedas y ricas joyas, en cantidad bastante para sufragar la erección del convento (16). Un discípulo y compañero de Francisco, Beníncasa de Todi, era entretanto enviado á la villa de la Coruña á echar los cimientos de otra mansion franciscana. El discípulo se dirigió á los rudos pescadores que formaban el grueso de la población, y ellos alzaron con sus curtidos brazos y costearon con sus limosnas los muros de la casa de paz, situada como un faro al borde del Océano (17). Cuando los operarios carecían de sustento, el fraile se llegaba á la orilla, y llamaba á los peces, que saliéndose del natural elemento

acudían á ofrecerse para mantener á los trabajadores. Otros discípulos fundaban al mismo tiempo en Oviedo y Rivadeo. De Compostela se cree que siguiese Francisco á Portugal, ó cuando ménos á la región entre Duero y Miño, por más que la leyenda lusitana presente á Francisco platicando mano á mano con la reina Urraca, mujer de Alfonso II, y profetizando la independencia del reino de Portugal (18). Desde allí aparece Francisco en Ciudad Rodrigo, morando en una ermita y fundando; y en Robredillo, donde viendo posarse un águila sobre fragosa eminencia, anunció que allí se alzaría otro convento; tres leguas más adelante fundó el llamado de Monte-Cœli Pretenden el mismo timbre de haber sido comenzados por Francisco, además del primer convento de Madrid, el de Toledo, el de Ocaña, el de Soria, el de Tudela. Lo verosímil es que todos estos conventos que reclaman la gloria de proceder directamente del Santo de Asís, no tuviesen construido ni un lienzo de muralla cuando Francisco salió de la Península. Llegaba el fundador á un pueblo, elegía lugar para la fundación, trazaba quizá los cimientos, y enviando después á un discípulo con instrucciones, terminábase la obra bajo la direccion de éste. En Soria se detuvo Francisco en ameno prado, y reunió silenciosamente cinco montones de piedras: preguntáronle los circunstantes el sentido de semejante manio-

bra.—«Estoy, respondió, juntando materiales para un convento que aquí ha de alzarse.»—Y así fué en efecto: de las piedras de Francisco surgió el convento de Soria. Lo que más denota la simultaneidad de construcción y antigüedad venerable de estos conventos españoles, es la unidad de pensamiento revelada en su arquitectura, tan conforme á las enseñanzas franciscanas: la iglesia de ordinario pequeña, las líneas del edificio sencillas y sobrias, las celdas estrechas, todo el monumento austero en su estilo, en adornos escaso, y solamente embellecido por alguna ojiva ó rosetón que con curvas graciosas templa la severidad del conjunto.

Cataluña, ceñida como Provenza con el poético laurel, guarda vivas las interesantes tradiciones enlazadas con el paso del trovador de Asís por su suelo. La fantasía popular supuso que la naturaleza engalanaba los lugares donde se detuvo el penitente; la vega de Vich se alfombra de flores todas las primaveras, porque allí predicó Francisco; recibe el pozo de humilde masía nombre de *agua de vida,* desde que apagó la calenturienta sed de Francisco, desfallecido en deliquios de amor celestial; la ermita construida en el punto donde *San Francisco se moría,* presume de ser el primer templo que tuvo el Santo de Asís, de tantos como erigió el mundo á su memoria (19). Barcelona recuerda que Francisco, al bende-

cirla, le pronosticó ensanche y prosperidad y grandeza en siglos venideros; Gerona, Lérida, Cervera y Perpiñán afirman que sus conventos son fundados por Francisco en persona; y no pocas casas nobles del Principado añaden á sus blasones el del hospedaje concedido á Francisco. Aún se enseña en San Celoni el viñedo en que Francisco y su compañero, sedientos y exhaustos, cogieron un racimo, y, maltratados por el guarda, el amo de la viña no sólo les concedió uvas, sino albergue: y muerto á poco este hombre caritativo, presentáronse en sus exequias veintidos frailes desconocidos, que después de entonar el oficio de difuntos, desaparecieron en silencio y sin que se averiguase por donde.

En suma, por más que no existen documentos comprobantes de la estancia y trabajos de Francisco en nuestro suelo; por más que no pueden registrarse paso á paso los sucesos de su odisea en tierra española, ello es que aquí un bajo-relieve (20), más allá una inscripción, acullá un sepulcro, y sobre todo la tradición, crónica del pueblo, voz del pasado que no está escrito, pero vive, crean una certeza que iguala á la de la mayor parte de los hechos históricos. Y desde luego, ¿cómo explicar, sin las huellas que dejó la presencia de Francisco, la difusion asombrosa de su Órden en un pueblo que podía acoger preferentemente como nacional y castiza la de Guzmán? Po-

cos años despues del viaje de Francisco á España, ésta se hallaba cubierta de conventos, capillas y ermitas, y ceñía el rey Fernando el cordón de terciario. Mantúvose vivaz el amor de la pobreza en el alma de nuestra patria hasta inspirar al fénix de los ingenios castellanos, á Lope de Vega, hermosas poesías místicas.

NOTAS.

(1) *Multi de populo, nobiles et ignobiles, clerici et laici divina inspiratione compuncti, cœperunt ad sanctum Franciscum accedere, cupientes sub ejus disciplina et magisterio perpetuo militare.* (Tomás de Celano.)

(2) *Si levó con grandissimo fervore é disse: Andiamo al nome di Dio.* (Florecillas, cap. XVI.)

(3) Grabóse en la sepultura de Fr. Bertoldo, en Ratisbona, el siguiente epitafio:

CIↃ. C.C. LXXII. XIX. CAL. JAN.
OBIIT. FR. BERTHOLDUS MAGNUS PRAEDICATOR.
HIC SEPULTUS LUCIAE VIRGINIS.

(4) San Luis de Francia intentó conservar á su lado á Fr. Hugo de Dina, prendado de la noble libertad de su lenguaje; mas el predicador rehusó, prefiriendo vivir en el retiro.

(5) Despues de haber rogado inútilmente á los carceleros le permitiesen por amor de Dios dar algo de comer al preso, propúsoles Albertino una partida de dados; y habiendo salido ganancioso, exigió entrar en la mazmorra y llevar alimentos al Rey.

(6) *Si crede che San Francesco non mangiase*

per riverenza del digiuno di Christo benedetto, el quale digiunó quaranta di é quaranta notti, senza pigliare nessuno cibo materiale; é cosi con quel mezzo pane cacció da se il veleno della vanagloria... (Florecillas, cap. VII.)

(7) Llámase hoy *San Francesco á Ripa*: y la habitación que en él ocupó el Santo fué transformada en capilla.

(8) El historiador Lafuente llama al vencido de las Navas Ben Jacub: la crónica árabe *Rouda-el-Kartas*, y los historiadores árabes en general le nombran El Nasser Ben Jacub Ben Jussef Ben Abd-el-Mumen.

(9) Dice alguna crónica que este pastor se llamaba Martín Halaja; que entre las señas que dió, fué una que encontrarían en el sendero una cabeza de vaca comida de los lobos, lo cual se verificó también; y añaden que enseñado que hubo el camino, no se volvió á ver á semejante hombre...» Lafuente, *Historia de España*.

(10) Llamábanle así los cristianos por el color de su vestidura.

(11) «Rodeaba la tienda del califa un círculo de diez mil negros de aspecto horrible, cuyas largas lanzas clavadas en tierra verticalmente hacían como un parapeto inexpugnable, y á mayor abundamiento resguardaba aquel cuadro un extenso semicírculo formado de gruesas cadenas de hierro....» Lafuente, *Ob. cit.*

(12) Las crónicas de la época, al par que suben á cantidad tan enorme la de sarracenos muertos, limitan las pérdidas de los cristianos á veinticinco ó trein

ta hombres, cosa en verdad inconcebible, pero cuya exageración misma da á entender lo espléndido y completo del triunfo: haciéndole más glorioso todavía haber faltado en él los auxiliares extranjeros, que por razon ó á pretexto de los calores del estío, abandonaran ya á los ejércitos aragonés y castellano.

(13) Aunque los cronistas y biógrafos de san Francisco suelen decir que la estatua de la portada de Burgos representa á Alfonso IX de Castilla, parécenos inexacta la frase porque si, como opinan todos unánimes, san Francisco visitó á España del año 1212 al 1213, el rey de Castilla entónces era Alfonso VIII *el Noble*, el vencedor de las Navas, que no falleció sino en Octubre de 1214, y al cual sucedió su hijo Enrique I. Y aunque es cierto que Alfonso de Leon, en cuyo hijo *Fernando el Santo* vinieron á unirse definitivamente las coronas de Leon y Castilla, ocupa en la cronología de los Alfonsos de Leon el número VII, y en la de los de Castilla el IX, ello es que en Castilla no reinó jamás: y puesto que Cornejo añade, al hablar de la estatua de la portada de Búrgos, «y Doña Leonor su mujer» debe consistir el error en llamar Alfonso IX á Alfonso VIII, que en efecto estuvo casado con Doña Leonor de Inglaterra, y reinaba en Castilla cuando san Francisco vino á España. Más acertado anda Cornejo al suponer que la reunión de las dos estatuas de santo Domingo y san Francisco presentando la regla á los Reyes, no indica que ambos fundadores estuviesen á un tiempo en España (Santo Domingo no vino hasta 1217) sino que la libre facultad de composición del artista los juntó en la portada.

(14) Trasladóse después á Búrgos mismo. En la Catedral de Búrgos se veneraba una antiquísima

pintura de san Francisco, tenida por retrato auténtico.

(15) En el Archivo de la Catedral de Santiago se guarda un curioso testamento de *D. Cotolaya*, publicado por el Sr. Segade Campoamor, en su leyenda piadosa *Cotolay*. Pero se duda, y no sin causa, que el caballero pudiente del testamento tenga conexión alguna con el carbonero pobre de la leyenda.

(16) En la portería del convento de Franciscanos de Santiago, á mano derecha entrando, se ve un sepulcro de gusto ojival, con estatua yacente, que se supone contener los restos de Cotolay; y Cornejo declara hallarse sepultados en la capilla mayor, como patronos y fundadores, Cotolay y María de Bicos su mujer.

(17) «La fundacion (del convento) se hizo en el mismo sitio en que se halla, sepultando al P. Benincasa á su fallecimiento bajo el arco toral de la capilla mayor al lado del Evangelio: la primera obra se destruyó é incendió en 1591 para impedir el acceso de los ingleses... En la primera estaban las reliquias de los venerables padres fray Hernando de la Jube y Benincasa, en dos medios cuerpos de talla.,. En este convento se celebraron las Córtes de 1520, y en él se hospedó Felipe II cuando en 1551 pasó por esta ciudad para ir á Inglaterra.» Vedia y Goosens: *Historia de la Coruña*. El convento, cuyo estilo es interesante desde el punto de vista artístico, fué destinado á presidio, hasta que recientemente la incuria administrativa lo dejó desmoronarse en parte, causando no pocas desgracias en los penados.

(18) El cronista franciscano Fr. Marcos de Lisboa

dice: «Ficou unha profecía dó Santo, que este reyno nunca sería junto á os Reynos de Castella.»—El patriotismo se ampara en esta tradición del sentimiento religioso, y fuera hasta pueril discutir la autenticidad de la profecía de san Francisco.

(19) A propósito de estas tradiciones tan permanentes en el territorio catalán, no podemos resistir al deseo de trasladar el siguiente hermoso canto del eminente autor de *L' Atlántida*. Tan bella poesía obtuvo en los Juegos florales de 1874 la *flor de alelí*; y si los premios de certámenes no arguyen siempre mérito, en el caso presente puede decirse que el *alelí* simbólico adornó la sien de un verdadero poeta. Al lado de la poesía, y para los que no comprendan el rico dialecto catalán, colocamos la traducción.

S. Francesch s' hi moría.

Fulcite me floribus, stipate me malis, quia amore langueo.

(Cant. Cant.)

La plana de Vich
diu que 'n trau florida
des que Sant Francesch
l' amor hi predica,
l' amor de Jesus,
l' amor de María.
Tan dolces amors
lo cor li ferían:
sortint de poblat,
pels boscos sospira.

San Francisco se moría allí.

Sostenedme con flores, cercadme de manzanas, porque desfallezco de amor.

(Cantar de los Cantares.)

Cubierta de flores diz
que está la vega de Vich,
desde que san Francisco
predicó en ella el amor,
el amor de Jesus, el amor
de María.
Heríanle el pecho tan
dulces amores: y saliendo
de poblado, iba suspirando
por las selvas:

—«Mon Déu y mon tot,
per aquell qui us tinga,
mon Deu y mon tot
que dolça es la vida
mes dolça es la mort
si d' amor moría.

Cada mot que diu,
aucells responían:

—«¡Ay dolces amors,
ay flor sens espina!»

Tot pregant, pregant,
d' amor defallia,
los brassos en créu,
l' ullada esmortida,
sembla un serafí
que al cel tornaría:
lo trôva un pagés
dessota una alzina,
duya un cantaret,
de béure 'l convida.

Quan s' es retornat,
Sant Francesch sospira:

—«Pagés, bon pagés,
digaume, per vida,
¿d' hont es aquesta aygua
que tant me delita?

—«N' es aygua del pou,
del pou de l' artiga—»

—«Si es aygua del pou,
será el pou de vida,
des que mes amors
l' haurán benehida.»

Y 'ls aucells del bosch
ab gran melodía:

—«¡Ay dolces amores,
ay flor de la vida!»

—«Mi Dios y mi todo,
mi Dios y mi todo, ¡cuán
dulce es la vida para aquel
que os posee! Pero más
dulce es la muerte, cuando
se muere de amor.

A cada palabra que dice
responden los pajarillos:

—«¡Ay dulces amores!
ay flor sin espinas!»

Orando, orando, desfallecía
de amor, puestos
los brazos en cruz, amortiguado
el mirar, semejante
á un serafin que
torna al cielo. Hallóle así
debajo de una encina un
payés que llena un cántaro
de agua, y le convida
á beber.

Ya refrigerado, suspira
Francisco:

—«Payés, buen payés,
por tu vida dime, ¿de
dónde es esta agua que
así me consoló?»

—«Agua es del pozo,
del pozo del noval.»

—«Si es agua del pozo,
será pozo de vida,
desde que haya recibido
la bendición de mis
amores.»

Y cantaron con gran
melodía los pajarillos de
la selva:

—«Ay dulces amores!
ay flor de la vida!»

Ahont caygué l' Sant
ara hi ha una hermita,
la de *Sant Francesch*:
Francesch s' hi moría.
de tantes que 'n té
n' es la mes antiga.

Un ángel d' amor
hi canta y refila
de l' hermita al pou,
al pou de la vida:
n' es ángel de nit
rossinyol de dia;
Quan canta mes dolç
(pageses ho diuhen)
n' es la veu del Sant
que encara hi sospira.

—«Vigatans, veniu
á la aygua de vida;
per la set d' amor
de melló 'n tenia
que 'n son quatre fonts,
mes quatre ferides.»
Vigatans, anemhi,
puix s' anyoraria;
que' ls frares no hi son
á cantar Matines
ni hi venen á aplech
la gent que hi venian.

¡Jardí de virtuts,
dolça patria mia,
claveller del cel,
com t' has desflorida!
Serafí encarnat.
ma terra us estima,
quan del cel estant

Donde languideció el Santo, hay una ermita hoy, la ermita de *San Francisco donde él se moria.* De tantas como en el mundo posee, la más antigua es ésta.

Un ángel de amor canta y vuela de la ermita al pozo de la vida. De dia es ruiseñor y de noche es ángel.

Cuando más dulcemente canta, aseguran los payeses que es la voz del Santo, que aún suspira allí:

—«Venid, ausetanos, al agua de vida: para la sed de amores, otra mejor tengo: cuatro fuentes de ella son mis cuatro llagas.»

Vamos pues, ausetanos, que si no se entristecería; vamos, que ya los frailes no están allí para cantar maitines, ni como ayer acuden en romería las gentes

¡Jardin de virtudes, dulce patria mia, clavel del cielo, cómo te marchitaste!

Serafin encarnado, mi tierra te ama. Cuando bendigas tu ermita desde

benehiu l' hermita,
benehiu los fills
dels qui l' han bastida,
la ciutat de Vich,
sos camps y masies,
que si' ls benehiu
tot refloriria,
y ab los rossinyols
d' aquexes bardisses
cantarém pel mon
eix cant de delicies:
¡Ay dolçes amors
Jesus y María,
qui al cor vos tindrá
tindrá l' cel en vida!

JACINTO VERDAGUER,
Pebre.

el cielo, bendice tambien á los hijos de los que edificaron la ciudad de Vich, sus campos y sus masías; que si los bendices, todo reflorecerá, y con los ruiseñores de esos bardales cantarémos por el mundo este cántico delicioso:

¡Ay dulces amores, Jesús y María! el que os tenga en su corazón, en vida tendrá el cielo!

JACINTO VERDAGUER,
Presbítero.

(20) En Vich existen dos que representan á san Francisco con las manos alzadas al cielo en actitud de predicar, y que se suponen correspondientes á la época en que el Santo visitó la Ciudad.

CAPÍTULO V.

LA ÓRDEN SE CONSTITUYE.

El cuarto Concilio de Letrán.—Domingo de Guzmán el español.—Domingo y Francisco se abrazan. — Las Ordenes gemelas. — El capítulo de Pentecostes.—Las misiones franciscanas.—Sueños de Francisco.—El protector de la Orden.—El gran Capítulo de las Esteras.

.....
Proles de coelo prodiit.
.....
(Gregorio IX—Oficio de San Francisco.)
.....
Una progenie ha descendido del cielo.
.....
(Gregorio IX—Oficio de San Francisco.)

El dia 11 de Noviembre de 1215, festividad de San Martin, fué por Inocencio III abierto solemnemente el Concilio IV de Letran, y XII de las asambleas generales de la cristiandad. Alineábanse en los escaños colocados en la gran basílica cuatrocientos doce obispos, ceñida la sien con sus altas mitras; ochocientos abades

y priores empuñando sus retorcidos báculos; los patriarcas bizantinos con sus aparatosas vestiduras recamadas de oro, los embajadores y heraldos de los monarcas de Europa, ostentando en el pecho los blasones nacionales. Cual si Inocencio hubiese tenido, mejor que presagio, revelación clara de su próxima muerte, puso para encabezar el discurso de apertura aquellas palabras de Jesucristo en el Evangelio de San Lucas: — «*Mucho he deseado comer con vosotros esta Páscua, antes que padezca. Porque os digo, que no comeré más de ella, hasta que sea cumplida en el reino de Dios.*» — (1)

Mientras redactaba el Concilio sus importantes cánones, definiendo con precisión admirable el dogma de la Trinidad, condenando los errores del célebre abad calabrés Joaquin y el panteismo de Amalarico de Chartres y depurando rigurosamente la fe; mientras sentaba en el octavo canon la base del procedimiento criminal en su forma más equitativa, reprimía los excesos de los clérigos, regularizaba la enseñanza teológica, la concesión de los beneficios eclesiásticos, la cura de almas, los sacramentos, pensaba en la creación de escuelas de gramática, vedaba los desposorios clandestinos, y severamente ponía coto á la relajación que había sustituido al monástico fervor de Monte Casino y de Cluny; mientras una vez más se unían el poder secular y el espiritual, mancomunándose para continuar la

eterna gloriosa lucha del Occidente contra el Islamismo, alentaban en Roma dos hombres, á la sazón desconocidos, que venían á ofrecer á la Iglesia su vasto pensamiento y su inmensa voluntad. Ambos hombres se hallaban, puede decirse, en el vigor de la edad viril: el más jóven, italiano, poeta, apasionado, encendido todo en caridad, pretendía abrasar con el fuego de su corazón al mundo: el más entrado en años, español, pensador, austero, apostólico, aspiràba á alumbrar el orbe con la luz de su inteligencia. Francisco de Asís y Domingo de Guzmán, movidos por misterioso paralelismo de ideas, acudieran á Roma durante el Concilio.

El castellano Domingo de Guzmán poseía las cualidades geniales y propias de su fuerte y noble país (2). Hijo de una mujer noble y santa, devoto desde la tierna puericia, consagrado en su flor juvenil á profundos estudios universitarios de letras, de filosofía, de teología, era tan sobrio, que afirmaban los escolares de Palencia que jamás quiso probar el vino; tan grave y precoz en su madurez, que á los cuatro lustros parecía su continente el de un anciano venerable; tan liberal, que al asolar la miseria su provincia, vendió ropa, cama y hasta los amados libros en que su inteligencia buscaba la luz de la verdad, para repartir el precio á los menesterosos, diciendo no quería estudiar en pieles muertas, á costa de que muriesen de

hambre los hombres; tan dispuesto á heroicos impulsos, que se ofrecía á venderse por esclavo, en rescate del hermano de una pobre mujer á quien vió llorar la desdicha del cautivo (3). Diego de Acebedo, obispo de Osma, varon evangélico por su celo, grande por sus dotes, hubo de reparar presto en las de Domingo. Afilió al hidalgo licenciado en el capítulo de canónigos de su catedral, que acababa de regularizar conforme á la observancia de san Agustin; y cuando, diputado por Alfonso de León para pedir á la hija de los condes de la Marca por esposa de Fernando el Santo, pasó Diego de Acebedo á Francia y Roma, llevóse consigo á Domingo como su más íntimo confidente y secretario. Juntos cruzaron las provincias meridionales, y con espanto las vieron inficionadas hasta la médula de los huesos del virus albigense, secta sutil y penetrante, organizada entre el misterio, y que amén del cuerpo de doctrinas metafísicas que secretamente profesaba, poseía otro de principios sociales totalmente adversos á la constitución de la Iglesia, del poder y de la familia. Ambos viajeros se dieron mútuamente cuenta del terror experimentado al advertir en las entrañas mismas de Europa tan honda úlcera, más peligrosa cien veces que el alfange sarraceno. Subió de punto su recelo cuando se convencieron en Tolosa de que hasta el huésped que los albergaba era un albigense. Los dos españoles

se miraron entristecidos: mientras su patria derramaba sangre á torrentes por tener á raya al infiel, el hereje era vencedor, allí tan cerca, en Provenza, llave de la frontera española. Y vencía en efecto: los Legados apostólicos enviados por la Santa Sede á predicar en el territorio occitano, se declaraban ya,—tras de increibles trabajos,—impotentes para cortar las múltiples cabezas de la hidra; y era lo más doloroso que ni encontraban ayuda en los magnates, ni en los obispos, que hacían de sus metrópolis plazas fuertes (4), ni en los párrocos y clérigos, que vestidos de gayos colores, rodeados de pajes y siervos, se daban á la caza de cetrería ó al juego y á otros profanos solaces. Pasó Domingo de claro en claro la noche de su estancia en Tolosa, exhortando al huésped; y al rayar la aurora, el albigense se retractaba de su error, declarándose católico. En el regocijo del triunfo, el castellano vió patente el objeto de su vida: atacar la herejía por medio de la predicación, suscitar briosa milicia de defensores del dogma. La inspiración fué súbita y perfecta. Diego y Domingo aconsejan á los legados del Papa que despidan el lucido séquito, las acémilas y el equipaje que los seguía: despréndese tambien del suyo el Obispo de Osma, quedándose sólo con algunos sacerdotes destinados á auxiliarle en la mision; y á pié, descalzos, en penitente muestra, comiendo lo que Dios depara, durmiendo,

si es preciso, al raso, recorren la comarca, que por primera vez escucha á los enviados de Roma con interes, viéndolos humildes y pobres (5). Y Domingo, atleta incansable de la disputa, convoca á los herejes por donde quiera que pasa, y argumenta con ellos, y los rinde y los subyuga: con fe heroica toma á sus propios adversarios por árbitros de la discusión, y ellos deciden á favor del generoso enemigo. No eran transcurridos dos años, y ya los albigenses veían descender su pujanza; Domingo recorría, evangelizándola, toda la provincia de Narbona; el episcopado, vuelto á la conciencia de su deber, auxiliaba eficazmente á los misioneros españoles, y á la falda de los Pirineos, en el monasterio de Nuestra Señora de la Pruilla, se albergaban las doncellas de la nobleza languedociana, ayer alumnas de los maniqueos, hoy fervorosas educandas católicas. Cuando el insigne obispo Diego bajó á la tumba, quedóse Domingo solo al frente de la gigantesca obra comenzada. Corrió al mismo tiempo la sangre del legado pontifiçio Pedro de Castelnau, vertida por los albigenses: y fué su alevoso asesinato señal de encarnizada guerra, que por diez años despedazó el Mediodía. Simon de Monforte y sus cruzados redujeron por el hierro y el fuego las provincias que ya en abierta sedición amenazaban á Roma y á la jóven nacionalidad francesa. En tanto que los ejércitos católicos batían á las tropas

albigenses; en tanto que se arrasaban fortalezas, se incendiaban rebeldes villas y se reñían fieros combates, Domingo recorría sin cesar el territorio: mas no escoltado por huestes que le guardasen las espaldas, ni á la sombra del victorioso conde de Monforte su amigo; sino solo, penetrando de propósito en las aldehuelas y villas más adictas al bando albigense, llevando con regocijada paciencia que la hostil multitud le escupiese al rostro, le arrojase lodo y piedras, le tratase como á ridículo insensato; expuesto siempre á ser acuchillado ó entregado á la hoguera, predicando continuamente y obteniendo más fruto verdadero, conquistando más almas, que enemigos derrotaban Simón de Monfort y sus aguerridas mesnadas; venciendo mejor con las cuentas de su *Rosario* que Monfort con su bien templada tizona. Al entrar Simón en Tolosa, triunfante y cubierto de lauros, habiendo domeñado la herejía, pudo el viejo guerrero dar por cumplido su oficio en el mundo: pero el de Domingo comenzaba: que si la fuerza se impone un instante, sólo en el convencimiento se fundan las victorias duraderas. En Tolosa vistió Domingo á sus dos primeros socios la túnica de blanca lana y la negra capucha: y sabedor de la convocación del Concilio de Letran, dirigióse á Roma á fin de consultar con Inocencio III sus designios y planes.

No resonara jamás en los oidos de Domin-

go de Guzmán el nombre de Francisco de Asís. Una noche rezaba el español pensando con angustia en los destinos de la hermosa madre de los santos, de la Iglesia, á quien había consagrado las fuerzas de su alma y espíritu. Apareciósele entónces una visión, Jesucristo airado, en ademán de blandir tres agudas lanzas contra el mundo, y su Madre que por aplacarle le presentaba á dos hombres. En uno de ellos Domingo se reconoció á sí propio: el otro era un mendigo pálido y humilde. Al dia siguiente, entrando Domingo en una iglesia, vió al hombre de su sueño, con la misma túnica remendada, el mismo aspecto de pobreza, iguales descoloridas facciones. Fuése á él con los brazos abiertos, y estrechándole sobre su corazón, exclamó:—«Tú eres mi compañero: caminarémos juntos; vivamos unidos, y nadie prevalecerá contra nosotros.»—Tomás de Celano refiere como Domingo y Francisco largamente hablaron, asidos de las manos, de cosas divinas y de la salvación de la raza humana; como Domingo pidió á Francisco la cuerda que llevaba ceñida, con ruegos tan vehementes, que hubo de obtenerla al cabo. Al terminarse el coloquio, dijo Domingo:—«Francisco, Francisco, únanse nuestras religiones, y hagamos de las dos una sola» (6).—Cuando Francisco se despidió, murmuraba Domingo dirigiéndose á los presentes:—«En verdad os digo que todos los demás religiosos

debieran seguir á este santo varón: ¡tal es de perfecto!»—De los dos fundadores que al abrazarse se hallaban persuadidos de que nadie prevalecería contra ellos, ninguno contaba en aquellos siglos de fuerza con medios ni poder material. Pero tenían el uno su corazón, el otro su mente; el entendimiento, que todo lo penetra, la voluntad, que lo mueve todo, la razón serena y el omnipotente amor. Para las masas populares arrastradas por los valdenses, Francisco y su pobreza; para los doctores envueltos en las redes de los sofistas albigenses, Domingo y su elocuencia incontrastable. La sola condición del triunfo era unirse. Por estrechar el lazo entre las Ordenes mellizas; por cortar quizá rencillas no ménos importunas que lo serían las de la diestra con la siniestra mano, estableciéronse costumbres destinadas á mantener la concordia de Menores y Predicadores. Todos los años en Roma el general de los franciscanos, asistido de sus frailes, oficia en la festividad de santo Domingo en la iglesia de los Dominicos, y á su vez lo hace el general de los Dominicos el dia de san Francisco. Unos y otros entonan á coro la antífona: «El seráfico Francisco y el apostólico Domingo nos han enseñado tu ley, Señor.» Ya en 1252 el general dominico Humberto de Romanis, y el franciscano Juan de Parma, fieles á la idea de los dos fundadores, se reunían para escribir una carta amonestando á la alianza á todos

los individuos de las Ordenes esparcidos por el universo.—« El Salvador del mundo, dice la epístola, que ama á todos los hombres y no quiere perezca ninguno de sus hijos, adopta en cada época distintos medios para remediar la primitiva ruina del género humano: y en estos últimos tiempos ha suscitado nuestras Ordenes, por que ministren salud... Mediante la gloria de Dios, y nó la nuestra, sómos dos grandes antorchas que alumbran con claridad del cielo á los que yacen sentados en sombra de muerte... los dos pechos de la esposa que nutre y lacta á los niños... La divina Sabiduría, que crió todas las cosas con número, no quiso una Orden sola, sino dos, á fin de que mutuamente se asocien en servicio de la Iglesia y en propia ventaja; encenderse deben en solo un amor, ayudarse y animarse; doble será su celo: las fuerzas de la una suplirán las que falten á la otra, y será más imponente el doble testimonio que rindan á la verdad. Caros hermanos, ved cuán abundante debe ser la sinceridad de nuestra dilección, ya que á un tiempo nos dió á luz la madre Iglesia, y que la caridad nos envió apareados para trabajar en la salvación de los hombres. ¿En qué nos darémos á conocer si no es en nuestra afectuosa unión? ¿Cómo podrémos infundir caridad en las almas si entre nosotros anda flaca y desfallecida? ¿Cómo resistirémos á las persecuciones si estamos divididos interior-

mente? ¡Cuán grande, cuán fuerte debe ser el amor que nos une, puesto que fué inconmensurable entre los bienaventurados Francisco y Domingo, y entre nuestros antiguos padres! Se consideraban unos á otros ángeles de Dios; se recibían recíprocamente, como hubieran recibido á Cristo; se honraban, se regocijaban de sus adelantos espirituales; se daban santos elogios, se ayudaban en todo, y evitaban cuidadosamente los escandalosos rencores...

»Que siempre la ley de amor regule nuestros actos... Que los protectores y bienhechores de ambas Ordenes sean bendecidos en comun; que una Orden no trate de arrebatar á la otra sus conventos, ni lo que le dén de limosna; que no haya celos de ninguna especie en el ministerio de la predicación, sin lo cual, ¿dónde está la caridad? Que una Orden no exalte en forma ofensiva sus grandes hombres y sus privilegios; que los hermanos eviten sobre todo hacer públicas las miserias y defectos de sus hermanos...

»Sabed que cada uno de nosotros desea de todo corazón y plenamente quiere que esto sea por vosotros ejecutado. Los transgresores serán castigados como enemigos de la unión y de la paz.»—Bajo estos dos ministros tan inteligentes y conformes en miras, en el mismo año de 1252, fué instituida la Sociedad de los *Peregrinos de Cristo*, compuesta de domi-

nicos y franciscanos, y destinada á llevar el Evangelio á Oriente, como á las bárbaras regiones septentrionales.

El objeto de la estancia de Francisco en Roma mientras se celebraba el Concilio de Letrán, era obtener de Inocencio III pública confirmación de su Orden é instituto. Allí, á la faz del orbe católico, ante los obispos congregados, declaró el Pontífice asentir á la regla de los franciscanos y admirarla, si bien la bula de aprobación no fué expedida hasta Honorio III. Tornóse Francisco á Umbría, donde fundó varios conventos; y si bien había celebrado ya distintos capítulos, convocó para el dia de Pentecostes del año 1216 el que se tiene por primera asamblea general y solemne de la Orden. Era á fines del mes de Mayo, y desplegaba todas sus galas y prodigaba sonrisas la naturaleza, cual si quisiese agasajar á los humildes y pequeñuelos Menores congregados en el nido de la Porciúncula. Cada fraile traía los frutos de su cosecha espiritual, y los depositaba á los piés del maestro. Aún carecía de organización aquel ejército bisoño, y Francisco le daba instrucciones: la milicia había crecido de tal suerte que ya en el capítulo de 1216 ó, como quieren otros autores, en el de 1217, pudo Francisco dividir el mundo en provincias de su Orden y señalar para cada una de ellas ministros provinciales que las gobernasen. Era llegada la época predecida

por Francisco, en que, como magno conquistador y príncipe, enviase sus lugartenientes por todo el globo. En la distribución fué señalado fray Daniel, uno de los mártires de Céuta, para Calabria; para Lombardía, Juan de Eustaquia; Benito de Arezo, para la Marca de Ancona; el famoso Elías de Cortona, para Toscana; á fray Bernardo de Quintaval correspondió España, que ya conocía; á Juan Bonelli tocó el espinoso y glorioso puesto de ministro en Provenza; á Juan de Pena, la alta y baja Alemania. Reservóse para sí Francisco los Paises Bajos y París, centro á la vez de temprana cultura y de estragadas costumbres; ciudad ya entonces orgullosa y babilónica, donde cabe las cátedras del Maestro de las Sentencias y de Pedro Comestor se habían alzado las de los panteistas y dualistas, cuyas doctrinas, encarnando en la práctica, anegaran en sangre la Galia Narbonense. Ardía, pues, Francisco por evangelizar la gran metrópoli, á la cual no alcanzaba toda la ciencia de su célebre Universidad para seguir los pasos de Cristo. — «Era cosa maravillosa, dice un cronista español de la Orden (7), ver á unos pobres hombres desnudos, descalzos, despreciados y despreciadores del mundo, dividirse ahora entre sí ese mismo mundo, repartiéndose sus provincias y reinos.» — «Id saludando á todo el que encontreis, encomendaba Francisco á sus discípulos, con las dul-

ces palabras de Jesus : Que la paz sea con vosotros.»

Dispúsose Francisco á encaminarse á la provincia que eligiera, y antes quiso despedirse en Florencia del cardenal Hugolino, su amigo. El Cardenal desaprobó el viaje proyectado, sugiriendo y representando á Francisco lo muy necesaria que era su presencia en Italia para consolidar la naciente Orden.—«Pero, exclamaba Francisco, yo he enviado á varios hermanos mios á remotos paises: si me quedo tranquilo en mi convento sin tomar parte en sus trabajos, será mengua para mí, y esos pobres religiosos, que padecen hambre y sed en tierra extraña, tendrán causa para murmurar; mas si saben que yo trabajo lo mismo que ellos, sufrirán de mejor grado las molestias, y me será fácil hallar nuevos misioneros.» —«Mas ¿con qué fin, interrogó el Cardenal, expones á tus discípulos á tan largos viajes y tantos males?»—Y respondió Francisco con fe inquebrantable: «Señor, tú crees que Dios no ha enviado á los frailes Menores sino para nuestras provincias; pero yo te digo en verdad que los ha elegido y diputado para el provecho y salvación de todos los hombres. Irán entre paganos é infieles, serán bien acogidos y ganarán para Dios gran número de almas» (8).

Con todo esto, el Cardenal persuadió á Francisco de la inoportunidad de ausentarse,

y Francisco expidió á Francia en reemplazo suyo á Pacífico, el convertido trovador, á Angel y Alberto de Pisa. El poeta misionero fundó convento en París; de allí pasó á Bélgica, y en Thourot ganó un prosélito singular, un niño de cinco años á lo sumo, que apenas hubo visto á los frailes pidió con lágrimas y extremos á su familia que le fuese vestido el hábito. Riéronse al pronto los padres; pero la tierna criatura se descalzó, ciñóse la cuerda, comenzó á observar la regla y á predicar á los demás niños por plazas y calles. Dos años jugó así á ser santo, hasta que su alma inocente y precoz abandonó el cuerpo: espiró pidiendo la Eucaristía, y muerto él, su padre se hizo dominico, cisterciense su madre (9). En Provenza logró Juan de Bonelli fundar los conventos de Besanzón, Tolosa y Arlés, auxiliado por el influjo de la santidad de su compañero Cristóbal de Romanía. La provincia de Inglaterra, que comprendía á Irlanda y Escocia, fué fecundísima para la Orden de san Francisco. Lóndres, Northampton, Cantorbery, Cambridge, acogieron con abiertos brazos á los frailes, que se cobijaban en cualquier casucha con que les brindaba la caridad, y así vivían y rezaban y aumentaban en número, como en el más espacioso convento; de suerte que á los treinta y dos años de haber cruzado el estrecho los nueve emisarios de Francisco, contábanse en Inglate-

rra cuarenta y nueve conventos y dos mil doscientos cuarenta y dos frailes. Dió la provincia inglesa opima cosecha de sabios á la Orden, de doctores que decoraron las brillantes escuelas de Oxford y Cambridge. No se mostró tan fácil de atraer y ganar la vasta provincia de Germania, que se extendía por todo el Norte de Europa, incluyendo á Dalmacia y Hungría. Malogróse totalmente la primera misión por ignorar Juan de Pena y sus compañeros la lengua del país: preguntábanles si querían hospedaje y si eran herejes, y á ambas cosas respondían: *Ya*, esto es, *sí*, única palabra tudesca que aprender lograran; lo que ocasionó que aquella gente ruda los encarcelase, apedrease y maltratase en tal manera, que hubieron de volverse espantados á Italia. En Hungría fueron, si cabe, peor recibidos: mas Francisco no acostumbraba abandonar presto el cultivo de una tierra por estéril que pareciese. Bastantes años despues del fracaso de Juan de Pena, en un capítulo que preside el vicario fray Elías, Francisco, tirando á éste de la manga de la túnica, le habla al oido: levántase entonces Elías, y se dirige á los frailes. — «Hermanos, les dice, el Hermano (así era llamado Francisco por antonomasia) me recuerda que existe una region llamada Teutonia, donde los hombres son cristianos, y áun devotos... A veces cruzan nuestro país, y visitan los santuarios cantando himnos á

Dios... Los frailes que hemos enviado allí fueron, sin embargo, mal acogidos: ninguno está, pues, obligado á volver; pero el que movido de inspiracion celeste lo hiciere, tendrá el mismo mérito que si fuese entre infieles... Si alguno hay que no tema el peligro, levántese.»—Noventa frailes se irguieron presurosos, demandando á porfía el puesto de honor. Nombrado ministro Cesáreo de Espira, de trágicos destinos, eligió éste veintisiete de los aspirantes á misioneros en Germania; entre ellos contábase Celano, el primer biógrafo de san Francisco. El éxito, que corona siempre la perseverancia, lució para esta nueva misión de Teutonia, y en breve las principales ciudades alemanas vieron surgir conventos en su seno.

Ya sabemos cómo en España se propagó la Orden: entre los incidentes de las diversas fundaciones, narran las crónicas el caso de dos frailes que, habitando en pobre ermita cercana á Toledo, y subiendo un dia á la ciudad á pedir limosna, por casualidad se entraron en la arena donde algunos mancebos rejoneaban y corrían un bravo toro. Al ver á los frailes los bulliciosos hidalgos por burla les invitaron á bajar al redondel y parar la fiera, prometiéndoles, si lo lograban, darles el toro y la plaza. Entonces uno de los frailes, penetrando sereno en el circuito asió al toro de las astas y lo paró en seco. No menos

parado y estupefacto el concurso, dió á los frailes el terreno prometido y limosnas copiosas para edificar el convento, que fué despues el muy famoso de la Inmaculada Concepción. Entre los misioneros de la provincia de España se contaron los generosos mártires de Valencia, cuyo déspota se convirtió despues en ardiente devoto, transformando en convento su propio palacio (10). Una provincia sola, la de Romanía ó Grecia, comprendía todo el Levante; y allí, cargado de años como de laureles, trocó la cota por el sayal el rey de Jerusalen y emperador de Constantinopla, Juan de Briena, campeador insigne, de aquella raza de caballeros andantes, que á recios mandobles se ganaban una corona para rematar su escudo de armas, un girón de púrpura para ornar los lomos de su corcel de combate, y al fin venían á pedir un hábito monástico con que amortajar sus glorias. Era el rey Juan de Briena tenido por el mejor campeón de su siglo: píntale su coetáneo, fray Salimbene, alto, vigoroso y atlético, infundiendo pavura en los sarracenos con la percusión de su férrea clava. Y el poeta Obispo de Tournay le describe, octogenario ya, desordenando, impetuoso y terrible como un Ayax ó un Hector, las haces griegas y búlgaras. A tan brioso paladín puso el yugo de perpetua mansedumbre el ministro fray Benito de Arezo.

Italia, como punto inicial de donde se

propagó el movimiento franciscano, contó en su seno diversas provincias: la de Toscana, la de la Marca, la de Lombardía, la de Tierra de Labor, la de Calabria, la de la Pulla: fértiles y pingües heredades donde fué cosechada abundancia de justos. Tierra de Labor es patria de Tomás de Celano, primer escritor que narró la bella leyenda de san Francisco (11). Este pidió el hábito en 1213, cuando una pléyada de varones literatos y de ciencia vino á engrosar las filas franciscanas.

Volviendo Francisco de Roma, gozoso por la aprobación de su regla en el Concilio, presentáronsele tres hermosas aunque humildes doncellas que con las manos asidas le sonreían, y enajenado y absorto entendió ser la Pobreza, Castidad y Obediencia, que andaban á festejarle. Otra manera de visión tuvo despues, atañedera asimismo á los destinos de la nueva Orden. Parecióle que una gallina se afanaba y deshacía toda por amparar á su cria de polluellos, asaltada de rapaces milanos; pero no alcanzando á cubrirlos el anchor de sus alas, fueran presa de las aves de rapiña á no sobrevenir águila poderosa cuya llegada puso en fuga á los pájaros crueles. Francisco explicó el símbolo sin tardanza. No ignoraba que su Orden, desde el principio tan floreciente, traía muy despierta la envidia y la emulación, ya en no pocos poderosos de la tierra, ya en mucho clero secular y prelados, más de lo

justo celosos de sus prerogativas, ó ménos de lo debido amantes del rigor y pureza evangélicos. Enconaba la ira de estos tales el mucho amor que el pueblo iba profesando á los frailes Menores. Ya había sucedido negar ásperamente el Obispo de Imola la licencia de que Francisco predicase en su obispado, licencia que luégo otorgó movido de las mansas súplicas del pobre de Asís. Calculó, pues, Francisco que si á él, débil y pacífica gallina, faltaba vigor para la defensa de su Orden, urgía buscar un águila fuerte que á tanto alcanzase. ¿Y quién mejor pudiera amparar á Francisco y á su familia que aquel grande amigo suyo, el cardenal Hugolino, obispo de Ostia? Prelado era éste que por su ciencia, elocuencia y piedad merecía universal veneración; ensalzábanle todos, desde el santo Francisco, hasta Federico II, el perseguidor cismático; ponía respeto su hermosa senectud, la augusta nieve que coronaba sus sienes apacibles, en torno de las cuales veía Francisco fulgecer el cerco aureo de la tiara, cuando en tono profético encabezaba así las cartas que escribía al anciano Cardenal: «Al reverendísimo Padre y Señor Hugolino, futuro Obispo de todo el mundo y Padre de las naciones.» Cumplido verémos el vaticinio, y al purpurado de Ostia ocupando el trono de los Pontífices, y sabremos cómo exaltó á su vez al humilde que le había pronosticado la grandeza. Pasaba ya

Hugolino por águila entre los individuos del Sacro Colegio, disfrutando alta fama de prudencia y sabiduría; y como tanto se mostraba prendado de Francisco, gustando de desnudarse la púrpura y vestir el sayal de los franciscanos y asistir á sus rezos y tomar parte en sus penitencias, fué solicitado para protector titulado de la Orden, y así lo otorgó la santidad de Honorio III. Ponderan Tomás de Celano y los *Tres Socios* el celo con que Hugolino desempeñó su cargo. Miró en atender á cuantas necesidades ocurriesen á la Orden; dilató su fama por apartadas regiones; escribió al episcopado encomendando no se hostilizase á los frailes, ántes se les recibiese y atendiese como a hijos predilectos de la Iglesia romana. Notable alivio para Francisco la cooperación generosa del príncipe Cardenal, que gestionando la parte terrestre—digámoslo así—de su instituto, dejaba al fundador desahogado y suelto para libremente discurrir en lo espiritual y divino, para vivir dentro de sí. Por consejo de Hugolino se resolvió Francisco á exponer á Honorio III ante el consistorio de Cardenales el estado de los asuntos de su Orden, á fin de captarse la benevolencia pontificia; pero sentía Francisco de sí tan bajamente, que no se tuvo por capaz de decir cosa de provecho ante aquel senado; y con este temor anduvo muy atareado concertando las partes de su oración y atildándola y estudiándola lo posible. Mas

al abrir la boca halló no recordar palabra del preparado discurso, con lo cual invocó al Espíritu Santo, y espontáneamente fluyeron de sus labios las frases como arroyos de leche y miel, abundantes y dulces.

Honorio III, sucesor del glorioso Lotario, vió cuajarse de flores y frutos rojos y odoríferos el árbol de la Órden franciscana, que apenas mostraba capullos y yemas al espirar su antecesor. Dos años eran pasados desde que Honorio regía la cristiandad, cuando convocó Francisco á los frailes Menores para asistir á capítulo general, señalando para su celebracion la Pentecostes del año 1219. Mientras corría la convocatoria, no interrumpió sus trabajos Francisco, y amén de varias fundaciones que datan de aquella época, entre otras la del conventillo de Grecio, teatro de tan tiernas escenas—atendió á muchos negocios de la Órden, y pasó en Perusa con el cardenal Hugolino largos coloquios y conferencias relativas al gobierno de su grey.

Llegóse el tiempo prefijado para el capítulo, y se vió descender por las laderas fértiles de Umbría, que á los blandos céfiros primaverales comenzaban á vestirse de vegetacion lozana, grupos de hombres con ceniciento sayal, que sin báculo ni alforja, descalzos los piés, cantando salmos ó platicando entre sí, se dirigían hácia un punto mismo, la Porciúncula. A 26 de Mayo de 1219 estaba el vallecillo

hecho humana colmena, y el astro del dia, al lanzar sus primeros dorados reflejos sobre la cresta de las montañas, alumbró á más de cinco mil hombres congregados á la voz de Francisco (12). Diez años hacía que en aquella iglesia de la Porciúncula oyera Francisco las palabras del Evangelio que le sugirieron la idea de su Órden.

Cuantos escritores tratan del extraordinario Congreso, se extasían advirtiendo el contraste entre los cuarteles de los ejércitos y el apacible real franciscano. Acampaban los frailes divididos en escuadrones de ciento ó de cincuenta: y siendo el sol claro y la estacion ya calurosa, alzaron para cobijarse cobertizos y tinglados de estera, por donde es llamado Capítulo de las *Esteras* aquel concurso. Respiraba todo él compunción y fervor, el fervor encendido y activo que distingue á las Órdenes jóvenes: de tantos franciscanos como bajo los toldos de esparto vivían, éste regaba con lágrimas la cotidiana oración, aquél caminaba con la tortura de los cilicios encogido y temblando; acá un bello mozo meditaba en los abrasados conceptos de la teología mística; allá un viejo todo albeado de canas se dolía de la carga de los años, que le vedaba ir de misionero á remotos climas. Los expertos generales, ante todo piensan en procurar víveres y sustento á sus huestes; Francisco no cuidó de disponer ni un mendrugo de pan con que aplacar el hambre

de los cinco mil huéspedes, á quienes encargó mucho fiasen en la providencia: y acertólo, pues conforme fué abriendo el dia, y subiendo á la mitad del cielo el sol, se vieron llegar al campamento gentes de los vecinos lugares, cuál con cestos colmados de frutas tardías, cuál con jaulones de aves, cuál con el canasto en que laten entre fresca yerba los argentados peces, cuál con el odre de generoso y balsámico vino. Luégo se pobló el campo de varia multitud que hacía pintoresca y gaya vista, destacándose sobre los hábitos sombríos de los frailes, ya la faldamenta de blanco lino y el jubon de verde sarga de las plebeyas, ya los ceñidos briales de escarlata golpeados de armiño, ó franjeados de oro, de las damas de alto linaje. Venían con sus tiernos hijuelos, que presentaban á los macilentos penitentes para que los bendijesen. Y los niños, risueños y animados, ofrecían á los frailes viandas, frutos, tortas y panecillos, pareciendo el cuadro uno de esos opulentos retablos de la decadencia, donde al lado de los santos graves en actitud de orar, ríen traviesos ángeles envueltos en sarmientos y racimos, en guirnaldas de pomas y flores.

Halláronse en el capítulo de las Esteras Hugolino, el protector de la Órden, y Domingo de Guzman, el español apóstol de Provenza (13). Comenzó á advertirse en los frailes congregados cierta mortandad, que pudo ori-

ginar la atmósfera un tanto palúdica de aquellos campos, ó las fatigas del viaje y escaseces del alojamiento. Temió Hugolino se declarase la epidemia, y Francisco ordenó á los capitulares irse á la mano en las penitencias, entregando los instrumentos de mortificación: órden que se cumplió, apareciendo hasta seiscientos cilicios, mallas, gruesas cadenas y rallos erizados de puas. Pronunció Hugolino un panegírico de la institución franciscana: y levantándose Francisco, dijo la exhortación memorable: —« Grandes cosas hemos prometido: mayores nos ofrecieron: cumplamos las unas, aspiremos á las otras. Breve es el goce, eterno el castigo, leves los padecimientos, infinita la gloria, muchos los llamados, los elegidos pocos. Cada cual recibirá según sus merecimientos. »

Fueron varios los asuntos que en el capítulo de las Esteras se trataron. Las disposiciones adoptadas, importantes al porvenir de la Orden, son la de mentar en especial á san Pedro y á san Pablo en las oraciones *Protege nos* y *Exaudi nos*, y la de cantar todos los sábados misa solemne á honra de la Inmaculada Concepción (14). Tales acuerdos, en apariencia meramente piadosos, significaban, el primero, la perenne ortodoxia de la Órden y su adhesión á la Iglesia madre; el segundo el criterio teológico de la Orden que atiende á la belleza no ménos que á la rectitud de la Verdad

soberana. También comenzó á agitarse en el capítulo de las Esteras la magna cuestión de la pobreza, destinada en lo venidero á desgarrar la Órden con hondo y sañudo cisma. Alegando especiosas razones, llegáronse al cardenal Hugolino los ministros provinciales fray Elías y Juan de Eustaquia, á sugerirle la necesidad de modificar la regla en lo tocante al absoluto desasimiento de todo bien y posesión temporal. Así el ideal de Francisco, como los ideales todos, no bien roza la tierra con sus alas de luz, las ve manchadas de polvo impuro, de humana escoria. Francisco contestó al Cardenal.—«Sabe, señor, que no soy yo, sino el mismo Jesucristo, quien ha escrito la regla, y ni en un ápice puedo alterarla.»—Tomando en seguida de la mano al Protector, le guió adonde se hallaban los frailes congregados en capítulo, y habló de esta suerte:—«Hermanos, hermanos mios, yo he sido llamado por Dios á la vía de la sencillez y humildad, á fin de que siga la locura de la Cruz. Para gloria de Él y confusión mia y paz de vuestras conciencias, os declararé que me ha dicho: Francisco, quiero que seas en el mundo un insensatuelo, que de palabra y obra predique la locura de la Cruz; que tú y tus frailes no sigais más que á mí; que yo sea el único modelo de vuestra vida.»—Pronunciada la arenga, salió Francisco, y vuelto Hugolino al senado exclamó:—«Bien veis cómo el Espíritu Santo

habla por boca del apostólico penitente: su palabra sale como espada de dos filos, penetrando hasta el fondo del corazón: no contristeis al espíritu de Dios, no seais ingratos á los beneficios que os dispensa: realmente está en ese pobre, por medio del cual os manifiesta las maravillas de su poder.»—Callaron todos, y por entonces quedó asentada y firme la pobreza.

Los frailes expedidos á misiones dieron quejas á Francisco de haber sido maltratados en varias partes, no sólo de las gentes, sino del clero alto y bajo que los acogía con ménos cordialidad que recelo. A fin de remediar este mal sin rencillas ni discordias, solicitó Francisco de Honorio III el breve siguiente:

«Honorio, Obispo, siervo de los siervos de dios: á los Arzobispos, Obispos, Abades, Deanes, Arcedianos y otros prelados de las iglesias: Como los amados hijos fray Francisco, y los compañeros suyos de vida y religion de los frailes Menores, despreciadas las vanidades y delicias de este mundo, hayan elegido un camino de vida que aprobó dignamente la Iglesia Romana, y sembrado las semillas de la palabra de Dios, á imitación y ejemplo de los apóstoles, y viven en diversas partes y mansiones; á todos vosotros universalmente rogamos y exhortamos en el Señor, mandándoos por este rescripto apostólico que á los que llevaren las presentes letras, siendo

del colegio y congregación de dichos frailes, cuando llegaren á vuestros territorios, los recibais como á católicos y fieles, y además, por reverencia de Dios y nuestra, les seais favorables y benignos. Dado el tercero de los idus de Junio, año tercero de nuestro pontificado.»

Con estas letras comendaticias dispuso Francisco dar nuevo y mayor empuje á la comenzada obra de las misiones: que no cabía ya el espíritu franciscano en los estrechos ámbitos de Italia, y pugnaba por derramarse en todo el mundo conocido. Allí, en aquel Capítulo, viendo reunido en torno suyo lo más granado de su numerosa prole, pudo discernir y señalar á los más idóneos para cada oficio. Hacíalo así investido de autoridad suprema, habiendo sido elegido unánimemente General, cosa que bien presentía él iba á suceder, cuando en el camino de Perusa á Asís dijo al fraile que le acompañaba:—«Imagínate que en este Capítulo me piden que les predique, y que después de hablar yo como pueda, con calor y lisura, soy motejado de ignorante, y por rústico me desprecian y baldonan, y que gritando: «no queremos por superior á este sandio» me arrojan del Capítulo. Pues si no permaneciere sereno é inalterable en este caso, no me tendré por fraile Menor verdadero. Ahora bien, más que á tal suceso temo yo á ensalzamientos y honores.»—Vióse harto en los primeros ejercicios de su poder la sencillez de su mé-

todo y la fuerza de su voluntad. Unas cuantas palabras suyas enviaban á lejanas naciones hombres heroicos, penetrados totalmente del pensamiento franciscano. El diploma se reducía á la más breve fórmula.—«Yo, el hermano Francisco de Asís, ministro general, te mando por obediencia á tí, hermano Añelo de Pisa, que vayas á Inglaterra á ejercer el cargo de ministro provincial. Adios» (15).—Tres circulares completaban el lacónico mandato: era la primera para los clérigos, encomendándoles encarecidamente manejasen con respeto y guardasen con decoro la Eucaristía: la segunda se dirige á las potestades temporales, á las cuales dice:—«Considerad atentamente que la hora de la muerte se aproxima; con todo el respeto posible os ruego, no sea que con el tráfago de los negocios mundanos echeis en olvido á Dios y quebranteis sus mandamientos, que malditos son cuantos del Señor se apartan.»—Y la circular tercera enseñaba á los superiores de la Orden que «hay cosas altas y sublimes ante Dios, tenidas quizás por los hombres en concepto de viles y abyectas; bien como otras, muy estimadas de los hombres, son á los ojos de Dios despreciables.»

Todo el tiempo que duró el capítulo no cesaron los pueblos comarcanos de acudir con manjares y socorros. Domingo de Guzmán, que al pronto temió diezmase el hambre á

aquella muchedumbre falta de todo recurso, salió, según se asegura, maravillado y ardiendo en deseos de cimentar su Orden en la misma completa pobreza evangélica. Y el anciano Hugolino, recorriendo las apretadas filas que se tendían por la llanura como copiosa miés trigal donde no asoma cizaña; viendo aquella legión resuelta, cual la chica hueste griega de Leonidas, á lidiar ella sola contra todo el universo, prorumpió, vertiendo lágrimas de gozo, en esta frase:—«*Vere castra Dei sunt hæc.*=*Este sí que es el real de Dios.*»

NOTAS.

(1) *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum, antequam patiar: Dico enim vobis, quia ex hoc non manducabo illud, donec impleatur in regno Dei.* (Luc. XXII, 15.)

(2) Santo Domingo de Guzmán fué natural de Caleruega, diócesis de Osma en Castilla la Vieja. Llamábanse sus hidalgos padres D. Félix de Guzman y Doña Juana de Aza, venerada por santa en los altares.

(3) Lacordaire: *Historia de Santo Domingo.*

(4) «El obispo Diego y el canónigo Domingo, llegaron de Roma á Montpellier, á tiempo que los tres legados apostólicos resolvían tristemente resignar en manos del Papa su cargo de misioneros. Eran, no obstante, hombres de gran fe y espíritu: pero abandonados de todos, ni bien podían obrar por via de autoridad, ni de persuasión. Ningun obispo de aquellas provincias viniera en juntarse con ellos para exhortar al conde Raimundo VI á recordar los gloriosos hechos de sus antecesores. Ni tuvieron mejor resultado las conferencias con los herejes, pues éstos oponían siempre la lastimosa vida del clero, repitiendo las palabras del Señor : En sus frutos los conoceréis.» Rohrbacher: *Histoire de l' Eglise Catholique.*

(5) Un dia, como el Abad del Cister saliese con sus monjes, cercado de pompa, para ir al Languedoc á trabajar en la conversión de los herejes, dos castellanos que volvían de Roma, el obispo de Osma y uno de sus canónigos, el famoso Santo Domingo, no vacilaron en decirle que tanto lujo y boato destruirían el efecto de sus palabras. — Con los piés descalzos—dijeron— hay que marchar contra los hijos del orgullo; ejemplos quieren, y no los reduciréis con frases.—Los cistercienses se apearon de sus monturas, y siguieron á los españoles. Michelet: *Histoire de France.*

(6) Algunos opinan que esta proposición de santo Domingo fué hecha cuando en 1219, ántes del capítulo de las Esteras, se encontraron otra vez ambos fundadores en Perusa, en casa del cardenal Hugolino. San Francisco respondió en estos términos: «Hermano mio, es voluntad de Dios que nuestras Ordenes crezcan separadas, porque esta variedad conviene á la humana flaqueza, que por ventura habrá quien huya de la estrechez de una Orden y se conforme con la suavidad de otra. — En la misma ocasión rehusaron los dos Santos las prelaturas y dignidades eclesiásticas que Hugolino les ofrecía para sus hijos.

(7) Fr. Damián Cornejo.

(8) *Domine, vos putatis quod solummodo propter istas provincias Dominus miseret Minores; sed dico vobis in veritate, quod Dominus eos elegerit et miserit propter profectum et salutem animarum totius mundi. Et non solum in terris fidelium, sed et infidelium et paganorum benigne recipientur et multas animas Deo lucrabuntur.* Bartolomé de Pisa, citado por Chavin de Malan.

(9) Fr. Pánfilo da Magliano: *Storia compendiosa di San Francesco.*

(10) Los mártires de Valencia fueron Juan de Perusa, presbítero, y Pedro de Sasoferrato, lego. En la sacristía del convento de San Francisco de Valencia se conservaba un cuadro, obra del famoso canónigo Victoria, discípulo de Cárlo Marata, que representaba á D. Vicente Belbis «llamado ántes Zeit-abu-Zeit, rey árabe de Valencia, á quien su hermano Zaen, rey de Denia, despojó del trono; y él acudió á Calatayud en busca del rey D. Jaime, conquistador de esta ciudad: recibió la religion cristiana y cedió este sitio, en donde estaba su palacio, para los frailes de San Francisco.» Ponz: *Viaje de España.*

(11) Algunos creen al Beato Tomás de Celano autor también de la *Vida de Santa Clara*, por otros atribuida á S. Buenaventura.

(12) Número más sorprendente si se tiene en cuenta que en los conventos quedaban muchísimos frailes por necesidad.

(13) El cronista español Cornejo se detiene en comprobar minuciosamente la exactitud de esta noticia que los historiadores modernos de san Francisco aceptan como cosa averiguada. Así también Rohrbacher en su *Historia de la Iglesia.*

(14) Asimismo se resolvió que los edificios que erigiese la Orden no pasasen nunca de muy humildes y sencillos.

(15) *Ego, frater Franciscus de Assisio, minister generalis, præcipio tibi, fratri Agnello de Pisa, per obedientiam, ut vadas ad Angliam, et ibi facias officium ministeriatus.*

CAPITULO VI.

PRIMER CORONA.

La sexta Cruzada. — El aviso del penitente. — San Francisco y el Sultán. — Los protomártires. — Primer corona.— Fruto de la sangre.— Primer borrasca. — San Francisco en las lagunas de Venecia. — Predicación. — Retiro. — Anécdota. — Visión.

«.....
Pues infinitas estrellas
son mártires infinitos,
como las llagas parece
que el imperio habeis partido.»
.....
(LOPE DE VEGA: *Romance á las Llagas.*)

BREVE tiempo era transcurrido desde que ceñía la tiara pontificia Honorio III, cuando recibió urgente y premiosa epístola del Gran Maestre de los Templarios, que residía en Tierra Santa. «Nunca, decía el mensaje, se encontraron más que ahora flacos y sin fuerzas los infieles: caros los víveres, menguada la cosecha, faltando las subsistencias de Ultramar, y no hallándose en esta tierra ni una acémila, ni un

corcel de combate. Que los cruzados vengan, pues, y traigan provisión de vituallas y monturas. El gran sultán Sefedino tiembla, porque sabe que llegaron aquí el rey de Hungría, los duques de Austria y Moravia; teme asimismo á la flota de los frisones, y queriendo ganar ventajas, manda á su hijo Conradino que nos ataque. Pero sabed que nosotros tratamos en asaltar á Egipto por mar y tierra, y en poner cerco á Damieta, abriéndonos así camino hácia Jerusalén.» —Dirigióse Honorio descalzo y compungido á San Juan de Letrán, siguiéndole el clero y pueblo, con no menores señales de penitencia: oró allí largo trecho; volvióse á su palacio, y escribió una circular á todos los obispos, ordenándoles que á cuantos en sus diócesis hubiesen tomado la cruz, encargasen estar dispuestos para salir prontamente á Tierra Santa. Reunidos en Tolemaida los cruzados, concertóse el plan de campaña; en vez de forzar la entrada de Palestina tuvieron por más acertado el sistema que Inocencio III concibió con notable previsión política: invadir á Egipto, estrechar y tomar á Damieta. Las riberas del Nilo vieron entonces acampar dentro de tiendas enclavadas en su limo viscoso al rey de Jerusalén, el indomable Juan de Briena, asistido del Patriarca, de muchos obispos, del duque de Austria, de los caballeros del Temple y San Juan, y de aguerridos tercios frisones y germánicos. En

los principios de la empresa reinó, como suele suceder, mucha unión, concordia y entusiasmo: resfriáronse luégo los ánimos con las dilaciones del largo y trabajoso asedio, y la paz y armonía antigua se volvieron rencillas y enemistades en el campo cristiano. Motejaban los jinetes á los peones y éstos á aquéllos; las gentes de diversos paises se acuchillaban por la menor causa, y para que hasta lo más alto llegase el desórden, el cardenal Pelagio, legado del Papa, pretendía atribuirse el mando supremo, perteneciente á Juan de Briena. Enredados y distraidos con sus internas discordias descuidaban los cruzados lo esencial, no apretando á Damieta, como pudieran, si aprovechasen la situacion crítica de los musulmanes y la muerte de Malek-Adel. De suerte que en el ejército latino las disposiciones militares se adoptaban sin cordura ni seso, y acaeció que en cierta ocasión, hallándose las fuerzas de Juan de Briena mal dispuestas y peor situadas, le compelieron los sediciosos á dar la batalla. Y en la vigilia del dia del combate, cuando los soldados acicalaban sus armas y todo el ejército se aprestaba á la pelea, llegaron al real muy fatigados y miserables dos penitentes, y el uno de ellos, habiendo solicitado ver á los jefes de la Cruzada, les encargó de parte de Dios que desistiesen de entrar en acción, y cuando nó, contasen con desastrosa rota. Riéronse los capitanes del

augurio: en aquella época pululaban en los campamentos visionarios, iluminados y profetas, y sus vaticinios no alcanzaban gran crédito. Mas á las pocas horas el anuncio del penitente se cumplió, bebió arroyos de sangre cristiana el cálido suelo de Egipto. Seis mil combatientes perecieron en la jornada funesta, y fueron conducidas al sultán en azafates las cabezas de cincuenta jefes cruzados.

Francisco era el penitente, que por tercera vez salía en busca del suspirado martirio. Para mejor lograr el objeto de sus ansias, al terminarse el capítulo de las Esteras fió el gobierno de la Orden á Elías, ministro provincial de Florencia, y reservándose la misión de Levante, tomados consigo doce compañeros, encaminóse á Ancona, á fin de embarcarse. Los dias que se detuvo en el puerto esperando nave, se le unieron muchos neófitos, y porfiaban por seguirle á Siria. Entonces Francisco llamó á un tierno niño, que pasaba casualmente por allí, rogándole señalase con el dedo á aquéllos que debía llevar en su compañía, y el niño fué apuntando á los doce ya elegidos por Francisco: entre éstos se contaban Pedro Cataneo, Bárbaro, Sabatino, Iluminado, Leonardo de Asís. Hiciéronse á la vela para Chipre, de donde pasaron á Tolemaida; allí Francisco repartió su gente y la distribuyó por las diversas provincias, con encargo de ir predicando la fe. Quedóse él con solo fray Ilu-

minado, y siguiendo el viaje llegaron á la vista de Damieta, donde el ejército cruzado tenía sus cuarteles. Francisco consideró las tiendas, el real sombrío en cuya oscuridad rojeaban las fogatas ó relucían las cotas de acero y los hierros de lanza, y dijo con angustia á su socio:—«Sé que los cristianos llevarán la peor parte en el encuentro. Mas si lo digo, tendránme por loco, y si nó me remorderá la conciencia. ¿Qué haré, hermano Iluminado?»—«¿Ahora te paras, padre, contestó éste, en eso de que te tomen por loco? Teme á Dios más que á los hombres, y di la verdad» (1).—Ya sabemos como fué menospreciado el aviso de Francisco, y el mal suceso de las armas occidentales. Hasta el invierno no lograron los cruzados rendir á Damieta, alfombrada de cadáveres de sus defensores, y tales fueron los estragos del hambre, de la peste, de la guerra, que el rey cristiano de Jerusalén y el sarraceno sultán de Egipto lloraron juntos tristes y copiosas lágrimas al estipular la tregua (2).

Dejó Francisco el campo cruzado, y entróse por el de los musulmanes, regocijados y soberbios con la victoria y cebados aún en la reciente matanza: mala sazón por cierto para convertir á aquella muchedumbre fatalista. Y aún es maravilla que al divisar á los dos penitentes se contentasen los soldados de las avanzadas con golpearlos, maniatarlos y lle-

varlos arrastrando á presencia del sultán; porque, segun pregón, valía un besante de oro cada cabeza bautizada. No lo ignoraba Francisco, y al comenzar la ruta iba cantando: «Señor, pues estais conmigo, aunque camine entre sombras de muerte, no temeré á mal alguno.»— Y más adelante, habiendo visto dos ovejas que sosegadamente pacían, dijo á Iluminado haciendo extremos de gozo: —«Fia en el Señor, hermano, que en nosotros se cumple aquel dicho del Evangelio; hé aquí que os envío como ovejas entre lobos.»—quizá no degollaron á Francisco y su compañero, al cogerlos, gracias á la propia intrepidez con que ellos solicitaban ser llevados al sultán. Conducido ante Malek-Kamel, Francisco dió suelta á su encendida elocuencia, discurriendo muy de propósito acerca de la Trinidad inefable, dogma radicalmente opuesto al sensualismo mahometano. Oyóle Malek con sorpresa primero, con mansa tolerancia luégo, con vivo interés por último. No eran nuevas para el sultán las doctrinas que enseñaba Francisco: que al fin la lucha es contacto, y en tantos años de guerra, cristianos y sarracenos habían llegado á conocerse mutuamente. Pero lo que á Malek admiraba en Francisco era lo que maravillaba también á Europa: el espíritu del Evangelio mostrándose encarnado en un hombre. Los voluntarios de Cristo con que Malek combatía eran en ocasiones rapaces, crueles

y altivos, mientras aquél que venía á presentársele pacífico y desarmado tenía en su dulzura, en su eficacia, en su humildad, unos perfiles y reflejos del mismo crucificado Redentor. Aficionóse, pues, el Sultán á Francisco por extraordinaria manera, y áun le rogó continuase discurriendo, porque le placía mucho escucharle; pero no quería Francisco regalar oidos é imaginaciones con vanas retóricas, sino llegar al corazón y convertir.—«Me quedaré aquí, dijo al Sultán; me quedaré y consagraré la vida entera á enseñar la verdad á ti y á los tuyos; pero es preciso que con fe y esperanza creas en Jesucristo.»—Malek titubeó; convertirse era rendir la bandera nacional, era ponerla por alfombra dónde la desgarrasen las espuelas de los cruzados: el conquistador y el monarca se despertaron en él, y movió la cabeza en señal negativa.—«Escúchame, insistió ahincadamente Francisco: convoca á tus imanes y á los doctores de tu ley; haz encender una hoguera; ellos y yo entremos por el fuego juntos, y aquél á quien respeten las llamas, ese será el que adore al verdadero Dios.»—Malek sonrió con ironía, porque acababa de ver á uno de sus imanes más viejos y reverendos escurrirse disimuladamente del concurso.—«Temo, respondió, que ninguno de mis alfaquíes ha de admitir la prueba.»—«Pues enciende la hoguera, que yo solo me meteré por ella, porfió Francisco.

Si las llamas me consumen, impútalo á mis pecados; mas si salgo incólume, tu alma es de Jesús.»—No se resolvió el Sultán á consentir el experimento, temiendo algun prodigio que sembrase el pánico en sus vencedoras filas; pero probó á Francisco lo mejor que supo y pudo su respeto y amor; cubrióle de dádivas, que no fueron aceptadas, dióle licencia ámplia de recorrer sus dominios, y al apartarse de él manifestó gran pena. Los historiadores de la época dan á entender, y áun algunos lo afirman, que Malek conservó toda su vida memoria de la entrevista y deseo de ser cristiano, y áun que lo fué en su última hora. Jacobo de Vitry, testigo ocular del cerco de Damieta, nos presenta al Sultán despidiéndose de Francisco con la súplica de rogar á Dios por él para que al recto camino le guiase (3). Ello es que Malek se mostró siempre caballeresco y magnánimo con los cristianos, dando libertad á los prisioneros, medicina á los enfermos, redención á los esclavos y pan y viandas á los hambrientos, cuyas angustias y dolores lloró con el rey de Jerusalén (4).

Malek facilitó á Francisco salvo-conducto con el cual pudiese internarse tierra adentro, predicando la fe de Cristo; si bien añadió el peregrino encargo de no maldecir de Mahoma. Francisco é Iluminado prosiguieron la ruta, pero su misión rendía escasos frutos; el odio al nombre cristiano era inveterado y pro-

fundo después de tantos y tan recios combates, y la palabra de Francisco, que en Occidente abrasaba, al decir de san Buenaventura, como encendida antorcha las almas, en el Oriente no pasaba de los oidos. Durante las jornadas de tan estéril viaje requirió de amores á Francisco bella y liviana moza egipcia; y al verla delante, con galano arreo, con halagüeña y blanda risa en los labios, en los ojos la lumbre del sol oriental, turbada la voz y pronunciando con modulaciones de sirena tiernos requiebros, Francisco asió á puñados los ardientes tizones del hogar, y esparciéndolos por el suelo y arrancándose el hábito, se acostó sobre las brasas, convidando á la moza á hacer de aquella cama de fuego tálamo de las nefandas nupcias propuestas. Y añaden los cronistas que llorosa y corrida la desenvuelta mujer, viendo sujetas á tal suplicio las carnes inocentes del Santo, hubo de convertirse y dejarse catequizar y bautizar. Francisco se volvió al cuartel cristiano, donde esta vez le recibieron con veneración, reconociéndole por aquel pobre de Asís tan nombrado en Europa, y sus exhortaciones pusieron algún coto á la licencia y desenfreno militar. El historiador Jacobo de Vitry explica en estos términos la impresión que causaba Francisco:—«Hemos visto — dice — al Fundador y Superior general de los Menores, hombre sencillo y sin literatura, amado de Dios y de la gente, al cual llaman el her-

mano Francisco; y anda de tal suerte embriagado con el fervor del espíritu, que habiendo venido al campo de los cristianos ante Damieta, pasó al del Sultán para convertirle á la fe» —(5). Del campamento siguió Francisco á Palestina, visitando el Santo Sepulcro: y en fragosa soledad próxima á Antioquía, dió con un antiquísimo monasterio de Benedictinos, que trocaron en masa su negra cogulla por el franciscano sayal. Por entonces recibió Francisco noticias de disensiones y embarazos en el gobierno de su Órden; un fraile, enviado sigilosamente á Palestina, trajo encargo de advertirle que en Italia era su presencia indispensable. Con esto tomó la vuelta de Candía, y de allí sentó la planta otra vez en país latino, desembarcando en Venecia. Frustrósele así por tercera vez el plan y anhelo de derramar su sangre en Oriente.—«¡Hombre beato en verdad!—dice á este propósito san Buenaventura—que, si no traspasó tu carne el cuchillo del verdugo, todavía no perdiste la semejanza del divino Cordero inmolado. ¡Beato y dichoso en verdad, que no caiste al filo de la espada perseguidora, y sin embargo alcanzaste la palma del martirio!»

Mas lo que en su persona no pudo Francisco obtener, consiguiólo en la de sus frailes. Al tomar para sí las regiones de Oriente, había elegido y destinado á las de los sarracenos occidentales seis misioneros: Berardo, Pedro,

Ayuto, Acursio, Oton, y Vital, que los mandaba. A ejemplo de Josué, Francisco buscó para el empeño más arriesgado, varones fuertes y sobrios, á toda pelea y fatiga dispuestos: al despedirse de ellos, comprendiendo que caminaban á un peligro inminente, dióles con gran ternura y llorando el ósculo de paz y la bendición. Esta, y el breviario y regla, era todo el viático que llevaban. Entraron en España, pasando á Aragón, donde el superior fray Vital, mortalmente enfermo, vió no poder ir más adelante, y resignando la autoridad en Berardo, ordenó á sus compañeros prosiguiesen el camino. Llegados á Coimbra, la reina Urraca, esposa del vencedor de los moros cordobeses, Alfonso II, quiso á toda costa platicar con los santos misioneros, y en la entrevista les rogó que la informasen de la hora en que tenía de cogerla la muerte.—«Señora, —respondió fray Berardo — cuando nuestros cuerpos despedazados por los infieles sean traidos á Portugal, téngalo vuestra alteza por señal cierta de morir luégo»—(6). Urraca mandó los frailes muy recomendados á la infanta doña Sancha, que residía en Alenquer, y allí se hospedaron en el convento, fundación de san Francisco y donación de esta bienaventurada princesa (7); la cual surtió á los misioneros de ropa seglar para que sin obstáculos siguiesen el viaje. Merced al disfraz, penetraron en el territorio mauritano, y se in-

trodujeron en la populosa y magnífica Sevilla, envanecida con su acueducto de seis leguas, su mágico alcázar, su erguido observatorio astronómico (8) y su incomparable mezquita, donde tan presto había de plantar la cruz el terciario franciscano san Fernando. Ante una de las afiligranadas puertas se colocaron los frailes, nó sin haberse vestido otra vez sus hábitos, y Berardo, que poseía la lengua árabe, predicó: era el dia festivo, inmensa la concurrencia; movióse gritería y escándalo, y fueron arrojados con desprecio, como sandios y dementes; acudieron á otra mezquita, y siguieron la plática, con el mismo resultado; entraron intrépidos por el palacio del Emir, y éste, con más tedio que cólera, los puso presos en la Torre del Oro. Desde los altos ajimeces exhortaban á los transeuntes; y entónces los llevaron á un subterráneo, sin darles alimento, cargándolos de grillos hasta que al fin, no sabiendo qué hacerse con ellos, y huyendo quizás de ofrecer á la culta metrópoli sevillana un cruento espectáculo, los embarcaron para donde más deseaban, para Marruecos. Era allí á la sazon valido del Miramamolín y general organizador de sus ejércitos un infante de Portugal, don Pedro, á quien desavenencias y disgustos con su hermano Alfonso habían conducido al afrentoso extremo de ofrecer espada é inteligencia á los enemigos de su Dios. Los misioneros declararon á don Pedro como ve-

nían á predicar la fe, y el Infante, aterrado, comenzó á disuadirlos de su propósito: usaban los marroquíes tácita tolerancia con los cristianos; sin desconfianza veían á un caudillo católico al frente de las tropas sarracenas; crecía y prosperaba el comercio entre el Mediodía de España y el Magreb, y hé aquí que iban á perderse tantos bienes por la resolución de cinco hombres empeñados en buscar el martirio. Pero los frailes no se pagaron de las razones del Infante, y subiéndose á lo alto de una carreta exhortaban á la muchedumbre. Internados, de órden del Miramamolín, en el desierto, volviéronse á la ciudad tan pronto se vieron libres: los encarcelaron con ánimo de dejarlos morir de hambre; se desencadenó entonces desatada tormenta, que hizo creer al supersticioso pueblo que la cólera celeste vengaba á los infelices cautivos, y por segunda vez los soltaron; nueva predicación, que dió por resultado que el infante don Pedro los recogiese á su palacio, de donde huyeron á la primer coyuntura favorable, para repetir la confesión pública. El Emperador, que volvía de cumplir una ceremonia y rito de su culto, se dió de manos á boca con el gentío que rodeaba á los misioneros; impaciente ya, los sepultó en una mazmorra: de allí fueron sacados, convidados á retractarse, entregados al Arraez, juzgados sumariamente á la manera árabe, azotados hasta descubrirse sus huesos,

regadas las llagas con vinagre y sal, arrastrados los cuerpos palpitantes de dolor sobre abrojos; y vivos aún los mártires, el Miramamolín quiso verlos y arrancarles la abjuración; no lográndolo, de un solo golpe de cimitarra les fué hendiendo en dos mitades la cabeza por la frente (9). Aquella noche, á la infanta doña Sancha, en su melancólico camarín de Alenquer, se aparecieron cinco frailes que le mostraban gozosos una sangrienta cuchilla. Y al recibir Francisco la nueva del tránsito de los misioneros, exclamó regocijado:—¡«Ahora sí que puedo decir con verdad que tengo cinco frailes Menores!» — Volviéndose despues á la parte de España, donde se hallaba el convento de Alenquer, le dirigió estas frases: — «Santa casa, tierra sagrada que has producido y presentado al Rey del cielo cinco bellas purpúreas flores, de suave perfume! Santa casa, ¡seas siempre morada de santos!»

Traspasado el infante don Pedro de lástima y terror, recogió piadosamente las despedazadas reliquias, que después de servir de ludibrio á la plebe, habían sido dejadas para pasto de las fieras y aves de rapiña: supiéronlo los moros, asaltaron el palacio del Infante para quitarle los despojos santos, y en la refriega que se trabó por defenderlos fueron muertos Martin Alfonso Tello, hidalgo portugués, y Fernando de Castro, castellano. Al fin se llevaron los sarracenos las reliquias y

las arrojaron al fuego, que no prendió en ellas, ni destruyó un solo cabello de las cabezas separadas del tronco; y á fuerza de oro, pudo el Infante otra vez rescatarlas; buscó á tres niños inocentes que lavasen, ungiesen, embalsamasen y envolviesen en limpios cendales randados los puros cuerpos, y depositólos en urnas de maciza plata. A este tiempo recibió con júbilo un mensaje secreto de su hermano el rey Alfonso, brindándole paces y llamándole á su lado, con lo que dispuso cautelosamente la fuga, y tras peligroso y dramático viaje al través de las montañas del Atlas, en que fué su guía el instinto del mulo á cuyos lomos iban las preciosas reliquias, pudo embarcarse para su patria, muy á tiempo, que ya la suspicacia del Miramamolín, exaltada por el incidente de la protección á los mártires, disponía á su garganta un lazo corredizo. Entró el prófugo en Coimbra, al repique de las campanas, cercado de multitud inmensa, que festejaba la llegada de los cuerpos santos: los reyes salieron á recibirlos con solemne aparato, y la reina Urraca se preparó para la muerte, que le sobrevino á pocos dias. El infante dón Pedro escribió menudamente la crónica de los protomártires franciscanos, tan enlazada con su propia historia (10).

Ciertamente que Marruecos, lo mismo que Palestina, era tierra dura y refractaria, cuando ni á aquélla la sangre de los mártires,

ni á ésta la presencia de Francisco de Asís, lograron conmover, como solían, á la sociedad europea. Pero quizás los musulmanes, pueblo formado por la cimitarra, necesitaba, para recibir el Evangelio, que otro conquistador deshiciese la obra de Mahoma y arase con la espada el campo estéril, ántes de arrojar en él la semilla. Para una raza fatalista y sensual, que pone á Dios de parte de los que triunfan, no hay misionero más persuasivo que un vencedor, ni elocuencia como la de las ciudades arrasadas y los sojuzgados imperios. En Europa, de tantos siglos atrás cristiana, la voz del pobre Francisco, predicando el rigor evangélico, no había menester sino tocar las conciencias para que despertasen las ideas mamadas con la leche, disueltas en el espíritu de las gentes; desfallecidas quizá, nunca muertas. A la raza agarena, hecha á soñar con un paraíso de materiales goces, cuyo ingreso se compra á precio de cabezas de enemigos; prendada de la poesía, del color, de la luz, de lo carnal y tangible, no podía conmover la espiritual hermosura de la pobreza, de la penitencia, del frenesí de la cruz. De suerte que ni áun honraron en Marruecos á los misioneros con el recelo que inspiran los novadores: tuviéronlos solamente por locos y maniáticos, inofensivos primero, molestos después, insufribles por último. El mismo aprecio merecieron de allí á pocos años los sublimes már-

tires de Ceuta (11), siete Franciscanos que ganaron la triunfante palma tras de haberse preparado comulgando y lavándose los piés entre sí, y de dejar escrita una carta digna de los siglos heroicos del cristianismo (12), y que caminaron á rendir los cuellos al acero, cual los griegos de las Termópilas, descritos por un gran poeta, como si fuesen á espléndido convite (13).

Mas no padecieron en balde los generosos confesores, que así como suele ocurrir que el polen de una flor es llevado por el aire á larga distancia para fecundar otra flor en distinto clima, el martirio de los Franciscanos, infructífero en Marruecos, fué eficacísimo en Europa. La Orden de Menores, que briosa y joven salía al palenque, recibió de sus protomártires el bautismo cruento, la consagración de la sangre que ha menester toda obra redentora. De aquella sangre brotó el taumaturgo de Padua; y así como el empeño que puso Francisco en evangelizar las comarcas de Oriente hizo de sus discípulos fieles custodios del sepulcro de Cristo y de los lugares testigos de su Pasión, el suplicio de los mártires de Marruecos cimentó para siempre en el fértil Magreb la tolerancia y el respeto hacia la Orden de Asís y el culto cristiano, que consintió el Miramamolín en sus dominios, con condición expresa de que fuese servido por hijos de san Francisco (14). Todavía hoy en las aldeas

berberiscas, como en las tolderías y aduares beduinos, es acogido con amorosa familiaridad el fraile misionero y venerado el burdo sayal, proscrito en las ciudades católicas de España (15).

Volvamos á Francisco, que corría á Italia espoleado del afán de defender á su dama la vírgen Pobreza; pues mientras las cinco rojas flores franciscanas embalsamaban el antiguo jardín de las fabulosas Hespérides (16), y la Orden cogía en Mauritania el primer lauro, en Italia era combatida por la primer borrasca, y resonaba la primer nota discorde en la celestial sinfonía de Asís. Ya en el capítulo de las Esteras Juan de Eustaquia y Elías de Cortona habían tratado de insinuar á Francisco, por mediación del Cardenal protector Hugolino, la conveniencia de que mitigase el rigor de la regla en el artículo de la pobreza: sabemos cuál fué la respuesta de Francisco. Ahora, en torno del mismo Elías, nombrado General de la Orden, comenzaban á agruparse los que querían engrandecerla según la carne y no según el espíritu, y llegaban á oidos de Francisco noticias de la edificación de capaces y suntuosos conventos, de hábitos de fino paño, de celdas cómodas y apacibles, á la vez que de graves novedades en el régimen interior: sus frailes, hechos á comer indiferentemente, á fuer de pobrecillos y mendigos, lo que la caridad les diese, conforme Cristo enseñó á sus

apóstoles para cuando peregrinasen por el mundo, y á vivir lo mismo de suculentos manjares que de tosca galleta de maiz, estaban ahora sujetos á una prescripción fija de abstinencia de carnes; aparente austeridad, que en el fondo pugnaba con el espíritu de la regla. Hacíasele á Francisco largo el camino de vuelta á Europa.

Detúvose en Venecia, y una tarde salió á espaciar el ánimo por las márgenes de las lagunas. El paisaje, ameno al par que melancólico, convidaba á meditación: en lontananza se tendía la azul planicie del Adriático, erizada de menudas olitas; á los piés del Santo dormitaba el agua parda é inmóvil de los canales, y sombreábanla frescas plantas palúdicas, abedules y cañaverales de follaje lustroso. En aquel lugar solitario, pocas veces hollado del humano pié, se refugiaran infinidad de aves acuáticas, que saludaron á Francisco con regocijada algarabía. Rogóles Francisco que guardasen silencio, y arrodillándose, comenzó á alabar á Dios con el rezo de las horas: y entretanto las aves, paradas en graciosas actitudes de reposo, formaron círculo en torno suyo, sin aletear siquiera. En el lugar donde ocurrió tan poética escena se alzó una ermita y un convento más tarde (17).

De Venecia pasó Francisco á Padua, á Bérgamo, á Cremona, donde halló otra vez á Domingo de Guzmán, el cual bendijo, á rue-

gos de Francisco, las aguas malsanas de una cisterna, purificándolas. De Cremona siguió á Mantua, entrando por fin en la sabia Bolonia. Innumerable concurso salió á recibirle fuera de las puertas de la ciudad: pasado era el tiempo en que profesores y legistas escarnecían á los pobrecillos de Asís: la fama de Francisco llenaba la cristiandad, y atropellábanse las gentes por contemplar de cerca al hombre extraordinario y tocar el borde de su raida túnica. Dos de los mejores estudiantes de cánones, Peregrín Falerone y Rizzerio de Mucia, corrieron á pedir el hábito penitente, y con ellos entró en la Orden Bonicio, compañero íntimo de Francisco después. En aquella ocasión fué cuando el arcediano Tomás de Espalatro escribió el curioso documento, hallado en los antiguos archivos de la Catedral, que dice así: «Yo, Tomás, ciudadano de Espalatro y arcediano de la iglesia catedral de la misma villa, siendo estudiante en Bolonia por los años de 1220, he visto, el dia de la Asunción de la Madre de Dios, á san Francisco predicando en la plaza pública, ante el Palacete, hallándose allí toda la ciudad congregada. Dividió su sermón de esta suerte: ángeles, hombres y demonios; y de estas criaturas, inteligentes todas, discurrió tan bien y con tal exactitud, que muchos literatos que le escuchaban se maravillaron de que así lo platicase un hombre sen-

cillo. No siguió el estilo ordinario de los predicadores, ántes como orador popular habló solamente de la extinción de las enemistades y de la necesidad de estipular paces y concordia. Era su hábito roto y sucio, exigua su persona, demacrado su rostro; pero Dios prestaba á su palabra eficacia tal, que multitud de hidalgos, que desenfrenados y crueles habían vertido mucha sangre, se reconciliaron allí mismo. El afecto y veneración por el Santo eran tan universales y fuertes, que hombres y mujeres corrían á él en masa, y dichoso quien lograba tocar la fimbria de su ropa.»

Hallábase en Bolonia el cardenal Hugolino; Francisco fué ante todo á besarle la mano, y después á visitar el convento construido á costa de la ciudad y regido por Juan de Eustaquia. Apenas hubo fijado la vista en el edificio, exclamó con profundo dolor é indignación: «¿Y es esta la casa de los Menores? Mejor parece morada de príncipes. A ninguno que en ella habite reconoceré por hijo mio. Ea, si ahí dentro hay algun fraile Menor, que salga y la abandone luégo.»—Dóciles y confusos fueron saliendo todos, incluso León, la *Ovejuela de Dios*, que gravemente enfermo se hizo conducir en brazos fuera. Toda la ciudad de Bolonia, y con ella Hugolino, rogó entonces á Francisco permitiese á los frailes habitar la casa erigida por la devoción, y de la cual no se tenían por propietarios, ántes la consi-

deraban dada de limosna. Mal de su grado hubo al fin de acceder Francisco; pero á guisa de protesta no quiso aposentarse en el convento, y á todos sus moradores ordenó hacer expiatoria penitencia. Después, en compañía de Hugolino retiróse Francisco al monasterio de la Camándula, empinado en la majestuosa cima de los Apeninos, que ve y domina, según la descripción de Ariosto (18), las costas adriáticas y mediterráneas, el mar de Toscana y el de Esclavonia, y al cual rodean centenarios abetos y castaños frondosísimos. El tiempo que pasó allí en soledad y recogimiento fué uno de los períodos de calma que tanto necesitaba Francisco para cobrar ánimos y proseguir valerosamente su obra. Hecha larga oración y contemplación en la Camándula, separáronse los dos amigos, tomando Hugolino la vuelta de Bolonia y Francisco la del monte Albernia. Iba con Francisco uno de sus frailes, mancebo de Asís, de muy noble estirpe, y viendo al Santo montado en un jumentillo que para remediar su cansancio le prestara un labriego, decía entre sí:—«Hé aquí que el hijo de Pedro Bernardone va caballero, y yo á pié sirviéndole de paje.»—Francisco adivinó lo que pasaba por las mientes al mozo, y apeándose, le ofreció su cabalgadura.—«Sube, le dijo, que no es razón que el hijo de Bernardone vaya mejor acomodado que tú, que eras más ilustre en el siglo.»—Arrojóse el joven fraile,

encendido de vergüenza, á las plantas del Santo, y las bañó con lágrimas de arrepentimiento.

Llegando Francisco al valle de Espoleto, vióse rodeado de sus frailes que de los muchos conventos de los contornos acudían á verle, á cerciorarse con el testimonio de los ojos de que no había perecido en la arriesgada misión de Palestina. Especialmente los partidarios de la pobreza estrecha, los futuros celadores, rebosaban júbilo por la vuelta del Santo. Francisco comenzó á girar visitas á los conventos, con propósito de observar hasta dónde se relajaba é infringía la regla. Fray Hubertino de Casal, que escribió á principios del siglo XIV, refiere una anécdota concerniente á esta visita, anécdota decimos, porque la veracidad de Hubertino no es tal que permita dar á sus palabras completo asenso. Conforme á la relación de Hubertino, el general fray Elías se atrevió á presentarse ante Francisco con hábito de rico y primoroso paño, de luenga y piramidal capilla y el talle ceñido con cuerda muy prolijamente labrada: y Francisco, alabando mucho ante todos los frailes la elegancia y buen corte de la ropa, pidióla prestada por ver cómo le caía; y vistiéndola, comenzó á pasearse con prosopopeya, erguida la cerviz, saliente el pecho, y dirigiéndose en tono protector á los atónitos frailes, les decía:—«Buenas gentes, Dios os dé paz» (19).—Y de pron-

to, arrebatado, encendido, arrojó lejos de sí el hábito, gritando:—«Así vayan los hijos espúreos de la Orden» (20).

Lo que puede darse por cierto es que Francisco, al tornar de Siria, halló iniciados en su Orden los abusos y disturbios que más adelante habían de desgarrarla. Y en el primer paroxismo de la amargura que aflige á cuantos encuentran dificultada la realización del ideal por la flaqueza y miseria de la humana condición, tuvo entre el silencio y paz nocturna apocalipsis maravillosa y terrible. Vió una estatua de desmesurada magnitud: el semblante era bellísimo y de oro puro y resplandeciente fabricado; el pecho y brazos de plata bruñida; de bronce el vientre y los muslos; de hierro las piernas, y los piés de arcilla. Absorto miraba al coloso, el cual le habló diciéndole:—«Esta es tu Orden: la cabeza de oro, representa los tiempos heroicos del primitivo fervor; los brazos de plata, el período de engrandecimiento en que producirá apologistas, sabios, prelados y pontífices; los muslos de bronce, la época de propagación y difusion grande, pero en que el encendimiento del espíritu se amortigua; las piernas de hierro figuran el cisma, las disputas y desavenencias interiores, la dureza del corazón falto de caridad; y, finalmente, el pié de arcilla, simboliza la caida de los que se encenagarán en el lodo de la tierra, debiendo vivir en las cimas

del cielo.»—No era esta bíblica y grandiosa visión de Francisco más que figura de una verdad que el historiador ve á cada paso patente; á saber, que no pueden las ideas divinas bajar á la tierra sin exponerse á que empañe su nitidez y hermosura la imperfección humana. Y así como en blanco lino se echa de ver toda mancha, y al diáfano cristal hasta el vaho del aliento lo deslustra, así Francisco la más leve falta tenía por defecto gravísimo en la pureza de su Orden.

NOTAS.

(1) *Respondit socius : Frater , pro minimo tibi sit ut ab hominibus judiceris, quia non modo incipis fatuus reputari.* San Buenaventura : *Vida de San Francisco.*

(2) « Como el Rey se hallaba sentado enfrente del Sultán, prorrumpió de repente en llanto, y habiéndole preguntado el Sultán por qué lloraba de aquel modo ; *motivo tengo para ello*, respondió: *cuando veo al pueblo, confiado por Dios á nuestros cuidados, perecer en medio de las aguas y atormentado por el hambre.* Enternecido de su pesadumbre, el Sultán lloró igualmente. » Cantú : *Historia Universal.*

(3) *Tandem vero metuens ut aliqui de exercitu suo verborum ejus efficacia ad Dominum conversi, ad christianum exercitum pertransirent, cum omni reverentia et securitate ad nostrorum castra reduci præcepit, dicens ei in fine : — Ora pro me, ut Deus legem illam et fidem, quæ magis sibi placet, mihi revelet.* Jacobo de Vitry : *Historia Occidental.*

(4) Calcúlanse, segun Mateo Paris, en treinta mil los cautivos cristianos á quienes de una sola vez dió libertad Malek ; y á su muerte dejó grandes sumas destinadas á los hospitales cristianos y á rescate de esclavos.

(5) *Vidimus primum hujus Ordinis fundatorem et magistrum, virum simplicem et illiteratum, dilectum Deo et hominibus, fratrem Franciscum nominatum, ad tantum ebrietatis excessum et fervorem spiritus raptum fuisse, quod cum ad exercitum christianorum ante Damiatam in terra Ægypti devenisset, ad Soldani Ægypti castra intrepidus, et fidei clypeo munitus, accesit.* Jacobo de Vitry: *Historia Occidental.*

(6) Con referencia á una leyenda antigua, guardada en el archivo de Santa Cruz de Coimbra, narra el cronista Marcos de Lisboa de distinta manera este incidente. Segun el viejo manuscrito, lo que la Reina preguntó á los misioneros fué si moriría antes ó después de ella su esposo: y los frailes dieron por respuesta que moriría primero el que primero saliese á recibir sus reliquias. Con esto la reina, al tener noticia de que ya se acercaban á Coimbra los despojos de los mártires, rogó al Rey se adelantase, que ella le alcanzaría presto. Estaban las reliquias á una legua de Coimbra, y el Rey y su séquito iban á encontrarlas, cuando cruzando por un bardal cerdoso jabalí, incitó á Alfonso II, grande amigo de caza, á entrarse por el monte; y la Reina, que detrás venía por el camino trillado, fué la primera en topar los santos cuerpos, y entendió que á despecho de sus ardides, la cogía el peso de la sentencia.

(7) Doña Sancha murió en olor de santidad y muy venerada del pueblo lusitano.

(8) La Giralda.

(9) Calculando por la fecha en que se verificó el suplicio de los protomártires franciscanos, el Miramamolín que se hizo verdugo suyo, debió ser El-Mustansir, hijo del Rey Verde, el vencido de las Navas.

Los emperadores de Marruecos tomaban el título de *Amir-el-Mumenin*, ó sea Príncipe de los Creyentes, desde que uno de ellos, Jusef, conquistó el pais dominado por los musulmanes en la Península, y todos los príncipes mahometanos le reconocieron por jefe y señor; y los españoles por corrupcion hicieron de *Amir-el-Mumenin* la palabra *Miramamolín*. El-Mustansir, en modo alguno heredero de las dotes guerreras de su padre el Rey Verde, murió en el año de 1224, á los veintiuno de su edad, de la cornada que le dió una vaca brava, que con gran número de toros trajera de España para la lidia, á que era aficionadísimo; y habiendo los protomártires ganado la corona en 1220, resulta que El-Mustansir contaba diez y siete años cuando les partió el cráneo con su cimitarra.

(10) Escribieron asimismo las actas de los protomártires el Obispo de Lisboa, el Provincial de los Menores en Portugal, y el doctor Juan Tisserando, con arreglo á los datos suministrados bajo juramento por los hombres de armas del Infante.

(11) Aunque muchos historiadores de san Francisco, y entre ellos el recientísimo P. Palomes, fijan la fecha del martirio de los siete frailes en Céuta un año despues del de los de Marruecos, el padre Magliano, que tan esmerada y diligentemente rectifica la cronología de la leyenda franciscana, demuestra como este suceso no pudo ocurrir hasta 1227, segun consta de la crónica de los veinticuatro Generales, y así lo consignan los Breviarios corregidos.

(12) Llamábanse los misioneros de Céuta, Angel, Domilo, León, Nicolás, Samuel y Ugolino, é iban al mando de Fr. Daniel de Calabria. Cargados de cadenas en su prisión, dirigieron al párroco del barrio de Genoveses, en Céuta, la epístola siguiente:

«Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordia y Dios de todo consuelo, que nos sostiene en las tribulaciones, y que preparó al patriarca Abraham la víctima para el sacrificio; á Abraham, que obtuvo la justificación y amistad de Dios, porque dejó su patria y vagó por el mundo henchido de confianza en los mandamientos del Señor. En consecuencia, el que fuere sabio, hágase insensato para saber más, pues la ciencia mundana, ante Dios es locura. Nos han dicho: id, y predicad el Evangelio á todas las criaturas, y enseñad que al siervo no toca ser mayor que su amo. Si os persiguieren, considerad que yo también fuí perseguido.—Y nosotros, siervos pequeñuelos é indignos, hemos dejado la patria, hemos venido á anunciar el Evangelio á las naciones infieles, somos para los unos aroma de vida, para los otros hedor de muerte. Hemos predicado aquí ante el Rey y ante su pueblo la fe de Jesucristo, y nos han cargado de cadenas. Pero sin embargo, estamos sumamente consolados en nuestro Señor, y esperamos que reciba nuestra vida como holocausto agradable. —Al noticiarles la sentencia de decapitación, los seis frailes cayeron á los pies del ministro Daniel exclamando con lágrimas: «Gracias damos á Dios y á ti, padre, que nos has guiado á ganar la corona del martirio.»—Daniel respondió:—Regocijémonos en el Señor, hoy es dia de fiesta; los ángeles nos rodean, el cielo está abierto.....»

(13) «.....
Parea che a danza, e non a morte, andasse
ciascum de' vostri, o a splendido convitto
.....

dice Leopardi pintando la actitud de los soldados de Leonidas en la defensa del memorable desfiladero; y el antiguo cronista franciscano había escrito ya, casi con las mismas palabras: «Ibant illi gaudentes Do-

minum laudantes, perinde ac si ad opiparum essent invitati convivium.»

(14) En 1227 tomó Fr. Agnelo, compañero de san Francisco, el título de Obispo de Fez y Marruecos, por letras apostólicas de Gregorio IX, y desde entonces, no sin grandes vicisitudes, y alguna vez persecuciones y martirios, no han dejado los franciscanos de residir en el Magreb. Es muy curioso notar como los marroquíes, reacios y tercos en recibir la doctrina del Evangelio, veneraban sin embargo cada vez más á los frailes, y hasta solían atribuir las calamidades públicas á cualquier molestia que se les causase. Acerca de este asunto y otros no menos interesantes referentes á nuestros vecinos de Africa, véase la obra reciente de Fr. Manuel Castellanos: «Descripcion histórica de Marruecos.»

(15) Los franciscanos, que en Africa usan su túnica y capilla tradicionales, se han visto precisados á ocultarlas en España bajo una especie de manteo eclesiástico, y á cubrirse la cabeza con un sombrero de canal, á fin de no llamar la atención, y quizás provocar la agresión de las gentes.

(16) En el territorio del Magreb (la Mauritania Tingitana de los antiguos geógrafos) y hacia los últimos estribos del Atlas sobre el Océano, se creyó situado el jardin de las Hespérides.

(17) Llámase del Desierto de Contrada.

(18) . . . . . .
Apennin scopre il mar Sciavo é il Tosco
. . . . . .
. . . . . .

(19) «*Bonæ gentes: Dominus det vobis pacem.*»

(20) «*Sic incident bastardi Ordinis.*»

CAPÍTULO VII.

PASIÓN.

El pesebre de Grecio. — Prueba. — Donación del monte Albernia. — Descripción. — Sed de la Cruz. — Última morada. — El serafín. — Luz en derredor del monte. — Los estigmas y llagas del costado. — Calor que exhala Francisco. — Despedida.

.....
Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum, quia fortis est ut mors dilectio.
.....
(Canticum Canticorum. C. VIII. v. 6.)
.....
Ponme como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo: que más fuerte es el amor que la muerte.
.....
Cantar de los Cantares. (C. VIII. v. 6.)

ANTES de referir los dolores del calvario franciscano, detengámonos un punto en las inocentes alegrías del pesebre de Grecio. Cuando Honorio III hubo aprobado la segunda regla, Francisco solicitó y obtuvo autorización para celebrar solemne-

mente en el caro conventillo la próxima Navidad. Con tal ocasión soltó Francisco la rienda á su poética y ardiente fantasía meridional. En una gruta de la montaña formó el establo, y sobre el heno del pesebre colocó la imágen del Salvador reciennacido; á su lado la Madre Vírgen contemplándole amorosa, el patriarca José velando á la criatura indefensa, la mula y el buey exhalando tibio aliento para calentar sus desnudas carnes. Por todo el monte sembró luminarias, y repartió hachas encendidas á los frailes y al pueblo venido de los lugares comarcanos. Francisco hacía estos preparativos con júbilo infantil, con vivos extremos de gozo; y viendo admirados á los frailes, decíales: —«Dejadme, hijos, dejadme, que yo soy el loquillo del niño de Belén, *fatuelus pueri Bethlehem.*»—A media noche, en el monte orlado de festones de luz, se celebró el oficio divino, haciendo de altar el pesebre, cantando Francisco el Evangelio revestido de diácono: era templo la naturaleza, cúpula los cielos, y muchos de los que con alma creyente asistían á la ceremonia vieron un hermosísimo infante, vivo y trémulo de frio, que dejando el lecho de paja, iba á abrigarse en brazos de Francisco acariciándolo.

Dos años había sufrido Francisco terrible prueba espiritual; y padecido gran sequedad y oscuridad interior, aquel estado que los místicos llaman desolación y es universal desam-

paro con falta de todo consuelo: desmaya el corazón, envuelto en tristezas, temores y desconfianzas, y en la oración no halla sino cansancio y hastío: momentos en que el Rey profeta gime que las aguas penetraron hasta su alma, y el Hijo del Hombre, colgado en la Cruz, exclama:—«Padre mio, ¿por qué me abandonasteis?—La tribulación se disipó como las tinieblas al rayar la aurora, cuando Francisco hubo oido una voz divina que le mandaba:—«Si tienes fe, coge esa montaña y trasládala á otro lugar.»—«¿Cuál es la montaña?» —preguntó Francisco.—«La tentación.»—«Hágase, pues,»—pronunció con firme y vehemente voluntad, y en efecto, al punto dejó de pesar la enorme montaña sobre su espíritu, y se halló libre de arideces y lleno de regocijo. A poco de la representación del misterio en Grecio, pasó á predicar á Foligno, y acompañábale su vicario fray Elías, el cual de noche tuvo una visión: se le presentó un anciano sacerdote con blanca túnica, y le dijo:—«Vé y advierte á Francisco que ya se cumplieron diez y ocho años desde que renunciando al mundo se unió á Cristo, y que dos le quedan sólo de vida.»—No bien recibió Francisco el aviso, retiróse á su predilecto monte Albernia con cuatro compañeros, que Celano designa por sus cualidades: Maseo, el fraile de la exquisita discreción; Rufino, el de la paciencia singular; Angel, el de la gloriosa sencillez, y León,

el de cuerpo vigoroso y ánimo benigno. Estas eran las cuatro columnas en que Francisco descansaba (1).

Cómo vino á poseer Francisco aquellas breñas de Albernia, Gólgota de su crucifixión, lo hallarémos en las *Florecillas*, referido con gran copia de pormenores. Yendo de Espoleto á Romanía, pasaron un dia Francisco y León ante el castillo de Montefeltro, y vieron gran tropel de gentes en muestra festiva: el joven conde de Montefeltro acababa de recibir la órden de caballería, y lo celebraba con banquete y funciones: oíase alegre relinchar de corceles, trovas de cantores provenzales y de juglares italianos llamados para amenizar la fiesta. Recordó Francisco cuán caras habían sido á su mocedad las caballerescas usanzas, y dijo á León:—«Entremos, que vamos á armar un caballero espiritual.» —Cruzó el patio de honor, subióse á un muro, y empezó á predicar tan elocuentemente sobre el tema:—«Tanto es el bien que aguardo, que todo dolor me es deleite»—(2) que así nobles como hombres de armas y vasallos allí reunidos interrumpieron juegos y solaces, y suspensos le oían. Entre los primeros se hallaba Orlando Cataneo, señor de Casentino: cuando Francisco bajó del improvisado púlpito, Orlando le llamó aparte.— «Padre,—le dijo,— quisiera hablar contigo de la salvación de mi alma.» —«Honra ahora el festín á que estás invita-

do, — contestó Francisco, — que lugar habrá para que departamos despues.»—Así que Orlando se levantó de la mesa del banquete, buscó otra vez á Francisco, y tras de larga plática:—«Padre,—insinuó,—poseo en Toscana una montaña muy religiosa, llamada Albernia: es aislada, silvestre, conveniente para los que desean hacer penitencia lejos del mundo: si te agrada, te la daré para ti y tus compañeros en descargo de mis pecados.»—« Señor, — respondió Francisco, — cuando vuelvas á tu castillo te enviaré algunos de mis discípulos, verán el desierto, y si realmente es propio para hacer vida religiosa, acepto tu caritativa oferta.»—Volvióse el conde Orlando á sus dominios, Francisco á Santa María de los Ángeles, desde donde expidió dos frailes á Casentino, distante una milla de Albernia: y acompañados de Orlando y de una escolta de cincuenta hombres de armas para precaverse de los bandidos y las fieras, vieron el monte, cuya hórrida soledad les pareció á maravilla dispuesta para contemplación y retiro; y sobre empinada meseta entretejieron unas celdillas de ramaje, tomando así posesión del lugar.

Cuando supo Francisco la traza del monte, con alegre rostro dijo á los frailes:—«Hijos, cerca está nuestra Cuaresma de San Miguel Arcángel: pienso que sea voluntad de Dios la celebremos en esa montaña bendita.» —

Tomó consigo á León, Angel y Maseo, y emprendió la caminata. Como fuesen aproximándose á la áspera falda del collado, y Francisco, exhausto con vigilias y ayunos no pudiese andar, pidieron á un pobre labriego les prestase su asno, —«¿Sois vosotros, — interrogó el campesino — de esos frailes del fraile de Asís, de quien dicen tanto bueno?» — Al oir que para el fraile de Asís mismo le pedían la montura, dióla con gran reverencia; y andando un trecho de camino, preguntó á Francisco:—«Dime, ¿eres el hermano Francisco de Asís?» — Sí, — declaró Francisco. — «Pues procura, — repuso el villano — ser tan bueno como te creen las gentes: porque muchos tienen gran fe en ti: y así te amonesto á que no seas distinto de lo que esperan.»—Enamoró tanto á Francisco la rústica ingenuidad del buen hombre, que arrojándose del asno le tomó y besó los piés, agradeciendo el aviso. Acercábanse á la mitad de la subida, que era ágria y el calor mucho, el labriego comenzó á gritar que moría de sed. Francisco se arrodilló, poniéndose en oración, y de dura peña brotó un chorro de agua viva, en que todos se refrigeraron. A poco de llegados á la cumbre, Orlando acudió con provisiones para sus huéspedes: pidióle Francisco que le edificase una ermitilla al pié de copuda haya, desviada un tiro de piedra de las celdas prevenidas para los demas frailes. El Conde se ofreció á atender á

la subsistencia de todos: mas no bien hubo Orlando tornado á su castillo, Francisco les dijo: —«No os atengais tanto á la caritativa promesa de Orlando, que en algo ofendais la santa pobreza nuestra señora (3). Tened por cierto que cuanto más despreciemos la pobreza, más nos despreciará el mundo, y más necesidad padecerémos; pero si estrechamente nos abrazamos con la santa pobreza, el mundo correrá á nosotros y dará copioso sustento.»

Singular complacencia probó Francisco en el apartamiento del monte. Es Albernia el más alto collado de la cordillera de los Apeninos; conjunto de enormes peñascos y hondos precipicios, lamen sus faldas el Arno y el Tíber. Por tres lados es enteramente inaccesible, y de una sola parte le dan entrada bravías trochas, más que para planta humana, dispuestas para la ágil pezuña de la cabra montés. Corre por sus flancos algun riachuelo, y á veces nemoroso grupo de hayas presta sombra á las calcinadas peñas. De las fisuras del terreno brotan hierbas aromáticas y medicinales, y alza sus tallos y su flor rastrera, defendida por espinosas hojas, la *imperial,* que la tradición supone fué señalada por un Ángel á Carlomagno, como remedio á la peste que invadía la armada franca (4). El ambiente, dilatado, puro y límpido, propaga con extraña intensidad el sonido en aquellas latitudes; y cuando el conde Orlando, á fuer de

generoso huésped, hubo descolgado la campana de su torre señorial para ofrecerla á los solitarios, el tañido melancólico despertó con vibración grave los múltiples ecos de la montaña. Francisco vivía en íntima familiaridad con árboles, arroyos y grutas. Ni uno solo de aquellos riscos ignoraba los rezos y éxtasis del penitente. Un halcón, morador del haya que sombreaba la celda, de tal suerte llegó á acostumbrarse á la presencia de Francisco, que doméstico y cariñoso bajaba á comer en el hueco de su mano. Pero los breñales son albergue de fieras, y en Albernia vivía una de las más sanguinarias, un hombre expulsado de la sociedad, un facineroso sármata, que perseguido por sus fechorías huyera de su tierra, y se cobijaba en las madrigueras del collado, bajando á veces al llano á despojar y asesinar viajeros; por su crueldad, los campesinos espantados le llamaban el *Lobo*. Enfurecido por la instalación de los frailes, se presentó un dia ante ellos profiriendo temerosas amenazas; Francisco le tendió los brazos, y el bandolero cayó á sus piés demandándole el sayal; en vez de *Lobo*, Francisco le llamó *Cordero, frate Agnello:* recuerda esta tradición una masa de rocas, mayor que las restantes, y de ellas separada por un abismo que cruza frágil puente, sitio salvaje conocido hasta el dia de hoy por *Sasso de fra Lupo*. Parece que á imitacion de sus fieros habitantes, se rindió tam-

bién al amoroso conjuro de Francisco el montaraz desierto, puesto que la leyenda afirma que Albernia, árido al pisarlo los frailes, se cubrió despues de lozano verdor.

Cuando Francisco se recogía á la celdilla para meditar y orar, sólo fray León, la *Ovejuela* predilecta, penetraba en su retiro llevándole pan y agua. Un dia halló á Francisco arrobado, alzado del suelo, y sobre su cabeza vió áureo letrero que decía:—«Aquí está la gracia de Dios.»—En el mismo lugar, y para consolar á León de una interior congoja, escribió Francisco la bendición que se ha conservado y trasmitido hasta nosotros (5). Era fray León confidente de los tiernos secretos de su maestro; en cierta ocasion, como se dispusiera á tender los manteles sobre una larga losa que servía á Francisco de mesa, éste se alzó con ímpetu y exclamó:—«Hermano Ovejuela, sobre esa losa se me ha aparecido nuestro Salvador Jesús; prepara bálsamo y perfumes para ungirla, que es el ara de Dios (6).»—Mas no tenían tan dulce sabor todas las visiones de Francisco; otras veces eran obsesiones tremendas; Satanás intentaba precipitarle de altísimo tajo á pavorosa sima, y al asirse los crispados dedos de Francisco al granito de la roca, ablandábase éste, permitiendo que hiciese presa y se sostuviese sin rodar al despeñadero.

Cuando Francisco, recibida la advertencia

del plazo de su muerte, subió por última vez á la amada montaña, entendió dentro de sí que algun extraordinario acontecimiento le estaba apercibido. Para consultar la voluntad divina, valióse del medio que había empleado cuando comenzaba á sentir las ansias de la vocación; tres veces hizo que la Ovejuela abriese el Evangelio, y otras tantas salió la pasión de Cristo. Con esto se le hizo patente que, cumpliendo sus más fuertes deseos, iba á participar de los dolores y suplicios de la Pasión. Siempre anhelaba ajustarse en todo al modelo de Cristo, como se ve por muchas acciones de su vida; pero especialmente quería identificarse con sus suplicios y muerte. Abrasábasele el alma en aquella sed inextinguible de sufrimiento y cruz que consumió las más elevadas y heroicas de la Edad media. Como san Bernardo, ansiaba Francisco hacer con los dolores del Salvador un ramillete de mirra y ponérselo en el seno, y no apartarlo de sí nunca. Continuamente se ofrecían á su imaginación las afrentas, martirios y escarnios padecidos por Jesús, y veía representada la tragedia del Gólgota. Las imágenes del Crucificado le movían á tal piedad, que parece que le llevaban tras sí las entrañas. Solía abrazar con tierna lástima los piés del Crucifijo, exclamando:—«¿Por qué estás tú en la Cruz y yo no?»—«En nada debemos gloriarnos, (decía tambien) sino en la Cruz de Cristo, llevándola y padeciéndola con

él á todas horas. «¡Pájaros, suplicaba á las aves del monte Albernia, no canteis, sino gemid; hermanos arroyuelos, lloremos juntos; y vosotros, árboles, no endereceis las ramas al cielo, ántes dobladlas y unidlas en figura de cruz!»—Su enajenamiento llegó á tanto, que ni le bastaban los ojos para las lágrimas, ni le cabían en la boca las quejas, ni en el corazón los suspiros.»—Preguntábanle la causa del continuo llorar, y respondía:—«Lloro por la dolorosa y amorosa Pasión de Cristo.»—En sus oraciones solicitaba para su cuerpo los suplicios de Jesús, y para su espíritu el amor desmedido que le hizo soportarlos. Subían de punto estos afectos en la cueva de la montaña, cuyos cóncavos creía Francisco haber sido abiertos por el terremoto que sacudió al orbe en la agonía del Salvador (7). En suma, engolfado Francisco en el amargo mar de la Pasión, y sediento del acerbo licor bebido por Cristo en el cáliz del monte Olivete, no cabía en sí, y sentía arrancársele el alma á puras violencias del deseo, que no parece que la tuviese en donde tenía su cuerpo ya. Muerto del todo á las cosas del mundo, las potencias dormidas, vivo sólo el amor, abrazábase con la Cruz, derritiéndose todo en anhelos de sentir en carne y espíritu los dolores de la víctima de paz. Después de pasar por la tribulación de tristeza y frialdad que dijimos, era llegado á aquella Morada sexta que explica nuestra mís-

tica Doctora, donde el alma, habiendo conocido más y más en las cinco anteriores la grandeza de Dios, y hallándose al par tan ausente y apartada de gozarle, ve crecer con el amor el deseo, y á veces por mínimas circunstancias, por un ligero pensamiento, por una palabra se siente herir de un ímpetu amoroso, como rayo ó saeta de fuego que ata las potencias y las anonada; hasta aquí se rendía á la voluntad de Dios, ahora ya no es señora de su razón, ni hay criatura de la tierra que le pueda hacer compañía sino sólo el objeto amado; y perdidos los estribos de los sentidos en este traspasamiento y arrebato, tan imposible viene á ser resistir sus extremos, como estando metido en llamas no quemarse (8). Mas ya la gracia, arrolladora y pronta como un torrente, se disponía á subir á Francisco hasta la inefable Morada sétima, última que en la tierra puede habitar el espíritu humano. Al llegar aquí todo hagiógrafo moderno cede la palabra á san Buenaventura, persuadido de no poder competir en la narración del misterio del Gólgota franciscano con el filósofo, el poeta, el santo, el que inflamó su inteligencia en la misma hoguera que consumía el corazón de Francisco. Diga, pues, el seráfico Doctor los arcanos amorosos de los serafines.

«Cuando el fiel siervo y ministro de Dios Francisco, dos años ántes de dar el espíritu, hubo empezado el ayuno cuaresmal á honra

del arcángel Miguel en el lugar eminente llamado Albernia, rebosó más de lo acostumbrado dulzuras de contemplación, y encendido en llama ardentísima de celestial deseo, comenzó á sentir en mayor copia los dones y carismas de la gracia. Mientras por el seráfico ardor de sus ansias se elevaba á Dios, y por compasiva ternura transformábase en el que por caridad quiso ser crucificado, hé aquí que una mañana, hácia la fiesta de la Exaltación de la santa Cruz (9), orando en un lado del monte, vió la especie y forma de un serafín con seis alas tan resplandecientes como fogosas, quien con gran celeridad descendía volando hasta el hombre de Dios; y quedándose suspenso en el aire, apareció á un tiempo alado y crucificado: brazos y piés extendidos y fijos en cruz, y las alas en disposición maravillosa; porque con las dos superiores ceñía la cabeza sin esconder la hermosura del rostro, y las dos inferiores cubrían y ocultaban como un velo todo el cuerpo, y con las dos de enmedio volaba. Pasmóse de admiración Francisco, y batalló entre el dolor y el gozo: éste causado de la belleza de la aparición que le favorecía, aquél del cruento espectáculo del suplicio, que le traspasaba el alma. Mas por inspiración del mismo que se le aparecía, comprendió que si bien el padecimiento no concordaba con la impasibilidad de la seráfica naturaleza, la visión se le ofrecía en aquel aspecto por que en-

tendiese que nó con martirios de la carne, sino con incendios del espíritu, debía transformarse en imágen y semejanza de Cristo crucificado. Despareció la visión después de familiares y misteriosos coloquios, y hallóse Francisco inflamado interiormente con ardor seráfico, y exteriormente marcada su carne con la perfecta imágen del crucifijo: nó de otra suerte que la cera blanda á los halagos del fuego fácilmente se impresiona y recibe la imágen del sello que se le aplica. Instantáneamente empezaron á descubrirse en manos y piés los clavos, cuyas cabezas en las manos sobresalían de las palmas, y por la parte contraria sus retorcidas puntas: por el opuesto en los piés sobresalían las cabezas á los empeines, y las puntas retorcidas en las plantas: y en el lado derecho se descubría una cisura ancha y profunda, como si se hubiera formado con el hierro de una lanza, con labios rubicundos de la sangre, que vertían tanta que á veces teñía la túnica y paños menores» (10).

No dejó Francisco escrito cuál fuese el estado de su alma después de recibidos los estigmas, pero imaginémoslo segun los trasportes que de sí refiere nuestra Doctora al sentir el dardo de oro y llama con que le transverberaba las entrañas Cristo en forma de serafín. —«Era tan grande, dice santa Teresa (11), el dolor que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este

grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con ménos que Dios. No es dolor corporal sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo y áun harto. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo á su bondad lo dé á gustar á quien pensase que miento.»—Recordemos las cláusulas ardientes del poeta que en *In foco* parafraseó los gemidos de amor de Francisco, los arrobos y sabrosas penas de su martirio deleitable.—«En una hoguera me puso el amor: el amor me puso en una hoguera, ¡hoguera de amor! El amante corderillo, mi nuevo esposo, me dió una sortija: prendióme, y después me hirió con un puñal, partiéndome el corazón; partióme el corazón y mi cuerpo cayó en tierra. Despide el carcaj del amor flechas mortales: en guerra se trocó mi paz, y de amor espiro» (12).—Pinta aquí el poeta el instante de la lucha: mas ya logró el alma victoriosa remontarse hasta la Morada sétima, donde Dios le comunica la más subida merced: no puede apartarse de él, y es su relación más estrecha aún que la del desposorio, pues los desposados y unidos son dueños de separarse; pero acá el alma ya se juntó á Dios como el agua del cielo que cae en un rio ó fuente, como luz que entra por dos ventanas de una misma pieza y se mezcla, que aunque entra dividida, se hace dentro una sola luz: en suma, muerta es el

alma y sólo vive en ella Cristo (13): todo se ha consumado. El poeta expresa esta final serenidad cantando:

«Luégo reviví y de tal modo me tornaron los ánimos, que pude seguir las huellas que á la córte del cielo me enderezaban. Y después traté paces con Cristo, porque muy vivo era el amor primero: enamorado de Cristo, hoy cabe en mí su amor y me consuela.»

En la misteriosa noche de la estigmatización, todo el monte Albernia, dicen las *Florecillas*, parecía arder en esplendente llama que iluminaba en torno montes y valles, como si el sol estuviese en el horizonte: y los pastores que en la campiña velaban, viendo inflamado el monte y tanta luz en derredor, sintieron miedo grande, según contaron á los frailes después, afirmando que por espacio de más de una hora había durado la llama sobre Albernia. Y asimismo los resplandores de esta luz, entrando por las ventanas de la posada, engañaron á unos muleteros que pasaban á Romanía, y que imaginando salía el sol, ensillaron y cargaron sus acémilas y emprendieron el camino hasta que cesó la luz y apareció el sol realmente (14). Bajó del monte Francisco, por último, trayendo consigo la efigie del Crucifijo, no figurada en tablas de piedra ó leño por mano de hábil artífice, sino escrita y delineada en su carne por el dedo de Dios vivo (15). De tal manera se había comunicado

á Francisco la condición de los serafines, puras sustancias abrasadas en un fuego penetrativo y continuo, que más adelante, habiéndole cogido la noche en despoblado con un compañero y no pudiendo éste resistir el frio y la nevada, tocándole sólo Francisco con la palma de la mano le prestó tal calor, que se durmió regaladamente hasta el alba; y otra vez mudándole León la venda de la llaga del costado, Francisco en un movimiento involuntario de dolor apoyó los dedos en el pecho de la Ovejuela, y León sintió en el corazón tal trasporte y dulzura, que á poco se cae en tierra desmayado. Según la frase de Celano, una fuente de iluminado amor llenaba las vísceras de Francisco y le rebosaba por todas partes. Mas no era Francisco todavía el serafín glorioso, sino el crucificado, el mártir de amor. En este mundo—declara el cronista Salimbene—no hubo sino uno solo, el bienaventurado Francisco, en quien Cristo á semejanza suya imprimiese las cinco llagas: y como atestiguaba su amado compañero fray León, que se halló presente cuando lo lavaban para sepultarlo, parecía sin duda alguna el Crucificado descendido de la cruz: así pueden aplicársele las palabras del Apocalipsis:—«He visto uno semejante al Hijo de Dios.»—Por eso exclama san Francisco de Sales refiriéndose á la pasión de Albernia:—«¡Oh Dios! ¡Qué de amorosos dolores y de dolorosos amores! Porque no sólo

entónces, sino todo el resto de su vida anduvo siempre el pobre Santo arrastrándose y desfallecido, como enfermo grave de amor» (16).

En efecto, no eran las llagas aparentes y superficiales, sino abiertas, profundas, de parte á parte en manos y piés, traspasada cada una por un clavo de color oscuro y férreo. Las cabezas sobresalían; las puntas estaban por dentro como torcidas y remachadas, de suerte que entre el garfio se podía introducir un dedo. Dejaban libre el juego de nervios, músculos y tendones, pero al sentar el pié en el suelo causaban acerba tortura, por lo cual desde entónces hubo de usar Francisco báculo, y para los caminos, jumento. Santa Clara ideó unos ingeniosos zapatos de muesca, á fin de mitigar los dolores del Santo. Eran los clavos como de una carne nerviosa, duros, fuertes, sólidos y tan de una pieza, que empujándolos por la cabeza asomaba más la punta. De todas las heridas manaba fresca y copiosa sangre: León era el encargado de restañarla aplicando paños que mudaba con frecuencia. Tres dedos de ancho medía la del costado, que tenía abundantes hemorragias. Estos detalles tan dramáticamente realistas, que constan de los autores contemporáneos á Francisco (17), ayudan á comprender el estado de aniquilamiento corporal que sufrió hasta su muerte, y la exaltación cada vez mayor de su encendido espíritu.

Si bien trató Francisco de ocultar y encubrir sus estigmas, hubieron de notar los frailes que lavaban su ropa la mucha sangre que empapaba los femurales, y la dificultad que hallaba para sentar el pié en tierra; y viendo que no era posible guardar más el secreto á los que le rodeaban, convocó algunos de los más familiares y les consultó con palabras embozadas lo que debiese hacer, recordando el mandato divino: «Mi secreto es para mí; no divulgueis el secreto del Rey.» Entre los frailes consultados se contaba uno santísimo, fray Iluminado, que con verdadera iluminación de Dios, respondió:—«Hermano Francisco, no para tí sólo, pero tambien para los demás te muestra Dios sus sacramentos, y debes temer su enojo si ocultas lo que para utilidad ajena te enseñó.»—A pesar de este dictamen no dejó Francisco de celar cuanto pudo las heridas, cubriendo con la manga las de las manos y con el calzado y túnica las de los piés, y sólo León, su cariñoso enfermero, las veía y tocaba algunas veces. Cuando pensamos en aquel período prodigioso de una vida ya de suyo tan extraordinaria como la de Francisco, le vemos siempre como le describe Michelet, exangüe, desfallecido, moribundo, recorriendo Italia sobre su jumento, seguido de una multitud que se disputaba el derecho de tocar la fimbria de su hábito y de mirar de cerca el semblante trasfigurado, interiormente alum-

brado por luz extática.—«Habiendo descendido del monte san Francisco, canta la amante musa de las *Florecillas*, como la fama de su santidad se hubiese divulgado ya por el pais y los pastores hubiesen referido que vieran todo inflamado el monte Albernia, y que debía ser señal de algún gran milagro que Dios hacía con san Francisco, al oir la gente del pais que pasaba corrían todos á verlo, hombres y mujeres, chicos y grandes, los cuales con gran devoción y deseo se ingeniaban para tocarle y besarle las manos... Y acercándose á una villa de los confines de Arezo, se le puso delante, llorando mucho, una mujer con su hijuelo de ocho años en brazos hinchado del vientre... y él aplicó sus santas manos sobre el vientre del niño, y súbitamente se disipó toda hinchazón... El mismo dia pasó san Francisco por el burgo del Santo Sepulcro, y ántes que llegase al castillo, la turba del castillo y de la villa salió á encontrarle, y muchos se adelantaban con ramas de olivo, diciendo á grandes voces: Ahí viene el Santo, ahí viene el Santo» (18).—Himno de esta marcha triunfal es la poética invocación de san Buenaventura:—«Ahora, pues, denodado caballero de Cristo, lleva las armas de tu caudillo invencible, que te darán fuerza para vencer á todos tus enemigos. Desplega el estandarte del gran Rey, cuya vista alcanza á infundir valor á cuantos militan en sus divinos ejércitos; muestra el

sello del gran Pontífice, que á todo el mundo haga respetar por irreprochables y auténticas tus palabras y obras. Nadie te aflija ya, puesto que llevas en tu cuerpo los estigmas del Salvador Jesús; al contrario, profésente gran devoción tus servidores. Las gloriosas señales que certísimamente has recibido, según atestiguan no dos ó tres personas, que bastara, sino á mayor abundamiento un gran número, dan sensiblemente en tí y por tí nueva prueba de las divinas verdades, quitan todo pretexto á la incredulidad de los infieles, confirman la fe de los cristianos, alientan su esperanza y en fuego de caridad los abrasan (19). Así se cumple tu primer visión cuando supiste que, como jefe de la milicia de Cristo, serías revestido de celeste armadura y honrado con el signo de la Cruz. Al principiar tu conversión la vista de Cristo crucificado que se te apareció, te penetró de lástima, y una espada de dolor atravesó tu alma. En otra ocasión oiste voz que salía de la Cruz, trono y propiciatorio de Cristo. Fray Silvestre vió una cruz maravillosa que salía de tu boca; el bienaventurado Pacífico, dos espadas luminosas en forma de cruz, que atravesaban tu cuerpo; y Monaldo, hombre angélico, te vió en el aire como una cruz mientras san Antonio predicaba; y hé aquí que al fin de tu vida te muestran la figura sublime de un serafín junta con la humilde imágen del Crucificado, que por dentro te abrasa y te mar-

ca por fuera. Eres el ángel del Apocalipsis que asciende del Oriente y lleva en la mano el signo del Dios vivo.»

Con haber recibido Francisco en Albernia tanto celeste regalo, ¿qué mucho que profesase á su vez gran ternura á la que Alejandro IV llamaba «floreciente montaña, lugar donde el amor que abrasaba su corazón se inflamó más y más á vista del serafín, y rebosando recibió las maravillosas llagas que le hicieron parecer crucificado y dieron á su cuerpo, adornándolo como otras tantas piedras preciosas, dignidad proporcionada á la alteza de su espíritu? ¡Cuántas veces, prosigue diciendo el Papa, prosternado regó aquella tierra feliz con sus lágrimas, aunque alguna le consolase la presencia de los espíritus celestiales!»—Fué en efecto Albernia testigo mudo de los dolores de Francisco, pero tambien de los consuelos más suaves que gozó. Un dia que débil y rendido tras varias noches de insomnio, deseó, nó alimento para el cuerpo, sino algun delicado manjar para el alma, comenzó á rogar á Dios le permitiese entrever algo de las alegrías beatíficas: de pronto se le apareció resplandeciente ángel, con una viola en la siniestra mano y el arco en la diestra; y mientras Francisco lo contemplaba atónito, el músico del cielo pasó una vez el arco sobre las cuerdas: la suavidad de la melodía fué tal que, por decirlo así, el alma de Francisco se voló á mil

leguas del cuerpo de puro deleite; y segun dijo despues á sus compañeros, si el ángel vuelve á pasar el arco, á buen seguro que le arrancase enteramente el espíritu la intolerable dulzura sentida. No es maravilla que el viajero pise sobrecogido de respeto y veneración las sendas del Horeb y del Sinaí franciscano (20), ni que al despedirse Francisco de la santa cumbre y de los que en su soledad le acompañaron, lo haga con tan tiernos encarecimientos:—«¡Quedaos en paz, hijos amadísimos, adios! Mi cuerpo se separa de vosotros, pero os dejo mi corazón. Me voy con el hermano Ovejuela de Dios á Santa María de los Angeles, y ya no volveré. Me voy: adios, adios, adios á todos; adios, monte Albernia, adios, monte de los Angeles, adios, amado hermano halcon; gracias por la caridad que mostraste conmigo; adios, adios, duras rocas, ya no volveré á visitaros: adios, rocas que me recibísteis en vuestras entrañas para confusión de Satanás: ya no hemos de vernos!»—Y añade el sencillo cronista, testigo ocular de esta efusión de un alma amante (21):—«Mientras nuestro amado padre pronunciaba estas palabras vertían nuestros ojos arroyos de llanto, y él se partió lloroso aún, llevándose nuestros corazones y quedándonos nosotros huérfanos. Yo, fray Maseo, escribí estos renglones con muchas lágrimas: Dios os bendiga.»

NOTAS.

(1) Thom. á Celano. (*Vita.*)

(2) «Tanto é il bene che io aspetto, che ogni pena m' é diletto.»

(3) «Non ragguardate tanto la caritatevole profferta di Orlando, che voi in cosa nessuna offendiate la nostra Donna é Madonna Santa Povertade.» (Fioretti, *Consid. sull Stimmat.*)

(4) Cornejo: *Crónica de la Relig. de S. Franc.* Chavin de Malan: *Histoire de S. Franc. d'Ass.*

(5) El texto de la bendicion de San Francisco es como sigue: *Benedicat tibi Dominus, et custodiat te. Ostendat faciem suam tibi, et misereatur tui; convertat vultum suum ad te, et det tibi pacem.*

(6) Al rededor de la piedra en que comía san Francisco, edificóse andando el tiempo una capilla; y como sucediese que los devotos hacían añicos la piedra por llevarse algun trozo, fué colocada en el sagrario con esta inscripcion: *Mensa B. Francisci, super quam habuit mirabiles apparitiones, sanctificamque ipsam, effudit oleum desuper, dicens: Hic est ara Dei.*

(7) Tradicionalmente creía lo mismo el pueblo, segun el testimonio de Baronio (*Annal.*). *Tum*

quoque Alberniæ montem in Etruria, et Casetæ promontorium scissum traditione constar plurimorum.

(8) Santa Teresa de Jesus : *Moradas.*

(9) Cornejo fija la fecha de la impresión de los estigmas á 14 de Setiembre de 1224, dos horas después de la media noche. San Buenaventura no dice sino que fué hàcia la Exaltación de la Cruz. Bernardino de Corvis siente que el 16 de Setiembre; Marcos de Lisboa, el 13. La Iglesia celebra la fiesta de las Llagas el 17.

(10) S. Bonavent. : *In legen. Sti. Franc.*

(11) *Vida.*

(12) Véase el original italiano y la version completa de la cancion *In foco amor mi mise*, en el capítulo IX, tomo II.

(13) Santa Teresa : *Moradas.*

(14) *Consid. sull. Stimmat.*

(15) S. Bonavent.

(16) San Francisco de Sales : *Traité de l'amour de Dieu.*

(17) Uno de los testimonios más curiosos y auténticos que en este asunto hallamos es el de nuestro Lucas Tudense, contemporáneo de Francisco, que en su *Impugnacion de los Albigenses*, para probar que los clavos de Cristo fueron cuatro, y la herida en el costado derecho, dice : « Alii nulla tuti auctoritate asserebant tribus tantum clavis Cruci fuisse Dominum affixum, et non dextrum latus eius, sed sinistrum lancea vulneratum. Sed Omnipotens Deus, qui infirma mundi eligit ut fortia

quæque confundat, per servum suum Franciscum, litterarum elementis fere rudem, sed cultum fide, ita illorum confundit argumenta fallacia, ut etiam inviti cedant manifestíssimæ veritati. Si autem quis forsitan adhuc audeat dicere ista miraculose et non ad instar Passionis Christi in Beato Francisco fuisse gesta, audiat quod in ejus obitu legitur: manifeste resultabat in eo re vera forma Crucis et Passionis Agni immaculati, qui lavit crimina mundi, dum quasi recenter a Cruce videretur depositus, manus et pedes claves confixos habens, et dextrum latus quasi lancea vulneratum.»—El Tudense había conferenciado largamente en Asis con fray Elías un año despues de la muerte de Francisco, y arrebatado de fervor, añade: «Decenter et pulchre a creatura laudatur quem Creator nostris temporibus tanta excellentia decoravit. Præ cæteris enim sanctis signis Passionis Dei et hominis antonomastice sublimatus.»

(18) *Consid. sull. Stimmat.*

(19) No faltaron de estos incrédulos á que se refiere san Buenaventura, salidos casi todos de la jerarquía eclesiástica y de las Ordenes, caso muy frecuente en la Edad media. El obispo de Olmutz, en Bohemia, prohibió á los Menores y fieles de su diócesis representar á san Francisco con los estigmas; por lo cual Gregorio IX expidió una bula en que le decía: «Has tenido la imprudencia de confiar á un hombre de moderacion escasa é inclinado á la blasfemia las cartas patentes que diriges á todos los fieles de Jesucristo, exponiendo así ante el mundo las señales de tu presunción. Entre algunas cosas buenas que se hallan en dichas cartas, hemos visto otras muy malas, como ésta: Que ni san Francisco, ni ningun santo, debe aparecer en la Iglesia con los estigmas; que quien sostenga lo contrario peca y no merece crédi-

to, siendo enemigo de la fe, porque habiendo sido el Hijo del Padre Eterno el único crucificado por la salud de los hombres, sólo á sus llagas debemos rendir homenaje, segun la Religion cristiana.

»Queremos examinar las razones que tengas en apoyo de tu sentir, á fin de hacerte ver que carecen de fuerza, para que las abandones...» Aquí añade el Papa argumentos teológicos, y prosigue: «¡Cuántas pruebas no hemos tenido de que san Francisco, después de vestir el hábito de penitencia, crucificó su carne con la práctica contínua de la virtud, y que en ella se imprimieron realmente los estigmas! Muchas personas dignas de fe, que plugo á la bondad divina hacer testigos de esta maravilla grande, certifican su verdad, autorizada por la Iglesia, que de éste y otros milagros muy auténticos tomó principal motivo para la canonización del bienaventurado confesor. ¿Qué responderás á cosas que son tan públicas, y que por consiguiente no ignoras, sino que prefieres tu propia opinión á cuanto la razón dicta? En lo cual nos ofendes, ó más bien á Dios, sin que logres bien alguno por ello, y perturbas la Orden de los Frailes Menores, que Nos es cara, y á cuantos la aman. Vuelve pues en ti; ya que abriste la boca contra el cielo, no reincidas en tal lenguaje, haz penitencia para aplacar la cólera del severo Juez; apresúrate y esfuérzate á reparar, si es posible, el escándalo que diste á todos los fieles con tus cartas, y á hacer respetar como ántes los conventos de Frailes Menores existentes en Alemania.

»A fin de que cosa tan conforme á la piedad se ejecute puntualmente por la gracia de Dios, te ordenamos y mandamos por estas letras apostólicas no emprendas en lo sucesivo nada que pueda irritar la Majestad divina y desagradar á la Santa Sede. No tengas la osadía de esparcir más falsedades contra el privilegio de los estigmas, concedido por la bondad de Dios para gloria de su siervo; al contrario,

dedícate á hacerlo tan famoso en Alemania como lo es en otros países, bien persuadido de que el Santo fué honrado en vida con tales estigmas, que varias personas los han visto (aunque se esforzaba en ocultarlos por desprecio de las alabanzas humanas y por contemplación de las celestes), y que, en fin, cuando dejó esta vida para ir al cielo, fueron expuestos á la vista de todo el mundo. Dada en Viterbo el 31 de Marzo, año 11 de nuestro Pontificado.»

Un dominico, en Opavo (Moravia), fué más adelante que el obispo de Olmutz, y afirmó en el púlpito que san Francisco no había recibido en su cuerpo los estigmas. Gregorio IX decía con este motivo en otra Bula dirigida á los Priores y Provinciales de la Orden de Predicadores: «Hemos sabido con tanto dolor como sorpresa, que un fraile de vuestra Orden, llamado Everardo, viniendo á predicar á Opavo, villa de Moravia, se ha hecho blasfemo predicando, y ha osado decir en público que san Francisco no llevó en su cuerpo los estigmas de Cristo, y que lo que dicen de esto sus discípulos debe ser tenido por impostura... Como no solamente profirió estas palabras llenas de maldad, sino que añadió otras igualmente vitandas, sin cuidarse ni de su salvación ni del escándalo causado entre los fieles, os ordenamos y mandamos expresamente, por virtud de obediencia, si en vuestra prudencia juzgais que el hecho es cierto, que suspendais de predicación á este religioso, y Nos lo envieis para que sea castigado como merece.» Además de estas amonestaciones particulares, dirigió una á todos los fieles en general, á quienes decía: «Inútil creemos exponer en estas letras los grandes méritos que guiaron á la patria celestial al glorioso confesor san Francisco: ningun fiel los ignora; empero juzgamos que conviene informaros á todos más particulamente del maravilloso y singular favor con que ha sido honrado por Cristo... Es que recibió por virtud di-

vina, y en vida, estigmas en manos, piés y costado, que allí quedaron despues de su muerte. El conocimiento cierto que Nos y Nuestros hermanos los Cardenales hemos tenido de este hecho... ha sido el principal motivo que Nos indujo á ponerle en el catálogo de los Santos.» Es de advertir que Gregorio IX, tierno amigo de Francisco de Asís, había visto distintas veces los estigmas de manos y piés, pero nó el del costado; y dudando de su existencia, una noche en sueños se le presentó san Francisco pidiéndole una ampolla para recoger la sangre que manaba la herida lateral. La bula *Seraphim volabant*, del mismo Pontífice, conmina con el anatema á los detractores de los estigmas. En la misma Orden Franciscana hubo un fraile joven, que no podía conformarse á creer en los estigmas, y de quien refiere la leyenda que se le apareció san Francisco, diciéndole como Cristo á santo Tomás: « Toca mis manos y mis piés.» Alejandro IV, que también conoció familiarmente á Francisco, y con sus ojos había visto los estigmas, hubo de emitir la célebre bula *Benigna operatio divinæ voluntatis*; y más tarde, la incredulidad que respecto del prodigio manifestaban algunos eclesiásticos de Castilla, Leon y Galicia, le obligó á expedir la que comienza *Quia longum esset*, donde excomulga y priva de grados á cuantos lo contradigan. En el mismo sentido dió Nicolas III la suya *Cum ad aures nostras*.

(20) A despecho de la expulsión de las Ordenes religiosas, los Menores de la estrecha Observancia no fueron arrojados de la Albernia; y produce singular impresión al peregrino oir sobre el mismo lugar en que Francisco fué estigmatizado, el cántico: *Signasti, Domine, hic servum tuum Franciscum*, á lo cual responde el coro: *Signis redemptionis nostræ*. Hasta que san Francisco volvió de España no se fundó el convento del Monte Albernia. Es

parecido al de Santa María de los Angeles; irregular como el suelo en que descansa; cuatro horas de penosa subida conducen á él, allí hay hospedería para los peregrinos, servida por los frailes. Hizo la consagración del convento y bendición de la montaña san Buenaventura; y habiendo venido á poder de los Menores llamados *Conventuales*, los descendientes del conde Orlando lo reclamaron para entregárselo á los *Observantes*, conforme al deseo de san Francisco, que al despedirse de la Albernia dijo á fray Maseo: « Sabrás que es mi intencion que en este lugar haya religiosos que teman á Dios y sean de los mejores de mi Orden; esfuércense, pues, los superiores en poner aquí á los mejores; y no digo más.» Mucho tiempo se disputaron el convento las dos ramas de la familia franciscana; pero los Observantes han vencido. En varias ensenadas del monte hay esparcidas ermitas, y en el dintel de una de ellas, sombreada por aya frondosa, se lee esta inscripción: *Anno Domini* 1224. *Beatus Franciscus sub hac arbore sæpe cum gratiarum actione et lætitia spiritus comedit.* Allí se hallaba la famosa piedra ungida. La iglesuela llamada de los Estigmas es el más antiguo monumento del monte Albernia: á ámbos lados tiene las armas del conde Orlando: una cruz y tres lises. Como en aquellas latitudes frias y húmedas no se conservan lienzos ni frescos, ambas iglesias encierran relieves de barro vidriado, obra alguno de ellos del famoso Lucas de la Robia. Al monte Albernia se retiró san Antonio de Padua para componer sus sermones, y san Buenaventura para hallar la inspiración mística de su *Itinerario de la mente á Dios.*

(21). Están tomados estos trozos de una carta de fray Maseo de Marignano « á todos los hermanos é hijos del gran Patriarca Francisco » — que se conservaba en el archivo de San Damián de Asís.

CAPÍTULO VIII.

AGONÍA, MUERTE, RESURRECCION.

Padecimientos y dolores de Francisco.— Las lágrimas le ciegan. —Muda de lugares. — Acércase la muerte.—Jacoba de Sietesolios.—Bendicion á última hora. — Tránsito. — Semejanza con el Crucificado. — Sepelio. — Clara y sus hijas. — Valle del Infierno y Valle del Paraiso. — Himno de Gregorio IX. — Canonización. — Traslación y misterioso depósito del cuerpo. — Leyenda. — Cántico de Triunfo.

.....
Ante obitum mortuus, post obitum vivus.
.....
(Epitafio de san Francisco, por Gregorio IX.)
.....
Muerto antes de morir, vivo despues de la muerte.
.....
(Epitafio de san Francisco, por Gregorio IX.)

CUANDO descendió Francisco del monte Albernia no había porción de su organismo que no estuviese crucificada de padecimientos. Aparte de las cinco llagas que ya le asemejaban á su prototipo, el Varón de dolores, aquejábanle violentas

hemoptísis, crueles ataques al estómago, á los nervios, al hígado, y especialmente sus ojos, escaldados y devastados por torrentes de abrasadoras lágrimas, apenas iban viendo la bella luz del *hermano Sol*. Y no obstante, por aquel tiempo, el contento interior de su espíritu se exhaló en himnos de gozo, y bendijo á Dios en las criaturas y en la naturaleza toda, con tal efusión, que como uno de sus compañeros se admirase de su alegría, Francisco hubo de confesarle que se regocijaba de su próxima libertad y tránsito á la gloria del Paraiso (1). Declare estos sentimientos un pasaje de uno de nuestros eximios escritores místicos. — «Estando san Francisco de Asís — dice el Padre Nieremberg (2) — muy afligido de un dolor de ojos que no le dejaba tomar algún descanso del sueño, molestándole juntamente el demonio con llenarle el aposento de ratones que con muchas carreras y ruído aumentaban su pena, daba con gran paciencia gracias al Señor, porque le castigaba tan blandamente, diciendo: Señor mio Jesucristo: mayores castigos merezco, pero vos como buen Pastor, concededme que por ninguna tribulación me aparte de vos. Estando en esto, oyó una voz que le dijo: Francisco, si toda la tierra fuera de oro puro, y los rios fueran de bálsamo, y los montes y peñas fueran piedras preciosas, y diamantes, ¿no dijeras que este era un gran tesoro? Pues sábete que hay otro

mayor tesoro, cuanto es más el oro que el cieno, el bálsamo que el agua, y una piedra preciosa que un guijarro; y este rico tesoro se te debe por premio de tu enfermedad, si estás contento con ella: gózate, Francisco, que este tesoro es la gloria, al cual se va por tribulaciones.»—San Buenaventura nos refiere que, para mostrar cuán caras le eran las dolencias, Francisco no les daba nombre de penas, sino de hermanas (3). En cierta ocasión, viéndole un fraile sufrir cauterio en los ojos, le dijo: Padre, ruega á Cristo que te trate con más blandura — y respondióle Francisco, no alterado del dolor y sí de la advertencia: — A no saber que eres de sencilla condición, te arrojara de mi presencia, por atreverte á juzgar á Dios.»

Con hallarse su cuerpo tan agobiado y consumido de males, la piel pegada á los huesos, sin poder sentar los piés por los clavos que los trucidaban, debilitado por pérdidas incesantes del licor de sus venas, alentaba de tal suerte el espíritu de Francisco, que, repitiendo no haber hecho en toda su vida cosa alguna para gloria de Dios, quería con renovado afán comenzar entonces á servirle, y ansiaba volver al servicio de los leprosos, ó á predicar la fe en Siria. Mas las mortales enfermedades le sujetaban, y no conformándose á la inaccion, en un jumentillo recorría, como sabemos, campos y ciudades, desfallecido y semi-

vivo, repitiendo con trasportes de caridad:—«Jesucristo, mi amor, ha sido crucificado.»—Y absorto en la raptura de su ánimo, ni oía los clamores de veneración de la multitud, ni sentía que le cortaban á pedazos el sayal para guardarlo como reliquia.

Resistíase á tomar medicinas que aliviasen sus angustias, pero fray Elías, que lo cuidaba como una madre, logró al cabo reducirle á que descansase algo y se pusiese en cura, instalándolo en un aposentillo próximo al convento de San Damián, á fin de que santa Clara y sus hijas pudiesen cuidarle y preparar sus remedios. Mas como su estado no mejorase, trasladáronle á Foligno, sin que tampoco la nueva mudanza de aires, ni la asistencia de renombrado médico, atajasen los progresos del mal. Elías no desmayó en su lucha con la muerte, y en los dos años que dura la agonía lenta de Francisco le vemos intentar cuanto cabe, probar distintos climas, ensayar medicamentos heroicos, disputar á la tierra el cuerpo, consumido de encerrar un alma toda fuego y luz. De Foligno volvió Francisco á Asís, casi enteramente perdida la vista. Un dia, deseando departir con su primer discípulo Bernardo de Quintaval, salió á buscarle al monte donde tenía su retiro, y le llamaba á voces diciendo:—«Fray Bernardo, hijo, ven á consolar á este pobre ciego.»—Engolfado Bernardo en sus rezos no le oyó; y Francisco, que no

por vivir en las esferas del amor divino dejaba de experimentar con vehemencia los afectos de la humana amistad, se turbó y entristeció en gran manera. Pero cuando supo la causa del silencio de Bernardo, se tendió en el suelo y le ordenó que tres veces le pisase la boca, lo cual hubo de ejecutar el discípulo, no sin mucha resistencia y repugnancia.

Para consultar con los médicos pasó Francisco á Rieti. Alguno le advirtió que sus continuas lágrimas le causaban la ceguera, y que las contuviese para sanar; á lo cual respondió Francisco:—«Hermano médico, por amor de la vista corporal, que también disfrutan las moscas, no hemos de perder la del espíritu.— A la desesperada resolvieron aplicarle lo que entonces se consideraba remedio supremo: introducirle en la nuca un hierro hecho ascua, abriéndole un sedal. «Hermano fuego — dijo el paciente al ver el hierro enrojecido — hermosa criatura de Dios, templa para mí tus rigores.» Y en efecto, no sintió Francisco la quemadura, ni el dolor más leve. Un tanto aliviado, se volvió á Asís, donde aceptó la hospitalidad del Obispo, á principios del año 1225. Aprovechó un corto intervalo de mejoría para que le llevasen por los pueblos de Umbría y Nápoles, edificando á las gentes. En esta expedición curó en Bagnorea un niño enfermo. Al extender sus manos sobre el infante para devolverle la salud, Francisco exclamó: «¡Oh

buena ventura!» El niño salvado por el moribundo penitente fué despues el gran pensador franciscano, san Buenaventura.

Moribundo puede ya llamarse á Francisco, pues antes de llegar á Nocera apretaron de tal modo sus dolencias, que le fué forzoso detenerse en una aldeilla. Los magistrados de Asís, temerosos de que Francisco espirase fuera del recinto de su ciudad natal, despacharon dos cónsules con gente armada para trasladarle, y para asegurarse, en caso de necesidad, del precioso tesoro de su cadáver. Transportaron al enfermo con mil precauciones hasta Sartiano, donde se detuvieron para concederle algun descanso: y siendo la poblacion pequeña y los forasteros muchos, no hallaban de comer, con ofrecer duplicados los precios de las viandas. Quejáronse al Santo de la penuria de los labradores, que por ningun dinero les querían dar bastecimientos. Francisco les contestó:—«No hallaréis víveres mientras confieis más en vuestras moscas (así llamaba al dinero) que en la providencia del Altísimo. Salid con mis compañeros, y dad la vuelta al pueblo pidiendo limosna por amor de Dios.»—Salieron los soldados con los frailes, y recogieron copioso donativo.

Otra vez albergó á Francisco el Obispo de Asís; pero empeoraba, y Elías le condujo á Siena en Abril, buscando más suave y templado ambiente. Allí le sobrevino tan copioso

vómito de sangre, que le daban ya por difunto; y él mismo, creyéndose llegado á punto de muerte, se despidió de sus frailes con estos últimos encargos:—«Amaos los unos á los otros con amor puro y sencillo, como yo os amé siempre: amad con todo esfuerzo á mi señora la santa pobreza: vivid sujetos á la Iglesia.»—Quedó de esta crísis Francisco muy quebrantado, pero apenas recobró algunas fuerzas, las empleó en escribir cartas exhortatorias á los frailes de su Órden. Sabedor Elías del grave peligro del maestro, fué á buscarle, y llevóle á Cortona, pero esta última tentativa fracasó: una hinchazón general se apoderaba de los miembros de Francisco: declaróse la hidropesía, y ansioso de morir en la Porciúncula, rogó á Elías que sin dilación le condujese á Asís. Fué indescriptible el júbilo de la ciudad viendo dentro de sus muros al Santo: quiso el Obispo recogerle de nuevo en su palacio, y así que se supo cuán en peligro de muerte venía, los magistrados pusieron guardias en torno de la residencia episcopal, velando dia y noche para que no les fuese arrebatado el santo cuerpo.

Aquellas horas últimas encruelecieron los dolores del agonizante, con tal violencia, que habiéndole preguntado un fraile qué soportaría de mejor grado, si el martirio por mano del verdugo, ó los achaques de su enfermedad, Francisco, protestando de su perfecta sumi-

sión á la voluntad divina, aseguró que preferiría cualquier linaje de suplicio á los tres dias de angustia trascurridos. Y á pesar de todo ello, su espíritu brillaba más que nunca, como la luz que próxima á extinguirse resplandece con mayor viveza; y doctrinaba y exhortaba elocuentemente á sus compañeros reunidos en torno del lecho del dolor. Por fin le anunció el médico de Arezzo, que no se apartaba de él, la proximidad del tránsito. Recibió el aviso con extrañas muestras de alegría, y empezó á cantar con rostro radiante y en voz sonora y alta la estrofa compuesta por él mismo en loor de su hermana la muerte. Como el patriarca Jacob, reunió á sus hijos y los bendijo cruzando los brazos; después quiso ser llevado á Santa María de los Angeles para exhalar el espíritu de vida allí donde recibiera el de gracia. Le condujeron en su propio lecho, y cuando estuvieron en la llanura dijo á los portadores:—«Volvedme de cara á la ciudad.»—Incorporóse y exclamó:—«Bendita seas, ciudad fiel á Dios; morada serás de santos» (4).—Y lloró, despidiéndose de su patria. Apenas hubo llegado á la Porciúncula acordóse de su tierna amiga Jacoba de Sietesolios, á quien solía llamar *fray Jacobo* por sus varoniles virtudes, pues amaba mucho á la ilustre matrona, protectora y hermana de todos los frailes Menores. Y deseando verla por vez postrera en el mundo, comenzó á dictar una carta en estos

términos:—«Sabrás, carísima, como Jesucristo me ha otorgado la gracia de revelarme el plazo de mi vida, que está ya muy cercano; por lo cual, si deseas verme vivo, vente enseguida que recibas esta carta al convento de santa María de los Angeles; porque si llegases despues del sábado inmediato, ya no me hallarás con vida. Trae contigo jerga para mi mortaja y cera para mi sepultura: y también alguna de aquellas viandas que me dabas cuando estuve enfermo en Roma»...—Aquí se detuvo de pronto, y dijo al fraile amanuense:—«No escribas más, que no es necesario; deja ahí la carta.»—Momentos despues se oyó llamar á la portería, y apareció Jacoba acompañada de sus dos hijos, trayendo la mortaja, la cera y los manjares que deseaba el Santo: á cuyos piés se arrojó la matrona, regándolos con lágrimas. Empezó á cuidarle y asistirle, y quería despedir á sus hijos para Roma; pero Francisco la detuvo, diciendo:—«No los despidas, porque ciertamente moriré el sábado, y concluido mi funeral te podrás volver con tus hijos á tu casa» (5).

Aquellos dias últimos de su vida no cesaba Francisco de cantar el himno de las criaturas, que había compuesto. Pidió perdon á su cuerpo de haberle maltratado tanto en provecho del espíritu; dictó su testamento admirable, y habiendo hecho la señal de la cruz sobre un pan, lo partió y distribuyó á sus compañeros,

que rodeaban el lecho; tras de esta imitación de la eucarística cena bendijo á Jacoba de Sietesolios, y despues más especialmente á fray Gil y á su primogénito fray Bernardo de Quintaval, á quien con inapreciable ternura dijo:—«Tú, primero que fuiste elegido para esta Orden y te hiciste pobre por amor é imitación de Cristo, seas bendito en todos los lances de tu vida, en tus entradas y salidas, dormido y despierto, en vida y en muerte.»—Como la hora se aproximaba, quiso expoliarse y yacer en el suelo desnudo sobre un lecho de ceniza: tapó con la mano izquierda la llaga del costado, y dijo á los frailes:—«Yo obré lo que me tocaba. Cristo os enseñe lo que os toca á vosotros.»—Lloraban los compañeros viéndole en tan triste estado, y uno de ellos, con súbita inspiración, se llegó al moribundo y presentóle una túnica, cuerda y femurales, pronunciando:—«Te presto esas cosas como á un mendigo, y te mando usarlas por santa obediencia.»—Francisco las tomó alegremente, hallándose fiel hasta la muerte á la amada Pobreza. Recordando al que amó á los suyos hasta el fin, congregó á todos los frailes y se despidió de ellos diciéndoles:—«El tiempo de prueba y tribulación no está distante: felices los que perseveren. Yo voy á Dios, y os encomiendo á su gracia.»—Luego dió la bienvenida á la muerte, que sentía acercarse.—«Bien vengas, hermana muerte, exclamaba

con efusión.—Otra vez quiso que lo desnudasen de sus ropas para exhalar el último aliento, y pidió que despues de haber espirado lo dejasen estar así el tiempo que puede tardar un hombre en andar cómodamente una milla. Enseguida rogó que le trajesen el Evangelio y le leyesen la Pasión de Cristo segun san Juan, comenzando en las palabras *Ante diem festum Paschæ*. Mientras tanto lo desnudaban como deseó, y rodeábanlo de ceniza. Con voz clara y entera aún cantó el salmo *Voce mea ad Dominum clamavi*, y al terminar el versículo *Me expectant justi donec retribuas mihi*, dió su espíritu, y como dice Dante,

> .....
> *del suo grembo l'anima preclara*
> *muover si volle, tornando al suo regno*
> *ed al suo corpo non volle altra bara.*
> .....

Por la atmósfera serena, donde ya se iba alzando el lucero vespertino, vió entonces un fraile cruzar otra estrella refulgente que se remontaba al cielo.

Cuarenta y cinco años tenía el mártir de amor. Lo que de él quedaba en la tierra lo lavó y ungió piadosamente Jacoba, ayudada de los frailes, y le puso una túnica abierta por el costado para que se descubriese la llaga, depositándolo despues sobre alto estrado, que cubrió con ricos tapices. La población de Asís inva-

dió la estancia mortuoria con sed de contemplar el santo cuerpo. Estaba el cadáver natural y flexible; la carne, de suyo morena y curtida, se volviera blanca: destacábase la herida lateral con bordes replegados y color purpúreo, semejante, dice san Buenaventura, á una bella rosa; y en manos y piés los prodigiosos clavos. Un incrédulo de los estigmas, el caballero Jerónimo de Asís, fué á moverlos y palparlos repetidas veces. Con vivos toques describe cómo se vieron los restos santos fray Elías, en la carta en que participa á los ministros provinciales la muerte del Fundador.—«Cuando vivía (dice) y su espíritu animaba su carne, era de aspecto y semblante despreciable, porque las penitencias y enfermedades habían vuelto su piel pálida y denegrida, y todos los miembros de su cuerpo, con la fuerza de los dolores y continuos achaques, estaban maltratados, y de la contracción y encogimiento de los nervios, rígidos, deformes é intratables, como lo están los de los cuerpos muertos; pero luégo que murió, quedó con semblante y rostro hermoso, claro y venerable, cuya extremada hermosura y maravilloso candor daban gozo y alegría á quien le miraba. Quedaron, en fin, todos sus miembros suaves al tacto, tratables y fáciles en el juego de sus coyunturas; de suerte que se movían y doblaban al arbitrio de quien los tocaba, como si fuesen de un niño tierno.»—Y añadía:—«El

amado de Dios y de los hombres descansa ya en las mansiones de la luz. Él era luz de verdad, cuyo resplandor alumbró á los que se hallaban en las tinieblas, sentados con ociosidad en sombra de muerte.»

Pasaron los Menores la noche del sábado cantando himnos y salmos en torno del cuerpo, y desde que amaneció el domingo acudió el pueblo entero de Asís con luces y ramas de oliva para acompañarlo á la sepultura: los nobles llevaban el cuerpo á hombros; el pueblo seguía entonando cánticos, en tanta multitud y con tantas hachas y palmas que más parecía festejar á un triunfador que despedir á un muerto. Al pasar cerca del convento de San Damián, situado extramuros de Asís, detúvose el cortejo, y depositaron el cuerpo en la iglesia, á fin de que, segun el pronóstico de Francisco, su hermana espiritual Clara pudiese verle aún una vez en el mundo. Ella y sus hijas salieron á besar y á regar con llanto las heridas, los clavos, los piés del cadáver, sobre el cual hicieron trágica lamentación.—«Maldito sea, gemían, el dia funesto de oscuridad y tristeza que apagó la antorcha que alumbraba al mundo! ¡Oh Francisco, padre! ¡Por qué nos dejas débiles y míseras encerradas solas en estos muros! ¡Eramos tan felices cuando nos visitabas! ¡A todas las riquezas preferíamos tu pobreza; nos fortalecía tu dulzura!... Vírgen María, ¿has olvidado á tus humildes sier-

vas?»—Apartaron del cadáver á aquellas mujeres inconsolables como las hijas de Jerusalén, y el convoy se puso otra vez en marcha, hasta llegar al templo de san Jorge, donde Francisco siendo niño había estudiado los rudimentos de las letras y donde había predicado su primer sermón, y allí, por vez primera después de tantos años de heroica lucha, reposó el atleta de Cristo (6).

Mas de las tinieblas de la tumba va á resurgir glorificado su nombre, y su imágen rodeada de la aureola de oro de los bienaventurados. Las *Florecillas* refieren esta resurrección del penitente con laconismo extraordinario. — «Y después, dicen, fué canonizado san Francisco en mil doscientos veintiocho por el papa Gregorio IX, que vino personalmente á Asís á canonizarlo. Y esto baste á la cuarta consideración.»—No imitemos la elocuente concisión, que acaso sea uno de los mayores encantos del libro que mereció ser llamado *Ilíada franciscana*, ántes contemos cómo la poesía sagrada deshojó sus más bellas flores sobre la losa del bendito sepulcro, y cómo fué decretada la apoteosis del hombre evangélico. Alzábase cerca de Asís un siniestro cerrillo donde se ejecutaba á los reos de muerte, y Francisco había manifestado deseos de ser enterrado en aquel sitio infame. Cuando Gregorio IX, que se gloriaba haber sido amigo de Francisco (7), resolvió canonizarlo, dispuso

que ántes se construyese soberbio monumento donde se depositase su cuerpo, y confió la comisión á fray Elías, que recordando la voluntad de su maestro, eligió para erigir la basílica el cerro llamado *Valle del infierno*, que desde entonces recibió el nombre de *Valle del Paraiso* (8). Entre tanto procedíase á la canonización: Gregorio IX examinaba detenidamente en consistorio pleno la validez del expediente, y en Perusa, donde á la sazón le habían obligado á refugiarse las turbulencias de los gibelinos y los manejos del emperador de Alemania, inscribió á Francisco en las páginas del libro de oro de los santos. Hecho lo cual, se dirigió á Asís con su curia á celebrar la ceremonia solemne. Atrajo ésta gentes de todas partes de Italia, no pocos obispos, más de dos mil frailes Menores. La concurrencia se agolpaba en el pórtico de la iglesuela de san Jorje en la mañana del dia 16 (dominica III) de Julio, y una oleada de entusiasmo la estremeció toda cuando, abierto el sepulcro que encerraba los restos de Francisco, subió el Papa al trono que le habían preparado, y comenzó el panegírico (9), tomando por tema las palabras del Eclesiastés: «Como la estrella matutina entre las nubes, como la luna llena, como el sol en su esplendor, así brilló en el templo de Dios.» —El anciano Pontífice habló, con los ojos húmedos y la voz embargada por el llanto, de la íntima familiaridad que le había unido con

Francisco, del amigo de la tierra que ahora era protector en el cielo, y acudiendo á la poesía para mejor expresar sus afectos, entonó la glosa *Caput draconis ultimum*, compuesta por él para aquella circunstancia.

«La última cabeza del dragón, armada de la cuchilla vengadora, desplega el sétimo estandarte, se alza contra el cielo, y trata de atraer gran número de astros á las filas de los réprobos.

»Mas hé aquí que Cristo por su parte expide un nuevo Legado: sobre su bendito cuerpo resplandece la enseña de la Cruz.

»Francisco, noble príncipe, ostenta el sello real; convoca á los pueblos de todos los paises del orbe; contra el odio cismático del dragón organiza tres milicias de caballeros armados á la ligera, que dispersarán las hordas infernales que al dragón auxiliaban» (10).

Terminado el himno, levantóse el cardenal Octaviano y leyó en alta voz los milagros examinados, nó sin muchas lágrimas del concurso, entre el cual se elevaban voces exclamando:—«A mí me aconteció eso: es verdad, es verdad.»—El cardenal diácono Raniero Capocio le siguió refiriendo muchas cosas de la vida de Francisco, á quien había conocido. Acabada la relación, se incorporó el Pontífice y extendiendo las manos y alzando los ojos al cielo, pronunció:—«A honor de Dios Omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, de la

gloriosa Vírgen María, de los apóstoles Pedro y Pablo, y de la Iglesia romana. Venerando al beatísimo padre Francisco, á quien el Señor glorificó en los cielos, y con el consejo y aprobación de nuestros hermanos y de otros prelados, le inscribimos en el catálogo de los santos, y mandamos que el cuatro de Octubre, dia de su dichoso tránsito, se celebre su fiesta.»—Promulgada la sentencia, entonaron los Cardenales el *Te Deum*, rompió el pueblo en aclamaciones, y el Papa, descendiendo de su trono, vino á postrarse ante el arca que encerraba el cuerpo de Francisco, y la adoró y besó repetidas veces. Imitáronle Cardenales y nobles, y el ataud descubierto, fué colocado en el centro del santuario. Celebró el Papa la misa, mientras los frailes Menores, alzando con la diestra verdes ramos de oliva, cercaban el altar.

Antes de dejar á Asís ofreció Gregorio IX al sepulcro de Francisco preciosas joyas, y en las zanjas y desmontes abiertos por Elías sentó por su mano el primer sillar de la gran basílica que había de recibir el cuerpo. No bastando á su devoción fundar el majestuoso templo, el himno de piedra que despues vió nacer bajo sus bóvedas la nueva pintura italiana, Gregorio quiso erigir otro monumento litúrgico, compuesto de himnos, cánticos, antífonas y glosas: el bellísimo Oficio que rezan los Menores, y en el cual son de Gregorio IX

algunas de las composiciones más hermosas, y el resto, de los Cardenales que á la canonizacion asistieron (11).

Cuando fray Elías vió terminada en breve tiempo la iglesia subterránea que debía servir de cripta fúnebre al santo cuerpo, resolvió el dia de la traslación, y convocó en Asís capítulo general para mejor solemnizarla. El veinticinco de Mayo, vigilia de Pentecostes, el atrio de la iglesia de san Jorge se vió otra vez cercado de inmensa multitud. Al comenzar la ceremonia, fray Elías leyó al pueblo las letras apostólicas de Gregorio IX, privado por los negocios de la Iglesia de asistir en persona á la ceremonia.—«Entre los males que nos agobian, decía, hallamos motivo de gozo y de gratitud en la gloria que Dios derrama sobre el bienaventurado Francisco, padre nuestro y vuestro, y quizá más nuestro aún que vuestro. Aparte de las espléndidas maravillas de que fué instrumento, tenemos pruebas auténticas de que hace poco resucitó en Alemania un muerto por su intercesión. Esto es lo que más y más nos anima á publicar los loores de tan gran Santo, en la confianza de que, pues nos amó tan tiernamente cuando estaba en el mundo, donde vivía como fuera del mundo, nos amará más aún hoy que está más próximo á Cristo, que es todo amor, y no cesará de interceder por nosotros. Esperamos también que vosotros, á quienes engendró en Cristo y á

quienes dejó por herederos de las riquezas de su pobreza suma; vosotros á quienes llevamos en las entrañas de nuestro amor con ardiente deseo de procurar el bien de vuestra Orden, emplearéis vuestras plegarias para obtener de Dios que nuestras tribulaciones sirvan para salvación de nuestra alma.»

Traían los legados portadores de este rescripto ricas preseas para adorno del altar: un relicario de oro esmaltado é incrustado de perlas, conteniendo un trozo de la verdadera cruz; servicio de altar de sobredorada plata; terno de brocado de oro; velo para cubrir el altar, de preciosa tela; y á la vez muchos privilegios y exenciones apostólicas para la nueva basílica (12). Sacaron después la caja que contenía el santo cuerpo, y la pusieron en soberbio carro triunfal sobrecargado de adornos, tirado por bueyes con paramentos de escarlata, cuyos testuces engalanara de cintas y flores la alegre devoción del Mediodía. El cortejo se puso en marcha al són de estruendosas músicas y de himnos compuestos por Gregorio IX (13).

«Del cielo ha descendido una raza, obrando nuevos prodigios; descubre á los ciegos el sol, abre rutas en el desecado mar.

»Despojados fueron los egipcios; el rico se hace pobre, sin perder nombre ni bienes, y en la miseria es dichoso.

»Francisco y sus apóstoles ascienden, como

Cristo, á la montaña de la nueva luz, con los dones de la pobreza.

»Segun el deseo de Simón, haced tres tabernáculos donde resida eternamente el Altísimo.

»Rindiendo homenaje de reconocimiento en solemne fiesta á la ley, á los Profetas y á la gracia, celebra el oficio de la Trinidad, mientras el huésped, con sus virtudes, repara el triple hospicio y consagra á Cristo el templo de los espíritus bienaventurados.

»¡Oh Francisco, padre nuestro; visita la casa, la puerta y la tumba, y arranca del sueño de muerte á la raza infeliz de Eva!

»¡Apresúrate, san Francisco, ven, Padre, á socorrer á este pueblo que gime mortificado por la carga y yace agobiado entre lodo, paja y ladrillos; sepulta á Egipto bajo la arena; extirpa nuestros vicios y libértanos!»

Tratemos de representarnos el aspecto de aquella procesión triunfal en la Edad media. De una parte los cónsules y magistrados de la ciudad, reforzados con buen golpe de gente de armas; de otra el pueblo, densísimo, conmovido; de otra el clero secular; por último, los frailes Menores con antorchas encendidas en las manos, y toda esta multitud ascendiendo por abrupta colina, bajo los rayos de un sol meridional, entre cánticos estrepitosos y ecos de trompas y atabales, y apiñándose en torno del carro que encerraba el tesoro del cuerpo,

recelosos de que álguien se lo sustrajera. De pronto, en aquel humano mar, se levantó una ola más arrolladora que todas, y aprovechando la confusion, los hombres de armas forman viviente muralla é impiden el paso al clero y al pueblo, y los magistrados de Asís, arrebatando el féretro á los sacerdotes que lo custodiaban y cargándolo en sus hombros, lo llevan á la basílica, cierran las puertas, y secretamente lo entierran en lugar sólo de ellos conocido, mientras la multitud, agolpada fuera, gritaba y maldecía de los profanadores. Dictó este acto de violencia el deseo de ocultar el cuerpo en tal manera que nadie supiese donde se hallaba y los habitantes de los pueblos vecinos no pudiesen robarlo, propósito que no dejaban de alimentar, en especial los de Perusa, y créese que los magistrados de Asís al hacerlo estaban de acuerdo con fray Elías, al cual se había oido decir que el sepulcro de san Francisco debia estar oculto, como el de Moisés. Gregorio IX se indignó al tener noticia del escandaloso desórden, y escribió á los obispos de Perusa y Espoleto: —«He colmado de beneficios á los habitantes de Asís; debieran agradecérmelos, sobre todo en ocasión tan señalada para mí, y los ingratos me ultrajan. Saben que despues de canonizar á san Francisco hago erigir á honra suya una iglesia, cuya primer piedra senté con mis propias manos; que la ilustré con varios títulos que hon-

ran á su villa; que dispuse con autoridad apostólica fuese trasladado á ella el cuerpo del Santo; que á este efecto establecí por vicarios mios al Ministro general de los Menores y á otros buenos religiosos de la misma Orden; y que á esto añadí grandes indulgencias, y, como Oza, han tenido la insensatez de poner sus manos profanas y sacrílegas sobre lo que únicamente debían tocar los sacerdotes, impidiendo se tributasen al Santo los honores debidos y turbando toda la fiesta.» — Envió á Roma diputados la villa para obtener el perdón del Papa, lo que consiguieron al fin; y la acción atrevida de los magistrados de Asís añadió un rasgo más de poesía y misterio á la leyenda franciscana. El secreto del lugar donde descansaba el cadáver, inspiró al pueblo peregrinas consejas: creíase que Francisco se hallaba en rico santuario subterráneo, de pié, los ojos alzados al cielo, abiertos y claros, las heridas manando fresca sangre, los brazos extendidos en perpetua oración por los pecados de los hombres, implorando á Cristo y aplacando la cólera divina. Andando el tiempo se refirieron pormenores dramáticos de visitas secretas á la cripta, y Francisco de Baucio contó al Gran Capitan Gonzalo Fernández de Córdoba (14) la bajada del papa Nicolás V al lugar terrible, entre el silencio de la noche á la hora décima, descendiendo las quince gradas de mármol de torcido caracol y cruzando formidable puerta

de bronce después de abrir con tres llaves otros tantos candados, sin omitir cómo el Papa se deshizo en lágrimas al ver el santo cadáver de pié, sin apoyarse en parte alguna, cubierta la cabeza con la capilla, las manos cruzadas y los piés, el uno descubierto enseñando la llaga, de donde corría roja sangre y se exhalaba fragancia deliciosa, y el otro pisando la fimbria del hábito; y como absorto Nicolás V en la contemplación de tan raro prodigio, no acertó á salir de allí hasta que rayó el alba (15). Lo cierto es que el sepulcro, cerrado á la multitud, pudo ser franqueado alguna vez cautelosamente: existían cinco llavecicas, llamadas llaves de san Francisco, destinadas sin duda á abrir las puertas de entrada al sepulcro, y que posteriormente dispuso un General de la Orden se encerrasen en un arca sellada con siete sellos. En nuestros dias se ha sabido la verdad; bajo Pio VII, en 1818, se realizó la invencion del cuerpo de san Francisco, habiéndose verificado las investigaciones secretamente, perforando muros y rocas hasta llegar á una reja de hierro que encerraba un esqueleto humano tendido en un ataud de piedra. Medio deshechos en polvo yacían á su lado trozos del hábito de grosera lana, de la cuerda, y en torno algunas medallas y monedas dejadas allí para memoria por los secretos visitadores de la cripta; y adheridos á la mandíbula todavía muchos de aquellos dientes apretados, blancos

é iguales de que hablaba Tomás de Celano. Practicadas las diligencias necesarias para establecer la identidad de los restos, el Pontífice declaró en breve de 5 de Setiembre de 1820 que «con autoridad apostólica, y segun el tenor de las presentes, consta de la identidad del cuerpo encontrado bajo el altar mayor de la basílica inferior de Asís, que tal cuerpo es verdaderamente el de san Francisco, fundador de la Orden de los frailes Menores.»

Así se desvaneció la leyenda de la inmortalidad material del cuerpo martirizado del penitente de Asís. Pero su inmortalidad en el corazón humano y en la historia es indestructible. Mientras subsistan los dos sentimientos fundamentales del Evangelio, compasión de los hombres y caridad divina, amor del prójimo y amor de Dios, permanecerá el recuerdo del serafín que vivió y murió abrasado en ambos, y la humanidad seguirá dándole los nombres dulcísimos, prodigándole los amantes requiebros que la Edad Media cantó en su letanía (16).—«Padre amable, admirable, venerable y benigno, abanderado de Cristo, caballero de la cruz, imitador del Hijo de Dios, serafín ardiente, horno de caridad, arca de santidad, vaso de pureza, espejo de castidad, ejemplo de virtud, patriarca de los pobres, mártir de deseos, prodigio de la naturaleza, antorcha del pueblo, luz de su patria.»

NOTAS.

(1) Fioretti, *Consid. sull. Stimmat.*

(2) Diferencia entre lo temporal y lo eterno.

(3) *Cumque duris corporis angeretur doloribus, illas suas angustias non pœnarum censebat nomine, sed sororum.*

(4) *Ad planitiem sub civitatis declivio.... Benedicta tu a Domino, civitas Deo fidelis.* Bartolomé de Pisa. (Conform.)

(5) Bernardo de Besa: *Vita di san Francesco.*

(6) *In eo siquidem loco puerulus litteras didicit, ibique postmodum prædicavit, postremo ibidem locum primum quietis accepit*: S. Bonavent.

(7) El cardenal Hugolino, á quien san Francisco solía llamar proféticamente *obispo de todo el mundo*, sucedió á Honorio III el 27 de Marzo de 1227, tomando el nombre de Gregorio IX.

(8) Los habitantes de Asís se oponían á que fuese erigida en semejante lugar la basílica y tumba del Santo, y decían á Elías: « Por qué no eliges un lugar honroso en la ciudad? Estamos prontos á cederte hasta el solar de nuestras propias casas.»

(9) *Prædicat primitus populo universo papa Gregorius, et affectu melifluo, voce sonora, nuntiat præconia Dei; sanctum quoque Franciscum patrem nobilissimo sermone collaudat... Totus lacrymis madidatur*: (Thom. a Cel.)

(10) « Caput draconis ultimum
ultorem ferens gladium
excitat vellum septimum.
Contra cœlum erigitur,
et mittitur attrahere
maximam partem siderum
ad damnatorum numerum.
Verum de Christi latere
novus legatus mittitur:
in cujus sacro corpore
vexillum crucis cernitur.
Franciscus princeps inclytus,
signum regale bajulat,
et celebrat concilio
per cuncta mundi climata.
Contra draconis schismata
acies trinas ordinat
expeditorum militum
ad fugandum exercitum,
et his catervam dœmonum
quas draco super roborat. »

(11) El himno de Vísperas, que empieza *Proles de cælo prodiit*; la antífona *Propera, veni Pater*; la glosa *Caput draconis ultimum*; el himno fúnebre *Plange turba paupercula*, fueron compuestos por Gregorio IX. El responsorio octavo *De paupertatis horreo*, por Oton Cándido, cardenal de san Nicolás. El séptimo, *Carnis spicam*, y la antífona *Salve Sancte Pater*, con la elegante glosa *Lætabundus*, por Tomás Capuano, cardenal de santa Sabina. El himno *Plaude turba paupercula*, por Raniero Capo-

cio, cardenal diácono de Santa María. La antífona *Cœlorum candor splenduit*, y los dos himnos *In cœlesti collegio* y *Decus morum dux Minorum*, por Esteban de Casanova, cardenal del Santo Angel. De Tomás de Celano, el inspiradísimo autor del *Dies iræ*, son la antífona *O martyr desiderio* y la bella glosa *Sanctitatis nova signa*. Todo el resto de este célebre oficio se atribuye á san Buenaventura, y también en parte á fray Julián Teutónico, gran poeta y músico primoroso, que fué en el siglo maestro de la capilla Real de Francia: floreció en el generalato de san Buenaventura. El Prefacio de la Misa es obra del Santo fray Juan de Albernia. El oficio de las Llagas (aparte de las Lecciones, que son de san Buenaventura) lo compuso el general de la Orden, Gerardo de Odon.

(12) Wading. (Ann.)

(13) «Proles de cœlo prodiit
novis utens prodigiis,
cœlum cæcis aperuit,
siccis maris vestigiis.
Spoliatis Ægyptiis
transit dives, sed pauperis
nec rem, nec nomen perdidit,
factus felix pro miseris.
Assumptus cum apostolis
in montem novi luminis,
in paupertatis prædiis
Christo Franciscus intulit.
Fac tria tabernacula
votum secutus Simonis
quem hujus non deseruit
numen vel omen nominis.
Legi, prophetæ, gratiæ
gratum gerens obsequium,
Trinitatis officium

festo solemni celebrat.
Dum reparat virtutibus
hospes triplex hospitium
et beatarum mentium
dum templum Christo consecrat.
Domum, portam et tumulum
Pater Francisce visita,
et Evæ prolem miseram
a somno mortis excita »

En el Breviario franciscano sobre la fiesta del Santo Patriarca, llega hasta aquí el himno de vísperas. Las ideas más bellas ó principales de la estrofa, que hemos añadido en la traduccion castellana, las expresa de esta manera el himno de Laudes:

«Hunc sequantur, huic jungantur,
Qui ex Ægypto exeunt:
In quo duce, clara luce
Vexilla Regis prodeunt.»

(14) De esta entrada de Nicolás V en el sepulcro de san Francisco y de lo en ella referido, escribió dos elegantes cartas Francisco de Baucio, duque de Andria: una al obispo de esta ciudad y otra al Gran Capitan Gonzalo de Córdoba, diciendo haber adquirido esta noticia de boca de Astergio, cardenal arzobispo de Benevento, testigo de vista, estando en la hora de la muerte; á lo cual se movió de escrúpulo de que cosa tan digna de eterna memoria no quedase sepultada en el olvido.» Cornejo: *Chron. de la Felig. de N. P. S. Franc.*

(15) Cornejo refiere otras muchas bajadas al sepulcro de san Francisco: la que consta de la relacion de Galeoto de Galeotis; la de Sixto IV en 1476; la del célebre cardenal Gil de Albornoz; la de san Pio V, que se frustró por no haber podido dar con

la entrada de la escalera de caracol. Parécenos curioso reproducir aquí el epitafio de san Francisco, compuesto por Gregorio IX, y grabado en una lápida de mármol por órden de Francisco Esforcia:

«.....
Viri seraphici catholici Apostolici
Francisci romani, celsa
humilitati conspicui,
Christiani orbis fulcimenti
Eclesiæ reparatoris,
Corpori nec viventi, nec mortuo,
Christi crucifixi clavorum
plagarumque insignibus
admirando.
Patris pauperum novæ prolis fœtura latissimus
munificentia possuit.
Anno D. M. CC. XXVIII
XVI Kal. Augustit
Ante obitum mortuus
Post obitum vivus.

(16) *Letanía de San Francisco.*

S. Francisce, pater amabilis.
S. Francisce, pater admirabilis.
S. Francisce, pater benigne.
S. Francisce, pater venerabilis.
S. Francisce, vexillifer Jesu Christi.
Eques Crucifixi
Imitator Filii Dei.
Seraphim ardens.
Fornax charitatis.
Arca sanctitatis.
Vas puritatis.
Forma perfectionis.
Norma justitiæ.
Speculum pudicitiæ.
Regula pœnitentiæ.

Prodigiorum mirabilis.
Magister obedientiæ.
Exemplum virtutum.
Patriarcha pauperum.
Cultor pacis.
Profligator criminum.
Lumen tuæ patriæ.
Decus morum.
Expugnator dæmonum.
Vivificator mortuorum.
Salvator famelicorum.
Obsequium leprosorum.
Præco magni regis.
Forma humilitatis.
Victor vitiorum.
Planta minorum.
Lucerna populorum.
Martyr desiderio.
Prædicator silvestrium.
Portans dona gloriæ.
Auriga militiæ nostræ.
Novis utens prodigiis.
Cœlum cœcis apariens.
Gratum gerens obsequium.
Templum Christo consecrans.
Hostes malignos proterens.
Prodigium naturæ.
Spargens virtutum munera.
Ad gloriam iter amplians, ora pro nobis.

ÍNDICE.

Págs.

Dedicatoria.
Al que leyere.
Carta del Ilmo. Sr. Obispo de Lugo... I
Carta del Ilmo. Sr. Obispo de Córdoba. II
Carta del Ilmo. Sr. Obispo de Mondoñedo.... V
Carta del Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Santiago. VII

INTRODUCCION.

La Edad media y el siglo XIII.

Decadencia romana.—Los Bárbaros.—Carlomagno.—Como hemos de considerar la Edad media.—Su unidad.—Derecho antiguo y derecho feudal.—Esclavos y siervos.—Vida feudal.—Caballería.—Culto de la mujer.—Amor desinteresado.—La mujer bienaventurada.—Leyenda de santa Clotilde.—Orígen popular de las Cruzadas.—Nacimiento y conquistas de Mahoma.—Estéril Cruzada de siervos.—Cruzada de la nobleza: toma de Jerusalen.—Desastrosa Cruzada de los reyes. Saladino recobra á Jerusalen.—San Bernardo.—Fruto y carácter de las Cruzadas.—Saladino armado caballero.—Ordenes milita-

Págs.

res.—El Temple.—Principio de los monjes. —San Benito.—Regla benedictina: agricultura y ciencia.—Ramas del árbol monástico. — Concepto del arte medioeval.—Los trovadores.—Triunfa la literatura eclesiástica.— La catedral: la ojiva.— Calamidades de la Edad media: los normandos: resistencia del paganismo; los húngaros; los sarracenos.— Europa y la Iglesia se defienden.—Terrores del milenario.—Hambre, miseria y peste.— El terror se disipa.—Organos y campanas.— Nuevos actores en la escena del mundo.— Estado de la Iglesia: necesidad de la reforma. —Gregorio VII.—Su aliado Pedro Damián.— Las investiduras.—Lucha de Gregorio y Enrique IV.—Fin de ambos.—Teoría del poder eclesiástico; su significación y alcance.—La Iglesia se purifica á sí propia.— Oficio civilizador de los Concilios: legislación progresiva.—Asilo y tregua de Dios.—Freno del feudalismo.—La igualdad y el derecho segun la Iglesia.—Los judíos.—Constitución política y social de Italia bajo el pontificado: municipios, comercio.— Güelfos y gibelinos.— Barbarroja y la liga lombarda. — Tomás Becket.—Porqué fué un hombre eminente. —Qué cosa sea el grande hombre.—El Santo.—De cómo el Santo formó la Edad media. Albores del siglo XIII.—Maniqueos, valdenses.—Los Tártaros.—Fracaso de las Cruzadas.—Enrique VI.—Inocencio III.—Federico II é Inocencio III anuncian el Renacimiento.—Regalismo de los juristas.—Nuevo elemento social: san Francisco: los pobres voluntarios.—Carácter nacional de la Orden franciscana.—Santos y frailes son güelfos.—

Págs.

Excomunión de Federico II.—El entredicho. —Terciarios y Menores.— Ecelino el Feroz y San Antonio de Padua.—Los frailes pacifican.—Federico vende á Europa. — Tragedia de la raza de Hohenstaufen.—Rodolfo de Augsburgo.— Cargo especial de los Dominicos.—Santo Domingo y Simón de Monforte. —Difusión del espíritu franciscano.—Renacimiento del siglo XIII , producido por san Francisco.—La Edad media concluye. – Sus últimos resplandores : falange de santos.— Dualismo del siglo XIII.— Arranques de devoción: Cruzada de niños ; flagelantes.—Herejías revolucionarias.—Dante anuncia el fin de la Edad media. — Decadencia del siglo XIV : la monarquía : la mujer : las costumbres: las letras : la Iglesia.—Grandeza de la Edad media.—Imposibilidad de retroceder hasta ella.—Contradicción de la Edad moderna —El Cristianismo y las demas religiones.—Porvenir de la Edad presente.— Los franciscanos en Palestina.—De qué manera ve la historia á san Francisco de Asís.. IX

CAPÍTULO PRIMERO.

Primeros años.

La naturaleza en Italia.—El pueblo natal de san Francisco. — Familia.— Nacimiento.— Educación.—Mocedades.—Rostro y talle de san Francisco.— Planes de vida militar.— Nuevos caminos. — La soledad. — Primera prueba..... 1

Págs.

CAPÍTULO II.

Aurora de la Orden.

Rompe Francisco los últimos lazos.—Se consagra á servir á los leprosos.—La lepra en la Edad media.—Francisco repara tres iglesias —Desposorios con la Pobreza y nacimiento de la Orden franciscana..... 33

CAPÍTULO III.

El Apostolado franciscano.

Consulta al Evangelio —Primera misión.—Inocencio III.—Aprobación de la regla.—Mansión de Rivotorto.—Establecimiento en la Porciúncula.—Los doce apóstoles de Francisco.—Los cuatro compañeros predilectos. 65

CAPÍTULO IV.

San Francisco en España.

Vacilación.—Consulta.—El arma de la palabra. —Elocuencia nueva.—Los predicadores franciscanos.—San Francisco desea el mártirio. —Combates interiores.—Viaje frustrado á Siria.—Enfermedad.—Cartas.—Venida á España.—Situación de España en 1212.—Itinerario de san Francisco en tierra española. —Fundaciones.—Leyendas..... 103

Págs.

CAPÍTULO V.

La Orden se constituye.

El cuarto Concilio de Letran. — Domingo de Guzmán el español.—Domingo y Francisco se abrazan. — Las Ordenes gemelas.—El capítulo de Pentecostés.—Las misiones franciscanas.—Sueños de Francisco.—El protector de la Orden.—El gran capítulo de las Esteras 137

CAPÍTULO VI.

Primer corona.

La sexta Cruzada.—El aviso del penitente.—San Francisco y el Sultán —Los Protomártires.—Primer corona.—Fruto de la sangre. —Primer borrasca.—San Francisco en las lagunas de Venecia.—Predicación.—Retiro.—Anécdota.—Visión..... 171

CAPÍTULO VII.

Pasión.

El pesebre de Grecio.—Prueba.—Donación del monte Albernia.—Descripción.—Sed de la Cruz.—Ultima morada —El Serafín.—Luz en derredor del monte. — Los estigmas y llagas del costado.—Calor que exhala Francisco. — Despedida..... 201

Págs.

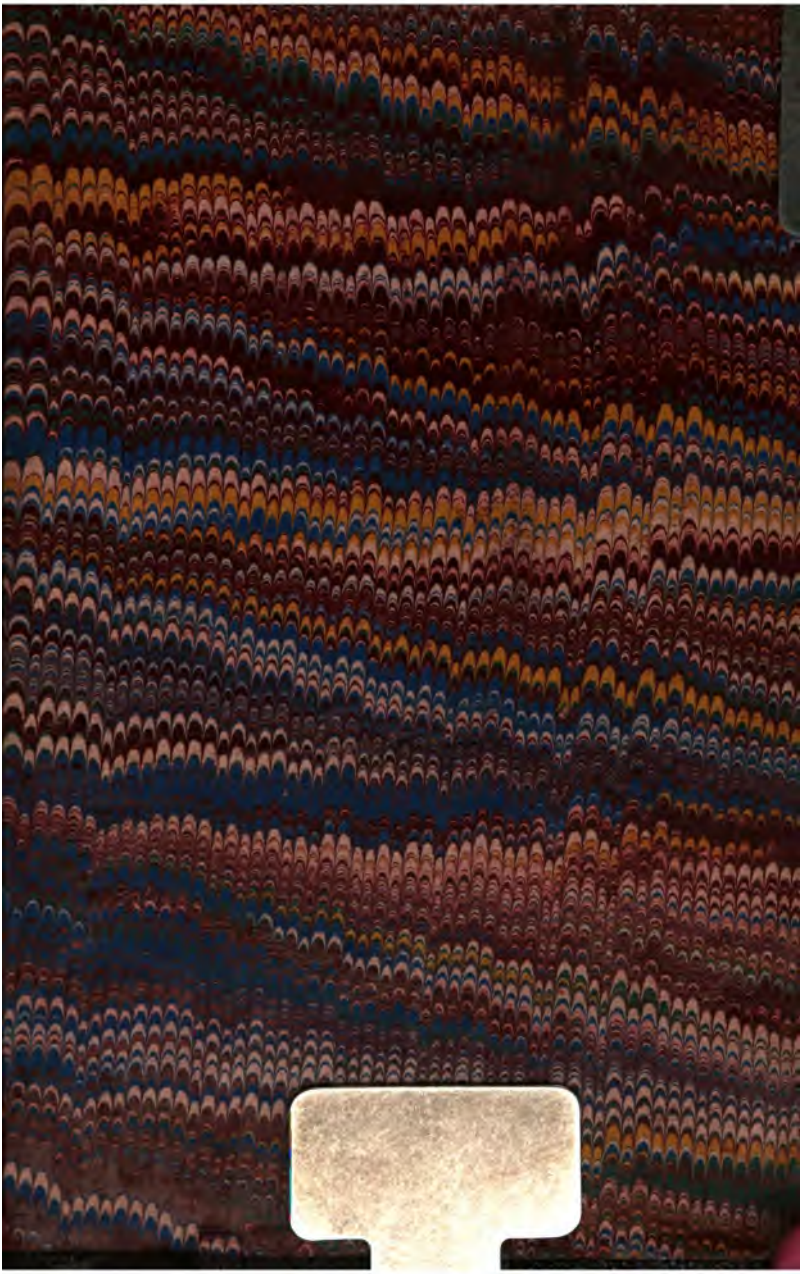
CAPÍTULO VIII.

Agonía, muerte, resurrección.

Padecimientos y dolores de Francisco.—Las lágrimas le ciegan. — Muda de lugares.— Acércase la muerte.—Jacoba de Sietesolios. —Bendicion á última hora.—Tránsito.—Semejanza con el Crucificado.—Sepelio —Clara y sus hijas.—Valle del Infierno y valle del Paraíso.—Himno de Gregorio IX.—Canonización.—Traslacion y misterioso depósito del cuerpo.—Leyenda.—Cántico de triunfo. 231

FIN DEL TOMO I.

FE DE ERRATAS [1].

PÁG.	LÍN.	DICE.	LÉASE.
LXXI	26	de hielo»	de hierro»
LXXII	27	un fraile	un monje
CII	1	aun no llegó	aun llegó
CLXVII	4	terciarios , se	terciarios ; se
CLXIX	7	sarda	santa
CLXXIII	14	huellas en los	huellas. En los
CLXXXII	5	expansivo	expresivo
29	6	Chavin de Malau	Chavin de Malan
111	11	donde	de donde
240	5	inapreciable	inexplicable

(1) No habiendo podido la autora revisar las pruebas, se han cometido algunas ; por lo que se anotan las principales.